ELEANOR
RIGBY

SERIE
DE ARMAS
TOMAR 3



Toda una vida...

DESPUÉS DE QUERERTE

Para Maday, Airam era un sueño imposible. Para Airam, Maday era el sueño que algún día haría realidad.

A lo largo de quince años de amistad, sus caminos nunca han coincidido, como si su historia estuviera destinada al fracaso. Pero a pesar de separarlos el rencor, la distancia y una vida separada, cada vez que se reencuentran regresan al pasado.

Un pasado donde pudo ser todo. Un pasado que ambos tienen muy presente. Él solo quiere olvidar. Ella necesita pasar página.

Eleanor Rigby

Después de quererte

De armas tomar - 3

ePub r1.0

Titivillus 21.03.2024

Título: *Después de quererte*
Eleanor Rigby, 2023

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1




Después de quererte

Serie
De armas tomar 3

Eleanor Rigby

Si quieres una experiencia más completa, estas son las canciones que sonaron en mi cabeza (y en mi Spotify) mientras escribía este libro: las de Airam empiezan en *Un verano sin ti*.



LA PRIMERA EN LA FRENTE

El prólogo de Maday

Tenerife

Enamorarse es como volverse loco. Por eso, cuando quieres a alguien, tienes la impresión de que lo ves en todas partes. Crees que te lo cruzas por la calle cuando vas a la mejor heladería italiana de Los Cristianos (Panna Cioccolato, lo demás es basura) porque uno de los guiris lleva una de esas bermudas con estampado de Ken que solo se pondría Él (y de forma irónica, porque odia las bermudas, los estampados y, sobre todo, a los guiris, y con razón). Crees que Cruz Cafuné escribió su último *single* pensando en Él, o peor, que te robó tu historia con Él para enriquecerse (a tu costa) y ganar un Grammy latino (solo que no ha ganado ninguno, aún). Así que la odias, odias la canción, pero te la pones en bucle hasta que tienes una razón de peso para aborrecerla. Y crees que le tienes a Él colgado del hombro susurrándote al oído que le encantaría arrancarte esa camisa de rayas de encima, y que sabe que te la pones muy a menudo porque la última vez que la llevaste fue la última vez que te besó, y por eso la prenda tiene propiedades mágicas. Por eso con ella nada puede salir mal.

Cuando estás enamorado, te crees todo esto y, por un instante, la vida vuelve a tener sentido, pero es solo un espejismo, porque Él no está aquí. Y no volverá.

De todos modos, hay veces que esa impresión es justa con la realidad. Es verdad que he pasado sesiones de cine con el corazón encogido porque pensaba que Él estaba en una de las filas de delante, y todo porque el chicharrero[1] de la esquina tenía una risa parecida (¿o es que todas las risas se le parecen porque quiero que sean la suya?). Pero en general, además de en mi cabeza, Él ha estado físicamente presente en cada uno de los momentos de mi vida. ¿Cómo no lo voy a ver en todas partes, si antes íbamos juntos hasta a la vuelta de la esquina?

Ahora que ya no lo hacemos, que ha quedado demostrado que

hasta las costumbres más viciadas pueden quebrarse y que las genuinas promesas de niños de ocho años también tienen fecha de caducidad, solo me parece que lo veo, pero en realidad no está. Y pensaba que este pequeño defecto óptico o este delirio clínico era exclusivamente mío, pero Dácil acaba de sacar de la estantería el único libro que contenía un fragmento de mis recuerdos con Él, así que ahora lo vemos las dos.

—¿Qué es esto? —me pregunta, alzando el papelito extraído entre las páginas con los dedos índice y corazón.

Me aterra que lo rasgue con las puntas hostiles de sus uñas de gel, por eso intento arrebatárselo poniéndome de puntillas. Sin embargo, ella gana. No insisto mucho más porque en una guerra contra Dácil, lo único útil que uno puede hacer es batirse en retirada.

Y porque estoy cansada de actuar como si no le tuviera presente las veinticuatro horas del día.

—Es una tontería, Da. Una cosa que escribí hace mil años, cuando tenía… diecisiete o dieciocho recién cumplidos.

Dácil me ignora y comienza a leerlo. A mitad de la nota, levanta tanto las cejas que casi le rozan el nacimiento del pelo, y eso que tiene tan apretadas las trenzas africanas que le tiran de la frente. Su madre siempre bromea con que no va a necesitar *liftings* cuando cumpla los cincuenta, y con el mismo tacto que un proctólogo con guantes de lana, añade que probablemente podría alquilar su frente como helipuerto.

Mamá Jimena es un encanto.

Cuando quiere.

—«Razones por las que creo que Airam me quiere» —recita, anonadada, y rompe a reír. Pero su risa, además de ser la más estridente que he oído nunca, está colmada de ternura, como si le sobrevinieran las ganas de ser madre con solo imaginar a una Maday inocentona. Me lo muestra haciendo un puchero—. Pero ¡qué lindura! ¿En serio?

A estas alturas debo de tener la cara como una señal de prohibido el paso, y todo apunta a que permanecerá así durante un rato, porque Dácil se deja caer sobre mi cama individual y patea el aire con rictus soñador, como hacíamos de adolescentes mientras rellenábamos nuestros test de la *Súper Pop*.

Como si hubiera percibido mi incomodidad, un sexto sentido que no recuerdo que tuviera hasta hace un minuto, Dácil asoma la cara por el lado del papel y pone morritos.

—Sé que mi hermano es un tema tabú como un piano, pero esto parece una señal para que me cuentes de una vez por todas cómo se desarrolló el romance secreto. Creo que me lo merezco después de haber estado en medio durante el último año.

—Estabas en medio porque a ti te daba la gana, mi niña, no porque yo te invitara.

—Solo faltaba que me hubieras invitado a tu fiesta del desconsuelo… —Me mira de arriba abajo con cara de circunstancias—. ¿Sabes?, no te vendría mal una ayudita moral, chacha, que llevas sin ir a que te retoquen las raíces tres meses y medio y tienes el mismo aspecto que un niño somalí con gusanos en el estómago.

—*Chos*, Da. —Pongo los ojos en blanco, tan acostumbrada a que saque los pies del tiesto que ya ni me sorprende—. ¿No había una metáfora menos desagradable?

—Es un hecho que hay niños somalíes con gusanos en el estómago por culpa de la inanición y la insalubridad en ciertas zonas. —Se defiende, envalentonada como cada vez que alguien insinúa que no tiene razón—. No es una comparación despectiva con los niños somalíes, sino con los europeos y yanquis que expolian su producto interior para enriquecerse, provocando el empobrecimiento de sus habitantes. —Coge una gran bocanada de aire tras soltar su discurso anticapitalista—. El caso es que estás anoréxica.

—¿Por qué no puedes simplemente decir que he adelgazado? Te estás buscando que te cancelen en Twitter —señalo al borde de la risa.

—Ya ves tú, qué miedo. Pero mira, entonces me callo y hablas solo tú, ¿qué te parece? Podrías empezar contándome cuándo escribiste esto, porque digo yo que algo haría el notas de Airam para que a ti se te iluminara la bombilla y pensaras que, ¡oh, señor de la cañita! —extiende los brazos con dramatismo—, ¡alguien podría quererte! ¡Alguien con dos ojos en la cara para apreciarte, dos oídos para escucharte, dos manos para tocarte! ¡¿Cómo es posible?!

Acabo riéndome con sus sarcasmos, aunque, en el fondo, a ninguna de las dos nos hace mucha gracia que me tenga en tan bajo concepto. Pero tiene razón: algo hacía «el notas de Airam».

Me siento en el borde de la cama y alargo la mano hacia el papelito de marras, que Dácil me cede en tanto se incorpora, se cruza de piernas y me observa con la curiosidad de un crío en su primera visita al zoo.

Eso es algo que me gusta de Da. El mundo todavía tiene la habilidad de sorprenderla, de entusiasmarla. Incluso yo, alguien a quien cree conocer como a la palma de su mano, pero que siempre se le ha escapado entre los dedos.

—No veas la de problemas que me dio el coso este. —Recuerdo, bufando. Doblo la hoja y me doy aire, tan reacia a mirar de frente lo que escribí como siempre lo he sido a mirar de frente mis deseos y el camino que tendría que recorrer para conseguirlos—, pero la historia con Airam no empezó aquí. Aquí empezaron los problemas, que es distinto.

Dácil bizquea.

—Si vas a contarme que Airam y tú nacisteis el mismo día del mismo año, que os conocisteis de casualidad cuando mi padre compró una casucha en esta calle para remodelarla a su gusto y meter allí a toda la tropa Oramas y que os caísteis genial a raíz de pelearos por cuidar del perro callejero del que os encaprichasteis ambos, esa historia ya me la sé. —Y airea la mano con impaciencia, porque, claro, Dácil no entiende que para mí ese chucho que nos unió a Airam y a mí es tan sagrado como los *mochis* del Mercadona para ella—. Quiero que vayamos directas al meollo. ¿Cuándo te diste cuenta de que Airam podría estar enamorado de ti, y por qué no me di cuenta yo, que solo soy un poco más espabilada que tú?

—Pues no lo sé. —Me lamento—, porque la verdad es que siempre ha sido muy obvio.

—No me jodas, Maday —rezonga Dácil, poniendo los ojos en blanco otra vez—. Tan obvio no sería si no te enterabas… ¿O es que no te querías enterar? —inquiere con aire de sospecha.

Dejo que corra el silencio antes de inspirar hondo. No necesito hacer memoria, solo encontrar el valor para poner en conocimiento de la persona más juiciosa del mundo —que, además, tenía que ser mi mejor amiga— las que han sido mis peores decisiones y mis

mayores errores, que escondí de ella precisamente porque no quería que me mirara como me va a mirar ahora.

¿Y cómo no me va a mirar así? Es verdad que nunca me he querido enterar de que Airam me quiere, y ahora es demasiado tarde.

El prólogo de Airam

Madrid

—Oye, tío, ¿cuándo piensas abrir esta caja? Es la quinta vez que me tropiezo con ella y estoy empezando a cansarme. A la sexta, fijo que me rompo la crisma.

Ni siquiera me molesto en apartar la vista de la tele, porque una distracción podría salirme muy cara. En cualquier momento, un zombi puede saltar al primer plano de la pantalla y masacrarme, y no estoy dispuesto a permitir eso cuando he llegado a uno de los últimos niveles.

—A ti nadie te dice nada cuando dejas tirados tus libros rusos por toda la casa, y eso sí que molesta, ya te lo digo yo. Hay más dramas de Chaikovski en esta casa que migas en el camino dejaron Hansel y Gretel.

Pongo en pausa la partida solo por el placer de ver la cara de pretencioso ofendido que Thiago habrá puesto al oírme mencionar Chaikovski como dramaturgo. Ya me estoy anticipando a su respuesta con tonito repelente: «Chaikovski es el que compuso *El lago de los cisnes*, no un escritor».

Sigue frotándose el tobillo que ha salido perjudicado con el golpe de la misteriosa caja de la mudanza. La otra mano la tiene ocupada con un bol de helado de polvito uruguayo, como no podía ser de otra manera. Lo he colado de extranjis en el avión, en una mininevera, con el único fin de que se acuerde de mi hermana. Por supuesto, no es una ofrenda de paz, sino un claro mensaje: «Sufre, mamón, y jódete por haberla perdido».

Ahora Thiago se aferra al helado de polvito uruguayo como si fueran las cenizas de Dácil.

Es el cuarto bol que se manda [2] .

—Chaikovski es el que compuso *El lago de los cisnes*, no un escritor —rezonga con ese tono cansino que se le escapa cuando se siente incomprendido. Yo le dejo que se crea el más listo del lugar

porque me gusta verlo contento, aunque, claramente, el más listo del lugar soy yo—. Y hasta donde sé, mis libros no te han hecho un puñetero esguince. De todos modos, no estábamos hablando de mí, que ya se sabe que soy un desastre.

Pongo los ojos en blanco.

—Como lo digas con más orgullo, te van a dedicar un día en el pregón de junio.

Devuelvo la vista a la pantalla, esta vez poniendo los pies descalzos sobre la mesilla de risa que el casero nos vendió como una obra de interiorismo posmoderno y que, como el resto del mobiliario de nuestro piso de estudiantes, quedaría de lujo en un vertedero.

—Venga, Airam, no me jodas. Quita la cajita, ¿vale? —insiste, cada vez más mosqueado.

Por lo general, Thiago es más espabilado. Sabe que hay días que no se me puede tocar la moral y actúa en consecuencia, pasando de puntillas por mi lado y recordándome por WhatsApp que me ha dejado macarrones en la olla.

Hoy, por lo visto, no se ha dado cuenta de que no estoy para fiestas.

—De acuerdo, yo quito la caja en cuanto tú bajes la taza del váter, no dejes plastas de dentífrico en el lavabo después de frotarte los piños, saques la basura cuando corresponde en lugar de endosarme a mí la tarea porque «es que ya estás metido en la cama» y pares de levantarme del sofá con una supuesta urgencia para que te apague la luz del dormitorio.

Lo peor es que esa es una manía que ha heredado de Dácil. Yo no sé cómo no me di cuenta de que este tío estaba tan pendiente de cada costumbre de mi hermana, por nimia que fuera, que las ha memorizado todas y las reproduce sin darse cuenta.

En defensa de Thiago diré que su habitación está al lado de la mía y solo tengo que caminar siete pasos para apagarle la luz, pero lo de bajar al sótano de Dácil por unas escaleras asesinas, asustado porque me ha llamado a voces, como si se estuviera desangrando, para luego tener que subir dos pisos hasta mi dormitorio solo porque a la niña le daba pereza levantar el trasero de la cama para dejar el cuarto oscuro siempre me ha dado especialmente por culo.

Las cosas que se hacen por amor…

—A buenas horas te cobras la venganza. —Se queja Thiago—. Eso lo llevo haciendo cinco años y todavía no te habías quejado.

—Supongo que me tienen que cabrear mucho para que me anime a decir lo que pienso —mascullo, presionando con más rabia de la que debería los botones del mando inalámbrico.

No solo se me da de lujo hacer reproches cuando estoy furioso, sino que también soy imbatible al Call of Duty. O, como lo llamó mi madre cuando fue a comprármelo por primera vez a la *Game Stop*, «el Carlos Duti». Culpa de mi pésima pronunciación, claro, porque ella tiene un C1 de inglés, como le exige el currículum para hacer sus pinitos en series de Netflix.

—Pues no lo pagues conmigo, que no tienes excusa. —Le lanzo una mirada de advertencia que él, como es un auténtico lumbreras, capta en el acto. Se defiende con un suspiro resignado—. Quiero decir que, con lo responsable que eres, me extraña que esto siga aquí. Si nada más llegar de Tenerife colgaste tu ropa en el armario y llevaste los cartones al contenedor de reciclaje, ¿qué tiene esa maldita caja para que esté en medio del pasillo?

—A lo mejor contiene todos los males del mundo, como la de Pandora —sugiero con aire misterioso, levantando las cejitas.

—Pues con más razón hay que tirarla, macho. No creo que ninguno de los dos pueda soportar otro golpe de mala suerte.

En eso no se equivoca. En el 2.º B de este edificio viven los amantes de la tragedia.

Sin mirarlo directamente y, de hecho, concentrado en mi partida, veo que Thiago deja el bol de helado derretido sobre la balda de la estantería más cercana —con otro lote de libros de Chaikovski— y se agacha para coger la caja. Lo sé porque haber convivido con seis miembros de la misma familia en la misma casa te desarrolla la vista periférica para predecir emboscadas, y porque a Thiago le crujen los huesos con cada mínimo movimiento. Lleva como el fantasma de la Llorona desde que regresó de Tenerife y dejó allí a Dácil: ve pasar los días tendido en la cama, con la mano sobre la frente, y no arrastra los pies y el alma en pena más allá del baño a no ser que se dirija hasta la cocina para bufar que no hay nada comestible. Y, claro, a un *gym bro* como él se le resienten las articulaciones, que ya tenía gastadas de soportar el peso de su triste mundo interior, al no moverse por unos días.

Sé que sueno resentido.

Debe de ser porque lo estoy.

Por desgracia, lo quiero más de lo que me ha cabreado, y eso ya es decir.

Claro que no lo voy a expresar en voz alta.

El caso es que al oír el crujido de huesos, me pongo en tensión. El movimiento de la pesada caja me despista y un zombi aprovecha para despedazarme. El *game over* que salta en la pantalla no me frustra ni la mitad que la cara que pone Thiago al ver con qué palabra marqué el contenido de la caja.

—Ya entiendo —murmura, y vuelve a soltarla en el suelo con gesto aprensivo. Nuestras miradas se encuentran—. No debería ni meterme, pero ¿qué hace aquí una caja de cosas de Maday?

Apago la Play de mal humor.

—No son de Maday. Son mías. Solo que me las regaló ella, o me recuerdan a ella, o las compartíamos, o qué sé yo. A saber qué mierda metí ahí… Y deja de mirarme así —le espeto en cuanto he arrojado el mando sobre el sofá.

Thiago se defiende alzando las dos manos.

—A ver, yo solo digo que, sabiendo lo que contiene, yo creo que deberíamos echarle un vistazo y hacer una criba. Ya sabes: esto te lo quedas, esto no…

—Si tanto te molesta la caja, tranquilo, que me la llevo a mi cuarto y la meto bajo la cama.

—Que no es eso, Airam… —suspira Thiago, cansino, y se pasa una mano por la frente mojada de sudor. Aquí no ponemos el aire acondicionado ni aunque estemos a setenta y ocho grados, que es más o menos la temperatura media en Madrid a finales de agosto.

No sé si es porque ha cambiado la caja de sitio —por unos milímetros, sí, pero no está justo donde la dejé—, y eso, para mí, es prácticamente como mover las placas tectónicas, pero acabo haciendo lo que me juré que no haría, que es echarle una miradita rencorosa a la caja de marras. También me juré que no me llevaría nada de la innombrable en la mudanza, y luego me prometí que no lo subiría al avión, y después me autoconvencí de que lo mejor sería tirarlo a la basura antes de llegar al piso. Pero hela ahí, burlándose de mí.

—Haz lo que quieras con ella —zanjo, dirigiéndome a mi

cuarto—. Me la suda.

—Vale —responde Thiago en voz alta para que le oiga incluso de espaldas—. Entonces voy a destriparla, y si veo algo que me mole, me lo quedo. ¿Te parece?

—De lujo —le gruño.

Como estoy seguro de que se está tirando un farol, me dirijo al dormitorio con intención de encerrarme, pero Thiago y sus huesos resentidos empiezan a agacharse de nuevo, y hasta se atreve a rajar la cinta aislante con la cuchara del helado. Es un proceso costoso que además va a dejar la caja hecha un cristo, pero yo no logro impedirlo. Me lo quedo mirando bajo el umbral sin dar crédito, hasta que saca un bloc de anillas diminuto y empieza a hojearlo.

—Creo que esto me lo voy a quedar para apuntar las frases que me gusten de los libros…

Abro la puerta de par en par otra vez y le suelto:

—Y una mierda.

—¿Por? Si no tiene… —«nada escrito», iba a agregar, pero él mismo se desdice al llegar a una de las páginas garabateadas. Está de espaldas a mí, sentado en la posición del loto, pero me lo puedo imaginar levantando las cejas—. «Intentarlo otra vez con Maday», «pros y contras». Coño, pensaba que esto dejaba de hacerse cuando uno alcanzaba cierta edad…

Se lo quito de la mano y lo fulmino con la mirada. Él sonríe, no con sorna, aunque suele recurrir a ella para quitarle importancia a las cosas —por eso nos llevamos de maravilla—, sino con cierta ternura, como si el Airam romántico se le antojara adorable.

Si yo me encontrara a ese Airam en una habitación solitaria, tendrían que sacarlo con los pies por delante.

—Perdona, pero no pienses que te juzgo. Soy el primero que piensa que las cosas se ven con más claridad que nunca cuando las plasmas sobre el papel —me dice enseguida al ver mi expresión hostil—. Es solo que quiero que mires el problema a la cara.

—¿Más? Se la llevo viendo quince años. —Me señalo la sien—. Tengo su carita grabada en el coco.

—Ya, pero… —Thiago devuelve la vista al bloc. Roza con los dedos la línea irregular que subraya furiosamente la palabra «contras»—. A lo mejor releer esto te ayuda a tomar una decisión con Maday. Lo escribirías por algo, ¿no?

Abro la boca para soltarle una fresca, pero en el último momento me lo pienso mejor.

Le he soltado más frescas de la cuenta porque ando irascible, y él las está encajando con una paciencia que he dejado de merecer hace mucho. Además, lo conozco como la palma de mi mano y de poco me va a servir intentar espantarlo. Sé cuándo no piensa darse por vencido, y hoy es uno de esos días en los que no dejará que me meta en la cama sin haber tomado una decisión trascendental.

Por otra parte, soy débil. O a lo mejor no. A lo mejor solo he intentado ser fuerte demasiado tiempo y las idas y venidas de otros han cubierto el cupo de estupideces que estoy dispuesto a tolerar. Sea como sea, acabo sentándome a su lado con las piernas cruzadas, le quito el bloc de la mano otra vez y lo agito.

—Esto es de hace muy poco, pero ¿sabes qué pasa?, que podría haberlo escrito hoy. Y podría haberlo escrito hace un año. Y hace cinco. Porque los contras no evolucionan, así que no puedo tacharlos, y los pros tampoco se borran fácilmente.

Thiago asiente serio, comprensivo.

En los últimos meses me han caído encima unos cuantos problemas, pero por más que he querido convertir a Thiago en uno de ellos, la verdad es que nunca lo ha sido. A pesar de todo, alguna clase de vínculo poderoso se forjará entre dos examigos convertidos en rivales, porque cuando volvimos a retomar la amistad, tras el crucero del demonio en el que nos reencontramos, la relación resurgió con más fuerza que nunca. ¿Cómo no iba a ser así? Ahora Thiago sabe los secretos que me he estado guardando desde que tengo uso de razón porque no quería que nadie me conociera excepto ella, y también es consciente de hasta dónde estoy dispuesto a llegar cuando me siento traicionado: mucho más lejos de lo que imaginarían aquellos que me tienen por un santo.

Nunca podría haber previsto el alivio que me supondría desahogarme con alguien. Quizá, si lo hubiera sospechado, podría haberlo puesto en práctica antes y ahora no tendría medio corazón podrido.

—Será mejor que empecemos la criba, no quiero ponerme sentimental —murmuro, hundiendo la mano en la cajita de las narices.

Saco lo primero que toco con la intención de arrojarlo a un lado,

a ese lado que significará «a la basura», pero me da un vuelco el corazón al reconocer la carátula de un disco de canciones grabadas por la madre de Maday.

—Eso parece demasiado personal —opina Thiago, haciendo una mueca.

—Y lo es. —Lo abro y extraigo el CD para enseñarle la cantidad de rayajos que tiene en la superficie de lo desgastado que está—. Me sorprendería que aún sonara, pero no me puedo deshacer de él. Forma parte de los pros, ¿sabes?

—Hombre, normal. Ya te digo que si a mí una tía me grabara o me regalara un disco, me casaría con ella.

Se me escapa una risita amarga mientras giro el CD entre mis dedos.

«Ese es el problema», estoy a punto de decir. «Que yo lo tenía así de claro».

Pero luego todo se oscureció.

Capítulo 1

15/05/2015

El día que Airam me pidió un Hyundai de cinco plazas

La primera vez que se me pasó por la cabeza que Airam podría quererme fue cuando él estaba estudiando para la selectividad. Lo hacía en mi casa, porque El Chozo Oramas siempre ha sido ruidoso como un circo, un alboroto de carcajadas, *Sálvame Deluxe* a toda pastilla y una mezcla de ritmos latinos y discos antiguos de glorias del pop ochenteras.

—A mí qué me vas a contar —bufa Dácil—. Yo no sé cómo me he sacado la carrera.

Mi abuela, aparte de ser cuadriculada como Bob Esponja y más devota que las palomas, le tiene miedo al Coco, al hombre del saco, al tío de Hacienda y a cualquiera que llame al timbre sin invitación previa. Por eso se gasta el dinero que no le sobra en ponerle capas, cadenas y cerraduras por un tubo a la puerta principal; todas ellas están hechas a prueba de balas y de ladrones, pero no de Airam Oramas, que se presentaba allí con un taco de folios bajo el brazo, con el que podría escacharle [3] el cuello a una jirafa, y cuando ya estaba haciéndose un hueco en el sofá de escay, se había servido una limonada fresca y echado una siesta de tres cuartos de hora, soltaba:

—Oye, chinija, ¿te importa que me quede en tu casa a estudiar?

Eso fue lo que dijo aquel día.

Insisto, después de hacerse un hueco en el sofá de escay y de servirse una limonada.

A la abuela Lupe le encanta llamarlo El Descarado, como el temita de *Rubí*, la telenovela, pero en masculino. Ahora bien, era la

primera que llevaba quince años con una foto de Airam pegada con imanes a la nevera (ninguna mía a la vista, por cierto), y aseguraba que eso no se movería de allí hasta que el niño se graduara y pudiera sustituirla por una con la banda de su curso de Bachillerato.

Efectivamente, en cuanto Airam le dio su fotografía de la orla, allí apareció, en el sitio de honor.

No aprovechábamos que estábamos solos en casa para contarnos secretos, hablar mal de los Oramas o meternos mano a lo bestia. Ninguna de esas cosas pasó.

—¿No? Qué decepción.
—Bueno, alguna que otra sí, pero no nos precipitemos.
Déjame seguir con la historia.

Él venía a casa en busca de calma, porque en mi chozo nunca hay *ni perry*, y a mí me gustaba su compañía. A veces solo se tumbaba en el sofá a ver la serie del momento, alguna de esas con veinte temporadas y episodios de cuarenta minutos que solo él es lo suficientemente disciplinado para acabarla, mientras yo me entretenía mirando vídeos relajantes en YouTube de asiáticas moliendo café.

No necesitábamos hablar. Solo intercambiábamos alguna mirada cada media hora, nos sonreíamos y volvíamos a lo nuestro, o de pronto se apoyaba en mi hombro, o buscaba mi regazo, o me pedía que le masajeara aquí o allá.

Ese día, como digo, solo quería estudiar. Yo estaba ocupada aprendiendo cantonés en Duolingo (que no se aprende un carajo, por cierto) porque hasta la semana siguiente no comenzaba a trabajar en el hotel. Llegó un punto en el que empecé a aburrirme y me asomé apoyando la barbilla en su hombro para ver qué hacía.

—¿Qué estudias?

Airam se giró y me miró a través de las pestañas con un amago de sonrisa.

—Biología.

—Cuéntame algo interesante.

—Eh… —Echó un vistazo al techo con un ojo cerrado—. Victoria se ha liado con Ulises.

—No me refería a… Chacho, ¿qué dices? ¿Victoria y Ulises? —Aunque el cotilleo era de lo más interesante, carraspeé e intenté

concentrarme—. Hablo en serio, enséñame algo de lo que estás estudiando.

A veces me pregunto con qué intenciones entró en mi casa esa tarde, porque, aunque parecía igual que la noche anterior, aunque seguía mirándome de idéntica forma y hablándome en los mismos términos, había un ambiente extraño entre nosotros que se intensificaba cada vez que se giraba a sonreírme y que llegó a su punto álgido cuando me cogió del tobillo y colocó mi pie sobre su regazo. Me estremecí al notar el tacto de sus dedos en mi piel.

—Pues… ¿sabes que el cuerpo humano tiene doscientos seis huesos?

—No creo que eso lo estés estudiando en Biología. Será lo de los leucocitos, eritrocitos…

—Están la tibia y el peroné… —empezó, recorriendo mi pantorrilla con los dedos e ignorándome—, la articulación bisagra de la rodilla —dio un golpecito a mi rótula—, el fémur, que es el más largo del cuerpo… —me pareció que tragaba saliva al cubrirme la cadera con la mano, y yo lo imité—, la pelvis, las costillas… —me hizo cosquillas al rozarme con los dedos en la zona sensible; me puse tan nerviosa que creo que solté una risita estrangulada, aunque no me acuerdo bien—, el esternón… —hundió el índice en el centro del pecho, y ahí se quedó un instante con gesto pensativo, con esa cara que se le pone cuando tu madre le cuenta historias de cuando vivía en Venezuela, o cuando visita el Museo de Historia de Santa Cruz y corre directo a estudiarse las costumbres de los guanches; me pilló por sorpresa al pasarme el brazo por la nuca y traerme hacia él para frotarme la coronilla—, y el cráneo, claro está…

—¡Suéltame! —me quejé entre risas, empujándole por el vientre—. ¡Que me vas a dejar los rizos electrizados, y solo me faltaba eso!

Me obedeció, sin dejar de reírse, pero atrapó mi mano para seguir con su misterioso recorrido. Parecía sumido en una fantasía al deslizar los dedos por los míos y recitar el nombre latino de cada falange. Dejé que me manipulara el brazo, creyendo que no habría nada sexual o romántico en que me señalara la muñeca y dijera que de ahí salían el cúbito y el radio, pero me estaba respirando muy cerca de la cara, dejando los labios entreabiertos y la mirada

perdida al reseguir con los pulgares la vena que subía desde la palma de mi mano, y…

Esa fue la primera vez que me percaté de que podía gustarle. ¿Por qué entonces, en ese justo momento, ese día? ¿Por qué le gustaba *ahora*? No había aprendido a maquillarme aún, todavía no me había teñido de pelirrojo, lo cual al menos me daría un toque diferente, el sol no se me pegaba a la piel porque llevaba todo el mes de mayo trabajando en el hotel, nunca me favoreció la ropa que escogía para cubrirme lo máximo posible y mi peso estaba por encima del recomendado según mi IMC… y también según la gente de mi entorno, que aprovechaba cualquier excusa para recordarme que Bershka no comercializaba mi talla.

—Bueno, ¿y qué talla comercializa Bershka? —bufa Dácil con desprecio—. Porque la mía tampoco.

Pero la mirada de Airam se encontró con la mía y supe que algo extraño estaba pasando; que si no estaba alucinando y de verdad seguía rozándome los dedos persuasivamente, Airam iba a besarme.

Así pues, como haría un auténtico anormal, me aparté y anuncié con voz chillona:

—¡Bueno! ¡Me voy a trabajar, que ya llego tarde!

—¿Trabajar? —Airam enarcó una ceja. Crucé los dedos para que no dijera: «Si empiezas en el nuevo la semana que viene»—. ¿Te han contratado en el hotel?

Puse los brazos en jarras para que no notara que me temblaban las manos y carraspeé para sacar la mentira de mi voz.

—Todavía no me han dado el contrato para firmar, pero tengo apalabrado todo el verano. ¿No es genial?

Airam se me quedó mirando y trató de disimular su consternación, aunque fue en vano.

—¿En serio quieres currar ahí? —me preguntó con lo que él consideraba tacto. Era más obvio exteriorizando su desaprobación que un elefante en una cristalería.

—Hombre, querer, querer… pues no. Prefiero ser *influencer* y que mi único problema sea encontrar la luz perfecta para hacerme una selfi. Pero es un trabajo.

Airam resopló.

—Un trabajo en el que te pagan en negro, en el que no estás

asegurada, donde no ganas ni mil euros por seis días de curro a la semana, ocho horas al día que luego se alargan a diez, y lo peor: agachándote y rompiéndote la espalda para fomentar el turismo y la destrucción de la isla.

—Espera —me levanté y dejé el mando de la televisión a un lado—, que voy ahora mismo al hotel y les digo que renuncio porque me has hecho sentir culpable.

Airam me cogió de la mano y tiró de mí con adorable exasperación para que me sentara de nuevo. Sonreía cuando volví a mirarlo a la cara, temiendo que mi irónica réplica revelase la debilidad que sentía.

Era muy capaz de renunciar al trabajo si me lo pedía.

Con dieciocho años era bastante manipulable.

(Y ahora, pues también).

—Sabes que Maday Arencibia, de dieciocho años y con domicilio en Los Cristianos, no tiene culpa ninguna del abuso capitalista, ¿verdad? —Le sonreí antes de ponerme seria—. Necesito un curro. La pensión de mi abuela ya ha dado todo lo que podía dar, y sacando perros, lavando coches de guiris y vendiendo bisutería artesana en tres o cuatro mercadillos mensuales no vamos a llegar a fin de mes. Deberías felicitarme, ¿sabes? Ese hotel no está tan mal como otros.

—Pero es igual que los demás en un aspecto, y es que, una vez entras, cuesta muchísimo salir. La hostelería es un túnel sin salida, Maday. Creo que tendrías que estudiar, que…

—Terminé la ESO a duras penas —me mofé—, y mira, quién sabe dónde estaré dentro de cinco años. Si sigo trabajando en un hotel, tampoco pasa nada. Se puede ascender. ¡Y deja de ponerme esa cara! ¡Estás quedando como un clasista arrogante!

—No tiene nada que ver con el clasismo, sino con que eso no es lo que quieres hacer, Maday. No es a lo que pretendes dedicarte el resto de tu vida, ¿verdad que no?

Le hice una mueca.

—¿Acaso tú estás seguro de que vas a dedicarte el resto de tu vida a la carrera que escojas?

—Por supuesto. Tengo un plan pulcramente trazado.

Me crucé de brazos y le sonreí con socarronería, aunque no me había dicho nada nuevo. Airam es la clase de persona que se

levanta y apunta en un papel lo que va a hacer durante todo el día, y si no puede tachar cada una de las actividades programadas antes de las diez y media, le sobreviene un ataque de furia hacia sí mismo.

—No me digas.

—Ajá.

—¿Y en qué consiste?

Se acercó a mí y pasó un brazo por el respaldo del sofá, sin llegar a tocarme pero como si lo estuviera haciendo. Creo que lo sentí así por culpa del anhelo, de que yo había fantaseado tanto con ese abrazo o con ese beso que no llegaba que a veces era como si ya me lo hubiera dado. Se inclinó sobre mi rostro para hablarme en voz baja:

—Mira… Lo primero que voy a hacer es sacar la nota más alta de toda España en los exámenes de selectividad. Un trece con nueve como mínimo. Luego, como podré irme a la facultad que quiera, estudiaré Medicina en Gran Canaria, que es lo que pilla más cerca, o en la Complutense, que es de las mejores de España, y sacaré todo matrícula. —Me guiñó un ojo—. Durante esos años viviré en un piso de estudiantes, trabajaré para pagarme mis caprichos y mis viajes e iré buscando prácticas y contactos. Antes de los treinta me habré sacado el MIR con la especialidad de Cirugía Pediátrica y estaré trabajando en el hospital de Los Cristianos.

—Por casualidad no sabrá el señor a qué horas le sonará la alarma para ir a mear, ¿no? —me burlé, aunque ya había empezado a admirar su seguridad en sí mismo. Él nunca vacilaba a la hora de tomar decisiones, y había nacido con tan buena suerte que ningún plan se le había torcido—. ¿Has hecho también un *planning* de tu vida personal? ¿Cuándo vas a casarte, a tener el primer hijo, a divorciarte, a pelearte por quién se queda el Range Rover y el cortacésped y qué estará estudiando la veinteañera con la que te liarás cuando te dé la crisis de los cuarenta?

—Por supuesto que lo tengo —bufó, exagerando su indignación, poniéndose una mano en el pecho—, ¿por quién me tomas? No habrá Range Rover: yo conduciré un Hyundai de cinco plazas, lo bastante grande para estar cómodos, pero no tanto como para que sea imposible aparcarlo en el centro. No cederé mi cortacésped a cambio de nada, porque viviré para pasearlo por el jardín los

domingos por la mañana, y no habrá sexo con estudiantes porque celebraré mis bodas de oro con la única mujer con la que me casaré.

—Una medida inteligente, así te ahorras los costes del divorcio —apostillé, cabeceando, e intenté deshacer el nudo que tenía en la garganta tragando—. ¿Sabes ya quién es la afortunada?

Airam se llevó las manos a la nuca, entrelazando los dedos, antes de dejarse caer hacia atrás en el sofá y perder la mirada en la lámpara de colores del salón. Esa fue la postura que eligió para empezar a trastocar mi mente.

—Eso lo sé desde que era un fisquito[4], porque es la pieza central del plan más delicado que he ideado y que debo poner en funcionamiento con más cuidado. En cuanto reciba las notas de selectividad, me declararé —empezó, sumido en sus pensamientos—, y aunque dudo que me acepte en el momento, porque la conozco y sé que con los temitas sentimentales se me pone tensa, creo que acabará cediendo, porque, a ver, soy irresistible.

—Sobre todo cuando te quitas los calcetines y tenemos que mudarnos de habitación —repliqué riendo, pero él me empujó con el hombro y siguió hablando, ignorándome.

—Saldremos juntos hasta que me saque la carrera, porque se vendrá a Gran Canaria o a Madrid conmigo, o yo me matricularé donde a ella le venga bien; luego nos casaremos y bailaremos *Quiéreme* de Mickey Taveras delante de nuestros seres queridos; iremos de viaje a Nueva York en invierno, para que por fin coja un avión fuera de las islas y se pueda poner una bufanda y un gorro; volveremos a Tenerife, nos compraremos un terreno en Tacoronte y nos haremos una casa con una cristalera del suelo al techo en el salón, desde la que se podrán ver el mar y las montañas cuando la panza de burro nos deje, y tendremos un futbolín en el sótano y sistema de climatización. —Volvió la cabeza hacia mí—. El número de niños me da igual, lo que ella quiera. Pero alguno tendrá que haber, ¿no?

«Alguno tendrá que haber, ¿no?», dijo, mirándome como si quisiera conocer mi opinión. Como diciendo: «Vamos, decídete ya, chacha, que tengo que anotarlo en mi *bullet journal*».

—Pues supongo, a no ser que sea estéril. —Se me ocurrió decir, aún con el nudo en la garganta de antes, que se resistía a bajar.

—Bueno, si es estéril, pues adoptamos. Quizá un perro —contestó sin apartar la vista de mí. Me sentí como si cientos de hormigas empezaran a subirme por las piernas. Los síntomas de un emergente golpe de calor me asfixiaron, me aceleraron el pulso, me colorearon las mejillas y las orejas, pero logré seguir hablando.

—Es un detalle que vayas a consultarle algo a la piba, porque parece que ya lo tienes todo decidido.

—Bueno, espero que ella también haya estado pensando en el futuro y pueda aportar propuestas a la lluvia de ideas. Mi equipo de abogados valorará lo que prefiera —decidió, juntando los dedos de las manos como el señor Burns.

—¿Desde cuándo llevas pensando tú en el futuro, si puede saberse?

—Todo esto lo sé desde que tenía doce años, más o menos —reconoció con tranquilidad—. Lo importante es que sé lo que quiero, y conociendo el camino es más fácil llegar a tu destino. Pero ¿qué quieres tú? ¿Qué esperas del resto de tu vida?

—¿Puedes preguntármelo cuando llegue el resto de mi vida? —musité con un hilo de voz, rogándole con la mirada que me diera un respiro—. Porque ahora mismo solo siento que quiero una Tirma y un juguito de mango.

Airam se echó a reír y por fin me pasó el brazo por los hombros, tirando de mí cariñosamente.

—Pues vamos a conseguirle una Tirma a la niña, y que lidie con esto la Maday de mañana.

Pero la Maday del día siguiente no lidió con su Hyundai, ni con su cortacésped, ni con su terreno en el norte de Tenerife. Tampoco la Maday del miércoles se hizo cargo, ni la de los cinco años que siguieron. Y cuánto lo siento por la parte que le toca a él, que tanto se le torcieron los planes por mi culpa que sigue sin futbolín en el sótano y sin niña de sus ojos.

Capítulo 2

21/05/2015

El día que conocimos al padre de Maday

Aunque, según la leyenda, Gara era una joven de la isla de La Gomera, la madre de Maday, que recibió el mismo nombre por cortesía de Lupe, nació y creció en Lanzarote. Y no se enamoró de Jonay, el hijo del rey de Adeje, como narra la misma tradición oral; se enamoró de un hombre que era un misterio para mí y para la misma Maday.

Ni la propia Gara sabía su nombre o de dónde era, y siempre se negó a proporcionarle una descripción física. Lo único que Maday recibió en herencia de su padre fueron las cejas arqueadas, los rizos electrizados y un disco titulado *Megamix romántico* que el misterioso pibe había grabado según sus propios gustos musicales.

O a esa conclusión hemos llegado, porque se lo regaló a Gara la única noche que pasaron juntos, por lo que es poco probable que listara ni diez canciones pensando en ella.

Maday lo ponía a todas horas en un reproductor de segunda mano que su abuela consiguió racanearle a un vecino, y yo nunca me quejaba porque gracias a esos discos aprendí a diferenciar la cumbia, la salsa, la bachata, la samba, el mambo, el merengue y todos los palos de ritmos latinos que se convirtieron en parte de quien soy hoy. También había canciones antiguas de Sam Cooke que terminamos por aprender de memoria, como *Nothing Can Change This Love*, que era mi segunda opción de rolita para cuando iniciáramos el baile de bodas.

Cuando Gara murió, Maday se obsesionó más aún con el disco, un hecho que siempre me ha extrañado. Según sus propias declaraciones, nunca le ha importado no conocer a su padre, o eso es lo que daba a entender.

Pero a saber cuál es la verdad.

Muchas veces me he acostado preguntándome si hay algo que de verdad le interese, la ilusione o la haga vibrar, porque cuando pienso en ella y en su actitud estos últimos años, solo puedo recordarla sentada con las piernas recogidas en el porche de casa, fumando reposadamente con la cabeza perdida en Dios sabe qué misterios del universo, viendo la televisión sin verla en realidad y tendida en la cama con la vista clavada en el techo. La he visto reír mil millones de veces, y bailar, y saltar, pero la misma Maday dice que la suya es «la vida contemplativa», y puedo confirmar que al final ha pasado más ratos en la fantasía de sus retorcidos pensamientos que en el aquí y el ahora.

Ese día, cuando llegué a su casa, estaba tendida en la cama con la vista clavada en el techo. El disco sonaba, pero eso no era raro. Ni que llevara uno de los vestidos de su madre, ese largo hasta los tobillos, sin apenas forma, de color chillón y estampado llamativo que se sujetaba sobre los hombros gracias a dos gruesos tirantes.

Nadie ha sabido nunca la tranquilidad que me daba llamar a la puerta de su casa y verla salir con ese aspecto de ama de casa, con la cara aún congestionada por el sueño y el moño deshecho. A veces le rezaba al Dios en el que nunca he creído que me esperara allí cada día de mi vida, cuando volviera de trabajar. Me veía subiéndole el vestido como si fuera una persiana antigua, enrollándolo hacia arriba muy despacio. Y como tantas otras cosas, ahora solo puedo odiar el vestido y las sensaciones que evocaba.

Recuerdo haberme tirado a su lado en la cama y haber imitado la postura. Entrelacé los dedos sobre el pecho y me giré para mirarla con la ceja enarcada, la que, según ella, es «mi cara de “un dólar por tus pensamientos”».

Una frase que, por lo visto, decía su adorado Christian Grey.

—Siempre me ha encantado eso de Maday —reconoce Thiago con una pequeña sonrisa—. Que nunca te esperas nada de lo que le gusta o le interesa. Lo último que piensas cuando la ves es que le van las novelas eróticas y surfea mejor que tú.

—Lo de que surfea mejor que yo… ya lo vamos viendo —resoplo antes de seguir con la historia.

Unos días atrás, un humilde servidor le había confesado con

mayor o menor claridad que pensaba decirle que la quería, y no como a una hermana, en cuanto aprobara la selectividad. Ella había decidido actuar como si nada, así que yo le seguía la corriente.

Maday se giró hacia mí a su vez y me miró, pensativa, con sus ojos de distinto color.

—He llegado a una conclusión. —Fue lo primero que me dijo. El corazón se me aceleró estúpidamente pensando que me daría una respuesta a mis insinuaciones del otro día, pero en su lugar declaró—: Creo que mi padre era vendedor ambulante de discos. ¿Cómo se explica, si no, que llevara encima un CD grabado por él mismo y se lo regalara a mi madre?

—A lo mejor era un casanova y en eso consistía su método de ligoteo, en regalarle música latina a toda la que se quisiera llevar a la cama. —Y clavé la vista en el techo, procurando que no se notara mi decepción.

«A lo mejor no fuiste tan obvio», me dije. «A lo mejor tendrías que habérselo soltado sin hablar en tercera persona. O a lo mejor tendrías que haber sido menos invasivo. O a lo mejor no te quiere y deberías callarte para siempre».

—Pues tendría que llevar encima una de esas gabardinas con un montón de bolsillos interiores que se supone que visten los exhibicionistas o los traficantes de las pelis. No daría abasto regalando CD —replicó ella, riéndose—. No, no me gusta esa opción. Prefiero pensar que mi padre se fijó solo en mi madre, que le gustó solo ella y que le regaló ese disco porque se enamoró.

—Todo el que conoció a Garita se enamoró de ella —confirmé, recordando a la madre de Maday—. Pero si él no se molestó en volver, me extrañaría bastante que hubiera sentimientos involucrados.

—A lo mejor no volvió porque lo mataron al día siguiente —se quejó, mirándome con sorna.

—Sí, hombre, claro. —Me reí y ella me sacó la lengua—. Seguro que los vendedores ambulantes de discos cobran del Estado un plus por peligrosidad.

—No sé, pero seguro que ahora el Estado le está pagando el paro, porque no venderá muchos discos desde que Spotify ha colapsado el mercado.

—A ver, si lo que quieres es justificar su ausencia, siempre

puedes atribuirle un trabajo algo más glamuroso, como por ejemplo… ser un agente de la CIA. —Medité, entrelazando los dedos tras la nuca—. Los agentes de la CIA no pueden pasar mucho tiempo con su familia. De hecho, pudo conocer a tu madre golifiando [5] por ahí.

La cara se le iluminó de imaginarlo.

—Es verdad. Y seguro que mi madre lo sabía y nunca pudo contármelo.

—No, no, porque tu padre era un hombre muy honrado y comprometido con su trabajo. No iba a traicionar a la nación dando un parte de su trabajo a nadie.

—¿Ni siquiera por amor?

—Pues no sé, es tu padre. Imagínalo como quieras. —Me giré para mirarla, divertido—. ¿Quieres que traicione a la patria por amor?

Ella exageró los morritos con los que le gustaba fingir que la estaba mosqueando.

—Evidentemente. Mi padre era un hombre muy romántico.

—Pues matar gente por encargo de la CIA no es nada romántico.

—Bueno, eso es cierto. Y seguro que sería una decepción para él si me conociera, porque sería un héroe de guerra, o un espía famoso, o lo que sea, y yo… pues… yo respiro.

—Pero eres la mejor respirando.

No salía a cuenta insistirle un millón de veces en que no debía minusvalorarse, aunque sabe Dios que lo intenté, que fui su amigo y su psicólogo y su mentalista, y ni con amor filial ni con terapia cognitivo-conductual ni con hipnosis conseguí que dejara de hacer esa clase de comentarios despectivos hacia sí misma. Solo esperaba que con mi sinceridad se diera por aplacada temporalmente, porque no mentía. Era la mejor respirando.

—Qué machangada [6] más grande acabas de decir, chacho. —Me sonrió, burlona—. Hay que ver lo que te inventas solo porque eres mi mejor amigo y sientes que es tu deber.

Su respuesta me chirrió, como cada vez que se le ocurría meterme en la *friendzone* cuando los dos sabíamos que no habíamos estado ahí ni un solo día de nuestra vida. A lo mejor solo cuando teníamos ocho años y estuvimos cerca de sacarnos los ojos

porque ambos queríamos llevarnos a casa al chucho abandonado que nos encontramos, pero ni siquiera, porque ya entonces acordamos la custodia compartida.

—Tu mejor amiga es Dácil —repliqué; era mi contestación estrella—. Yo soy el hermano de tu mejor amiga y resulta que te caigo bien.

—No. Ella es mi mejor amiga mujer. Tú eres mi mejor amigo hombre.

—Como muy bien dice Da, el género lo inventó la socioestructura —le recordé en tono repelente—. Solo puedes tener un mejor amigo, porque para eso es el mejor, y es Dácil. Y como digas que no, se lo contaré y mañana estarás muerta.

—Pues ella estará muerta al día siguiente de mañana, porque mi padre de la CIA se enterará y vendrá para vengarme.

Me tendí sobre el costado para poder mirarla sin amanecer con tortícolis y apoyé la mejilla en la mano, riendo.

—¿No habíamos acordado que tu padre no es de la CIA?

—Es verdad. Pues… es piloto de avión. Todos los pilotos son guapos y les sienta muy bien el uniforme de capitán.

Y así acabamos, haciendo una lluvia de ideas de quién podría ser el misterioso padre de Maday.

—¿Un hombre casado y con hijos que no puede hacerse cargo de ti?

—Sí, claro… Si puedo elegir, mi padre no va a ser infiel. ¿Qué tal el presidente del Gobierno?

—Si fuera el presidente del Gobierno y supiera que su hija es canaria, no tendría perdón. El olvido estatal al que nos arrojan como comunidad es otra forma de abandono. ¿No quieres que sea infiel, pero sí un pedazo de cabrón?

—Vale, pues un tío que viaja en el espacio-tiempo, como en *Una cuestión de tiempo* o *La mujer del viajero en el tiempo*.

—Lo más probable es que sea un primo de tu madre. Todo el mundo se tira a su primo.

—¡Sí, claro! —Se descojonaba—. ¿Y no puede ser un elfo de una realidad alternativa que no ha ido a buscarme porque el mundo real es muy cruel con las criaturas fantásticas?

—Podría ser. La verdad es que tienes unas orejitas de Legolas bastante monas. Deben de ser su herencia. —Le pellizqué el

cartílago, y ella rompió a reír de nuevo.

—¿Y si fuera un soldado del palacio de Westminster? No pueden moverse de allí. Eso justifica su ausencia…

—Lo mismo es un hombre lobo y como por las noches se transforma, no quiere asustarte.

—Explica la cantidad de pelo que tengo. ¿Tú te crees estas patillas prusianas?

Nos reíamos como dos imbéciles de nuestras teorías mientras de fondo sonaba *Nothing Can Change This Love*. Que su brazo se rozara con el mío cada vez que las carcajadas la hacían temblar me daba un subidón de adrenalina. Hasta que de pronto dejó de reírse, como cuando un pensamiento fugaz pinchaba su burbuja de felicidad, y dijo, con los ojos cerrados y las manos sobre el vientre:

—La verdad es que mi padre ha sido muchas cosas en mi imaginación, pero sobre todo ha sido el hombre que me hace las tostadas de aguacate para desayunar, me lleva al cine los miércoles y me enseña a montar en bicicleta. No pasa nada si no sabe desactivar una bomba a un segundo de que expire la cuenta atrás. Lo mejor que podría haber hecho habría sido quedarse aquí.

Me giré para mirarla. Ella seguía con los ojos cerrados, y la canción de Sam Cooke estaba terminando. Para mí esas eran las dos señales perfectas para inclinarme y besarla como un príncipe Disney, así despertaría de la pena con la que parecía que hubiera nacido, pero en mis planes no entraba abordarla a traición cuando por fin confesaba que la soledad la había devorado tras la muerte de su madre. Maday nunca sanaba sus heridas, quizá porque las suyas eran la clase de heridas que jamás cicatrizan. Y cuánto me habría gustado quitarme de los hombros el peso de los mundos ajenos con los que cargaba para dedicarme por entero a luchar contra su calvario. Pero la muerte y el abandono eran un calvario al que se tenía que enfrentar sola.

Le di un beso en la frente que ella agradeció con una sonrisita liviana y los ojos aún cerrados. Maday se acurrucó contra mi costado, dando a entender que quería dormir un rato. Yo me quedé con las ganas de decirle que, si su padre la hubiera conocido, no se habría largado a ninguna parte. Nadie la dejaría por voluntad propia. Nadie la había dejado nunca por voluntad propia; de hecho, eso solo había ocurrido por causas mayores.

—¿Quieres que lo busquemos? —le pregunté en voz baja, retirándole el pelo de la cara. El corazón me latía como si quisiera romperme el pecho—. Yo te lo localizo si hace falta.

Maday abrió el ojo color verde, el izquierdo, y me miró entre divertida y agradecida.

—Prefiero que te quedes aquí, conmigo.

Y lo hice.

Lo hice hasta que ella me dejó.

Capítulo 3

31/05/2015

El día que Airam se autoproclamó mi novio

—¿Cómo que se autoproclamó tu novio? —jadea Dácil, pasmada—. Me has jurado por Estopa que nunca has tenido nada serio con él. El año pasado, en la librería Solican, que me acuerdo como si fuera ayer. ¡Vamos si me acuerdo!

—Y es verdad. No adelantes acontecimientos y déjame hablar.

Mientras Airam hincaba codos para aparecer en los periódicos como el chico más brillante de la selectividad (son sus palabras, no las mías), yo había empezado a trabajar en las cocinas del hotel. A finales de mayo llegaba la primera tanda de turistas y tocaba arrimar el hombro. No salía hasta las tantas de la madrugada, utilizaba mi tiempo de descanso para comerme una barrita energética sentada en la taza del inodoro y apenas intercambiaba cuatro o cinco frases de carácter informal con mis compañeros. Esto me molestaba, porque había leído en alguna parte que en el entorno laboral se entablaban buenas amistades y no me vendría nada mal tener a alguien aparte de a ti.

—Pero si yo cuento por dos. O por tres.

—Sí, es verdad. Entre todas tus personalidades podría decirse que tengo cuatro amigas llamadas igual… —Me echo a reír al ver que frunce el ceño y le aprieto la mano con cariño—. Venga, no te ofendas, chacha, eres maravillosa.

Aun teniendo en cuenta la sobreexplotación a la que la plantilla era sometida, a Carlos, uno de mis compañeros, le sobraba el tiempo para insistir una y otra vez en deslumbrarme con su

caballerosidad. Se ofrecía a llevarme a casa en coche, aun cuando tenía que desviarse de su ruta, me echaba una mano en cuanto podía para liberarme de carga de trabajo y me halagaba cuando me veía entrar con mi ropa de calle, unos instantes antes de que me cambiara el uniforme.

A primera vista, puede que su disposición pareciera encantadora…

—A mí me parece un babas.
—Gracias. A mí también.

… pero no lo era. No del todo. No solo porque estuviera pendiente de mí a cada minuto del día y a mí nunca me hubiera gustado tener a alguien pegado al culo. Sentía que su mirada me perseguía incluso un rato después de llegar a casa, aunque es probable que le tuviera manía porque circulaba el rumor de que se había puesto bastante pesado con una de las pinches de cocina. Podía imaginarme que era verdad por la forma en que mi compañera Flor lo miraba.

—¿Qué Flor? ¿La argentina hembrista que me has mencionado alguna vez?
—Sí, esa Flor.

Flor fue como mi madre mientras trabajé en el hotel de marras. La llamábamos así porque de verdad abanderaba la supremacía femenina a la par que repetía incesantemente que el hembrismo no existía en ninguna sociedad moderna. Así explicado, puede que parezca demasiado radical para fiarse de ella, pero tenía un olfato infalible. No ya para darse cuenta de que Carlos era un tipo sucio —decía que se le veía el rejo[7]—, sino de que a mí me ponía bastante nerviosa.

La situación con Carlos tocó a su fin una noche que estaba cayendo una tormenta monumental. A mí me había traído en coche una compañera que había tenido que marcharse antes de terminar el turno porque su hijo de tres años estaba a cuarenta de fiebre. Eso me dejaba con la necesidad de un chófer, y Carlos insistía en ocupar su lugar.

—Venga, mujer, no seas tímida, que yo te llevo.

—Pero boludo, si vivís en Los Gigantes —rezongaba Flor, de brazos cruzados bajo la marquesina de la entrada. Estaba esperando a su marido, que, por supuesto, no era la excepción que confirmaba su regla de masacrar a todo el género masculino. A su compañero de vida lo odiaba con ensañamiento—. Tendrías que coger la autopista de la dirección contraria.

—Con la que está cayendo, me sabría mal dejarla aquí. —Carlos se encogió de hombros—. Tampoco está tan lejos. Tu abuela no puede venir a buscarte, ¿no?

«Obviaremos el hecho de que jamás le he hablado de mi abuela o de que vivo con ella», pensé. «Ha debido de oírlo por ahí».

—Viene su chongo a por ella —proclamó Flor de golpe. Viendo que no entendían la palabra, especificó—. Bueno, su novio.

No sé quién la miró con más pasmo, si Carlos o yo.

—¿Novio? ¿Tienes novio? —Carlos parpadeaba sin comprender, controlando el fastidio.

—Pues claro que tiene novio, boludo. ¿No ves lo linda que es la nena?

—No, no tengo novio. Flor —la advertí con la mirada.

No me preocupaba tanto que se corriera la voz de una mentira como que Airam lo descubriera y exigiera explicaciones.

Porque las exigiría, eso seguro.

—Bueno, dale, sí, no salís oficialmente por eso de que no te decidís a dar el paso, pero que el minito está que bebe los vientos por ti es una realidad. Si se enterara de que te andan molestando en el laburo, algunos se iban a enterar de lo que vale un peine.

—No le hagas caso —me apresuré a decir, disculpándome con la mirada con Carlos—. Yo no pienso que seas una molestia. O sea, te agradezco que te ofrezcas, pero ya va a venir Airam a recogerme…

—¿El tal Airam es tu novio? —inquirió con desdén.

—¿Lo dudabas? ¡Si hace falta ácido para separar al pibe de su culo! —Flor me señaló con un gesto de barbilla. Luego me miró con interés—. Te lo traerás a la fiesta de jubilación de Paola, ¿verdad? Dale, va siendo hora de que lo presentes a tus compañeros. Debe de estar muy dolido porque andés escondiéndolo, con lo buen mozo que es…

En ese momento dio la casualidad de que salía el resto del turno de cocina: siete compañeros míos cruzaron el umbral, cada uno

sumido en sus pensamientos, a tiempo para oír los devaneos de Flor y mirarme con la sonrisita canalla que te ponen las abuelas cuando se enteran de que «los novios», esa cuestión tan relevante en las cenas familiares, no van bien, sino que van de lujo.

—Pues te costará mantenerlo con la de horas que echas aquí, mamita… Si no lo sabré yo —se rio amistosamente una de las cubanas, dándome una palmada de ánimo en el hombro.

—Qué va, hombre, si las relaciones a distancia suelen funcionar porque así ambos pueden respirar y tener tiempo para estar a solas. —Me apoyó otro compañero.

—No sé tú, Javier, pero a mí me dan escalofríos de pensar en atender las necesidades de una pareja sexualmente activa cuando llevo nueve horas seguidas haciendo camas de hotel —rezongó Teresa—. Yo lo que quiero hacer en cuanto llego a mi casa es enrollarme en la manta como una croqueta y ponerme un episodio de algún documental sobre un asesino en serie.

—Estos dos son rejóvenes —concluyó Flor, encogiéndose de hombros—. Sacarán tiempo, porque las ganas ya vienen con la edad.

Le sostuve la mirada a Flor tratando de comprender qué pretendía al ponerme en semejante aprieto. Más adelante me diría que lo había hecho de buena fe: que había visto a unos cuantos tipos dóciles y caballerosos en apariencia, como en este caso Carlos, y que todos eran de los que te agarraban del codo si les ofrecías la mano. A su manera, Flor era una mamá leona con todas las empleadas del hotel, y esa noche me tocó a mí conocer sus dudosamente correctos métodos de protección.

En cualquier caso, no me dio tiempo a desmentir la trola que les había colado sobre Airam y yo aquel día, porque el rey de Roma apareció con el coche de su padre en ese momento. Ni siquiera se había cambiado de ropa para venir. Llevaba las cholas de estar en casa, aquellas bermudas tres tallas grandes que se anudaba a la cintura y la camiseta de tirantes de El Niño que tenía valor sentimental.

—Mi hermano, ese apuesto casanova —anuncia Dácil, engolando la voz—. Yo de verdad que no sé cómo puede gustarte, si va hecho un puto cuadro a todas partes.

—El carruaje espera —me recordó cuando vio que no me animaba a subir enseguida. No me quedó otro remedio que despedirme con la mano de los dos y jurarle a Flor que me las pagaría por esparcir rumores sin ningún tipo de fundamento. Para ella, el fin podía justificar los medios, pero yo me senté en el Seat con los hombros como pendientes, abrazada a mi bolso como si hubieran intentado atracarme.

La habilidad para mentir forma parte del carácter de mucha gente, pero yo no he nacido con ese talento. Ni con el del disimulo.

Sin embargo, Airam no parecía haberse enterado de nada. Quiso saber qué tal me había ido el trabajo, me hizo la pregunta burlona que nos gustaba disparar contra el otro con tonito paternalista («¿Has aprendido algo hoy?») y se aseguró de que me parecía bien que estuviera sonando el disco de Los Hijos del Sol que habían lanzado el febrero de ese año: *Tropicalísimo: Clásicos de cumbia peruana*.

Es curioso cómo a veces eres capaz de recordar de forma aislada una conversación que mantuviste aun cuando en el momento estabas concentrada vigilando tus emociones. Recuerdo que volvimos a discutir sobre qué versión de *Cariñito* era mejor, si la de Los Hijos del Sol o la de Los Hispanos, y más adelante, unos años después, coincidiríamos en que nos encantaba la de Novedades Carminha. Recuerdo que me fijé en que tenía el pelo húmedo y no me atreví a preguntar si era porque acababa de ducharse o porque le había caído encima la de Dios es Cristo, y recuerdo que fantaseé durante un instante con que de verdad era mi novio: que venía a recogerme todos los días a la puerta del hotel, me recibía con un beso en los labios y no apartaba su mano de mi muslo en todo el trayecto a casa.

Aunque nunca me haya gustado que me toquen los muslos.

Ninguna zona entre las rodillas y las clavículas, de hecho.

—Pues no sabes lo que te pierdes. —Comenta Dácil antes de que la acalle con una mirada asesina.

—La tía Jana se ha echado novia —comentó Airam, pendiente de la carretera. En aquel entonces ya empezaba a reacomodarse en el asiento a cada rato y a entornar los ojos para poder ver tres en un

burro. Le habían dicho que tenía miopía y rehusaba ponerse gafas porque no le quedaban bien, así que mira, Dácil, apuesto casanova, no sé, pero coqueto es un rato—. ¿Te lo puedes creer? Dice que la va a presentar la semana que viene, que intentemos parecer una familia normal… Yo solo espero que la piba no sea una loca del coño, porque no puedo exigir la custodia de otro adulto semifuncional para evitar que se descarrile. Con ser el padre de mi madre, de mis abuelos y de mis tíos tengo suficiente —concluyó con un bufido.

—No te olvides de Dácil —bromeé. Luego cambié la expresión—. ¿Por? ¿Ha pasado algo? —tanteé, sabiendo que solo se quejaba cuando estaba llegando a su límite. Y solo conmigo, o eso acostumbraba a repetirme.

Airam esbozó una sonrisa envenenada y meneó la cabeza con incredulidad. Aferró el volante con ganas y aún se pasó la lengua por el labio inferior para reunir el valor.

—Hoy he traído a casa a Aythami para estudiar y mi padre ha estado especialmente simpático con él. Como quiere estudiar Arquitectura, ha insistido en enseñarle su nuevo proyecto de hotel de lujo en Adeje… Ya sabes, así pasaban un rato a solas.

Me quedé en silencio un rato, rumiando lo que me había dicho.

—No creo que tu padre hubiera hecho nada —respondí con calma, aunque sentí en mis propias carnes la alarma de Airam.

—No hace falta que lo haga para saber que lo está pensando —me interrumpió con rabia. Enseguida se calló, pero sin mirarme; una de sus maneras de pedir perdón sin palabras por, según él, utilizarme como paño de lágrimas. No logró modular el tono para seguir—. Es la tercera vez este año que tengo que agarrarlo del pescuezo y arrastrarlo a una habitación aparte para decirle que deje de tontear con mis putos amigos. Aythami ni siquiera ha cumplido los dieciocho años.

»Lo peor es que luego se hace el bueno. Me pone cara de no haber roto un plato, o se enfada porque dice que no ha hecho nada, que su interés por mis amigos es inocente, que solo quiere conocer a las personas con las que me relaciono… Ya, claro. Y un carajo.

Conocía a Airam desde la tierna infancia y nunca me había dado la sensación de que se llevara especialmente bien con su padre, pero antes de *ese* fatídico día al menos nunca le había costado mirarlo a

la cara. Airam siempre decía que se alegraba de haber sido él quien entró en el lugar equivocado en el momento equivocado, aunque hubiera cambiado para siempre toda su vida tal y como la conocía. Estaba feliz de haberse comido el marrón cuando la alternativa era que vuestra madre o tú os hubierais encontrado el espectáculo grotesco de Joaquín acostándose con un compañero de clase de Airam.

Ese al menos sí tenía dieciocho años. Era un repetidor.

—No es tu responsabilidad contener a tu padre —le dije una vez más. Cada cierto tiempo teníamos una conversación parecida, y pocas veces abordábamos el asunto para lo mucho que me hubiera gustado ayudarlo—. Si quiere engañar a Jimena, lo hará.

—Pero no tiene por qué hacerlo delante de mis narices, ni buscarse los novios en mi instituto. Y no, no es mi responsabilidad contener a mi padre, ni preocuparme por si la novia de la tía Jana es una desquiciada y vuelve a meterla en esas *raves* para drogarse con ayahuasca hasta que no pueda más, ni tengo que echarme la culpa de que mi madre llore porque su marido es infiel… —Me lanzó una mirada fugaz—. Pero si yo no hago nada, ¿quién lo hace?

Sacudí la cabeza.

—¿Qué es lo peor que puede pasar si no estás pendiente, Airam? ¿Que algunos se lleven unos disgustos y que otros se lleven sustos? Pues lo que es la vida misma, y muchas de las decisiones que tomas solo son parches. No vas a poder evitar por mucho tiempo que Dácil se entere de que tu padre es como es y hace lo que hace, y da igual con qué tiento se lo plantees. Va a romperle el corazón igual.

—Ni me lo recuerdes —musitó.

Tragué saliva, sintiéndome culpable por haber agregado un marrón más a su lista de problemas inabordables pero con urgente necesidad de solución. No podía introducir el tema sin tacto, soltarle de pronto: «Bueno, si quieres huir de la situación, siempre puedes venir a la fiesta de jubilación de Paola como si fueras mi novio; ¡seguro que te lo pasas de puta madre! ¡Exacto! ¡Ahora yo también necesito que cuides de mí, otro adulto semifuncional, o directamente disfuncional!».

Decidí posponerlo y me limité a ser quien pusiera la mano sobre su rodilla.

—Nada irá bien durante un tiempo cuando estalle la bomba en

casa. —Le aseguré con una sonrisa resignada—, pero por ahora no ha pasado nada. No pierdas el tiempo anticipando el futuro.

Airam me devolvió la sonrisa sin demasiada energía, pero me cogió la mano y entrelazó sus dedos con los míos. Ahí la dejó, muy pegada a la cara exterior de su muslo. Me dio la impresión de que así se sentía protegido, o por lo menos en paz.

Pasamos un rato en silencio, escuchando la mítica *Si me quieres* de Los Hijos del Sol. Airam entonaba la letra en voz baja, pero me lanzaba miradas furtivas a cada tanto como si quisiera que me quedara claro que podía estar cantándola para mí: «Si me quieres, dímelo, si te gusto, dímelo, si me adoras, dímelo». Más que sentirme incómoda, en aquellos momentos cada vez más frecuentes en los que Airam me incitaba con sutileza a quitarme la máscara, a reconocer que sentía algo por él, experimentaba un alivio inmenso y me llenaba de esperanza, porque creía que significaba que estaba un día más cerca de mi futuro feliz, del momento de la verdad en el que la amistad quedaría atrás. Yo no tenía valor para dar el paso, no sabía si él se arriesgaría a tomar la iniciativa, y tampoco podía siquiera imaginarme de qué manera saltaría aquello por los aires…, pero fantaseaba con que sucedía, quizá porque en la fantasía una puede imaginarse como quiera. En la fantasía yo podía ser suficiente, podía ser la novia perfecta, la chica más especial.

En mi fantasía todo podía salir bien.

Pero sabía que las cosas podrían ser distintas después.

—Quien tenga miedo a morir que no nazca. —Sentencia Dácil, de brazos cruzados.

—Para ti es muy fácil, mi niña, pero el mundo de los adultos reales está lleno de peligros y contradicciones.

—Ya ves tú el peligro de que Airam te diera la mano en un coche, si sabe conducir con una sola. ¿Le dijiste al final que tus compañeros pensaban que era tu novio?

Se lo acabé diciendo, pero tardé todo un trayecto hasta Los Cristianos. Airam siempre se empecinaba en dejarme en la puerta de mi casa. Le gustaba darle las buenas noches a mi abuela, que le gritaba «canalla» desde la cocina y luego lo invitaba a cenar.

—Oye… —empecé, nerviosa. Seguía lloviendo como si Dios nos quisiera ahogar, y no cabíamos los dos bajo el porche del chozo. A

Airam no le importó mojarse. Me miró con las manos metidas en los bolsillos—. ¿Vendrías conmigo a la fiesta de jubilación de una compañera de trabajo?

Él ladeó la cabeza con una sonrisilla juguetona.

—¿Me estás pidiendo salir, Maday Arencibia?

—De hecho… Para algunos de mis… Algunos de mi trabajo… Mis… Los empleados piensan… que tú… Creen que ya salimos… Tú y yo. Y he pensado que… No es que quiera ser tu novia, ¿eh? O sea… bueno, ya me entiendes… En fin. No he sido yo la que ha sacado el tema. La verdad es que es una ridiculez, porque, vaya… no es como si se lo fueran a creer. No es creíble para nada y…

Él enarcó una ceja con las manos metidas en los bolsillos. Ahí lo tenía yo, con sus bermudas estampadas, sus cholas, su camiseta de cuando tenía catorce años, el collarcito de cauris, el pelo a la altura de los hombros; ajeno a la moda y al exigente canon de belleza; tan seguro de sí mismo que no le prestaba atención a esas ridiculeces. Esas ridiculeces que un tiempo después, de hecho, acabarían adaptándose a su estilo despreocupado, porque pronto empezarían a llevarse los moños y la ropa ancha entre los chavales.

—¿Por qué no va a ser creíble?

«Porque no me quieres, ¿no?», estuve tentada de replicarle por el placer de oírle decir que sí, que claro que me quería.

—Chos, Maday, no me jodas que eres ESA *clase de piba.*

—Sí, lamentablemente lo soy. Necesito reafirmación constante.

—Mi pobre hermano… —Chasca la lengua—. La que se le venía encima…

—Porque no somos pareja. —Resolví al final con una lógica aplastante.

—Pero podríamos serlo, y claro que sería creíble. —Me aseguró con la mirada seria y fija en mis ojos—. Mi abuela te quiere, te has leído mis diarios privados de cuando tenía doce años, elegiste lo que me puse el primer día de instituto, te llamo siempre que tengo que ponerme las lentillas… Yo sé cuántas veces te has cambiado el pelo de color con henna, que te da buena suerte llevar un calcetín de cada color, tu madre decía que hacíamos buena pareja… ¿Qué más quieres, chinija? —Y enarcó la ceja queriendo decir: «Porque si

quieres más, también lo puedo poner sobre la mesa».

—Entonces… no… ¿no te importa venir conmigo a la celebración? No tuve nada que ver con el bulo, te lo prometo.

—Y aunque hubieras tenido algo que ver. Yo no me pierdo una fiesta. ¿Tendré que llamarte «cariño»? —se mofó. Creo que me ruboricé, pero él se rio de mí, alargando la mano para revolverme el pelo. Me escabullí temiendo que eso despertara la chispa que me hacía respingar últimamente—. Mándame una lista de lo que debo hacer y te la devolveré con lo que incluye mi tarifa de novio a medio tiempo.

—Con que estés allí, yo creo que vale.

—¿Solo eso? ¿No estás interesada en que nos cojamos de la mano? —Siguió riéndose, pero con esa ternura que impedía que me sintiera avergonzada—. Mira que he visto comedias románticas por tu culpa, así que al menos me sé la teoría. Te puedo dar un beso delante de alguien a quien quieras poner celoso, inventarme que me enamoré de ti nada más verte… O fingir una pelea de enamorados. ¿Seguro que no quieres poner a prueba mis habilidades? Soy un máquina.

—Bueno… Tú… si estás… si estás interesado en actuar, pues… puedes… dejarte llevar —tartamudeé, cada vez notando las mejillas más calientes.

¿En qué momento habíamos comenzado a tontear de tal forma que yo casi no me había dado cuenta?

—Genial. —Me guiñó un ojo y, acto seguido, llamó al timbre de mi casa para anunciar mi llegada. Mi abuela necesitaba que la avisáramos. Airam giró la última llave y abrió la puerta para sujetármela como todo un caballero. Iba a darle las gracias, pero él me dejó sin palabras al despedirse—: Seré tan buen novio que querrás conservarme, te lo aseguro.

Capítulo 4

03/06/2015

El día que el tarot me dijo que Maday no sería una chica fácil

—¿Y esta carta? —Thiago la saca de la caja con curiosidad—. No es de la baraja corriente, ¿verdad?
—Qué va. Es del tarot de tía Salma. De cuando la conocí, de hecho. Y no le digas que se la robé.
—Seré una tumba.

Yo no sé quién estaba más desquiciado el día de la presentación oficial de la novia de tía Jana, pero a mí no se me ha olvidado todavía el absoluto zafarrancho que se produjo en El Chozo Oramas.

Mi tío Jaime no dejaba de soltar bromitas de cuñado sobre las lesbianas, haciendo hincapié en las tijeras, lo cual empezaba a ser de mal gusto. Mi abuela llevaba amasando gofio desde las cinco de la mañana para que el escaldón estuviera listo para el desayuno, lo que ella consideraba dar una bienvenida en condiciones, pero tuvo un pequeño incidente en la cocina y la cosa acabó con ella vociferando que alguien debía ir y volver al mercado de África en quince minutos —cuando es un trayecto de dos horas, y eso con suerte— para conseguirle productos venezolanos que solo vendían allí. Mi madre había enterrado el suelo de su habitación en vestidos veraniegos y prendas de ropa que hubiera llevado en audiciones porque, por lo visto, Salma la había visto en la última telenovela que grabó para Netflix y se le había ocurrido mencionar que Jimena era una leyenda hollywoodense y que le hacía ilusión conocerla y, claro, ahora ella tenía que dar una buena impresión.

—¿La telenovela de Netflix sobre el tío que clona a su novia con leucemia para tener la de repuesto cuando la suya la diñara,

pero luego resulta que la que tiene leucemia no muere y busca venganza?

—Esa misma. Una obra maestra.

Luego estaba mi padre, que a duras penas ocultaba la envidia que sentía por la situación de tía Jana. Recuerdo que pensé que ese habría sido un día excelente para que saliera del armario también, y seguro que él habría estado de acuerdo conmigo hasta que hubiera recordado que su integridad física podría correr peligro: robarle a tía Jana el protagonismo era la forma más rápida —aunque no indolora— de sufrir una primitiva cirugía prostática.

Mi abuelo, contra todo pronóstico, no era el que estaba mostrando signos de demencia; todavía no se la habían diagnosticado, sino la propia Dácil, que se había leído una página web llamada *Todas las parejas lesbianas de la historia* para hundir a Salma en referencias *pop* a la cultura LGTB, no le fuera a quedar duda alguna de que era una gran aliada del colectivo. Aún faltaba una hora para conocer a la flamante novia de tía Jana y Dácil ya me había puesto la cabeza como un bombo: no paraba de escuchar a LP como una desquiciada, me perseguía por toda la casa preguntándome si Jodie Foster me parecía lo bastante guapa para ser un icono sexual entre las mujeres que amaban a otras mujeres y cada vez que se cruzaba a un miembro de la familia decía: «¿A que no sabes quién es LESBIANA?», seguido de una pausa dramática para a continuación pronunciar el nombre de una famosa que había salido del armario públicamente en los años sesenta. Solo mi madre tuvo la gentileza de escucharla y decirle: «Mi niña, ya lo sé», a lo que siguió una crisis de Dácil que hizo que pasara el resto del día berreando que A ELLA NADIE LE HABÍA DICHO NADA y no sé qué historias sobre las sexualidades invisibilizadas.

Ese día se pronunció como bisexual, y supongo que lo sigue siendo hoy en día. Los dos géneros que le interesan son las mujeres y las ratas portuguesas.

—Oye, un respeto.

Para sorpresa de nadie, Salma resultó tener el mismo aspecto que una profesora de inglés con gusto por la moda de Desigual, la clase de *hippy* a la que me imaginaba en las ferias de alfarería

vendiendo los collares más feos que hubieras visto en tu vida con la excusa de que se habían realizado con materiales reciclados. Que era lo que hacía.

Resulta que así era como se habían conocido tía Jana y ella.

No hacían mala pareja. Ya las has visto. Tía Jana está ida de la olla, y este diagnóstico lo respaldaba un informe clínico y seis años de medicación antidepresiva. Tía Salma también es una jalada de la cabeza, pero esta afirmación solo está basada en el hecho de que se presentó con una baraja de tarot y un puñado de cuarzos a su presentación oficial a la familia, y aunque quisimos averiguar en qué trabajaba, si tenía antecedentes penales y si se había perforado alguna parte del cuerpo que no quedara a la vista, vamos, lo que toda familia decente quiere saber sobre una posible incorporación, ella había venido con la única intención de darnos una clase magistral sobre las energías del universo, la veracidad del horóscopo y algo que personalmente estuvo a punto de hacer que me levantara del asiento y la echara de allí a escobazos: la HOMEOPATÍA.

No de forma irónica, no. Habló de la homeopatía delante de un futuro médico como una práctica con base científica. Menos mal que Maday se sentó a mi lado y, sin dejar de comer los munchitos que mi abuela se había resignado a servir en un cuenco de barro, me cogió de la mano por debajo de la mesa para apaciguarme.

No solo lo necesitaba porque la defensa de la homeopatía me pusiera el vello de punta, sino porque durante las reuniones familiares aguanto la respiración hasta que me pongo azul. Lo hacía antes de que Dácil y tú tuvierais la cortesía de darme historias para no dormir, porque en aquel entonces mi abuelo parecía narcoléptico —se caía redondo cada dos por tres, por el sueño o porque estaba tan frágil de salud que le daban bajadas de tensión—, mi madre empezaba a sospechar de las andanzas de mi padre y su actitud hipervigilante para con él me ponía nervioso, incluso si era objetivamente imposible que mi progenitor se lo montara con un compañero de clase sobre aquella misma mesa, y Dácil…

Dácil era Dácil y todavía me estaba acostumbrando, pero por curioso que parezca, ella no era la más impredecible de toda la sala. Saber que una persona va a armar un escándalo sin importar las circunstancias también te prepara para el número con el que decida

sorprender.

Necesitaba a Maday y su efecto anestésico pegados a mi culo para no sufrir una crisis nerviosa. Así te lo digo. Ahora miro atrás y me doy cuenta de que preocuparme por si me quería o no me mantenía alejado de la ansiedad que me producía mi familia en su conjunto; era una alternativa fresca y esperanzadora, en parte porque creía estar seguro de lo que podía esperar de nosotros.

A Salma no la vi venir. Desde luego, no vi venir que se sacara un cogollo de maría como mi cabeza de grande y les hablara a mis padres y a mi abuela como si no se hubieran fumado un porro en su vida, igual que si acabara de mostrarles el elixir de la felicidad plena y estuvieran a un peta de lograrla.

—Yo me lo fumo —decidió Dácil, encogiéndose de hombros y tendiéndole la mano a la novia de Jana.

—No me sorprende un carajo. —Se descojona Thiago.

No sé si es porque habla tres tonos más bajo que los demás, convirtiendo su mensaje en poco menos que la palabra de un gurú, si es porque a nadie le puede caer mal una mujer que lleva ponchos con flecos o porque de verdad existen las personas espirituales y no es una machangada estratosférica que se ha inventado ella para vender piedras que te ayudan a superar el desamor, pero Salma era (y es) hipnotizadora y te puedes llegar a creer todo lo que dice. Da igual si todo lo que comenta está sacado de un documental de Osho, el guiri gurú de La Alpujarra o cuatro cuentas de adolescentes en TikTok; te la mete doblada.

Huelga decir que todo el mundo en mi casa ese día se fumó el porro.

—Sí, hombre. Los cojones.

Sí, sí. Todos menos yo. Yo tenía que montar guardia y vigilar desde mi torre que nadie se desfasara más de la cuenta. Y lo evité procurando que mis padres mantuvieran la distancia de seguridad y ni se vieran mientras estuvieran fumados, cuando los sentimientos afloran y llueven las verdades dolorosas; llevé a mi abuelo a la cama y le puse su documental de La 2, le di la razón a Dácil en absolutamente todo e hice mis respiraciones, las que aprendí de un

youtuber de *mindfulness*, para mantenerme bajo control.

Después del porro y las explicaciones sobre las piedras que Salma repartió entre todos nosotros, cuando la mitad de la gente se había diseminado por la casa o había decidido bañarse con la ropa puesta en la piscina, Salma empezó a barajar sus arcanos del tarot. Estaba sola con tía Jana en la cocina, hablando en susurros sugerentes que la hacían sonreír con picardía.

Me pilló mirando de reojo su labor, más con recelo que curiosidad. Con una de esas sonrisas místicas que nunca he sabido qué significan, si «me caes bien» o «eres un pobre ingenuo», me preguntó:

—¿Quieres que te eche las cartas?

Era el único que quedaba por conocer su destino. Bueno, y Maday, que había huido de aquella propuesta. Cómo no. Si pudiera conocer el día de su muerte, no querría que se lo dijeran, y, por tanto, no le interesaba gozar de los favores de un puñado de naipes.

A mí sí. Yo siempre he querido evitar sorpresas y confirmar que mis miedos no tienen razón de ser en el corto plazo. Y, en el caso de ser al revés, me interesaba averiguar si me iba a dar un talegazo **[8]** para cambiar el rumbo que ya hubiera tomado.

Me senté delante de ella y esperé con el aliento contenido y las palmas de las manos sudorosas a que me dijera a qué atenerme. Sentía curiosidad, pero también quería que tía Jana tuviera la tranquilidad de que su sobrino y su novia se llevaban bien.

—De acuerdo —dijo, y comenzó a deslizar los dedos sobre las cartas—. Por lo que a ti respecta, la cosa es fácil. Solo tienes que hacerme una pregunta sobre lo que más te preocupa o acerca de un asunto concreto y las cartas te contestarán. Ten presente, no obstante, que el tarot no predice el futuro sin más. Lee las energías que te envuelven en ese momento.

Más adelante, cuando tía Salma cumpliera el tercer aniversario con tía Jana y yo tuviera que resignarme a que lo suyo iba para largo, a pesar de cometer un error al incluirla en la familia Oramas —porque lo fue, más allá de que en las cortas distancias sea majísima—, le pediría que me enseñara a echar las cartas y aprendería que los tarotistas necesitan dos barajas, una para la gente que quiere conocer sus designios y otra para ellos mismos, pues las energías no deben mezclarse. Aprendería también que la

interpretación del resultado depende del tarotista, que los arcanos mayores conectan lo terrenal con lo espiritual y que los arcanos menores precisan los detalles.

Nunca he llegado a convertirme en un as del tarot, pero cuando pude, le robé a tía Salma su baraja para disponer las cartas tal y como me salieron a mí durante esa primera y determinante lectura, buscando una alternativa favorable o menos incierta, una pista esperanzadora que me permitiera seguir esperando a Maday sin sentirme un tolete [9] .

Salma me miró con sus ojos ambarinos y me sonrió como si ya me hubiera leído el pensamiento.

—Ya sé lo que quieres preguntar. —Hizo un disimulado gesto con la cabeza hacia Maday, que estaba apoyada bajo la puerta que daba al jardín con su cigarrito en la mano—. En esta familia sois de todo menos discretos, ¿eh?

—Yo en concreto siempre me he enorgullecido de ser el menos transparente. —Me defendí.

—Y lo eres, lo eres. No te tomes mi comentario invasivo como algo personal. Es que he nacido con el don de la clarividencia.

Arqueé una ceja, poco impresionado.

—No me digas…

Me pareció una payasa con todas las de la ley, pero decidí que la perdonaría si me decía lo que me interesaba saber. Y se dispuso a ello sin que yo hiciera la pregunta del millón: ¿algún día tendría la oportunidad de estar con Maday Arencibia?

Utilizó siete cartas de la baraja de arcanos mayores y las colocó en forma de «U»; las tres primeras representaban el pasado, el presente y el futuro, respectivamente. La de abajo, la que más cerca estaba de Salma, era un consejo del tarot para afrontar la situación expuesta, y las tres siguientes me hablarían del entorno, los obstáculos y el resultado.

No sabía si se me había revuelto el estómago ante la inminencia de mi destino o porque tenía el gofio todavía enyugado [10] .

—El pasado, el presente y el futuro no hacen referencia a ti, sino a la pregunta —me explicó con tiento. Salma cuadró los hombros y estiró las manos por encima de la cabeza sin apartar la vista de las cartas extendidas con esa expresión suya de Hércules Poirot—. En el pasado, como ves, tenemos la carta de los enamorados.

Encontramos que existe un vínculo previo, uno fuerte y tan positivo que no sería descabellado decir que, además de una amistad poderosa, hay asimismo una ligera atracción. —Alzó la mirada—. ¿Me equivoco?

—Yo diría que la atracción es unilateral —masculló tía Jana por lo bajini.

Salma la ignoró.

Yo decidí hacer lo mismo.

—En el presente, la carta de la rueda nos dice que se produce un cambio. Hay una evolución que parece ser favorable, porque este dibujito que ves aquí suele traer optimismo. Ahora bien, en esta posición en la que ha salido nos dice que no hay nada decidido.

»Pero en el futuro —prosiguió, y fue ahí cuando habría jurado que la ansiedad se me hizo notar por primera vez descomponiéndome el estómago— nos ha salido la torre, que quiere decir que tendrás que afrontar adversidades. Así pues, la positividad de la rueda queda mermada.

—Viene a decir que lo tienes jodido, mi niño. —Simplificó tía Jana, meneando la cabeza.

—La cuarta carta, que representa el consejo del tarot, es la estrella. Este símbolo está relacionado con la espiritualidad. Lo que yo aquí interpreto es que sería necesario hacer una introspección para alcanzar los objetivos deseados.

—¿Una introspección?

—Que te tendrás que comer la cabeza —aclaró tía Jana.

—En el entorno —continuó Salma, tan metida en su papel que era ajena a los comentarios de su novia— aparece la emperatriz. Es una carta que refiere al entorno familiar, el peso de la tradición y…

—¿Y los obstáculos? —pregunté antes de que terminara siquiera.

—El diablo. El diablo invertido —musitó Salma, palideciendo de pronto.

No tenía ni idea de lo que me estaba hablando, pero me puse nervioso.

—¿Qué significa eso?

—Probablemente, que tu hermana va a ser el problema. —Meditó tía Jana, encantada de meter baza—. No hay carta que la represente mejor.

—Y a ti te debe de representar la vaca en brazos, ¿no?

—espeté—. Porque eres pesada de cojones con el temita. Menos mal que no es tu hija, o habríamos tenido que llamar a los servicios sociales.

—Desde luego, porque tu hermana ya me habría intentado matar unas cuantas veces. Las suficientes para que le pusieran una cama en el Tribunal de Menores y los jueces la saludaran con un apodo cariñoso.

Le lancé una mirada perdonavidas que venía a significar que hablaríamos después. La charla no tendría otra finalidad que repetirle por decimocuarta vez que dejara de pagar con Dácil su mal humor, o que por lo menos me explicara a qué se debía su dichoso antagonismo, porque esa rabia gratuita hacia ella empezaba a cansarme.

—Nunca he entendido por qué la trata tan mal —admite Thiago—. Es desesperante.

—Ni tampoco lo entenderás. La confronté hace poco a propósito del tema y no te creas que me dio alguna excusa como que Dácil intentó meterle fuego mientras dormía, o que mató a su perro echándole matarratas en el pienso. En resumidas cuentas, le parece una niñata a la que hay que poner en su sitio, porque, dicho por ella, «no la han educado como se debe educar».

—Sí, hombre. —Se asombra Thiago, perplejo—. ¿Me lo dices en serio?

—También me dejó caer que ella fue como Da en su etapa universitaria. Vivió una época rebelde y contestona. El carácter de mi hermana le recuerda fleje [11] *a ese entonces y se avergüenza tanto que reacciona de mala manera, e incluso siente la necesidad de evitar que se descarrile como ella lo hizo. No parece entender que Da no se va a enamorar de las drogas duras solo porque sea una cabra loca, ni que no hay forma más efectiva de empujar a alguien a consumir que haciendo de su vida un infierno. En fin, me dio una sarta de excusas que no justifican ni de lejos que le esté dando para el pelo constantemente.*

—Entonces resulta que Da solo le cae mal… Tenía la esperanza de que se debiera a un problema con solución —reconoce con tristeza.

Sonrío, desinflado.

—Mi familia no tiene solución, Thiago. Son como son. Eso es todo lo que has de saber.

—El diablo es una carta asociada a los deseos carnales. Que haya aparecido invertida quiere decir que el problema estará relacionado con la cama. Quizá no haya conexión, o no tengáis confianza, o vuestros periodos de libido no coincidan…

La respuesta me dejó bastante tocado, porque como adolescente que incursionó en el mundo del sexo gracias a páginas pornográficas con toda clase de prácticas explícitas, llevaba en torno a un lustro más salido que el pico de una mesa, y que el objeto de mi amor no me tocara ni con un palo, en lugar de convertirme en el desventurado joven Werther, me había transformado en una bestia sedienta de cariño más que preparada para desplegar todos sus conocimientos físicos con verdadera pasión a la menor muestra de interés.

Cuando Maday se quedaba dormida en mi regazo mientras veíamos un episodio de *Girls*, que encima ponía ella, solía sorprenderme contando hasta cien, o hasta quinientos, igual que en plena crisis de ansiedad, para apaciguar el intenso deseo de despertarla y preguntarle lo más educadamente posible si le importaría, por favor, liarse conmigo un fisquito.

Y ella se habría ruborizado, pero ganas no le habrían faltado. Estoy seguro. Aunque nunca me han dado más de cinco *likes* en una foto de Instagram y mi abuela no para de repetirme el dicho de que «en la guerra, cuando el gordo se hace flaco, el flaco se murió», insinuando que, por delgaducho, seré pasto de los tiburones a los dos días si nos sorprende una hambruna, me considero un chavalito rumbero y gustón. Me pasaba el año entero moreno como un gitano, no le tenía miedo a dejarme el pelo largo y llevaba unas ojeras por los talones de pasarme doce horas al día estudiando, y a veces eso es todo lo que se necesita para conquistar a una mujer, que esta tenga la esperanza de que algún día le digas: «Contigo me siento tan en paz que por fin he podido quedarme dormido… y ha sido en tus brazos», o alguna machangada del estilo que he leído en las novelas de mi chinija. Maday no era ajena a estos encantos míos porque la había pillado mirándome mientras surfeaba con esos

ojitos redondos que se le ponían de niña cuando veía una película de miedo, de tener pánico a lo que pudiera pasar durante su intenso escrutinio, pero estar demasiado hipnotizada para apartar la vista.

No, el problema no podía ser sexual. Éramos el uno para el otro en todas partes, en todos los sentidos. Era mi novia de 2.º B, «porque vivimos tan cerca que todos los días volvemos juntos y a pie[12]». Habíamos nacido el mismo día, joder, y me había preocupado de confirmar que los capricornio eran compatibles entre sí. De hecho, y según internet, «se trata de una relación muy equilibrada de dos personas prácticas, cautelosas y reservadas con unos criterios y puntos de vista muy afines».

Y tan afines… Los dos opinábamos que Santa Cruz era fea de narices, que la mejor arepera era El Rayo y más adelante estaríamos de acuerdo en que *Maracucho bueno muere chiquito* era el mejor disco de Cruz Cafuné.

—La última carta es el resultado. —Salma la giró para que pudiera verla.

—La luna. —Completa Thiago, sosteniendo entre los dedos el naipe de marras.
—La luna —confirmo yo.

Por lo visto, la luna simboliza el miedo a que algo ocurra. Al ser la última en salir después de la disposición de los naipes, quiere decir que debes superar ese miedo, muy vinculado al pasado, para que en el futuro tenga alguna posibilidad de que eso que se pregunta suceda. Como la lectura era positiva —es decir, la luna estaba en la posición natural—, indicaba que existían sentimientos en las personas involucradas que no se atrevían a sacar a relucir por temor; si hubiera aparecido invertida, podría haberse entendido como que yo estaba viendo un espejismo, algo que en realidad no era como yo creía.

—Al ser una lectura amorosa —prosiguió tía Salma—, sacamos en claro que existe un romance; que el amor es real e innegable. Pero ¿llegará a entablarse una relación? —Hizo una pausa que habría jurado que condensó todas mis esperanzas—. Parece que no, mi niño. Sobre todo sugiere dudas.

»Pero no me gusta dar malas noticias, o al menos no solo eso… —Salma se levantó para rebuscar en su bandolera de piel sintética

(cero crueldad animal) y ponerme sobre la palma de la mano un cuarzo rosa—, así que toma. Esta piedra se relaciona con el amor. Simboliza la pasión, la sensualidad, la paz y la ternura. Suelen utilizarse para atraer el amor incondicional y mejorar las relaciones en todos los ámbitos.

»Algo me dice que la necesitarás.

—Mírala, aquí está. —Thiago saca el cuarzo rosa con expresión triunfal. La sopesa en la mano, pensativo, y me mira con una ceja enarcada—. ¿Te sirvió?

Suspiro.

—¿Y tú qué crees, máquina?

Capítulo 5

08/06/2015

El día que escribí la lista de Airam

—Por favor, dime que en la fiesta en la que fingisteis ser novios pasaron cositas.
—¿Qué tipo de cositas?
—No sé, que te diera un beso, o se te declarara, o bailarais una cancioncita lenta…
—No sabía yo que fueras tan romántica, Dácil.
—Y no lo soy, pero seguro que eso te habría hecho muy feliz.

Y tanto.

Después de la fiesta de jubilación, un día de trabajo como otro cualquiera me reuní con Flor en el cuartillo de la limpieza. Solíamos armar una mesa de plástico y echarnos un continental cuando lográbamos escurrir el bulto y endosarle nuestro trabajo al que llevara toda la semana escaqueándose.

Estaba convencida de que Flor no sacaría el tema de mi falso novio. ¿Para qué? Obviamente yo no iba a permitir que Airam me diera el primer beso el día de la jubilación de Paola, y menos con la excusa de ser mi pareja. Tenía ciertas expectativas acerca del momento de la verdad, y prefería que no se diera en el hotel donde tan mal lo había pasado las primeras semanas, con Carlos lanzando miradas censuradoras cada vez que nos rozábamos Airam y yo.

—¿Cómo que «miradas censuradoras»?
—Consideraba que debería haberle comentado lo de mi relación, quizá para no hacerse ilusiones.
—Fuertito machango. Cada vez me cae peor.

El caso es que Flor *sí* lo sacó a colación.

—No me salió tan mal la jugada al convertir a Airam en tu noviete, ¿eh? Me lo creí hasta yo, que fui la artífice de la mentirijilla —comentó mientras robaba una carta de la baraja central.

Iba a destruirme al continental y lo sabía, y como es de las que hacen leña del árbol caído, de paso se divertiría de lo lindo tocándome la moral. O a lo mejor esa era su estrategia, que es la misma que la de tu madre, Da: Jimena siempre saca mierda de los lugares más recónditos en una mesa de póquer para desestabilizar al personal y hacerse con la gloria.

—Pues no sé por qué —respondí, fingiendo tranquilidad—. Solo somos amigos.

Me había puesto nerviosa ante la expectativa de hablar de lo sucedido en la fiesta de jubilación porque sí que ocurrió algo. No allí, en el hotel; Airam también se cortó al saberse rodeado de gente y se limitó a hartarse de comer jediondadas[13] y bailar todas las cumbias o salsas que pusieron con quienquiera que se le pusiera por delante. Pero sí pasó algo cuando llegamos a casa…

Antes de irse a la suya tuvo que pasarse por mi chozo para que le quitara las lentillas, porque le daba pánico pellizcarse los ojos. Esta era una ocurrencia habitual entre nosotros: él se ponía las lentillas y yo se las quitaba. Mi abuela ya estaba durmiendo a esas horas, así que subimos las escaleras hasta el baño muy despacito para no despertarla.

Bueno, Airam canturreaba por lo bajo uno de los temas que habían estado repitiendo hasta la saciedad en la fiesta.

—¿Estás preparado? —le pregunté en cuanto me hube lavado las manos, poniéndolas delante de él con las palmas mirando hacia mí. Parecía Meredith Grey a punto de enfundarse los guantes del quirófano.

Airam dio unos saltitos para relajarse, igual que un boxeador, y me miró con una sonrisilla.

—Creo que sí, entrenador.

—Pues venga, allá vamos. Siéntate. —Obedeció como un cerdo camino del matadero y a mí me dio la risa—. Por favor, Airam… Que vas a estudiar Medicina, chacho. ¿Cómo puedes ser tan aprensivo con esto de pellizcarte un ojo? ¿Te recuerdo que pretendes abrir niños en canal en una mesa de operaciones?

—No es lo mismo —se quejó.

—¡Es peor!

—Ni que los niños estuvieran despiertos. Pero eso no viene al caso. No es como si quisiera ser oftalmólogo. Esto de las lentillas es una cosa muy desagradable. Mira lo irritados que me ha dejado los ojos. —Se los señaló con el dedo, y así era.

—Hay que ver la de cosas bonitas que haces por mí —comenté sin ningún tipo de doble sentido, solo para introducir el agradecimiento de rigor—. Te pones lentillas y renuncias al domingo de estudio antes del primer examen de selectividad para venir a cubrirme las espaldas.

—Y además se lo han tragado. —Respingó en cuanto intenté abrirle el ojo izquierdo tirando del párpado hacia arriba, pero para variar, no lloriqueó—. ¿Sabes cuánta gente me ha dicho que hacemos buena pareja? Está claro que nacimos para estar juntos.

—La verdad es que sí —respondí, tan concentrada en quitarle la primera lentilla que no me daba cuenta de lo que decía—. Si con treinta años no nos hemos casado, deberíamos hacernos un mutuo favor y pasar por el altar.

—Con veinticinco, mejor.

—Sí, claro, o mañana —me mofé, preocupada por si sonaba tan histérica como me sentía—. ¿Es que te cuadra mejor con tu planificación calculada al milímetro?

—Exacto. Y no se me da bien esperar. El suspense es una cosa que no soporto… ¡Joder! —exclamó en cuanto la primera estuvo fuera. Pestañeó deprisa y se frotó el ojo sin lentilla con el puño cerrado, como un niño adormilado—. Esto es peor que una tortura china, macho.

—No seas llorón. Vamos con la otra, venga.

Gruñó a modo de respuesta. Al cabo de unos segundos, retomó la conversación:

—Que sepas que has desperdiciado una oportunidad de oro al impedir que te toqueteara un poco en la fiesta. Podría haber conseguido que la concurrencia masculina se pusiera celosa. Incluso que te enamoraras de mí.

No sabía si tu hermano hacía esos comentarios porque de verdad no se le ocurría ni por asomo que yo de verdad pudiera estar ya enamorada de él, o si lo sabía de buena tinta y esta era su manera

menos sutil de tirarme de la lengua.

—Teniendo en cuenta que es un pedazo de manipulador —medita Dácil—, yo diría que lo segundo.
—Ya, yo también.

Pero a veces me daba la risa cuando soltaba esos comentarios tan melancólicos. Pensaba: «Si tú supieras, si tan solo supieras…», y me venía a la cabeza aquella canción de Los Ángeles que parecía hablarme directamente: «Si yo supiera, compañero, que el sol que sale te ofende, con eso me peleara aunque me dieran la muerte [14] ».

Cuántas veces había querido decirle aquello y me había bloqueado en el camino.

Su comentario, tan directo esta vez, me sorprendió, y me separé lo suficiente para mirarlo a la cara. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que me había acercado tanto a él para quitarle las lentillas que le había puesto mi escote en la cara, y que él había estado pendiente de lo que tenía en primer plano en todo momento.

No pude evitar ruborizarme, y Airam, al darse cuenta, agachó la barbilla sonriendo para su coleto.

—Prefiero que no me toqueteen con una excusa tan banal.

—¿Y con qué excusa te gustaría que te toquetearan?

—Con ninguna. Creo que todo el mundo quiere que le pongan la mano encima solo si lo desean… ¡Deja de distraerme! Tengo que ir a por la siguiente —le advertí, señalando su ojo izquierdo con la barbilla.

Él se encogió de hombros y echó la cabeza hacia atrás con una sonrisa de bendito.

—Adelante… Si a mí me encanta esta postura.

—¡Por favor! —bufa Dácil, mirando a un lado y a otro en busca de un público impresionable al que hacer partícipe de su asombro—. ¿Me lo dices en serio? Chacha, si es que le faltaba meterte la mano en las bragas. ¿Cómo podías tener dudas?

A ver, cabe decir que en la fiesta sirvieron alcohol y Airam se puso fino. Por eso me prometí que no me lo tomaría en serio. Porque no estaba preparada para hacerlo.

Le quité la otra lentilla, procurando ignorar el hecho de que me había rodeado con los brazos y me miraba como si me quisiera memorizar, y cuando las hube dejado en su cajita, le palmeé los hombros y le anuncié que ya había pasado lo peor. Él se levantó con torpeza, se sacudió los muslos con aire desamparado, como si de pronto no supiera de quién era ese baño, y a continuación me dio un abrazo tierno.

—¿Qué harían mis ojos sin ti? —Suspiró con aire romántico.

—Ponerse unas gafas, que es lo que tienen que hacer. Tampoco te quedan tan mal.

Él emitió un bufido y me pidió que le diera la mano para bajar por las escaleras, porque no era lo mismo subirlas que bajarlas estando medio ebrio.

—Fijo que estaba fingiendo, el muy machango.

—Eso nunca lo sabré.

Lo que sucedió a continuación es tal y como lo cuento. Lo acompañé a la puerta despacito, dejando que se apoyara en mis hombros —creo que al sentarse en la taza del váter le bajó de pronto toda la borrachera a los pies y se volvió más torpe—, y le apreté la mano a modo de despedida.

—Gracias. —Le sonreí.

Él bajó la mirada a mis dientes y me devolvió el gesto sin tanta energía.

—Gracias a ti.

Y se inclinó para darme un beso en los labios con tanta naturalidad que yo me quedé pasmada.

—No grites, Dácil, coño, que vas a despertar a mi abuela.

Te aseguro que no lo hizo porque lo tuviera en su programación, porque, cuando se separó, se dio cuenta de lo que había hecho sin pensar y me miró a caballo entre el espanto y la incredulidad. Le salió de forma orgánica, como si lleváramos diez años despidiéndonos así y hubiera convertido la costumbre en un acto mecánico.

Al ver su cara de pánico, me apresuré a levantar las manos para tranquilizarlo, aunque yo era la primera a la que le galopaba el

corazón en el pecho.

—No pasa nada —le dije con una sonrisa trémula—. Está bien.

En cuanto me oyó, pareció caer en la cuenta de lo que acababa de ocurrir y su expresión adquirió un tono diferente.

—¿Cómo de bien? —preguntó con voz queda.

Acerqué el oído a él para asegurarme de que lo había oído bien.

—¿Qué?

—Digo que cómo de bien.

—No te entiendo.

Y era verdad. No sabía qué me estaba queriendo decir, pero algo intuía por la forma en que me miraba, así que los nervios se apoderaron de mí y no me pude mover del sitio.

Airam tenía los ojos clavados en mi expresión. No volvió a preguntar nada. Me tomó de la barbilla y me la levantó, y yo no me negué a que volviera a inclinarse para besarme otra vez. El mismo tipo de beso, corto y casto, solo que permaneció durante mucho más rato pegado a mi boca, sellada a cal y canto, como si estuviera intentando averiguar cómo le hacía sentir mi cercanía.

Claramente le volvía más turulato, porque cuando se separó por segunda vez, humedeciéndose los labios, me dio la impresión de que estaba más confuso.

Igual que yo.

—¿Me entiendes ahora? —preguntó con un hilo de voz, sin soltar mi barbilla.

El corazón se me encogió. No pude decirle que se separara de mí, ni siquiera si era lo más razonable, si lo lógico habría sido sentarnos en el sofá de escay a hablar de lo que nos pasaba antes de pasar a la acción. Pero ¿cómo desactivas la bomba cuando ya ha empezado la cuenta atrás? ¿Cómo detienes la catástrofe? ¿Cómo iba yo a querer hacerlo, si me estaba mirando con un ruego implícito, con la pregunta del millón a punto de salir propulsada de sus labios?

«¿Me entiendes ahora?», había dicho, pero en realidad expresaba otra cosa. «¿Puedes aceptar que te quiero? ¿Me quieres tú también? ¿Vamos a querernos?».

Asentí muy despacio, hipnotizada por sus ojos irritados. Él también movió la cabeza afirmativamente («Vale, bien, entonces»), y salió de la casa con cara de no haber entendido nada de lo que

acababa de pasar.

—¡¿Y luego?! —Ruge Dácil, aferrada a la almohada de mi cama.

—Nada. Al día siguiente empezaba la selectividad y no estuvimos en contacto. Solo le escribí para saber cómo le había ido, y él me dijo que muy bien, que pronto iría a verme.

Ese mismo día, el posterior a la fiesta de Paola y el de los tres primeros exámenes de la PAU, era el día que Flor replicó mis intentos de restarle importancia a mis sentimientos.

—Y dale… —Puso los ojos en blanco—. Nenita, un día de estos el chico se va a cansar de las migajas que le das y se va a largar. Y tú te vas a quedar solita y desolada, lloriqueando por lo que podría haber sido y ya nunca fue.

—Flor es un pozo de sabiduría inagotable. —Menciona Dácil, cabeceando satisfecha.

—Lo es.

No me dijo nada que yo no supiera, pero oírlo de boca de una mujer veinte años mayor, con experiencia en el sector romántico y que, aun sin conocerme en profundidad —¿quién me conocía en profundidad?— ni conocerlo a él, había sido capaz de ver lo que pasaba entre nosotros, cambió mi percepción de la situación y empecé a revolverme en el asiento como si tuviera hormigas en los pantalones.

Me había estado acostando todas las noches con un nudo en el pecho de solo imaginar que Airam pudiera declararse cuando yo no estuviera preparada, y ahora que lo había hecho a su manera, sin pronunciar las palabras porque no hacía falta, me preguntaba si no la habríamos cagado a lo bestia, o si no sentiría solo atracción en lugar de estar enamorado, o si yo sería de verdad tan importante ahora que se había atrevido a poner en riesgo nuestra amistad por dos besos tontos.

—Tonta serás tú, vamos. Seguro que esa noche te acostaste dando volteretas.

—La verdad es que sí.

Pero seguía sin ser ningún misterio que Airam es coqueto con las mujeres, no hace distinción ni de edad ni de clase social, y ni siquiera se corta un poco con las que son objetivamente feas. Airam tiene amor para toda criatura que se identifique con el género femenino, y ahora me veía estancada en ese miedo, en el de que yo fuera una más, solo que hasta el momento era intocable por el estatus de amiga que me correspondía.

—Flor, tú no sabes cómo es él. —Me defendí—. Te aseguro que al niño le gusta el flirteo.

—Pues yo no lo vi flirtear con nadie más que no fueras tú, y te aseguro que no le quité el ojo de encima en toda la noche para asegurarme de que no me equivoqué proclamándolo tu pareja, no fuera que te hubiera endosado a otro asqueroso como el puto de Carlos. Y porque es magnético, el pibe —reconoció con un suspiro—. Mira que no es mi tipo, pero hay que reconocer que tiene encanto para dos… ¡Fíjate cómo sonreís cuando hablamos de él! Dale, Maday, no te me hagas que la Virgen te habla. Sabés que tengo razón. Ahí hay algo.

—Yo no voy a ocultar que me guste. —Un eufemismo estupendo de lo que en realidad estaba pasando dentro de mí—. Pero tengo razones para pensar que no soy correspondida. Bueno, y también para pensar lo contrario —reconocí en cuanto Flor me fulminó con la mirada—. Aun así…

Flor puso los ojos en blanco, su señal de «ya basta de boludeces», y arrancó una hoja de la libreta que estábamos utilizando para anotar los puntos de cada partida. Me la plantó delante de las narices —y, de paso, echó una ojeada a mi abanico de cartas— y me acercó el bolígrafo.

—Lista de pros y contras.

—¿Qué?

—Cumpliste dieciocho años —anunció, como si eso significara algo—. Ya no podés comportarte como una adolescente indecisa. Toca hacerte cargo de tus sentimientos. Además, él se va a ir a estudiar a otra ciudad si no le das un buen motivo para quedarse, ¿no? A Madrid, ni más ni menos. Tenés una oportunidad. Convencerte de ir a por ella.

—¿Y qué quieres que ponga? ¿Por qué sería buena idea decirle que…?

—Ajá. Y también por qué sentís que te estarías equivocando.

Me di cuenta de que Flor no estaba jugando, y después de lanzarle una mirada desafiante, subrayé la palabra «contras» y puse debajo, en mayúsculas, lo más evidente y terrorífico que se podía ocurrir: «ARRUINARÍA NUESTRA AMISTAD». No paraba de pensar en ello desde que me robó esos dos besos y, en consecuencia, me paralizaba de miedo.

—La amistad está sobrevalorada —zanjó Flor tras echarle un vistazo indiferente—. Ahora vamos a lo positivo. Lo primero: aceptó fingir ser tu novio con mucho gusto y no le costó ni pizca actuar como tal. Lo de quererte le sale natural, está claro.

Al principio, como no quería darle la satisfacción de saber que estaba en lo cierto, y como tampoco me apetecía ver sobre el papel todas las razones que tenía para lanzarme al vacío, para llamarlo en cuanto acabara los exámenes y decirle alguna cursilería imperdonable, me reprimí bloqueando todos los recuerdos reveladores. Pero Flor me iba tirando de la lengua, y poco a poco fui anotando las tonterías que se me iban ocurriendo pero que a mí me parecieron siempre una muestra de amor desinteresado.

La lista quedó tal y como se conserva hoy en día:

1. Aceptó fingir ser mi novio. (Y me dio un beso, y tal).

2. Cuando me bajó la regla por primera vez, estábamos en Carnavales y yo iba disfrazada de novia cadáver. Airam se quitó su chaqueta aun siendo febrero y me la dio para que me la anudara a la cintura, y luego se alejó de su grupo de amigos para quedarse sentado conmigo en la acera mientras me retorcía por culpa de los calambres hasta que vinieran sus padres a darme ochenta antiinflamatorios.

3. Cuando en la excursión a los charcos de Garachico de fin de curso me gritaron «gorda», yo no se lo quise contar por miedo a que se diera cuenta de que era verdad,

porque hasta el momento no parecía consciente de ello. Desde luego, no se comportaba con la burlona condescendencia que el resto de mis compañeros de clase. Dácil se lo chivó en casa, cuando volvimos, porque estaba furiosa y necesitaba que todo el mundo se hiciera eco de su indignación. Al día siguiente en el instituto, el chaval que me lo había dicho me miró con temor por el pasillo, con un ojo morado. Airam no confesó que hubiera sido él, pero ese día faltó a clase porque tenían que ponerle hielo en los nudillos.

4. Se lee todos los libros que le recomiendo, incluso los supermegarrománticos que le provocan arcadas, y luego los comenta conmigo. También subraya algunos fragmentos que le gustan y que pueden estar dirigidos a mí, al igual que los que yo subrayo están dirigidos a él.

5. Dice que está enamorado de alguien con quien lleva imaginándose su vida desde los doce años. La única chica que sigue estando en su vida desde esa edad hasta la presente soy yo. Y Dácil, pero no creo que sea su hermana. Imagínate lo chungo que sería eso.

6. Cuando murió mi madre, estuvo viniendo a mi casa a diario solo para traerme una Tirma, sentarse a mi lado y escucharme llorar durante horas seguidas.

7. Prefiere quedarse conmigo viendo una peli de sobremesa de Antena 3 a salir de fiesta con sus amigos de clase. Incluso si yo no salgo porque estoy enferma y, por tanto, estar conmigo le obligará a comprarme todas las

chucherías que se me antojen y aguantarme en plena crisis.

8. *Siempre me dice que escuche esta canción u otra, y resulta que todas contienen frases como «vendería dinamita a ese que llaman Cupido pa que hiciera un atentado en tu corazón, que es mío», «Cada día, cada noche deseándote, para hundirme en tus abismos inventándote», «If I was your boyfriend, I'd never let you go*[15]*»… A mí me parece mucha casualidad, porque yo solo le recomiendo cumbias sobre mujeres mentirosas y temas de reguetón que hacen apología de la infidelidad.*

Las razones por las que Airam no me quería —no las apunté, pero las pensé conforme escribía las anteriores— eran las siguientes:

1. *¿Por qué no iba a fingir ser mi novio si lo iba a llevar a una fiesta de jubilación, donde podría hincharse a comer sin pagar un duro?*

2. *Los Carnavales se celebran en Santa Cruz, y la temperatura en Santa Cruz en esa época del año es lo bastante agradable para que pueda sobrevivir sin chaqueta, por no mencionar que el calor humano que se concentra en las multitudes de la cabalgata te puede provocar un desmayo. Y el amor no tuvo por qué motivar el gesto; más bien, su constante necesidad de demostrar que es un caballero.*

3. *Airam se había apuntado a kick-boxing en el gimnasio en aquella época. Él no dejaba de repetir que no lo había*

pisado ni para desmatricularse, pero a lo mejor se sintió inspirado ese día y decidió romperle la cara a alguien. ¿Qué? Podría haberlo hecho sin guantes, es muy olvidadizo y seguro que se los dejó en el chozo.

4. Es un hombre. Si le gustara algo asociado a la feminidad, como la novela romántica, no lo admitiría ni bajo amenaza. De ello depende su ego. Seguro que lee los libros porque le encantan y no porque yo se los recomiende.

5. A lo mejor ha tenido otra mejor amiga durante todo este tiempo y me lo ha ocultado para evitar una escena de celos. A lo mejor esa mejor amiga ficticia es rubia, mide un metro ochenta y siete, tiene las peras redondas y grandes como dos balones de fútbol y nunca jamás en la vida se le ha quemado el escaldón el día de su cumpleaños. Tendría sentido que quisiera casarse con ella desde los doce años y no conmigo, que no me salen bien ni las arepas.

6. Para eso están los amigos.

7. Los amigos también están para eso.

8. No es ningún misterio que Airam es un romántico y le gusta la musiquita latina.

Y eso por no mencionar otras muchas obviedades, como que Airam es un alumno de matrícula de honor, el escogido entre un curso de cien adolescentes para dar el discurso de graduación, el que más aparece en las fotos del PowerPoint de la promoción de 2015 más lacrimógeno de la historia de los powerpoints; el pibe al

que Leticia Reyes, la Pamela Anderson canaria, lleva dos años persiguiendo sin tregua para echarle el polvo de su vida… y yo no. Yo tuve que aguantarme las lágrimas en su graduación porque: 1) *chos*, se lo había currado, el cabrón, y 2) yo había acabado la ESO por los pelos, no tenía expectativas de futuro, no sabía qué me gustaba hacer ni si lo que odiaba hacer me disgustaba del todo como para cerrarle las puertas para siempre, carecía de aficiones o de la voluntad para perseguirlas y convertirlas en una pasión; si me encontraba con un excompañero de clase, este ni siquiera se paraba a saludarme, y no porque me despreciara, sino porque no me reconocía o no estaba seguro de recordar cómo me llamaba; sus amigos pensaban que yo no me merecía el lugar que Airam me había dado en su vida —y probablemente tuvieran razón—; estaba lejos de parecerme a una Kardashian, a un ángel de Victoria's Secret o, aunque fuera, a una pseudoinfluencer con ácido hialurónico en los labios; y lo peor de todo: no tenía la menor experiencia sexual para liarlo en mis redes de seductora y convencerlo de que lo anterior carecería de importancia en cuanto me quitara las bragas y le pusiera un dedo encima.

En el remoto caso de que Airam no se hubiera percatado de mis defectos, como daba a entender cada vez que yo me insultaba en voz alta y él se giraba hacia mí como si hubiera hablado latín en sueños, yo sí era consciente de ellos, y me frenaban a la hora de tomar una decisión por la seguridad de ambos.

De hecho, confieso que me encantaba regodearme en mi propio sufrimiento. Tal vez mi deseo de posponer el momento de la verdad, incluso si ya era tarde para dar marcha atrás, tuviera su base en el terror profundo que me daba no estar a su altura. Me veía soltándole la mano cuando nos encontráramos a dos colegas suyos por La Laguna. Así, en cuanto pasáramos de largo, uno de ellos no le diría a su amigo: «Vaya piba fea se ha buscado», o peor: «Vaya piba fea; tiene que follar de lujo», porque para colmo sería mentira.

Él es el príncipe azul, por eso todas lo quieren. Y yo estoy en blanco y negro.

Bueno, pues le dije todo esto a Flor y ella me respondió lo siguiente:

—Sabés que te vas a morir, ¿verdad?

—¿De un infarto después de lo rápido que he hablado? —pregunté, recuperando el aliento—. Es probable.

—No, boluda, te vas a morir en general. Con cincuenta. Con setenta y cinco. Con veintitrés. Te morirás un día, y si tenés la mala suerte de agonizar y llegás a ese momento en el que ves pasar tu vida por delante como si fuera una película, ¿sabés qué verás? —Apoyó los codos sobre la mesa redonda con el cigarrillo que acababa de encenderse entre los dedos y me miró con una seriedad que me dejó el corazón en un puño—. No verás una puta mierda, porque no te habrá pasado nada.

»En otras circunstancias te diría que salieras con el pibe para tener algo que contarle a tus amigas. Yo misma casi que me casé por la anécdota, y te aseguro que no ha merecido la pena. Pero sabía dónde me metía. Sabía que no me iba a cambiar la vida para bien. Odio decir esto porque va contra mi religión, pero tú, Maday, nenita, no podés permitirte huir de esto, porque Airam no es cualquier cosa para ti. Y si no das un paso, aunque sea ese minúsculo paso que le hará a él correr el maratón para alcanzarte, te vas a arrepentir toda tu vida. Porque a la gente que se quiere así se la lleva encima por las buenas o por las malas; como una carga o como una prolongación del cuerpo, pero no te la sacás de dentro ni con santería.

—En serio, quiero que Flor sea mi amiga.
—Se volvió a Argentina hace tres años.
—Vaya chasco —bufo—. Pero bueno, nos quedan sus perlas de sabiduría. Lo importante es que hizo que te aplicaras el cuento, ¿no?
—Más o menos —vacilo—. Ahora verás.

Capítulo 6

10/06/2015

El día que las ganas de Maday me traicionaron

Esto lo contaré una vez y no más. Y lo contaré para mí con la misma intención con la que se le dice al espejo, y con el aliento contenido, «Todo va a salir bien», como se numeran las ovejas antes de rendirse al sueño o como se le reza a Dios cuando de verdad lo necesitas; en secreto, porque como eres ateo prefieres que nadie descubra que, en tu desesperación, les das la espalda a tus principios.

Lo cuento para mí porque es una convicción, es un mantra y hasta hace poco era mi esperanza. Ni Thiago ni nadie tienen por qué saberlo al detalle. Nadie lo sabrá.

Me iban a otorgar el premio a la excelencia por haber sacado la nota más alta de toda España en selectividad. Por el momento, mi plan de acción cortoplacista iba viento en popa: todo salía tal y como lo puse sobre el papel. Y digo que «me iban a otorgar» porque no fui a la ceremonia de entrega de premios. Me equivoqué con la hora —aunque no habría asistido de igual modo, el sitio estaría hasta arriba de pijos y frikis repelentes (como yo)— porque esa mañana encontramos a mi abuelo admirando su reflejo en el espejo del recibidor con su tierna y desdentada sonrisa de oreja a oreja.

Se estaba saludando.

«Buenas tardes, don. ¿Adónde va? ¿En qué le puedo servir?», decía.

No se reconocía a sí mismo.

Esa fue la única vez que vi a mi abuela llorar de impotencia, y porque me la encontré sentada en el borde de la cama cuando iba en busca de unos zapatos de calle para llevar al abuelo al hospital, donde le diagnosticarían demencia senil esa misma tarde.

Me equivoqué con la hora de la graduación y ya está, y luego no

me volví a acordar de que pretendían sacarme fotos, hacerme una entrevista y escribir el correspondiente artículo periodístico con el titular que todo el mundo quería leer: que el chaval más brillante del país iba a estudiar Medicina, como debía ser. Vamos, que no se iba a desperdiciar eligiendo por vocación una carrera de letras sin salidas profesionales o metiéndose en una escuela de arte dramático.

Maday y yo habíamos bromeado sobre esa entrevista antes de que salieran mis notas, antes incluso de que hiciera el examen, y fue ella la que me sugirió que, a la pregunta de para qué utilizaría mi nota de selectividad, mencionara un módulo infravalorado o un trabajo perfectamente respetable que escandalizara a los académicos clasistas con ínfulas de superioridad que solían acudir a esa clase de eventos.

No hubo nada de eso. No salí en los medios.

Cuando volví del hospital, tan hecho polvo que no podía ni hablar, fui a casa de Maday en busca de consuelo, de distracción o de esa contagiosa serenidad *madayana* que me apaciguaba los nervios o me ponía a dormir como un tranquilizante para caballos.

Lo primero que oí después de usar mi llave, que la abuela Lupe me había cedido como regalo por mi nota en selectividad —no habría querido otra cosa—, fueron sus zapatillas de fieltro, que tendía a arrastrar como en procesión de la cocina hasta el saloncito.

—Mi niño —me saludó Lupe con su sonrisa cansada. Tenía los párpados hinchados, como siempre, y el pelo aplastado por culpa de la humedad que se concentraba en la casa, pero aun así era una explosión de colores en sí misma, con las felpas de colores y los vestidos estampados—. Maday no anda por casa, la tienen trabajando hasta las tantas, pero te puedes quedar ganduleando si quieres.

Esperé a que pronunciara las palabras del terror («Me dijo tu abuela lo que pasó con Manuel»), pero descubrí, aliviado, que Lupe no estaba al tanto. En su lugar, me halagó repitiendo que estaba bien guapetón, porque con el ajetreo del día no me había dado tiempo a quitarme la camisa que mi madre había insistido en que me pusiera para recibir mi diploma y que me había provocado un sarpullido en un costado del cuello.

Me acuerdo de que eran las 23.23 horas, de que Lupe estaba

viendo en Televisión Canaria *Noche de Taifas*, el programa folclórico de Elvis Sanfiel, y de que había cambiado el mantelillo de crepé del brasero por un bordado reciente que una semana atrás me había enseñado con orgullo, y que olía a queso asado porque Lupe no comía en todo el día, pero le entraba antojazo de salado a partir de medianoche.

Le prometí que me sentaría con ella en cuanto fuera al baño, que estaba en la planta de arriba, y volví a repetirle que se tenía que mudar a un pisito más accesible, que algún día se tropezaría con sus zapatillas remendadas, con el borde de ese vestido que se había comprado en los ochenta y que aún le quedaba bien —cosa que repetía con un orgullo que le alteraba la respiración— o con sus rodillas artríticas, y ella volvió a decirme una vez más que «me arrancara *pa'l* carajo», que en esa casa no habían nacido ni ella ni su hija, pero que sí lo hizo su nieta, y que allí moriría en honor al acontecimiento. Y yo no dije nada al respecto, porque también querría que me enterraran junto a Maday, a la que quería más que nunca los días que sentía que me faltaba el aire, los días tristes con panza de burro, los días de las malas noticias, los días que me arrebataban la esperanza. Porque por más días que tuviera el mes y que hubieran pasado sin pena ni gloria, Maday era el mío, era Maday, *my day*, *Midía, Minoche, Misol, Miluna, Misestrellas, Mivida*. Todos los días los empezaba ella y los acababa ella, si no a mi lado, por lo menos en mi pensamiento. Sobre todo desde que la besé en un acto reflejo provocado por las fantasías cada vez más vívidas que me venían atormentando.

En mi mente, ella y yo ya lo éramos todo, así que solo actué en consecuencia.

Es lo único que puedo decir en mi defensa.

Me encontré en el baño con sus calcetines de colores, la toalla todavía húmeda en el suelo y el altavoz al que conectaba el móvil para poner música mientras se duchaba. Lo desconecté para evitar una desgracia y lo llevé a su dormitorio sin ornamentos, el dormitorio que juraría que era el cementerio de su madre, porque no lo había tocado desde entonces; era un museo explícito de la desgracia de su vida. Fui a dejar el altavoz encima de la mesilla, y

entonces lo vi: no tuve que desdoblar el papelito, no tuve que traicionar su confianza regoliendo [16] entre sus cosas, porque lo leí con claridad sin querer.

«Razones por las que creo que Airam me quiere».

Perdí la sensibilidad en las manos y dejé de sentir la cara, como si el alma me hubiera abandonado. No sé cuánto rato estuve allí de pie, leyendo con los ojos inyectados en sangre lo que probablemente no debía ser leído, memorizando algo que yo ya sabía, pues podía dar fe de que su testimonio era verídico, de que no exageraba, y de que incluso le faltaban cosas: iba a recogerla hasta el hotel del diablo a pesar de que odiaba que trabajara allí y estaba en el quinto coño porque la quería, y me comía el escaldón quemado de mi cumpleaños porque la quería, y me apoyaba en la puerta del baño cuando se estaba duchando porque, si no, no habría descubierto que canta como los ángeles —nunca lo haría delante de mí—, y me preocupa no descubrir cada nimio detalle, cada secreto que guarda, porque la quiero; y mandaría a la mierda lo poco que tengo y lo mucho que podría tener si me ciñera a mis planes —irme de Los Cristianos y alejarme de la familia, que me agota y me asfixia— porque la quiero; y también permanecería para siempre en mi jaula, en constante estado de alerta, porque ella está al lado y la quiero.

Creo que solo habían transcurrido diez o quince minutos cuando Maday apareció en su habitación y me pilló con la lista en la mano. Me giré a toda velocidad en su dirección mientras hacía el amago de cruzar el umbral porque reconocí sus pasos por las escaleras, y también porque creo que habría enloquecido del todo si hubiera esperado un solo segundo más para hacerlo.

Quise abalanzarme sobre ella y cubrirla de besos por haberme dado la excusa que necesitaba para justificar mi arranque de la noche de la fiesta de jubilación. Maday me dio ese impulso sin querer.

—¿Qué es esto? —pregunté sin rodeos, levantando el papelito doblado.

Maday palideció de forma tan abrupta que pareció que fuera a desmayarse.

—N-nada —respondió primero, atragantándose con sus propios nervios—. No lo sé —contestó después. Y completamente a la

deriva, concluyó—: No es mío.

Su inquietud me sacó una sonrisa, pero una de esas tan desquiciadas por los nervios que son más bien una mueca.

Estaba tan fuera de mí que no podía controlar ni las expresiones de mi cara.

—Era una pregunta retórica, Maday. No esperaba una respuesta.

—Ah… Vale.

Se quedó bajo el umbral apretando tan fuerte el macuto que contenía su uniforme que los nudillos se le pusieron blancos. Estaba despeinada. Los rizos flotaban alrededor de su rostro preocupado como un halo. Hacía tanto calor que la piel le brillaba y se había quitado el sujetador subiendo por las escaleras, como siempre hacía; gracias a eso vi que tenía los pezones encogidos.

Me armé de valor con una inspiración.

—¿Dónde están las razones por las que tú quieres a Airam? —le pregunté.

—¿Qué? —musitó con un hilo de voz.

—Deberían estar en la parte de atrás. Es lo que corresponde.

Ella soltó una risita estrangulada, una risa tan flojita que no sé cómo pude oírla cuando yo tenía el corazón bombeando a toda pastilla en mis oídos, en el centro de mi garganta, a punto de salir disparado de mi pecho para ir a sus brazos. Pero aún no me los había extendido.

—No sé de dónde has sacado esa idea…

—A lo mejor la he sacado de que me has analizado con tanta profundidad que cualquiera diría que estás un poco obsesionada conmigo. —Medité en voz alta con aparente desenfado—. Solo un poco, un fisco. No te preocupes, que si no fuera recíproco, me habría hecho el sueco. Soy así de caballeroso.

—Pues no es muy caballeroso que se diga que rebusques entre mis cosas y saques conclusiones precipitadas —repuso en cuanto se recuperó, decidida a defender su inocencia. Soltó a un lado el macuto y me enfrentó con la respiración suspendida, pero me miraba ya rendida a la decisión que yo tomara, como si supiera que era una batalla perdida.

—¿Conclusiones precipitadas? —Enarqué una ceja. Se me escapó una carcajada al comprender lo ridícula que estaba siendo la conversación; lo obvios que éramos y la cantidad de machangadas

que nos habíamos estado repitiendo el uno al otro solo para posponer el momento de la verdad—. Ya que no las has escrito tú, te las voy a decir yo. Maday me quiere porque me presta los libros más cursis que te puedas imaginar con algunas frases subrayadas; frases que me dicen exactamente cómo y por qué me quiere.

—¿Q-qué libros? —tartamudeó, confusa—. ¿Qué frases?

—Me subrayó: «Si te amara menos, sería capaz de hablar más de ello», de Jane Austen. Me subrayó: «Si no me piensas, ¿existo?», de no me acuerdo quién. Me subrayó: «No soy una persona religiosa, pero a veces pienso que Dios te hizo para mí», de Sally Rooney. Y soy capaz de citar estas cosas porque las apunto. Apunto cada frase que subrayas y luego la leo e intento entender lo que dice, y solo puedo sacar en claro que me las dices a mí, porque tus libros son sagrados y no se los prestas a nadie más. Solo yo voy a ver que lo has señalado.

—Adrián Fauro —musitó Maday—. «Si no me piensas, ¿existo?» es de Adrián Fauro.

—¿Qué más da? La cosa es que si no me piensas tú, yo no existo. —Me encogí de hombros—. O no quiero existir.

—Por Dios, Airam… —Apartó la mirada, mordiéndose el labio para contener… ¿el qué? ¿Las lágrimas? ¿La verdad?

Me acerqué a ella con la lista aún en la mano.

—Me quieres —dije en voz alta, y algo dentro de mí saltó como si se reconociera en la afirmación que ella no había pronunciado—. Me quieres y no lo puedes negar porque lo llevas escrito en la cara.

Maday estaba acorralada. No sabía qué decir. Solo se le ocurrían maneras de escurrir el bulto.

—Eres un poquito arrogante, ¿te lo han dicho alguna vez?

—Soy arrogante solo cuando me lo puedo permitir. No sé si lo sabes, pero soy la nota de selectividad más alta de España. —Le anuncié con el pecho henchido de orgullo—. Soy listo de cojones y además tengo la disciplina de un militar. Soy la única persona en el planeta a la que mi abuela le da besos. Y puede que no me votaran como el más guapo, pero tengo el Premio Naranja al más majo de la clase. Conozco mis virtudes y mis defectos: sé que me huelen los pies, que incluso si voy al gimnasio para entrenar en lugar de para sacar Tirmas de la máquina, seré un puto larguirucho medio abamballado[17], y que me frustro tanto si no tengo lo que quiero

que la ansiedad me paraliza y solo puedo pasar el resto del día mirando al techo. Pero también sé que estás enamorada de mí por eso… o a pesar de eso. Y no me lo vas a negar, Maday —le advertí, acercándome a ella; acechándola, más bien—. ¿Por qué lo ibas a hacer?

—Porque… porque… —Cerró los ojos y tragó saliva en cuanto vio que daba el último paso adelante, como si se estuviera preparando para que la besara. Al final dijo con un hilo de voz—: Porque no era así como tenía que pasar. Era yo la que debía decírtelo, y lo iba a hacer, te lo juro, es solo que… —Empezó a sollozar de pura ansiedad.

—No pasa nada. La lista nos ha hecho un favor.

No podía dejar de mirarla. Seguía respirando con dificultad, con las pestañas proyectando una sombra sobre sus mejillas azoradas y los labios entreabiertos.

—¿Cómo sabes t-tú que me q-qui… quieres y no… no… es solo atracción?

—Porque nunca estoy satisfecho contigo. Siempre me largo a casa con una magua[18] tremenda porque no he podido… —hice un gesto con la mano intentando atraer las palabras exactas, y aunque encontré unas, no fueron lo bastante fieles—, meterte dentro de mí.

Ahuequé su rostro con mis manos y esperé a que encontrara el valor para mirarme a los ojos, pero en cuanto hizo contacto visual conmigo, tuvo que apartar la vista para que no yo viera que estaba a punto de echarse a llorar. Me incliné sobre ella y la besé en la coronilla, temblando tanto o más que mi chiquita, como si nos estuviéramos despidiendo en lugar de decirnos «hola» por fin.

«Hola, soy Airam y esto es todo lo que tengo para ti»; «Hola, soy Maday y lo acepto».

Eso era todo lo que tenía que hacer. Aceptarlo.

—¿Por qué lloras? —pregunté en voz baja.

—Porque… porque… porque me vas a besar ahora mismo y llevo un chándal y estoy sudando como una cerda en lugar de llevar un vestido de seda japonesa y unos pendientes nuevos… O algo así. Algo memorable —sollozó, entrecortada.

Agradecí que tuviera esa salida, porque me permitió liberar toda la tensión con una carcajada.

—Tienes razón. Estás sudando como una cerda… y además te voy a besar.

Por Dios que si la besé, esta vez en condiciones, y fue decepcionante de cojones, pero ya sabía que iba a serlo, porque no puedes concentrar cinco años de anhelos en un beso, no puedes besarla durante esos cinco años para recuperar el tiempo perdido; podrás decir «te quiero» con un beso, vale, pero hacerle saber cuánto, hasta qué punto, es imposible, porque la vida se me queda corta y yo solo soy un pobre mortal al que el deseo le sobrevivirá un día.

Maday estaba tan nerviosa que me mordió el labio inferior con suavidad y tuvo que separarse un poco para pedirme perdón, pero el segundo beso me lo devolvió como si estuviera soñando, a cámara lenta, aún decidiendo si seguir durmiendo o si despertar. Y ya los que siguieron no se distinguían unos de otros, ni tampoco las manos, porque en cuanto Maday me puso un dedo encima ya no supo parar. Ni tampoco por dónde empezar, porque se dedicó a palparme como si hubiera regresado de entre los muertos y quisiera confirmar que estaba allí de verdad, igual que yo le habría clavado las uñas en la carne si las hubiera tenido largas para que quedara constancia de que ese era mi territorio y de que ahí estaban los límites de mi cordura.

—Entonces… —balbuceó cuando se separó para tomar aire, y me miró con los ojos vidriosos—, entonces me quieres.

—No, me lo he inventado para que me dejes follarte.

Ella puso los ojos como platos.

—¿Quieres…? ¿Pretendes…? Yo no… no voy vestida adecuadamente.

Enarqué una ceja.

—Sí que se me da bien besar, ¿no? He conseguido que te olvides de que no hace falta ropa para follar.

—Ya, pero… Quiero… Me gustaría oler bien, y llevar algo bonito, y ponerte un poco nervioso antes, y… Aunque no sé si hacerme de rogar es lo mejor —meditó para sí misma, hablando cada vez más deprisa—, porque a lo mejor te decepciono. Yo no soy como otros —recalcó con retintín—. Yo no me he liado con mujeres a pesar de, por lo visto, estar enamorado de mi gran amiga Maday.

Me hizo gracia su reproche.

—Estaba perfeccionando mi técnica para cuando te decidieras a seducirme. Pero si quieres tenerme a dos velas hasta que me purgue por dentro… —insinué, y le coloqué un rizo detrás de la oreja.

No se me habría ocurrido proponerlo si hubiera estado en mis cabales. No solo estaba desesperado por desnudarla, pues había soñado con ello hasta rozar la insania, sino porque sabía que ninguna otra cosa podría aplacar el subidón después del «te quiero» de Maday.

—No, pero… —Ella tragó saliva—. Hoy me han ofrecido un puesto de última hora en uno de esos cruceros turísticos que van por Lanzarote, Gran Canaria, El Hierro y demás, y… Saldríamos mañana por la mañana. No me gustaría hacer esto ahora para marcharme mañana todo el verano.

—¡¿Todo el verano?! —Si no hubiera estado tan decidido a mantenerla pegada a mí para siempre, la habría soltado por la indignación—. ¿Qué clase de crucero dura tanto tiempo?

Respiró hondo, como si necesitara tanto como yo o más tranquilizarse, apagar el fuego que habíamos encendido y nos iba a consumir.

—Son varios. Voy a empalmar seis. Uno de ellos pasa por Madeira, otro por La Gomera… Necesitaban a alguien con relativa experiencia, un compañero pensó en mí y me vendría bien el dinero. —Hizo una pausa para mirarme de hito en hito, tratando de adivinar en qué estaba pensando—. Lo siento, no sabía… no sabía que esto iba a pasar.

—No tienes que disculparte, pero… joder, me voy a volver loco tanto tiempo. ¿Cuánto vale el crucero? ¿Puedo ir?

Maday se rio y me rodeó con los brazos para tenerme bien amarradito. Estuve cerca de derretirme cuando apoyó la mejilla en mi pecho.

—Pues no lo sé, pero no hace falta que vengas. Al final volveré. Y cuando lo haga, podríamos… podríamos hacer algo romántico, como… como llevar a mi abuela a la Candelaria el quince de agosto para la misa que se celebra por su día.

Se me escapó una carcajada.

—O como ir a la arepera de Santa Cruz —me mofé—. ¿Ese día vuelves? ¿El quince?

—El catorce por la noche.

—De acuerdo… —murmuré, pensativo. Mi cerebro no había ido tan rápido desde que me apunté al concurso de cálculo en primaria—. Pues esto es lo que vamos a hacer: el quince de agosto apareceré en tu casa con el coche de mi padre para llevar a tu abuela a la Candelaria. Y a ti, claro. Tú te pondrás el vestido de seda japonesa y un poco de desodorante —ella soltó una carcajada— y te subirás al coche y estarás provocándome todo el día hasta que lleguemos a la misa. Después de dar gracias a Dios por las cosas que más nos importan, como los rizos y los ojos bicolores… —Paré para mirarla largamente, pensativo—. Decide tú cómo termina el día. Que no se diga que no te doy la oportunidad de decidir, que poco más y me llamaste tirano cuando dije que quería un Hyundai.

Maday se rio otra vez.

Con independencia de qué iba a proponer ella, yo tenía claro el desenlace. La cogería de la mano y no la soltaría jamás.

—Después de dar gracias a Dios por las cosas que más nos importan —retomó muy despacio, con la vista clavada en mi garganta, rozando con los dedos mi colgante—, como los collares de cauris y las risas que se oyen hasta en el Atlántico, dejarás que te dé un beso, y de lo demás te encargarás tú, porque yo no sé.

—Trato hecho. —Le guiñé un ojo, sintiendo el corazón ardiendo—. Eso haremos el quince de agosto. Y por hoy, por lo que queda de noche, nos besuquearemos en la clandestinidad. ¿Te parece bien?

—Me parece genial. —Y estiró los brazos, con el rostro aún congestionado de emoción, para que yo la arrullara.

Eso hice, tal y como le prometí.

Y eso habría hecho el resto del tiempo si tía Salma no hubiera sacado la carta del diablo.

Capítulo 7

14/08/2015

El día que Airam fue un gran cristiano (y un gran blasfemo)

Cuando mi abuela era joven, los días trece y catorce de agosto peregrinábamos hasta el municipio de la Candelaria para asistir a la misa en honor a la Virgen. Es decir, nos comíamos un viaje de dieciséis horas por la costa este de la isla y arriesgábamos nuestra vida cruzando por las autovías, todo para recibir la bendición de La Morenita, nuestra morenita, el tesoro más grande de Canarias.

Según la abuela Lupe me contaba, la tradición decía que el mismísimo *mencey*[19] Bencomo inició esta marcha tradicional emprendiendo el camino desde el antiguo Taoro, que hoy es la zona de La Orotava y Los Realejos, para ver con sus propios ojos a esa Virgen que habían encontrado y ahora adoraban los guanches del sur. La primera vez que yo hice la peregrinación fue el primero de febrero, y con la expectativa de que La Morenita me hiciera un favor, pues se dice que la patrona cumple tus promesas y ruegos. Mi propósito no era divertirme haciendo senderismo un ratito ni pasármelo bien, sino pedirle que curara a mi madre, que en aquella época ya había enfermado y los pronósticos clínicos no eran precisamente alentadores.

Yo siempre he pensado que la Virgen me escuchó e hizo todo cuanto estuvo en su mano, porque, en teoría, mi madre debía morir un mes después, y sin embargo aguantó casi un año entero. Mi abuela repetía a menudo que teníamos que agradecerle a nuestra Candelaria el milagro que obró por nosotras, porque ella, como Virgen, sabía lo que era perder un hijo, pero no tenía ni idea de cómo se sentía una al perder a una madre, e hizo ese ejercicio de empatía para ayudarnos. Para ayudarme a mí.

Seis años después de su fallecimiento, ahí estábamos, preparándonos para nuestro viaje —en coche, porque la artritis de la abuela Lupe ya no perdonaba— con la misma ilusión que antaño y practicando con qué secreto rezo sorprenderíamos a La Morenita. Yo lo tenía claro: después de haberme pasado dos meses enteros metida en la estrecha cocina de un barco con un jefe explotador y la única compañía de Flor para desahogarme, solo guardaba la esperanza de que la espera hubiera servido para que Airam me quisiera más, o por lo menos para que no me quisiera ni un fisquito menos.

Habíamos estado escribiéndonos como posesos. Creo que no he mandado tantos mensajes seguidos ni cuando tú no me contestabas al Messenger y me tocaba enviarte puntos, comas, emoticonos que ocupaban la pantalla entera y zumbidos para que te metieras en la dichosa ventana. Y mira que pasé dos meses currando como una cabrona y acumulé anécdotas lamentables para aburrir, pero lo único que recuerdo de aquellos más de sesenta días en alta mar es el anhelo frustrado, mi búsqueda frenética de vestidos de todos los colores en páginas de tallas grandes y el temblor de mis manos al meterme en la litera y prepararme para hacer una brevísima sesión de Skype con Airam.

Bueno, pues ahora llegaba la hora de la verdad. Le había obligado a esperar durante dos meses enteros para tocarme, y aunque no había transcurrido un solo día sin que habláramos, yo me sentía como si me hubiera pasado cinco años en la guerra y ahora volviera siendo una persona distinta, una que espera con humildad que la quieran tal y como es ahora, si bien mis sentimientos no habían variado ni un poco.

Sí, había sufrido arranques de inseguridad, pero se los había comunicado a Airam, y en esos momentos encontraba una paz y un alivio que me duraban días o semanas… hasta que la pila de la autoestima se me gastaba y había que volver a empezar.

Sé que a él no le importaba. Si acaso, le preocupaba. Pero estaba dispuesto a lidiar con ello.

—Pero bueno, mi niña, ¡qué guapísima! —exclamó mi abuela nada más verme bajar las escaleras—. ¿Estás tú segura de que te vienes a la Candelaria conmigo y no a un evento especial?

—¿Es demasiado? —Me tiré de la falda azul eléctrico. El vestido

tenía una caída de vuelo que me encantaba—. ¿Se nota mucho que lo estoy intentando? ¿Debería ponerme el otro? ¿El rojo? ¿O el amarillo? Juraría que el amarillo me hace gorda.

—¡No me jodas! ¿Tu abuela lo sabía?
—¿Cómo no lo iba a saber, si pasamos todo lo que quedaba de agosto metiéndonos mano en su sofá?
—Hostia, hostia… Qué callado se lo tenía la Lupe. Esta se la guardo.

—Con todos estás muy guapa, pero creo que ese es el que más te favorece. Yo no sé cómo te pusiste tan morena trabajando todo el verano a puerta cerrada… Mira que la piel de las Arencibia es un misterio para mí. —Sacudió la cabeza.

Tuve que conformarme con la opinión de mi abuela, que era subjetiva de aquí a Cancún. No quieras saber la cantidad de vestidos que tuve que devolver, porque pedí once o doce para ver cuál se ajustaba más a mi idea perfecta de reencuentro romántico y solo me quedé el que me puse ese día, uno de tirantes y escotado con una sobrefalda de gasa.

No me sentía exactamente yo. Las varillas me apretaban en el vientre y los nervios no ayudaban a que lo llevara con elegancia. Pensé que, en cuanto Airam me viera, se daría la vuelta bufando y diría que no era eso por lo que había esperado tanto —para un adolescente, dos meses sin meterla en caliente tienen que ser una tortura—, pero supe que había valido la pena cuando abrí la puerta de entrada.

Airam estaba donde prometió que estaría, de pie en la calzada, apoyado contra la ventanilla del asiento del conductor y con los brazos cruzados. Estaba más moreno que nunca, llevaba el pelo húmedo semirrecogido a su manera, con un mechón enmarcándole la cara, y se había puesto una camisa blanca de lino remangada hasta los codos.

Mi abuela se adelantó para estrecharlo entre sus brazos como si no lo hubiera visto la tarde anterior para cuadrar el viaje, pero Airam no apartó la mirada de mi vestido ni cuando apoyó la barbilla en el hombro de Lupe. Yo me acerqué con las piernas temblándome y la sensación de que el suelo se movía bajo mis pies, hasta que él me envolvió y me estrechó entre sus brazos, y entonces

tuve la certeza de que todo estaba donde debía estar. De que no había soñado la noche del diez de junio ni las llamadas de Skype, y de que esto iba en serio.

Y aunque me dio un vértigo aterrador, me tuve que sobreponer, porque él lo merecía.

—Bonito vestido —dijo en voz baja, y no añadió una palabra más. Después me confesaría, con su brutalidad habitual, que no me había comido la boca porque respetaba a mi abuela y porque lo más probable era que tú estuvieras mirando por la ventana, furiosa porque te habían castigado sin ir a la Candelaria.

—Bueno, que mi castigo sirviera para que os quedarais solos me hace sentir mejor.

La primera parte de mi película de ensueño ya estaba cubierta: un vestido bonito, un hombre encamisado y un carruaje —más o menos, porque el Seat destartalado de tu padre no era el coche de ensueño que se diga—. Solo quedaba la provocación, que yo creo que cumplí con matrícula de honor casi sin darme cuenta durante el trayecto de cuarenta minutos.

Esta faceta de tu hermano no la conoces, pero yo te la cuento. Puso una cumbia tras otra para decirme lo que estaba pensando, y no dejó de toquetear y redirigir las rejillas del aire acondicionado hacia mis muslos para que la falda amenazara con levantarse a cada rato. Mientras tanto, hablaba con mi abuela como si nada, lanzándome miraditas abrasadoras de soslayo, miradas que prometían que me iba a enterar de lo que vale un peine.

Yo creo que, para él, la dinámica que establecimos ese día tenía su qué. No le gustaba quererme en secreto, pero sí ponerme nerviosa y él hacerse el *disimulao*, como aquella canción que Alizzz sacaría años después. Le encantaba que estuviéramos todos sentados a la mesa, la abuela Candelaria, tu madre, tu padre, tú, y él ponerme la mano en el muslo y hacerme virguerías para ver cómo me las arreglaba para que no se me notara demasiado. Pero siempre se me notaba, y tenía que salirme con la excusa de echarme un cigarrito para que Airam pudiera decir «Sí, a mí también me apetece» y acompañarme a un rincón de la casa donde nos besaríamos hasta que alguno de los dos musitara con cara de tristeza: «Bueno, ya han pasado tres cuartos de hora, nadie se va a

creer que tome tanto tiempo matar una chusta».

—No puede ser. —Dácil se mea de la risa—. Ahora entiendo por qué me sentía una intrusa cuando me acoplaba. La de veces que me emputé [20] *pensando que intentabais excluirme…*

El día de la Candelaria no pudimos estar solos ni un momento. Yo creo que a mi abuela no le hacía gracia que perdiera la virginidad, ni siquiera con Airam, y no se la puede culpar porque la única vez que mi madre se puso un vestido bonito y salió a tomarse un cóctel con sus amigas, volvió con un principio de bombo y ni la menor idea de cómo se llamaba el tío que se lo había hecho.

Airam respetaba la santurronería de la abuela Lupe y se comportó como un caballero durante la misa que se celebró en la preciosa basílica. Yo no paraba de revolverme en el asiento, histérica perdida, y él se rascaba la nariz para disimular que se reía por dentro, pero no se burlaba de mi lamentable manera de afrontar un amor que me venía grande, sino de su propia torpeza, de sus propios nervios; se reía con incredulidad hacia sí mismo, como si no pudiera creerse que aquello estuviera pasando.

Cuando llegó la hora de darnos la paz entre hermanos, Airam se dirigió a mí y me apretó tan fuerte entre sus brazos que no sé cómo pudimos despegarnos luego.

—La paz sea contigo —me dijo como era habitual. Y como si esto fuera aún más importante que el amor del Señor, agregó—: Y que tú estés conmigo.

Me soltó, dejándome turulata y tambaleándome sobre las sandalias nuevas, y con aire desamparado se dio un garbeo por los bancos circundantes hasta que decidió que, como ya había abrazado a unos cuantos desconocidos, ahora le tocaba volver a abrazarme a mí. Y eso fue lo que hizo.

—Que Dios te bendiga —susurró en esa ocasión.

Y vuelta a empezar.

No sé cuántas veces me dio la paz, pero una chica que se sentaba en el banco de atrás se percató del juego extraño que nos traíamos e intercambió conmigo una mirada entre divertida y soñadora que seguramente yo correspondí, porque cómo no me iba a sentir soñadora ese día.

—Estás empezando a llamar la atención —le advertí, pegada al

lóbulo de su oreja.

—¿Y yo qué le hago si eres la única persona a la que le deseo una paz inmensa?

—Paz es lo último que me das cuando me pones la mano encima —me atreví a bromear.

Cuando llegamos a casa ya era de noche, y yo apenas me aguantaba a mí misma de todos los comentarios y anhelos que llevaba reprimiendo desde que lo vi apoyado en el coche.

Airam entró en el chozo, y todavía hizo de tripas corazón para sentarse en la cocina y comerse el queso de Benijo que sirvió mi abuela como agradecimiento por el paseo hasta la Candelaria. Luego le dio las buenas noches a Lupe, quien me indicó con mirada severa que acompañara a Airam a la puerta y me subiera a dormir inmediatamente después. Aun así, no se quedó para confirmar que seguía sus órdenes. Desde la entradilla que da al salón, Airam y yo esperamos con el aliento contenido a que los pasos arrastrados de mi abuela se perdieran en el pasillo del piso superior y se cerrara la puerta de su dormitorio. Yo tenía la espalda y las manos apoyadas en la puerta principal, y nada en mi postura indicaba que fuera a abrirla para decirle adiós. Seguro que se lo dije con la mirada: «Eres mi prisionero. De aquí no te mueve ni la muerte».

Hicimos contacto visual en cuanto la casa se quedó en silencio. No creo haber visto unos ojos tan verdes jamás. Airam se acercó a mí sin decir nada; de hecho, se cubrió los labios con el dedo índice para pedirme que no despertáramos al dragón en el que mi abuela se convertiría si se enteraba de que hacíamos el gamberro. Ladeó la cabeza con la mirada fija en el vuelo de la falda y acarició el borde de gasa muy despacio antes de subírmela mientras me acariciaba el muslo.

Yo no podía dejar de mirar su cara. Parecía sumido en una ensoñación.

Es por culpa de eso que nunca he podido dudar que me quisiera.

—¿Me juzgarías si me pusiera a llorar? —pregunta Dácil,
mirándome con ojos redondos.
—Te lo agradecería. Así no lloro sola.

Dio el último paso hacia mí y, a la altura de mi cadera, cuando ya había arrugado la tela en su puño, se humedeció los labios y me

besó despacio y como si no quisiera que nadie se enterara, ni siquiera él. Le eché las manos a la cintura y lo estreché contra mi cuerpo mientras le devolvía el beso. Sabía al queso y al juguito de maracuyá con que lo había acompañado. Olía a un día entero en la playa. No hacía falta que se expusiera al sol para que los rayos se le pegaran a la piel y con solo rozarle el hombro con la nariz yo pudiera sentir ese calor que me recordaba al hogar.

—Mi abuela… mi abuela ha trabajado muy duro para convertir esta casa en un lugar respetable —musité—. No te perdonará si la profanas.

—En todo caso, la voy a bendecir. Dios dice que nos amemos los unos a los otros, ¿no?

—Tú ni siquiera crees en Dios.

—A lo mejor en un rato cambio de opinión —musitó antes de besarme otra vez.

—¡Bueno, vale, vale ya! ¡No hace falta que me cuentes los detalles! ¡Soy su hermana, chacha!

—De acuerdo, ya está, no te digo nada más.

—A ver… espera —balbucea Dácil, contrariada—. No hace falta que me digas cómo tiene la pinga, pero… ¿hubo mambo? O sea… me dijiste que te acostaste por primera vez con un pavo random *que te encontraste en una discoteca cuando el pibe que te gustaba faltó a la cita.*

—Hombre, no te iba a decir que perdí la virginidad con tu hermano en el sofá de mi salón.

—¡En el sofá del salón! ¡Debajo de los crucifijos! —Aúlla, dando saltitos de rodillas en la cama—. ¡Normal que te pusieras tan misteriosa cuando te preguntaba! Chos*… Estás jalada de la cabeza. Y encima eres una puta mentirosa. Espero que por lo menos te lo pasaras genial. ¡Pero no me lo describas!*

De acuerdo, no se lo digo a Dácil.

Pero lo cuento para mis adentros.

Tenía miedo de que no fuera tan especial como imaginé en mis fantasías, porque no habría sido la primera vez que las expectativas me jugaban una mala pasada. Pero no podría haber anticipado nada tal y como pasó, porque, para empezar, Airam no desplegó su

inmensa sabiduría sexual para apabullarme o hacerme sentir inexperta y ridícula en el proceso. Fue paciente, para empezar. Sin dejar de besarme ni apartar la mano de mi cintura, me llevó hasta el sofá. Me hizo cosquillas para que me relajara en cuanto notó que me tensaba ante la inminencia de un momento que parecía trascendental.

Y lo fue.

Estaba pletórica, joder. Sentía que ese era mi regalo, mi retribución después de trabajar dieciocho horas al día en siete cruceros de mierda, que incluso el universo me estaba devolviendo toda la vida y la felicidad que me había arrebatado. Sentía que había soportado que me trataran como el culo y que me hicieran llorar de frustración para que ahora él pudiera venir a curarme. Me acarició de arriba abajo, me peinó los rizos con los dedos y repartió besos por toda mi cara en un silencio que solo rompía para decirme lo que no había podido confesarme durante el día, y para repetirme que me quería como si lo necesitara para infundirse valor, o como si al expresarlo aligerara un peso que le oprimía por dentro.

Yo estaba abrumada y fuera de mí, y solo atinaba a darle la razón, a responder sus besos torpemente, a recorrer su cuerpo, frenética e histérica perdida, con unos dedos ansiosos por conocer lo poco que les quedaba por averiguar de él.

—¿Podemos apagar la luz? —pregunté en voz baja una vez estuve debajo de Airam.

—Si es algo puntual y solo porque estás nerviosa, podría aceptarlo —respondió tras meditarlo. Estaba tan cerca de mí que su pelo castaño oscuro me hacía cosquillas en la cara—, pero tarde o temprano tendrás que dejar que te vea.

—¿Y si lo que ves no te gusta?

—Eso es imposible.

—Pero ¿y si eso fuera posible?

—Te he visto en biquini un millón de veces. No me queda mucho por descubrir, solo lo que escondas bajo las bragas. Si tienes rabo, me pillarás por sorpresa, pero te follaré igual —proclamó con solemnidad, y encogió un hombro—. Total; siempre hay una primera vez.

—¡Airam! —Me empecé a reír como una loca. Él tuvo que cubrirme la boca con la mano y advertirme con una ceja enarcada.

—No queremos que tu abuela deje de quererme, ¿a que no? Me tiene que dar la bendición para casarme contigo.

—Oh, vaya, entonces no me quieres solo por mi cuerpo.

—No voy a negar que tus tetas hayan sumado muchos puntos a las razones por las que me alegro de estar aquí, ahora. ¿Me harías el favor de dejar las luces encendidas? Te lo ruego. —Hizo un cómico puchero y se inclinó para manipularme con un beso que me dejó mareada—. Porfi. Porfa. Vamos hacerlo de día… Déjame prender la luz, yo solo quiero ver un cuerpo real, rico y natural[21]… —canturreó por lo bajo.

—Vale, pero si haces una mueca extraña, te echo de casa. —Levanté los brazos y esperé a que bajara la cremallera lateral del vestido y me lo sacara por la cabeza—. Por cierto, mucho «bonito vestido», pero no me has dicho nada del desodorante.

Airam ahogó una carcajada inclinándose para morderme el brazo, y aprovechó que me distraía para retirarme el vestido como si hubiera estallado en llamas. No llevaba sujetador, así que solo quedaron a la vista las bragas antierotismo color beis. No se fijó en ellas, claro, confirmando una teoría que repetían las mujeres en las redes sociales: a los tíos les importa un carajo lo que lleves encima una vez se ponen cachondos.

Hizo una mueca extraña. Extraña para mí, por lo menos, porque yo no tenía unas tetas dignas de salir en un primer plano de un episodio de *Juego de tronos* y, aun así, me hizo sentir como si merecieran un monumento.

Qué cosa tan rara, esto del amor; te hace idealizar lo mediocre hasta un punto absurdo, o eso pensé hasta que fue el turno de que se desnudara él, que entonces pensé que de mediocre nada, que con o sin amor, ese cuerpo era perfecto. Mi mente desconectó, liberándome de mis habituales pensamientos intrusivos.

—Quédate encima —le rogué en voz baja—, que si no, te aplasto.

—Si hay que ir al hospital, se va al hospital —decidió muy convencido.

Volví a reírme, y eso fue casi todo. Ahí estábamos los dos, desnudos y desinquietos[22], mirándonos como si nos hubiéramos visto por primera vez, sabiendo que aquello marcaba un antes y un después porque yo ya no me querría separar, y él tampoco.

Yo también lo había visto en bañador y, aun así, esto era diferente por las implicaciones y el acto de fe que suponía, porque utilizaba su cuerpo para cubrir el mío. Me besaba por todas partes y buscaba con la mano los puntos que me harían gimotear o temblar, y cuando llegó a mi entrepierna me obligó a ser yo quien le mordiera el cuello y el hombro para no despertar a mi abuela… Aunque no es como si hubiera tenido a Lupe en el pensamiento. No íbamos a follar a lo callado porque le tuviéramos miedo a mi abuela, sino porque así éramos nosotros, así lo establecimos y así nos gustaba entonces, con el morbo del secretismo.

Yo abrí las piernas para él, para que encontrara su lugar en mi cuerpo, y Airam se encajó dentro de mí cuando estaba a punto de rogárselo, porque ya no podía aguantar más ni las caricias, ni los besos, ni la espera infinita.

Me agarré a sus hombros y no cerré los ojos en ningún momento, aunque quería; aunque el fuego dentro de mí me estaba pidiendo que me rindiera a la sensación y olvidara quién la estaba provocando, como si eso fuera posible.

—Joder, Maday… —mascullaba contra mi oído.

Se había agarrado a mis rizos con el puño crispado y se movía como si quisiera marcarme por dentro. Y algo tuvo que marcar, algo tuvo que hacer, porque había leído que era raro que una chica se corriera cuando perdía la virginidad, y yo lo hice, y no hubo dolor más allá de saber que me tendría que separar de él, aunque fuera hasta el día siguiente.

Pero no nos separamos. No nos separamos ni esa noche, ni al día siguiente, y a veces pienso que nada en este mundo podría haberlo logrado, ni entonces ni *a posteriori*, excepto lo que pasó.

Capítulo 8

28/08/2015

El día que Airam faltó a la cita

Nuestro ratito de salir a fumar se convirtió en una institución. Nadie sospechaba que funcionaba como excusa para restregarnos como si no hubiera un mañana. De todos modos, teníamos otras maneras de hacer lo que nos daba la gana sin que se enteraran los Oramas, que, en cualquier caso, bastante tenían con lo suyo.

El matrimonio de tus padres no estaba viviendo su mejor momento; Jimena ya no disimulaba que los celos la corroían, y Joaquín se había cansado de fingir que no pasaba las noches en camas ajenas. La abuela Candelaria lo veía y callaba, porque parecía que esa era su obligación, pero por supuesto que tenía una opinión; una que se reservaba porque prefería tener la fiesta en paz, sobre todo por el bienestar del abuelo Manuel, que necesitaba tranquilidad en casa. Por lo menos, Jana y Salma arrojaban un poco de normalidad a la situación viviendo su romance de ensueño, y lo mismo pasaba con Jaime, al que ninguna desgracia le parecía lo bastante importante como para priorizarla a sus relaciones cada vez más breves y carnales con la primera turista alemana que se le pusiera por delante.

Aun así, mentiría si dijera que recuerdo con nitidez lo que pasaba fuera de nuestra burbuja. Y juraría que Airam también había logrado hacer oídos sordos a las preocupaciones familiares que le pesaban. Por primera vez en su vida, estaba pendiente de lo que él quería hacer, y yo no perdía de vista que, por más que yo fuera importante, sus deseos de realización profesional lo acabarían alejando de mí.

—No tengo por qué irme a Madrid —me dijo un día que nos tiramos en la playa como dos espetos a la brasa para ver el atardecer. Habíamos pasado el día entero surfeando. No había caído

ni el atardecer y ya nos habían salido agujetas hasta en las pestañas. Airam tenía las rodillas flexionadas y una bolsa de munchitos entre los muslos de la que ambos picábamos—. En Gran Canaria hay Medicina y está a un *ferry* de distancia. O a un Binter.

Ladeé la cabeza hacia él.

—¿Estás dispuesto a coger un Binter mensual por amor?

—Un Binter semanal —apostilló, levantando las cejas—. Ya sabes que yo no le temo a la muerte. Me dejo dormir en los avioncitos de aluminio.

Suspiré.

—La Complutense es mejor universidad. Lo pone en un *ranking* oficial, y no intentes convencerme de lo contrario porque vimos esa lista juntos. —Observé que torcía el morro y puse los ojos en blanco—. Que sí, que ya, que odias tener que rendirte a la evidencia de que en la Península hay más oportunidades laborales de calidad y que allí se invierte más en educación, pero es lo que hay, Airam. Y tú quieres ser médico. El mejor médico. Así que…

—En realidad no quiero ser médico —admitió en voz alta—, y no me digas que no te has dado cuenta, porque sabes lo que pienso antes de que lo admita.

Me quedé en silencio. No quería darle la razón.

Jamás se me habría pasado por la cabeza que se dignaría a confesarlo, porque ahí donde se le veía, tan sincero que a veces era un bruto, a tu hermano no le gustaba ni hablar de sí mismo ni mucho menos confesar las razones que lo alejaban del chozo.

—Si me voy de la isla, me tendré que olvidar de las arepas a menos de dos euros, del jugo de parchita, de que las doñas del mercado me llamen «mi niño» como si fuera su hijo de verdad, de las expresiones con las que me siento cómodo, de la panza de burro volviendo de La Orotava, de los catorce grados por la noche cuando es febrero… Y eso por no mencionar que no podré decir «vamos a coger playa» en cuanto me apetezca y estar tostándome en diez minutos, porque la tendré a trescientos kilómetros como mínimo, y eso las aguas del Mediterráneo, que no tienen el misterio del Atlántico y encima están calentorras. Pero *chos* —se le escapó una sonrisa mirando al cielo con tristeza—, también me alejaré del agujero de mierda que es mi casa. Y si no hubiera sacado un catorce sobre catorce y hubiera anunciado que quiero ser el mejor en una

carrera larga y costosa, a mis padres ni se les habría ocurrido costearme un alojamiento en la capital. Así que hice lo que tenía que hacer para que mi marcha no pareciera una huida… Pero ahora me estoy arrepintiendo de haberme matriculado en la Complutense —agregó en voz baja—. Llevo toda la vida viéndote a diario. No me quiero ni imaginar cómo va a ser estar solo allí.

—Ni que tuvieras problemas haciendo amigos… —Me reí, aunque sin energía, porque la verdad era que yo me sentía igual. Lo único que me hacía ilusión en la vida era que Airam me recogiera del trabajo, fuéramos a Los Rodríguez, la arepera de Buzanada, y luego subiéramos para la montaña Chayofita a hacer cábalas en voz alta sobre dónde estaría la línea del horizonte del mar ahora que la oscuridad no nos dejaba verlo.

Pero no se lo quería decir, porque tenía que irse lo más lejos posible. Lo había visto desesperarse hasta el ataque de pánico con el asunto de su padre, que no le correspondía a él confrontar, perder oportunidades de toda clase, excursiones que esperaba con ganas y suspender exámenes porque tenía que estar en casa atendiendo la crisis nerviosa de su madre. Y sí, a la familia hay que cuidarla, no es descabellado recoger los pedazos de tus seres queridos, tengan la edad que tengan… Pero el cuidado también implica cierta reciprocidad. Airam llevaba sacándose solo las castañas del fuego desde que tenía siete años.

A un *ferry* de distancia, seguiría sintiéndose en la obligación de ser el padre de sus padres. Haciendo una visita semanal seguiría formando parte de la tribu, y él tenía que volar. Y no tanto por gusto como por necesidad, porque, de lo contrario, esa vida lo acabaría aplastando. Ya manifestaba unos síntomas espantosos de ansiedad generalizada.

—Si yo los quiero —murmuró, cubriéndose la frente con las manos entrelazadas. Cerró los ojos y se abandonó a un suspiro—, pero dan mucho trabajo y yo no puedo solo. No hay ni un solo adulto funcional en mi familia, Maday, y yo no sé… No sé de lo que soy capaz porque siento que toda la vida los he puesto primero. Si me pusiera a mí por delante, a lo mejor tendría una oportunidad para hacer cosas grandes. Una oportunidad de verdad, ¿sabes?

Me limité a asentir con la cabeza.

—Oye, los vuelos de Canarias a la Península son muy baratos.

Tenemos un porcentaje de descuento por vivir donde Cristo perdió las polainas. Puedo ser yo la que vaya a verte de vez en cuando.

Airam me miró con ironía.

—Tienes un día libre a la semana, Maday.

—Estoy buscando trabajos menos exigentes, pero en hostelería ya se sabe lo que hay. De todas maneras, cuando acumule suficientes días libres… puedo pedir alguno de asuntos propios. No lo sé, seguro que me las apaño.

—Me gustaría que lo hicieras —admitió, aguantándome la mirada—. Que te las apañaras, me refiero. Que te buscaras otro curro, no ya menos exigente, sino que te guste. Algo que te ilusione. La vida no puede ser trabajar de lunes a viernes e ir el sábado al supermercado.

En ese momento no supe cómo reaccionar. Creo que asentí con la cabeza, dándole la razón, porque era inequívoco que la tenía. Pero ahora que han pasado años y miro atrás, ahora que cuento con más experiencia vital, puedo responder lo que debería haberle dicho: que, para algunos, la vida es así, y no podemos hacer nada para cambiarlo porque las historias de éxito que venden los empresarios multimillonarios que empezaron en la cadena de producción no son más que un cuento chino para sustentar la cultura de la meritocracia. Que él podía ser médico por aburrimiento o por desesperación en lugar de verse obligado a echar más horas que un reloj en un empleo al que se refería con aires de superioridad porque su padre era un constructor de viviendas de lujo en el sur de Tenerife, su madre salía en series de Netflix y su tía llevaba la vida *hippy* porque tenía quien la mantuviera. En general, toda su familia era una triunfadora en mayor o menor medida y tenía al lado un ejemplo al que referirse, los medios para lograrlo y el dinero para permitirse escoger sin preocuparse de llevar comida a la mesa. Lo único que Airam no tenía era derecho a juzgarme porque yo no hiciera lo mismo. *No podía* hacer lo mismo. Mi abuela cobraba una pensión de pena, no tenía más familia en el mundo, y aunque hubiera aprobado la selectividad, me habría sido imposible sufragar los gastos de una carrera. Ni siquiera con la beca más apañada del mundo.

Pero en fin, en ese momento no le dije eso, porque yo misma pensaba que era una fracasada y creía que era mi culpa porque no

me esforzaba lo suficiente.

—Airam es bastante clasista a veces —reconoce Dácil—. Irse a Madrid se lo empeoró. Pero ni puñetero caso a lo que te diga. No conozco a nadie más currante y responsable que tú.

—Seguro que encontramos la manera de que funcione. —Le prometí, alargando la mano hacia él.

Airam entrelazó sus dedos con los míos y nos quedamos sobre nuestras toallas un buen rato, hasta que nos cayó la noche encima y decidimos vernos dos horas después en el *pool* de Los Cristianos, cuando nos hubiéramos vestido y preparado para la ocasión.

Íbamos allí, al *pool*, porque los Oramas aún no lo habían descubierto y podíamos pasar el rato sin darle explicaciones a nadie sobre el hecho de que nos hubiéramos aficionado al besuqueo. Habíamos acordado que no se lo comentaríamos ni a su familia ni a la mía. —Aunque mi abuela lo sabía de forma no oficial— hasta que no pasaran los tres meses de rigor, cuando hubiéramos confirmado que la distancia no nos afectaría y que éramos una pareja sólida.

Por el momento manteníamos un perfil bajo.

—Como tu canción favorita de Cruz Cafuné [23].
—No es casualidad —respondo con una sonrisa desinflada.

Airam era reacio a comentárselo a sus padres porque no le parecía el momento, y porque una parte de él pensaba que aquella sería la forma más rápida de echarlo a perder. Siempre había sido así, si me paraba a pensarlo; Airam era una persona cuando estaba en el chozo. —Ansiosa, hipervigilante, a la defensiva— y otra muy distinta fuera. —Mucho más natural y desenvuelta, tal y como era él en realidad—. Solía decirme que en la calle nunca tuvo miedo de que le pasaran desgracias. En casa, en cambio, siempre había algo, una vibra extraña o una persona descontenta que contagiaba su mal rollo al resto, o por lo menos a él, que empatizaba con su familia más de lo saludable.

—Yo creo que por eso Dácil está medio zumbada —me explicó una vez—. Porque ella era demasiado pequeña o impresionable a los catorce y a los quince años como para entender qué pasaba, y asumió los prontos violentos de tía Jana y las crisis de mi madre y

la frialdad de mi abuela como algo normal. Y mira, si vives en una casa llena de histéricos, pues te vuelves histérico, no tiene más; pero cuando vives en una casa con histéricos y desapegados, las dos caras de la moneda, acabas desquiciado.

—Puede ser. La verdad es que nunca lo había pensado.

Aparecí en el *pool* con quince minutos de antelación, me pedí una Dorada de botellín y me senté a esperar. Había muy buen ambiente. Demasiado bueno, de hecho. Algunos compañeros del trabajo se habían congregado en la barra para beber y ver un partido de Segunda División que estaban echando en el canal, entre los cuales me pareció reconocer a Mateo, a Santiago y a Carlos. Este último no me dirigía la palabra desde que se tragó que Airam era mi novio, y la verdad es que lo agradecía. También reconocí a un grupo de chicas del curso de Airam al fondo del local jugando al billar, y corrí a escribirle un mensaje advirtiéndole que nos verían, por si acaso quería hacer algo al respecto.

Los wasaps no le llegaron, y asumí que se había olvidado de cargar el móvil después de la playa.

Típico de Airam.

Una de las chicas me acabó localizando, no sé si porque fui demasiado cantosa lanzando miraditas al grupo o porque una chavala de dieciocho años sentada en un rincón llamaba la atención, aunque no fuera en el buen sentido. Yo las conocía por cara, por nombre, por los herpes que se suponía que les habían pegado sus novios, por su media académica, por la carrera que estudiarían… Por un sinfín de detalles personales que Airam me contaba cuando yo estaba sedienta de un cotilleo y él estaba dispuesto a enseñarme el Instagram de cada chica que conocía.

No nos habían presentado de forma oficial hasta el momento.

—¡Hola! —me saludó la que se llamaba Laura, que se acercó con una sonrisa cálida. Era una de esas monadas de metro cincuenta y cinco al lado de las que una se siente como una jirafa en patines. Yo no, claro, yo medía lo mismo—. ¿Qué haces aquí sola? Eres la amiga de Airam, ¿verdad? Espero no parecerte una acosadora ni nada, te conozco por las fotos.

—Sí, sí, soy yo. —Me animé a devolverle el gesto y me sequé las manos en los pantalones. Empezaba a sudar de los nervios cada vez

que alguien presente en la vida de Airam entablaba conversación conmigo. Me preocupaba la opinión que se llevara de mí—. Estoy esperando a que llegue Airam. Debe de estar al caer.

—Mientras tanto puedes venirte a jugar con nosotras, si quieres. —Señaló a su espalda con el pulgar. Tenía las manos realmente diminutas.

No encontré una forma educada de rechazarla, y pensé que, si lo hacía, tendría que abandonar el local, porque dedicarían el resto de la noche a lanzarme miradas entre desdeñosas y ofendidas.

O quizá no.

Solo había una manera de averiguarlo.

Me acerqué y las conocí a todas por fin. Estaba claro que formaban el grupo de las guapas del curso. La mayoría tenían un alisado japonés, se pintaban las dos rayas del ojo iguales, vestían con mucho gusto ropa de Zara y llevaban las uñas recién hechas. Y encima eran divertidas. Laura, Martina, Sofía, Abril, Gara… Me preguntaban de dónde era, en qué trabajaba, de qué conocía a Airam, me decían que les encantaban mis pendientes. —Me los había hecho Jana— o los zapatos. —Unas sandalias que tenía desde los quince años— y se reían sin condescendencia cuando fallaba un tiro a la tronera. Me vine muy arriba porque no estaba acostumbrada a ser el centro de atención en ninguna parte, pero a cada tanto volvía a revisar el móvil, por si Airam había llamado, y nada: seguían sin llegarle los mensajes, y no me preocupó durante los primeros veinte minutos porque estuve bien acompañada, pero cuando pasó una hora y media me empecé a inquietar.

—Pensaba que era un tardón solo con nosotras —bromeó Laura, y señaló con la cabeza a Abril—. A esa una vez la tuvo cuarenta y cinco minutos esperando, y cuando llegó, fue y le soltó que se dejó dormir[24]. Ni se curró la excusa, el capullo.

—Menos mal que en esa época habría estado dispuesta a perdonárselo todo, que si no, lo hubiera mandado *pa'l* carajo —confesó Abril, sacudiendo la cabeza.

Me quedé en blanco.

Sabía que Airam había estado con otras chicas porque alguna que otra vez tú habías hecho un comentario al respecto, pero él jamás dijo ni media palabra, como si esa parte de su vida no fuera

compatible con nuestra amistad o le avergonzara hacerme cómplice de ella. No había podido ponerle cara a ninguno de sus rollos, pero ahora tenía ante mí a una chica preciosa con un corte *pixie*, las orejas llenas de *piercings* y un vientre marcado que delataba su afición por el gimnasio.

—Bueno, que levante la mano la que no le perdonó a Airam alguna machangada. —Laura miró al techo, como si la abochornara acordarse. Me dio un codazo—. Tu amigo es un perro, ¿eh? Con la excusita de que él nunca tiene nada serio iba dejando que nos lo pasáramos de unas a otras. Ya nos los tomamos con humor. Qué remedio. —Se encogió de hombros.

—¿A qué te refieres? —pregunté en mi inocencia.

—Primero se lio con Martina. —Señaló con la cabeza a la morena de los ojos verdes, que alzó la mano y me saludó moviendo los dedos con cara de resignación—. Pero eso no es raro, porque Martina es un zorrón y le encanta pasárselo bien.

—¡Oye!

—¿Qué? Es verdad. A ti te importó una mierda que luego Airam fuera a los brazos de Sofía. —La apuntó con el dedo después de hacer un barrido panorámico con la mirada. Se me formó un nudo en la garganta. ¿Con Sofía también? ¿Sofía, la que parecía una modelo sueca?—. Sofía es muy celosa y le montó un pollo cuando supo que iba de flor en flor.

—Tampoco tanto… —se quejó la aludida—. Es solo que no me gusta que jueguen conmigo.

—Luego fue Abril, si no recuerdo mal, y después yo.

—¿Se ha… se ha acostado con todas vosotras? —musité con un hilo de voz.

Les extrañó que yo no lo supiera, y supongo que fue ahí cuando se hizo evidente para el público que mi amistad con Airam era más bien platónica, porque amigos de verdad no fuimos en ningún momento, sino ese extraño casi algo que justificaría que se callara los pormenores de su vida sexual y a mí me diera un ataque de celos.

No se equivocarían en sus suposiciones. Habíamos tenido una relación-transición, habíamos estado permanentemente en la línea que separa lo real de lo ficticio.

—Con Gara no —se apresuró a decir Laura, que se había

ruborizado creyendo que acababa de meter la pata.

—Pero porque me hice la dura, porque yo le gustaba más que todas las que están aquí —se quejó Gara, cruzándose de brazos. No dudé que estuviera siendo sincera. Gara sí parecía más su tipo. Tenía rasgos latinos y era curvilínea, como todas las actrices y cantantes que hacen que Airam bufe, cachondo perdido, y se las muestre a sus amigos tras una búsqueda rápida de Google: Karol G, Salma Hayek, Ashley Graham—. Y si no, pregúntenle. Se conformó con ustedes porque a mí no me tenía al alcance.

Llegué a la conclusión de que también se había conformado conmigo porque Gara no estaba a su alcance. Era un pensamiento injusto y estúpido, y yo misma era consciente de ello, pero el hecho de que hubieran pasado una hora y tres cuartos y no hubiera dado señales de vida avivó más mis nervios, como si de alguna manera su tardanza estuviera relacionada con su historial de rompecorazones.

—Gracias por invitarme —me apresuré a decir—, pero Airam me acaba de decir que no va a poder pasarse porque le ha surgido un problema.

—Qué lástima. Me hacía ilusión verlo, que ya en septiembre se muda. —Se lamentó Laura.

Me pregunté en qué momento habría compartido sus planes de futuro con aquel grupo de chicas que, en palabras de Airam, «ni le iban ni le venían». No me había ensanguinado [25] por las últimas noticias, solo estaba inevitablemente decepcionada porque no es plato de buen gusto que vengan a decirle a una que su novio ha estado pasándose por la piedra a dos tercios del instituto público de Los Cristianos. Me habría encantado ser una mujer deconstruida que sabe racionalizar sus celos, pero por el momento solo podía pensar en que a Airam le gustaba cualquier mamífero hembra de dos patas, y en que me había dejado plantada.

«Debe de tener una buena razón», pensé mientras salía del *pool*. «No vamos a pensar lo peor. No lo haremos».

No vi por dónde iba y me choqué con alguien a quien reconocí enseguida.

—Hombre, Maday —me saludó Carlos. Había tenido que sujetarme por los hombros para que no me fuera hacia atrás por culpa del impacto—. ¿Qué haces por aquí?

—Nada. —Respondí enseguida, no tan turulata por el golpe

como por la información recabada—. Ya me iba.

—¿Vas a pillar un taxi? Esto está lejos de donde vives.

—Un poco, sí, pero no me importa caminar.

—¿Caminar? —Puso los ojos como platos—. ¿Viste la hora que es? No puedes cruzar las carreteras tú sola. No hay zona peatonal hasta allá.

—No, bueno… —Solo sacudí la cabeza, porque en ese momento no daba para más. Me encontraba como el culo. Quizá la cerveza me hubiera caído mal en el estómago. El caso es que no me veía capaz ni de hilar una frase con sentido ni de regresar a casa siendo ya de noche.

—Te llevo yo, anda. Se viene también Lucía, que vive en Buzanada y hemos quedado en que la iba a dejar en su casa. ¿Te parece?

—Maday —me interrumpe Dácil, mirándome con severidad—. Dime que no te subiste.

Me pareció bien fundamentalmente por una razón: porque llegaría antes al chozo y podría exigirle una explicación a Airam, si es que estaba allí. Carlos me dijo que iba por el coche y que esperara en la acera. Yo aproveché esos minutos para consultar el móvil, para llamar a Airam.

¿Y si había tenido un accidente? ¿Y si le había pasado algo muy grave? A lo mejor tardaba cuarenta y cinco minutos en llegar a una cita con Martina, Sofía, Abril o Laura, pero cuando él y yo quedábamos, era puntual como un británico.

Claro que también podía haberse cansado de mí…

Inspiré hondo y me dije que no sería negativa. No permitiría que la inseguridad me ganara la batalla. Me pasaría por El Chozo Oramas, llamaría al timbre, pediría ver a Airam y escucharía su explicación, porque seguro que tenía una muy razonable.

Un coche se paró delante de mí. Carlos bajó la ventanilla del asiento delantero y se inclinó para hacerme un gesto de que subiera. Me senté donde me dijo, me puse el cinturón. Solo allí, decidida a ser optimista y feliz de irme por fin a casa, respiré en condiciones desde que había salido del *pool*.

—¿Estás bien? —me preguntó Carlos, contrariado—. Parecías tristona hace un rato.

—Ya estoy bien, gracias. —Y le sonreí. Luego me acordé de que no íbamos a viajar solos y miré hacia atrás—. ¿Dónde está Lucía?

—La recogemos más adelante, se fue a saludar a unas amigas que estaban por Verónicas. —Me devolvió el gesto y me palmeó el muslo cariñosamente—. Estás muy guapa, Maday.

Fui a darle las gracias, pero sentí una punzada de inquietud al intercambiar una mirada con él y caer en la cuenta de que estaba borracho; no tanto como para que se notara en un primer vistazo, pero la energía que exudaba su cuerpo y su buen humor deberían habérmelo advertido. Carlos no me hablaba desde hacía meses, y en ese momento era todo amabilidad.

Me limité a atenuar mi sonrisa, dando a entender que había oído el cumplido, y a juntar las piernas para alejarlas de su mano. Después, demasiado incómoda como para relajar el cuerpo, volví la cabeza y los hombros hacia la ventanilla para entretenerme con el paisaje y me prometí que no apartaría la mirada de ahí en todo el trayecto.

Capítulo 9

29/08/2015

El día que Maday me rompió el corazón

—¿Y esto? —Thiago esboza una sonrisa burlona al sacar de la caja un folleto sobre los efectos secundarios de las drogas—. ¿Por qué lo has guardado?

—Pretendía llevárselo a Maday como prueba de que no la dejé plantada porque me apeteciera, y menos el último día.

—¿El último día? ¿Qué quieres decir con eso?

Vaya por delante que yo me he metido todo tipo de sustancias psicotrópicas, pero porque era consciente del daño que causaban y quería que me jodieran el sistema lo máximo posible.

¿Qué puedo decir? En cuanto me mudé, viví la movida madrileña al extremo y casi cuarenta años después del gran momento. No le tenía mucho aprecio a mi vida por razones que comentaré en otro momento.

—No hace falta que me lo digas. —Se lamenta Thiago—. Estaba allí.

La cosa es que, a diferencia de mí, tía Jana llevaba romantizando las drogas desde que estaba en la universidad. Las probaba todas: las de uso recreativo, las que son un viaje al centro de uno mismo y supuestamente tienen un carácter más benigno porque no las sacaron de un laboratorio, como la ayahuasca, y las que ya te avisan de que al día siguiente vas a estar llorando porque te caíste de la bicicleta con siete años o porque te has mojado los calcetines al pisar un charco de agua de camino a la nevera para coger una birra.

Supongo que no tiene por qué pasarte nada si las consumes de

vez en cuando con tu novia, en alguna de esas *raves* en una cueva para las que necesita coger un *ferry* a La Gomera —como era el caso—, pero mi tía no ha nacido con la suerte de ser inmune a las contraindicaciones de las drogas. Llevaba seis años mezclando antidepresivos y marihuana, y aunque siempre supimos que era cuestión de tiempo que acabara en el hospital, recibiendo la mirada censuradora del médico que le hubiera realizado el lavado de estómago, no estábamos preparados para lo que pasó. Porque lo que pasó fue mucho peor.

Yo acababa de volver de la playa con Maday y me estaba dando una ducha cuando tío Jaime aporreó la puerta y entró, descompuesto, con el teléfono fijo en la mano. Todavía vivía con nosotros porque no podía renunciar a la deliciosa comida de mi abuela y porque, dicho por él mismo, «nadie le planchaba mejor las camisas». En ese momento llevaba una de sus preferidas, la azul con diminutos topos rosas. En pocas palabras, iba a quedar con una mujer. O con una chica, para ser más específicos.

A los hombres de mi familia siempre les gustaron jóvenes.

—Jana está en el hospital. —Me anunció con voz temblorosa. Tenía el cerco de los ojos enrojecido, como si no se decidiera entre romper a llorar y mutar a bestia furiosa. Era como para sentirse dividido, la verdad; yo quise matarla y abrazarla a la vez.

—¿Qué dices? —le pregunté yo, sin asimilarlo del todo. Total, lo que yo pensé que correspondía decir era «¿Qué cojones haces en el baño?, ¿no ves que me estoy duchando?».

Pero bueno, me cubrí como pude.

—Llamó Salma diciendo que la tata lleva toda la tarde alucinando, hablando a gritos sin parar y llorando. Justo la pasaron al ala de Psiquiatría.

En el momento ni se me pasó por la cabeza, pero ahora que tía Jana está bien, todos estamos bien, miro atrás y me doy cuenta de que mi tío no entró en el baño para informarme, porque se quedó allí parado mientras yo me secaba y me vestía, sino para llevarme al hospital porque el resto del mundo estaba atacado de los nervios, al borde del abismo, y yo era el único que podía arrojar un fisco de luz al asunto.

Y eso hice.

Sabiendo que hasta el hospital de Los Cristianos había un rato en

coche y sospechando que me demoraría más de la cuenta, llamé al teléfono del *pool* para pedirle al dueño que le dijera a la chica de los rizos castaños que estaría esperando sola que yo no podría ir. Podría habérselo pedido a Dácil, pero estaba de campamento en Buenavista con unas amigas del instituto —de alguna manera u otra, siempre se libraba de los marrones, era la elegida de Dios—, y el problema era que yo no tenía el móvil con batería. Me pareció bastante más rápido y directo, sobre todo porque conocía al dueño del *pool*, él se sabía mi nombre y estaba seguro de que me haría el favor.

Tuve que conducir yo hasta el hospital porque mi madre se había quedado llorando desconsolada en la casa, cuidando de mi abuelo; mi tío no reaccionaba a los estímulos, sumido en un trance como estaba, y no tengo ni idea de dónde estaba mi padre, pero me lo pude imaginar. Mi abuela aguardaba en silencio sentada en la parte de atrás, con esas manos suyas que obraban milagros descansando en el regazo y la mirada fija al otro lado de la ventanilla.

Siempre he pensado que si aguzas el oído y reina el silencio suficiente, puedes escucharla diciéndose a sí misma: «Mantén la compostura». Y la mantenía, ya lo creo.

—Tío, te juro que pensaba que lo del brote psicótico de tía Jana era una leyenda urbana, o incluso una coña que hacíais en referencia a su mal humor.

—Pues ya te digo que coña no fue. Distinto es que la peña no se tome nada en serio una vez se les pasa el susto.

Nos encontramos a la tata en una habitación del ala de Psiquiatría con un cuadro clínico que daba miedo. Los síntomas con los que había llegado no eran ninguna broma, y cuadraban con el diagnóstico que le habían endosado: percepciones alejadas de la realidad, pensamientos incoherentes, gritos, llantos sin razón aparente alternados con ataques de verbosidad.

El brote, en definitiva.

—Le hemos inyectado antipsicóticos para que se vaya relajando —explicó el psiquiatra de guardia—. Por lo que pone en su historial y lo que nos contó su acompañante, tiene depresión diagnosticada y estuvo fumando cannabis durante unos cuantos días consecutivos.

Saben que el consumo de drogas es muy dañino cuando uno recibe un tratamiento por una enfermedad mental, ¿verdad?

—Eso cuénteselo a ella —comenté por lo bajo con las manos metidas en los bolsillos—. Es la única que no lo quiere entender. Ella y «la acompañante», que, por cierto, ¿dónde está?

—Salió a tomar el aire, creo. No se encontraba bien.

Se me escapó una risita desdeñosa.

Que no se encontraba bien, decía. Mandaba huevos. La que no se encontraba nada bien era tía Jana, que sí, que era una adulta capaz de tomar sus propias decisiones, pero no le hacía ningún bien relacionarse con una friki de los espiritualismos que la incitaba a meterse drogas duras y vomitarlas para hacer una purga interior.

—Pero ¿está bien? —inquirió tío Jaime.

—Hombre, un brote psicótico puede alargarse una o varias semanas —respondió el doctor—. No podremos decir que está estable hasta pasado ese tiempo de gracia. Le suministraremos la medicación que necesita, que tendrá que prolongar hasta que un especialista considere que se ha recuperado. De todos modos, deberá vigilarse, porque el que lo tiene una vez puede tenerlo en el futuro. Especialmente si no abandona sus vicios.

Todo eso lo dijo mirándome a mí, como si yo fuera el tutor legal de la paciente.

En el momento en el que ocurría algo dramático no me daba cuenta. Aquel día en concreto estaba tan ansioso pensando que tía Jana podría morirse en cuanto me fuera a vivir a Madrid que no sé cómo lo hice para que no acabara ingresado yo también. Pero cuando pasaba un tiempo prudencial y podía volver a la escena, analizarla con detenimiento, me daba por reírme como un puto jalado y pensar, joder, cómo es posible que mi tío decidiera largarse del hospital porque había quedado con una piba; joder, cómo es que mi abuela no daba un paso adelante y decía: «Es mi hija y vive conmigo, el tratamiento me lo explicas a mí», cómo es que yo había llegado hasta ese punto, si es que me lo había buscado por ser de naturaleza sobreprotectora, si es que mis padres me engendraron para que me hiciera cargo del fuerte, si es que soy un pardillo y me resigno al papel que se me encasqueta en lugar de rebelarme.

Mi tío se borró del mapa sin más con la excusa de que Janita estaba estable, y el médico nos dijo a mi abuela y a mí que

podíamos pasar si queríamos verla. Yo no estaba seguro de querer, pero era otro marrón que me tenía que comer. Por ejemplo, no me gustó ver a mi padre liado con el repetidor de mi clase, pero me lo tragué porque fui quien los presentó y supongo que me lo merecía por ingenuo y por despistado. No me gustaba ver llorar a mi abuela, ni que mi madre me llamara cuando necesitaba que alguien la meciera en brazos después de arrancar a llorar porque su marido no la quería, ni, por supuesto, me hizo puta gracia ver a Jana medio dormida en la cama porque le habían inyectado (más) drogas para tumbar a un elefante.

Pero me tocaba a mí.

—Tú no tendrías que ver esto —me dijo mi abuela después de un buen rato sentados junto a la cama de Jana. Por lo menos se la veía dormir tranquila—. Todavía eres un niño.

Me encogí de hombros y pensé en lo diferente que habría sido la noche si el deber no me hubiera llamado, porque sí, las veces en las que atender a mi familia me parecía un deber y no un placer eran la mayoría. Los quería a todos, pero al mismo tiempo los odiaba. Menos a Dácil. Dácil siempre fue la niña de mis ojos. A Dácil elegí cuidarla por decisión propia, porque es lo que hace un hermano mayor, y aun así parece que Dácil nació de pie y con la barbilla alzada, diciéndote «¿Y tú qué miras?», y por eso no necesita a nadie, solo que te quites de en medio y la dejes ser.

A los demás, en cambio, no elegí atenderlos como si fueran mis hijos. Y ninguno de ellos se había planteado que yo pudiera faltar un día, que pudiera estar harto.

Cuántas veces no le había rogado a Jana que dejara las drogas, que algún día le pasarían factura, y cuántas veces no hablamos de la tristeza negra que se apoderaba de ella. Y si tan solo hubiera servido de algo, al menos me sentiría gratificado, pero estar en la órbita de los Oramas era como caer en una continua espiral de desesperación.

No me fui a casa hasta que mi tía abrió los ojos, me reconoció y me balbuceó algo que no comprendí. Por lo menos estaba atendida, consciente. Seguía en pleno brote psicótico y allí estaría toda la semana siguiente; el mismo sitio donde acudiría un servidor para atenderla, pero quería pasar antes por El Chozo, dormir un poco, cambiarme de ropa y, sobre todo, ver a Maday.

Aún hoy estoy seguro de que ella no me habría abierto la puerta si hubiera vivido sola. Me recibió Lupe con cara extraña, y me hizo una advertencia que a mí ni se me pasó por la cabeza tomarme en serio:

—Mi niña está muy rara, no sé qué le pasó, pero trátamela con cariño.

Me imaginé que estaba cabreada porque la había dejado tirada, y subí las escaleras preparándome la disculpa. No me la encontré en el dormitorio, sino sentada en la taza del váter con las rodillas recogidas, envuelta en una toalla enorme.

O no me oyó o no me quiso mirar.

—¿Acabas de llegar a casa? —le pregunté. Ella respingó como si le hubiera gritado y se giró hacia mí con el ceño fruncido. Parecía que no me reconociera, y pensé que así era Maday cuando se emputaba o se sentía decepcionada conmigo, porque nunca antes se había emputado o decepcionado; nunca antes había visto una mirada como esa, vidriosa pero no llorosa, como si mirara a través de mí. Maday solo asintió—. ¿Has aprovechado que no he podido ir al *pool* para salir de fiesta? Al final te vino bien que no fuera, y todo. —Apoyé el codo en el marco para darme un aire desenfadado, cuando en el fondo estaba cansado, dolorido y ahora también el doble de preocupado—. ¿Samuel te dio el mensaje? Llamé para que te avisaran de que no iría. Ha habido un problema con… Prefiero no hablar de eso ahora. ¿Te lo dijeron?

Maday volvió a mover la cabeza, esta vez para responder que no.

—Te esperé casi dos horas. —Acotó con la voz hueca.

—Joder. —Me impulsé desde el marco y me acerqué—. Lo siento mucho, chinija. No sé qué pudo pasar. Samuel es de fiar. A lo mejor había una chica muy parecida a ti y le dio el recado a ella. Perdona… —Maday me quitó la cara cuando me incliné para darle un beso en la mejilla—. ¿Qué te ocurre? ¿Estás cabreada?

—No. —Sonó sincera. Pero también triste.

—Oye… —Me agaché en cuclillas buscando su mirada perdida en el suelo. No conseguí que saliera del trance, pero por lo menos pude verle la cara—. ¿Ha pasado algo?

—No, yo… —Maday se frotó la nariz con el dorso de la mano, ausente—. Airam, por favor, necesito que te vayas.

—¿Por qué? ¿Tanto te ha molestado? Te juro que no era mi intención, que si no hubiera sido por una emergencia, no te habría dejado allí sola. Venga, Maday, si ya sabes cómo soy. —Le di un toquecito en la rodilla y forcé una sonrisa que se me torció a un lado. No me inquietaba tanto haberle fallado (porque no lo había hecho) como que fuera reacia a mirarme—. Seré un despistado, pero yo siempre acudo a mis citas.

—Airam. —Esta vez sí me miró, o más bien me atravesó. Parecía que Maday no estuviera allí—. Quiero que te vayas, ¿vale? Me apetece estar sola.

—Vale, vale… Vengo en un rato. O mañana, si quieres.

Maday tragó saliva y volvió a apartar la mirada.

—No. Yo te llamo —repuso con ese tono distante que me estaba poniendo el vello de punta.

—¿Estás segura? —Vacilé. Me había dejado claro que quería que me pirara, pero una parte de mí no se sentía cómoda con esa decisión—. Maday, me estás preocupando. Mírame, al menos. Dime qué tienes.

Vi que apretaba la toalla con el puño cerrado y que le temblaba el brazo antes de girarse hacia mí con otra expresión que no le había visto nunca.

Su furia enrabietada me hizo dar un paso atrás.

—He dicho que te largues. ¿Es que no te enteras? ¡Que te vayas!

Me limité a levantar las dos manos y a seguir retrocediendo hasta perderme lejos de su campo de visión. Abandoné la primera planta, pero no me fui de la casa: me senté en el sofá un buen rato, todo del que dispuse hasta que Salma me llamó para que fuera al hospital y la relevara.

Fui solo porque quería hablar con ella y decirle cuatro cosas, incluso si no formaba parte de mi esfera familiar y, por tanto, no me correspondía echarle un broncón. Pretendía volver a ver a Maday en cuanto terminara mi guardia, pero estaba a punto de poner el freno de mano en el aparcamiento del hospital de Los Cristianos cuando recibí un mensaje suyo que me dejó roto:

> Airam, creo que tienes que irte a Madrid y hacer lo que es mejor para ti.

Has luchado por una vida independiente y te lo mereces.

Yo no puedo acompañarte en esa vida que deseas.

Me he dado cuenta de que pides demasiado de mí, de que esperas una relación seria, y yo no estoy preparada. Tampoco quiero algo a distancia.

Ni siquiera sé si quiero algo a secas. Ahora mismo, simplemente, soy incapaz de hacerlo. Lo siento mucho.

¿Qué coño dices? ¿A qué viene esto? ¿En serio es porque te planté ayer?

Joder, Maday, que le dio un brote psicótico a mi tía Jana. ¿Cómo no iba a ir a verla? ¿Y por qué no me has dicho eso antes?

Maday, ¿qué es lo que te pasa? No lo entiendo. No entiendo una puta mierda.

Me he dado cuenta de que esto no es lo que quiero.

Por favor, no me insistas y no pases por mi casa, al menos en un tiempo.

Te daré la explicación que quieras a la cara, pero ahora no.

No quiero verte.

Dime que es una broma.

Con el corazón latiéndome en el centro de la garganta y en los oídos, me incliné hacia delante hasta casi apoyar la barbilla en el volante. Sujetaba el móvil entre las manos temblorosas y pestañeaba una y otra vez, como si así pudiera borrar el contenido de sus mensajes, como si poniéndome bizco pudiera transformar su adiós en otra cosa distinta, en algo que se pareciera más a las dos semanas que habíamos pasado en una puta luna de miel.

Esperaba que me diera otra explicación, que me tratara con algo más de cariño, pero su despedida fueron cuatro frías palabras:

Lo siento. No puedo.

SEGUNDAS PARTES NUNCA FUERON BUENAS

Capítulo 10

05/08/2021

El día que Maday volvió a mirarme

—No me lo creo, Airam. No me imagino a Maday haciéndote eso. ¿Cómo te iba a dejar por mensaje? Es imposible que la historia acabara ahí. Ella no es así, y tú tampoco. Y si de verdad hizo eso, pues lo siento, pero es una hija de puta.

—Claro que la historia no acabó ahí. Por eso estamos donde estamos hoy en día.

Pasé los últimos días que me quedaban en la isla intentando hablar con ella, pero no encontré la forma, y eso que me puse creativo. En vista de que no me abría la puerta y la abuela Lupe no quería decirme dónde estaba porque veía a la niña muy fuera de sí y le había pedido expresamente que le dieran espacio, me planteé abacorarla en el trabajo, incluso desvelarle el misterio de nuestra relación a Dácil para que me echara una mano. Pero lo de tía Jana estaba tan reciente que no podía abordar sin más a mi hermana con otra situación complicada, si bien no tan crítica para los demás, pero sí para mí.

Maday se cambió de curro y no le dijo a nadie dónde estaba el nuevo. Lo único que supe, gracias a Dácil, es que en vez de ocho horas, echaba diez, y que siempre encontraba excusas para no salir de casa, pero todo el mundo lo achacaba a que estaba cansada después de su nuevo y asfixiante empleo y no les extrañó en absoluto. No me escribía y ni siquiera se despidió de mí cuando me mudé a Madrid. Me quedé esperando en el aeropuerto con las maletas en la mano como un puto imbécil, rascando un tiempo que no tenía, alargando el cuello para ver si la encontraba entre los turistas que entraban y salían de la terminal. Estuve a un fisco de que me dieran con la puerta de embarque en las narices, y lo cierto

es que no me habría importado. Sobre la rabia o la decepción prevalecía la inquietud, y esa inquietud podría haberme anclado a Tenerife de por vida si unas semanas antes no me la hubiera encontrado en el Siam Mall.

Estaba haciendo unos recados sola. No se dio ni cuenta de que yo andaba por allí. La vi desmejorada y distraída, caminando sin mirar muy bien por dónde iba, ojeando el móvil cada dos por tres, como si esperara un mensaje muy importante. Solo habían pasado seis días desde que me había mandado ese críptico wasap y yo la sentí tan lejana a mí que me quedé varado en el sitio. Parecía que estuviera mirando a uno de esos antiguos mejores amigos del jardín de infancia que uno se encuentra diez años después y al que no sabes cómo saludar, si mostrándote muy efusivo, con lo que igual le incomodabas, o más bien frío, con lo que tal vez se ofendía.

Dios, cómo odié haber olvidado la manera de dirigirme a ella en cuestión de una semana.

Me dejé llevar por lo que sentía en el momento y me acerqué sin más rodeos. La cogí suavemente del codo para llamarle la atención. Ella se dio la vuelta con cara de pánico y con la otra mano levantada, como si la hubiera agarrado del bolso y estuviera preparada para abofetearme en defensa propia. Se tranquilizó en cuanto vio que era yo, pero aun así dio un paso atrás y se aplastó los rizos con las manos. Parecía que estuviera mentalizándose para calmar el repentino ataque de nervios.

—Maday —musité. No supe qué decir durante un buen rato. Me la quedé mirando en busca de una sombra de arrepentimiento, pero ella no alzó la vista del suelo, y lo único que reflejaba su expresión era el deseo de salir de allí corriendo—. Maday, escucha… Me voy a ir en unos días y no quiero dejar esto así. Sea lo que sea que pasara, podemos hablarlo. Sabes que puedes abrirte conmigo, ¿verdad? Sé que te encontraste a Laura y a sus amigas en el *pool*. Me escribieron por Instagram. ¿Te dijeron… algo raro?

Maday seguía toqueteándose el pelo de forma compulsiva hasta que de pronto paró e interpuso las manos entre los dos.

—No pasa nada, lo de Laura… Son unas niñas estupendas. Yo solo quiero… Necesito que me dejes estar un tiempo, Airam. Te prometo que te escribiré algún día, y que me acercaré a ti de nuevo, pero ahora mismo yo… —Le temblaba la voz—. Tengo una

situación que me ha venido grande y no puedo… solucionarla contigo a mi lado. Por favor —insistió, alzando la voz con una nota de pánico al ver que yo daba un paso adelante. Los ojos se le anegaron en lágrimas, y una vez más no supe cómo afrontar la situación—. Te quiero, ¿de acuerdo? Eso no cambia ni cambiará nunca. Es solo que no puedo estar contigo.

—Pero… ¿es porque me voy? —musité, a punto de romper a llorar también. Miré a un lado y a otro, por si acaso estábamos montando una escena, pero la gente pasaba a un lado y a otro con prisas por comprar en las rebajas de la vuelta al cole; padres e hijos, grupos de adolescentes como nosotros apurando las últimas horas del verano. Sí, eran adolescentes como nosotros, pero yo me hice viejo ese día—. Porque me puedo quedar, Maday. Te juro que me quedo si me lo pides.

—No… No. —Hizo ademán de cogerme del brazo, como hacía siempre para disuadirme de alguna idea estúpida, pero no llegó a tocarme. Se esforzó por sonreír—. Es lo que necesitas, y aquí… Yo estaré mejor si hay distancia entre los dos.

Ignoré que eso me había sentado como una puñalada en el estómago solo para llevar la conversación a puerto seguro. Yo no estaría mejor habiendo distancia entre los dos.

—Maday, necesito saber qué pasa. Dímelo.

—Dame tiempo, por favor, y deja de… No me presiones. Este no es el lugar, ni… —Se calló para inspirar hondo con los ojos cerrados. Cuando volvió a abrirlos, en ellos brilló una nueva determinación—. Que tengas buen viaje.

Habría seguido insistiendo si no la hubiera conocido tan bien como la conocía. Cuando Maday se plantaba, no había fuerza de la naturaleza ni dios que pudiera dar su brazo a torcer. Y yo, ante todo, solo deseaba tener la esperanza de que todo volvería a ser como antes; de que no nos íbamos a separar enfadados.

—¿Puedo abrazarte al menos? —musité con la voz quebrada.

Maday se estremeció como si la sola idea le diera pesadillas, pero no fue eso lo que me dijo cuando me miró con una tristeza que me formó un nudo en la garganta.

—Creo que eso solo lo empeoraría.

Lo que sí hizo fue cogerme de la mano y estrechármela, llevársela a los labios y besarme la palma. Y luego desapareció. No

sé si es que yo me di la vuelta demasiado tarde o que la concurrencia la engulló, pero me dio la sensación de que se había desvanecido en el aire, como supongo que estaban condenados a desvanecerse los recuerdos que habíamos acumulado no solo en las últimas dos semanas, sino en los diez años que habíamos sido uña y carne.

Estuve a punto de no irme a Madrid. Lo hice porque, en el último momento, la balanza se inclinó a favor de la rabia y no de la desesperación. Creo que durante los primeros meses que estuve en la capital, aquellos en los que tú y yo apenas nos estábamos conociendo y solo nos veíamos en clase y en *raves*, pasé por todas las fases del luto. No me negaba que Maday me hubiera dejado; lo que me negué fue que me hubiera querido, y eso solo para empezar. Esa fue la etapa de la negación para mí, repetirme que había soñado los besos, las confesiones de lo que solíamos pensar el uno del otro cuando no nos atrevíamos a decirnos la verdad, los paseos por la playa, el surf, el sexo, la complicidad… Pero incluso si eliminaba esa parte de mi vida, aunque me sentía desequilibrado, como si de pronto tuviera que caminar con una sola pierna, Maday seguía estando presente en cada recuerdo de mi infancia. Había sido mi amiga antes que eso, y tener presente que no le había costado sacrificar nuestro vínculo fue lo que provocó el efecto llamada de la ira cegadora. Creo que si me hubiera quedado ahí mucho tiempo, en la fase de la rabia, me habría convertido en una persona de la que no podría estar orgulloso.

Al verme en una ciudad que ofrecía todo tipo de alternativas ociosas y juntarme con chavales que cada fin de semana frecuentaban una discoteca diferente, me metí todo lo que encontré y me follé a cada tía que se me puso a tiro de la forma más sucia y enferma que te puedas imaginar. Me desquitaba de lo lindo, como si ella me estuviera mirando y sufriera en el proceso tanto como lo hacía yo justo después de apartarme. Luego me sentía como una basura, pero así creía estar aprovechando mi juventud y la ilusión y la energía que Maday me había arrebatado.

Por suerte, eso apenas duró unos meses. En cuanto llegaron los exámenes, me obligué a concentrarme y pude bloquear la imagen de Maday y todo lo posterior para aprobar raspado.

No sé si hay otra etapa del duelo en medio, pero en cuanto pude

desplomarme en la cama después del último examen, me vino encima toda la tristeza que había estado escondiendo y me quedé paralizado bajo la angustia.

¿Cómo había podido hacerme eso? ¿Por qué? ¿Es que yo le había causado algún daño irreparable durante nuestro breve noviazgo, si así podía llamarse? ¿Había pronunciado las palabras equivocadas? ¿No fui lo bastante tierno o cercano? ¿Era infeliz y lo disimulaba? ¿Se sintió obligada a aceptarme cuando me abalancé sobre ella sin miramientos?

A fin de encontrarle respuesta a todas esas preguntas, porque la base de mi desesperación era la incertidumbre que empañaba todo lo vivido, me inventé una línea alternativa a mi percepción de los hechos: Maday, una chica complaciente y que no quería perder a su mejor amigo, le dio el gusto de hacerle saber que era correspondido cuando no era así. Por eso, cuando le pedí que admitiera que me quería, me dijo que era un arrogante; esa noche intentó frenarme y yo no la dejé. Por eso insistía en que no se lo dijéramos a Dácil, si bien yo estaba de acuerdo por otras razones —me daba miedo que alguien saboteara lo nuestro, directa o indirectamente—: porque pretendía cortarlo enseguida. A lo mejor se levantaba de la mesa cuando estábamos todos juntos con la excusa de fumar porque estaba harta de mis jueguecitos por debajo de la mesa y necesitaba huir de mis manazas, no porque deseara quedarse a solas conmigo.

Todo cobraba sentido así. Porque ese era el único sentido que podía darle al hecho de que no hubiera querido pasar las Navidades con los Oramas cuando volví en diciembre, al hecho de que no me escribiera nunca por voluntad propia y de que no contestara a mis mensajes.

Ese doble tic azul me ponía enfermo. Me pasaba horas y días mirándolo.

El puto Cruz Cafuné sabía de lo que hablaba:

> *Mala mía, soy un bobo.*
> *Trece días para olvidarme* **[26]**.

Al principio me estuve repitiendo que algo malo sucedió, pero lo único malo que había ocurrido en su vida había sido yo. Lo vi con una claridad devastadora: yo jodí nuestra amistad al querer algo más, y a ella solo se le ocurrió cortar de raíz la relación.

—No creo que eso fuera así, Airam —murmura Thiago.

—Si no te dan respuestas, las tienes que buscar tú. Ya sabes cómo soy, cuadriculado y lógico; no podía conformarme con esas miguitas, esos «ya hablaremos» y «ahora no puedo».

Pero precisamente porque soy cuadriculado, lógico y, además, terco como yo solo, después de volver a Tenerife en Semana Santa y ver que Maday seguía sin asomar la cabeza, decidí que ya estaba. Que me iba a conformar con mi explicación, con mi visión de los hechos, y aunque no era tan imbécil como para pensar que olvidaría de la noche a la mañana la frustración que había sentido, me busqué una vida. El resto ya te lo sabes: conocí a Leire y le di todo lo que siempre supe que le daría a mi novia. Le di mi tiempo y mi cariño, la cuidé, la respeté, y también la quise porque me ayudó a entender que yo no tenía ningún problema.

Leire fue para mí un regalo, y diciendo lo contrario estaría mintiendo. Nunca tuvo que arreglar lo que rompió otra, porque, entre otras cosas, yo nunca la hice partícipe de aquello que pasó para que no la salpicara en lo más mínimo —y para fingir que nunca sucedió, así no tendría que afrontarlo—, pero los primeros meses de relación se mostró paciente y comprensiva cuando yo me agobiaba si no me respondía enseguida a los mensajes. Se rio y me dio un beso tierno cuando me vio llegar al bar donde habíamos quedado quince minutos antes al borde del ataque, y me dijo que no pasaba nada si el tráfico me retenía, que ella siempre me esperaría. Me quiso presentar a sus amigos, a sus padres, a sus hermanos, a sus abuelos. Encontré en Leire un ancla y la paz que había estado ansiando cuando me fui a Madrid.

No me arrepentí de haberme marchado. Fue lo que necesitaba para estabilizarme. Para no pudrirme. Por eso, cuando la llevé a Tenerife a los cinco años de empezar la relación para que conociera a mi familia, sentí que estaba cometiendo un grave error. Estaba mezclando dos mundos que debían permanecer separados, entre otras cosas porque el Airam de Madrid no era el Airam de Tenerife.

Pero ¿qué iba a hacer? ¿Ponerle excusas y mantenerla alejada de mi núcleo cuando ella me había incluido en el suyo?

—Anda, vente a la cocina y nos tomamos unas cervezas. Ha empezado a dolerme la garganta con el puto nudo este, y tiene

pinta de que vamos a necesitar alcohol para esta parte de la historia. No me gusta saber que Leire lo pasó mal. Es una tía maravillosa. —Thiago se pone de pie y lanza una última mirada a la caja. Es entonces cuando se fija en algo que le había pasado desapercibido—. ¿Este no es el billete de Binter del año pasado? ¿El que nos llevó de Gran Canaria a Tenerife, después de que le presentaras a tus amigos canariones? ¿Por qué lo guardas?
—Porque marca la fecha del día que Maday volvió a mí. Al menos en cierta manera.

Me acuerdo como si fuera ayer, porque me habría extrañado menos que Karol G hubiera aparecido de repente bajando las escaleras mecánicas del aeropuerto de Los Rodeos, me hubiera dado un beso de tornillo y me hubiera dicho que llevaba esperándome toda la vida. Creo que Leire y tú estabais hablando sobre si os gustaban más las Tirmas canarias o los Huesitos que se distribuyen fundamentalmente en la Península. Daba igual, porque vuestra charla banal se convirtió en un ruido de fondo cuando reconocí el coche de tía Jana aparcado junto a la entrada, donde debían pararse las guaguas, y a todo el mundo saliendo en tropel para recibirnos.

A ella, en concreto. A ella, sobre todo. Había ido, y me estaba mirando para que no me cupiera la menor duda de que había viajado hasta el norte en el coche destartalado y con una conductora temeraria para darme la bienvenida a mí, solo a mí.

Como te podrás imaginar, había aprendido a estar sentado en la misma mesa que Maday sin interactuar en absoluto, porque Dácil nunca dejó de ser su gran amiga y los Oramas la quieren con locura, pero cuando empecé a salir con Leire, impuse la necesaria distancia, y como Dácil, Maday y yo nunca solíamos quedar juntos, a mi hermana nunca le extrañó. Ya te conocía a ti, y como hacía todos los viajes contigo, cabrón, estaba más preocupada de impresionarte o de joderte que de vigilar cómo era mi relación con Maday.

—Suelo causar ese efecto en las mujeres.

Y mi relación con Maday era inexistente… hasta ese día. Se había teñido el pelo de rojo, tenía más color en las mejillas que la última vez que la había mirado con la intención de preocuparme y vino a por mí como si no hubiera nadie más en la acera. O en el

mundo. Mi cuerpo demostró no haber olvidado la vieja costumbre de acudir a sus brazos sin peros, o eso pensé en un principio, cuando me aproximé con la cara desencajada, pensando que me estaba grabando una cámara oculta. Fui a saludarla con frialdad, porque no correspondía otra cosa, pero ella me echó los brazos al cuello… Y recuerdo que me vinieron tantas cosas a la cabeza de pronto que casi me dio un golpe de calor, me sobrevino un mareo enfermizo.

Le quise espetar qué coño estaba haciendo, a qué venía eso, de dónde salía ella, qué pretendía… Pero lo único que salió de mis labios fue un simple y quedo «¿Qué tal?», y a continuación, temblando por dentro porque ya me había pegado su olor a la ropa y sus rizos me habían hecho cosquillas en la cara, el pensamiento inevitable: «Mierda. Esto va a ser un problema».

—Sí que me acuerdo de que pusiste una cara muy rara. Nunca me hablaste mucho de Maday, pero cuando te emborrachabas se te escapaban algunas pistas. Y ya sabes que yo no presiono. Así evito que me presionen a mí.

Pues no sé si también te acordarás de esa mañana. Estabas muy ocupado molestando a mi hermana. No creas que no me di cuenta de que te ponías coqueto con ella, por cierto, pero asumí que era uno de vuestros retorcidos juegos y lo dejé pasar, en parte porque aquel trayecto en coche hasta Los Cristianos fue una tortura personal. Tú tenías a tu gran amor en las rodillas, chaval, pero yo tenía a mi novia en el regazo y a mi ex a la derecha, y las dos estaban hablando como si fueran amigas de toda la vida. O eso parecía desde fuera. Yo, que conocía a Maday muy bien, sabía que estaba haciendo el esfuerzo por mostrarse simpática y receptiva. Le hizo un millón de preguntas a Leire que me enfularon[27]. Me daban ganas de soltarle qué cojones le importaba a ella de qué parte del norte de España fuera, a qué especialidad de la Medicina quisiera dedicarse o de dónde era ese vestido tan bonito que llevaba.

Pero no lo hice porque sobre todo estaba pasmado.

Cuando llegamos al Chozo Oramas, Maday se fue para su casa y yo decidí que ahí acababa todo. Entré en casa para saludar a mi familia con un nudo de intranquilidad en el pecho, y me repetí, con

cada beso que le di a cada miembro, que daba igual, que Maday solo había ido a saludar, que era lo que correspondía porque era de los nuestros… Pero antes siquiera de que Leire descargara sus maletas del coche, me escabullí por el jardín, salté la valla que daba al patio trasero de Maday y allí me la encontré, sentada en una cutre silla de plástico, concentrada en liarse un cigarrillo con el Spotify sonando a toda leche. Una canción del disco de su madre: *Reminiscencias*, de Julio Jaramillo.

Ella alzó la barbilla para mirarme con expectación y una inocencia que estuvo a punto de instarme a sacudirla de lo lindo. No lo hice porque enseguida se instaló en su expresión una sombra de culpabilidad. No era ni de lejos suficiente para aplacarme; solo para posponer una bronca inevitable.

—¿Qué significa esto? —exigí saber, aún sin aliento por la precipitada escalada de la valla.

La rabia que me quemaba en la sangre tenía una sola razón de ser: me moría de impotencia porque Maday hubiera decidido darle la vuelta a mi vida con un simple abrazo que yo ni siquiera correspondí del todo. Me moría de impotencia porque ese medio abrazo me había devuelto al punto de partida, a ese día de años atrás en el que se negó a tocarme en un puto centro comercial, como si tuviera la peste.

Maday no tuvo ni que preguntarme a qué me refería.

—Solo me alegro de verte —murmuró—, pero si prefieres que me mantenga al margen…

«Ya es tarde, ¿no lo ves? Ya te has acercado. ¡Ya te has acercado! Y si en su día me hubieras dicho que me llamarías este día concreto, este cinco de agosto, que tardarías cinco años en volver a mí, me habría preparado… Pero ahora solo me has jodido. Me has jodido».

Hice de tripas corazón inspirando hondo.

—Por mí no te preocupes. Tengo mi plato lleno —dije con aparente indiferencia—. Haz lo que quieras.

Pensé que así me libraría de ella, demostrando que de verdad me importaba un carajo, pero Maday se lo tomó muy al pie de la letra. Y en el proceso de obedecerme, hizo lo que quiso.

Hizo lo que quiso *conmigo*.

Capítulo 11

07/08/2021

El día que la novia de Airam me salvó

—Mi niña… —musito contra la coronilla de Dácil—. ¿Quieres que te siga contando, o no? Eres tú la que me ha pedido un relato detallado. Sin dejar de apretarme contra ella —me ha agarrado de la cintura hace media hora y nada apunta que vaya a dejarme ir en los próximos veinticuatro días laborables—, Dácil levanta la barbilla lo suficiente para mirarme con los ojos cuajados de lágrimas. El rímel le llega hasta la barbilla. Si no estuviera devastada, habría arremetido contra la industria cosmética por comercializar una máscara de pestañas usando publicidad engañosa: no es waterproof*.*

—¿Y cómo lo iba a saber yo? —jadea entre sollozos y vuelve a apoyar la mejilla contra mi pecho—. Si no me quieres contar más, no me digas nada.

—La verdad es que quiero hacerlo. Bastante tiempo lo he ocultado de ti, y me vendría bien desahogarme.

Dediqué esos tres años a enterrar en el curro lo que pasó en el coche de Carlos. Todo el mundo me felicitaba porque el estrés me había ayudado a bajar de peso, si es que «ayudar» es la palabra —peso que gané inmediatamente después, por cierto, porque así es la ansiedad—, y porque en muy poco tiempo había conseguido que me otorgaran un puesto de mayor responsabilidad en la cadena de trabajo. Era una de las empleadas más jóvenes y destacadas en el hotel al que me mudé en el acto, y como para no serlo cuando echaba mis horas y las del que se hubiera puesto enfermo, las del que hubiera tenido que salir pitando por una emergencia, las del que se escaqueaba y lograba endosarle su turno a los demás.

Iba al hotel sábados, domingos y festivos. Todo el mundo me

conocía por mi nombre y me quería a la vez que me compadecía, pero yo estaba feliz bloqueando los pensamientos intrusivos. Tenía la sensación de que el día que me parara de golpe, el día que tuviera tan solo un par de horas para mí, me desmoronaría y no podría volver a levantarme.

Pasé por una especie de duelo, y si no le dije a nadie lo que había ocurrido no fue solo por miedo —un miedo que se fragmentaba, a su vez, en miedos más pequeños: a que no me creyeran, a que me miraran con lástima, a que no pudieran tratarme de la misma manera, a que quisieran tomar medidas y esas medidas me señalaran para siempre—, sino porque la primera etapa fue la negación.

Me negué que eso me hubiera pasado a mí, porque yo siempre tomaba todas las medidas preventivas, y porque jamás se me habría ocurrido subirme al coche de un hombre con mala reputación. Porque aceptando que me había ocurrido, tendría que encajar asimismo el hecho de que yo me lo busqué.

—Pero ¿qué coño dices? ¡Nadie está libre de que le pase! ¿Cómo puedes echarte la culpa? Además, tú misma dijiste que una compañera tuya iba a hacer el trayecto con vosotros. No había manera de saber que el hijo de la gran puta se lo había inventado.

Aunque te sorprenda saberlo, echarte la culpa de lo que escapa a tu entendimiento y a tu capacidad de gestión es una estrategia de control. Poniendo el peso sobre mis hombros, podía racionalizar lo ocurrido, y creyendo que me lo merecía, me costaba menos aceptarlo. Es retorcido y desagradable, lo sé, pero así era. También me resultaba más fácil verlo con cierta distancia, pensar que aquello fue una pesadilla. Y, sin embargo, el recuerdo volvía con una nitidez asfixiante cada vez que me veía rodeada de gente en un lugar público, cada vez que alguien me asaltaba por la espalda, cada vez que veía una escena erótica en una película o la leía en una novela romántica; cada vez que un hombre, ya fuera un miembro de tu familia o un desconocido, intentaba tocarme. Era como si, al hacerlo sin mi consentimiento, Carlos me hubiera arrebatado el mando de mis reacciones, me hubiese retirado esa capa de dominio sobre mí y me hubiera dejado desnuda y

vulnerable al roce con el entorno.

Aquella noche perdí muchas cosas: la seguridad, la autoestima que iba construyendo poco a poco, la ternura que aún se tiene a los dieciocho años… Pero sobre todo me quitó a Airam, y eso fue lo que más me dolió. No me refiero al amor romántico o a la relación que empezábamos a construir, sino a él en sí mismo. El secreto abrió inevitablemente una brecha entre los dos, porque yo había enmudecido y él estaba a punto de irse, y no podía arrancarle su oportunidad de volar para que se quedara a mi lado esperando a que recuperase la voz.

Y después… Después, cuando la recuperé, fue demasiado tarde.

—Ahora que lo pienso, es verdad que cambiaste un poco en aquella época. Yo asumí que estabas muy ocupada trabajando; que, como te explotaban, llegabas tan cansada a casa que no podías encargarte de tus relaciones. Pero cuando te veía, era como si te hubieras hecho mayor de pronto. No me extrañó porque, a fin de cuentas, tienes tres años más que yo, y tú siempre has parecido muy sabia en comparación conmigo.

»Si tan solo hubiera sabido…

No tenías edad para que yo te contara algo así. Mi abuela había perdido a una hija a una edad muy temprana y una sola tragedia más la destruiría. Y Airam… Airam habría mandado a la mierda su futuro por mí, estoy segura, y no es un cualquiera. Airam es una persona que ha estado destinada a algo grande desde que nació. Lo sabes tú, lo sé yo y lo sabe tu familia, que, de mejor o peor manera, ha puesto siempre el peso del mundo sobre sus hombros porque sabe que puede soportarlo.

O eso es lo que me digo, pero puede que solo sean excusas. O que todas las razones que te he expuesto, unidas, me formaran el nudo en la garganta y me impidieran pedir ayuda.

El miedo, en definitiva. El miedo que contiene todos los miedos.

—El único miedo que tú has tenido en tu vida, Maday, es el miedo a molestar.

—Puede que tengas razón.

—Dime que al menos fuiste a terapia, o algo así. Que alguien te escuchó.

No, lo aparqué durante los primeros tres años. Fui lidiando con ello a mi manera, huyendo de lugares públicos, manteniéndome alejada de la gente en general, desahogándome en silencio cuando me quedaba a solas, escribiéndole mensajes a Airam que luego borraba antes de presionar «enviar»…

No lo hice bien, está claro; la situación me vino grande. Pero el tiempo me ayudó a ir poniendo distancia con lo ocurrido, y si bien la herida no sanó ni de lejos, poco a poco fui capaz de hacer todas esas cosas que me había vetado porque carecía del valor para enfrentarlas. Tu hermano, entre ellas.

—No tenía ni idea de que no os hablabais. Pensaba que te había pasado con él como a mí con la distancia entre Tenerife y Madrid, que Airam se había buscado otros amigos y tú te habías quedado rezagada. Fue cuando vino con Leire cuando me di cuenta de que había una vibra extraña entre vosotros. Chos… Lo de Leire te tuvo que partir el corazón.

No te creas. Leire fue el mejor toque de atención que una chica estancada pudiera tener.

A ver, no te voy a mentir: por un lado, una parte de mí quería abofetearla, pero el hecho de sentir de nuevo una emoción tan pura e intensa ayudó a mi… despertar, por así decirlo. Ahora bien, tú me conoces, Dácil, y aunque sienta celos, me jacto de racionalizar mis sentimientos y recordar cómo he llegado al punto en el que me encuentro. No solo evita que los demás pasen un mal rato, sino que yo misma me encuentro mejor.

—Lo dudo bastante. Eso de ser prudente y estar calladita es envenenarse por dentro.

Me decidí a darle la bienvenida a Airam cuando vino con su novia, y solo cuando vino con su novia, porque tenía la certeza de que ya no me exigiría una explicación acerca de lo que había pasado, porque estaba segura de que me había olvidado y también porque cabía la posibilidad de que recuperáramos parte de la complicidad de antaño. Él me recibió con frialdad —no esperaba menos, y no podía culparlo—, pero aun así procuré acercarme a ellos. Me lo fijé como una meta personal a corto plazo: quería

retomar el contacto con las personas que dejé atrás.

—Vamos, que estabas usando a mi hermano como terapia. Me parece perfecto.

Él me ignoraba de lo lindo salvo cuando estábamos rodeados de tu familia. Apenas nos quedábamos a solas; ni siquiera disimulaba lo incómodo que estaba. Y yo, por el contrario, no podía evitar efervescer de emoción a su lado. Procuraba no invadir su espacio ni molestarle más de lo debido, lo que me dejaba a merced de la conversación con Leire.

Pues, para mi inmensa desgracia, porque tampoco soy de piedra, debo decir que es una persona bastante encantadora. Me invitó a ir al indio de Los Cristianos con Airam y con ella en cuanto descubrió que yo era su amiguísima de la infancia —o solía serlo—, y allí los vi interactuar.

Ya sabes que yo nunca había visto a Airam con una chica. El romántico era un ámbito de su vida que ocultaba de mí, así que supuso un choque y a la vez un alivio estar presente durante el flirteo. Me veía a salvo de sus abrumadores sentimientos, con los que no me sentía más preparada para lidiar que en el pasado.

Eso no me facilitó la visión de su relación, sin embargo.

Se sentaron enfrente de mí. Éramos dos contra uno en el restaurante indio que tanto te gusta, el del menú de trece euros, y se enfrascaron en una conversación que me ayudó a caer en la cuenta de algo importante.

—¿Que Leire es una pretenciosa de cojones?
—Que Leire estaba hecha para tu hermano.
—Sí, y un carajo.

No me acuerdo de qué hablaban exactamente. Conversaron sobre medicina, sobre sus respectivas especialidades, sobre asignaturas que tenían en común, sobre conocidos con los que salían de fiesta, sobre los lugares de Madrid que más les gustaba frecuentar, sobre otras parejas con las que hacían citas dobles… Nada en lo que yo pudiera intervenir, en definitiva.

—¿Citas dobles? Estás de coña, ¿no? Ahora tengo una

excusa para hacerle bullying *a mi hermano.*
—Es así como te lo cuento. No lo digo por lo de las citas, pero de pronto se había vuelto un cosmopolita.
—¿Y no dejaste de quererlo en el acto?
—Thiago es un cosmopolita de la cabeza a los pies y nunca has dejado de quererlo.
—Thiago nunca ha salido en una cita doble. Es más de tener las dos novias a la vez y que solo lo sepa una. —Sacude la cabeza—. De todos modos, esto no va sobre mí.

El caso es que ahí estaba yo, la chica que trabajaba en la hostelería y no había tocado un libro académico en casi seis años, escuchando una sesudísima conversación sobre asignaturas como Anatomía y Embriología Humanas o Bioquímica y Genética Molecular, recibiendo recomendaciones de restaurantes caros que tendría que visitar cuando fuera a Madrid, como el Ramón Freixa o ese que llevaba el marido de Cristina Pedroche.

—Macho, tuvo que ser una cita la hostia de divertida. —Ironiza Dácil—. Yo me habría excusado fingiendo una indisposición. Lo mismo ni habría tenido que fingirla, la habría sufrido allí mismo.

Pues estuve a punto de hacerlo, porque me empecé a sentir mal. No es que a Airam se le viera en su salsa, pero asumí que la incomodidad se la producía yo y que él estaba muy cómodo con su novia; que se había habituado a los bares de lujo, a los más de tres millones de habitantes de la capital y a su magnífica vida de estudiante, y que yo no tenía cabida ahí.

—Te diste cuenta de que la persona de la que te habías enamorado, una persona normal, se había convertido en uno de esos pijeras que van con náuticos, fachaleco *y se peinan con secador.*
—Dácil, que no toda la gente que vive en Madrid vota al PP. Tienes que sacarte esas ideas de la cabeza.
—No, gracias. En esta colina moriré.
—En fin. Tú y tu aversión a los godos… excepto a Thiago.
—Especialmente a Thiago, de hecho. Yo solo hablo con

conocimiento de causa.

Vale, pero que sepas que te equivocas con tu hermano, porque Airam seguía fiel a su estilo desharrapado. No sé si era porque ya no estaba al alcance de mi mano —total, en el fondo, siempre lo sentí a mil años luz de mí, incluso cuando nos contábamos los deseos secretos que habíamos pedido a las estrellas durante las Perseidas—, pero cuando volvió, me pareció más guapo que nunca. Tenía los rasgos más marcados, masculinos, había crecido un poco más, rompiendo el límite del metro noventa, y se había cortado el pelo lo suficiente para que los mechones ondulados se hubieran convertido en unos rizos algo más definidos.

Estaba exuberante…

—Está claro que el amor es ciego.
—¿Me vas a dejar hablar?

Lo que pasó a raíz de aquella breve quedada en el restaurante fue que abrí los ojos. Fui consciente del tiempo que había pasado gracias a Leire y a Airam. Sobre todo a tu hermano. En esos años había avanzado sus estudios de Medicina, había madurado, tenía una novia con la que compartía intereses comunes, se había comprado unos vaqueros nuevos —antes de que digas nada, sí, por fin se había comprado unos vaqueros nuevos—, y yo, mientras tanto, no había hecho nada. Por fuerza mayor, de acuerdo, pero era obvio que yo me había estancado en los dieciocho años. Lo único en lo que había prosperado era en el trabajo, un trabajo duro y exigente que no me gustaba y que de hecho me haría profundamente infeliz en cuanto decidiera que quería ser otra persona. No había vuelto a querer a nadie, ni había conocido a un amigo nuevo con quien estrechar lazos, no había salido a disfrutar de mi juventud… Me había quedado sentada mirando al cielo, a diez mil kilómetros de sus besos, como cantaba aquella canción de Huecco[28]. No negaré que había tenido la remota y estúpida esperanza de que Airam volviera a mí como si el tiempo no hubiera transcurrido. O que se enterara de lo que sucedió por ciencia infusa, de manera que yo no pudiera sentirme culpable por haber estropeado su vida con la verdad, y regresara a Tenerife con más ganas de quererme que nunca.

A raíz de ese choque de realidad, tuve una pequeña iluminación, Dácil. Pensé: «Airam ha prosperado, y Airam y yo solíamos ser lo mismo, caminábamos el uno al lado del otro. Ahora él me ha adelantado por la banda, y no puedo quedarme sentada a ver cómo evoluciona mientras yo me lamo las heridas. Tengo que hacer algo para que estemos a la altura, porque él y yo somos lo mismo».

E hice algo.

Gracias a su regreso, gracias a Leire y, también, gracias a ti.

—¿A mí? A mí ¿por qué?

Porque te empecinaste en encontrar un hombre con el que perder la virginidad en Tinder, y eso me llevó a mí a abrirme una cuenta y buscar a alguien con quien crear el mismo tipo de complicidad que Airam tenía con su novia.

—Sí, pues en Tinder no ibas a encontrar nada de eso, mi niña.

No, no lo encontré. Y no tardé ni una semana en darme cuenta de que no estaba preparada para incursionar en el ámbito amoroso. Antes tenía que superar unos cuantos problemas que me aquejaban pero que yo pensaba que con tesón y cabezonería podría solventar. Empecé la casa por el tejado… y así me fue.

Pero no se puede decir que no intentara levantarme.

Capítulo 12

10/08/2021

El día que Maday y yo sorteamos las olas

—No me digas que quedabais para recoger conchas.
—Comenta Thiago con una sonrisita bobalicona en la cara. Saca de la caja un tarro repleto de vidrios de colores, piedras con un aspecto cuando menos interesante y sí, también conchas—. A ver si adivino: el contenido tiene más de cinco años.
—Los recogíamos durante los paseos por la playa.
—¿Hubo paseos de esos mientras estuviste con Leire?
—Más o menos.

El único error grave que Leire cometió fue no venir conmigo a hacer surf. Si hubiera estado entre Maday y yo, estoy seguro de que no habría pasado nada. O, por lo menos, el momento de la verdad habría quedado pospuesto durante el tiempo suficiente para ahorrarnos los dos una ruptura trágica.

—Sí, claro, Leire es ahora tu mami y tiene que protegerte de la pérfida de Maday, de su maligna influencia sobre ti.
—Pues no me habría venido mal un escudero, chaval. Podrías haberlo sido tú.
—Como muy bien has dicho, yo estaba ocupado torturando a tu hermana, que no sé si lo sabes, pero es una persona muy absorbente que requiere toda tu atención las veinticuatro horas. Además, ¿yo qué iba a saber? Solo tenía mis sospechas sobre Maday y tú. Si querías ayuda, haberla pedido, listo.

Yo creo que mi cara fue un poema cuando Maday me propuso ir a hacer surf los dos solos. ¿O fue *windsurf*? No me acuerdo, porque al final cada uno hizo lo que quiso por su lado la mayor parte del

tiempo.

Como te podrás figurar, no podía decirle que no. Estaban en juego mi orgullo y mi hombría, y no quería que nadie sospechara nada. ¿Cómo iba Airam a negarse a sortear las olas y, además, en compañía de la amiga que casi casi era tan buena como él?

—Maday nos folla a los dos surfeando. Es hora de que lo aceptes.
—JAMÁS.

Acepté porque estaba decidido a fingir que nada había pasado, que era un chico maduro, fuerte e independiente, y que un metro cincuenta coronado ahora de rizos rojos no podía acabar conmigo.

Pero parte del problema eran el metro cincuenta y los rizos rojos.

Me acuerdo de haber bajado hasta la playa del Médano con ella caminando tranquilamente a mi lado, con la vista fija en las olas y apartándose el pelo de la cara que el viento insistía en meterle por los ojos, y estremecerme por dentro por lo pequeña que era, por la ternura que despertaba en mí incluso cuando se suponía que mi corazón se había endurecido y ahora estaba recubierto por una armadura a prueba de ella.

Y el pelirrojo…

—Ni que me lo digas… Las pelirrojas son otra cosa.
—Parecía que lo hubiera hecho aposta, chacho.

Lo primero que tienes que saber es que estaba furioso. Furioso contigo por hacerle machangadas a mi hermana; con mi hermana por devolverte todos los ataques frontales; con Maday por aparecer de pronto; con Leire por rajarse de los planes que me obligaban a quedarme solo con *La Que No Podía Ser Nombrada* y por invitarla por sistema a nuestros planes para conocer a «la amiga de la infancia de Airam»; con mi familia por… Bueno, la verdad es que no le dieron un mal recibimiento a Leire, pero me había enfurecido por adelantado porque sabía que en algún momento iban a hacer algo que me pondría de los nervios.

—Creo que eso clínicamente se llama «ansiedad

anticipatoria». Me lo explicó aquella novia de tío Jaime, Nuria.
—Se llame como se llame, es un marrón. Pero yo me las apañaba para ocultar todo aquello bajo una aparente máscara de serenidad.
—Sí, eso te crees tú. Estabas todo el día de mala hostia, Airam. No se te da tan bien fingir como te gustaría.

Supongo que no. O eso o Maday no había olvidado cómo presionar las teclas adecuadas, porque no tuvo que esforzarse demasiado para desorientarme y hacerme pensar erróneamente que estábamos más o menos donde lo dejamos, que nunca habíamos dejado de ser amigos.

Hizo las bromas que acostumbrábamos a lanzar el uno contra el otro cada vez que nos enfrentábamos en el Médano en un improvisado concurso de surf, y yo me dejé llevar porque en parte lo necesitaba para liberarme. Ella se percató de que mi técnica se había vuelto algo menos precisa por la falta de práctica y me lo mencionó cuando hicimos la parada del aperitivo que tanto me estaba temiendo, porque me obligaría a entablar una conversación.

—Me imagino que estás mosqueado por lo de Da y Thiago —me dijo, retirándose los rizos mojados de la cara. Caminábamos con dificultad desde la orilla hasta el punto donde habíamos dejado las toallas. El Médano se caracteriza por las corrientes de aire, pero se había levantado un viento especialmente violento.

—¿Tan transparente soy? —repuse en tono desdeñoso.

—Se te nota un fisquito, la verdad… —Cabeceó—. Ya sabes cómo son. Hay que tenerles paciencia.

«Estás tú para darme consejos», estuve a punto de espetarle.

—Descuida, que ya me he encargado del asunto.

Maday dejó la tabla con cuidado a un lado de su toalla de propaganda del hotel en el que trabajaba y me miró mientras se sacudía el oído para sacar el agua. Todo en ella exudaba naturalidad, y así era como me incitaba a actuar de la misma manera, pero me resistía con uñas y dientes a hacerla sentir cómoda a mi lado.

—¿A qué te refieres?

—A Leire y a mí se nos ha ocurrido una idea para que dejen de fajarse **[29]**… o para que le bajen unos tonitos a su enemistad.

Llegado este punto, me daré por satisfecho con cualquiera de las dos cosas.

Ella me sonrió con cierta cautela.

—¿Qué has hecho ya?

Pensé que hablar de vosotros dos, que erais territorio neutral, me libraría de decirle todo lo que pensaba, así que me senté en la toalla con las rodillas abrazadas.

—Me he inventado que en el fondo están enamorados el uno del otro, a ver si así desarrollan algún tipo de empatía y dejan de molestar durante el tiempo suficiente para que mi novia sobreviva al viaje. —La boca se me quedó pastosa después de decir «mi novia» delante de ella.

—¿Qué? —jadeó, inmóvil a mi lado. Yo iba a encogerme de hombros, porque la verdad es que no me parecía para tanto, pero vi en sus ojos que la había cagado a lo grande.

—¿Me estás diciendo en serio que no se te pasó por la cabeza ni por un momento que esa mentirijilla tuya no traería consecuencias?

—Yo solo pensaba en que Leire saliera con vida de la experiencia tinerfeña para poder contarla, y supongo que me cegaba el cabreo que tenía con vosotros. Pero es verdad que Maday, para variar, me abrió los ojos.

—¿Tienes idea de lo que puede pasar cuando se enteren de la jugada? Porque no puedes ser tan pollaboba como para no saber que tarde o temprano se acabarán dando cuenta, y Dácil es La Rencores. Le vas a dar más motivos para convertir El Chozo en un campo de minas.

—¿Y qué? ¿Se supone que eso establecería una gran diferencia respecto de lo que ya hace, que no es otra cosa que sembrar discordia? Llevo años en medio de una guerra que no hace más que empeorar, y la charlita asertiva no sirve para que espabilen, así que he decidido hablar su idioma.

Maday negó con la cabeza como una madre censuradora.

—Así no es como se hacen las cosas, Airam.

—¿Cómo se hacen las cosas, Maday? Dime tú cómo se hacen, que tanto sabes, que tan bien has hecho las cosas siempre. —Le solté sin pensar. Mi voz sonó más cortante de lo que pretendía. Ella

se quedó en silencio y se limitó a sostenerme la mirada. En su tristeza vi que mi exabrupto no venía a cuento y me obligué a volver al tema principal, porque la verdad es que, aunque quería una explicación a su comportamiento de años atrás, no estaba preparado para encajarla… Ni estaba preparado para lo que podría hacerme sentir. Sabía que volver al pasado me abriría las heridas, si bien ya empezaban a escocerme—. No sé por qué te pones así. Has presenciado gran parte de las fechorías de Da y Thiago. Se merecen un castigo.

—Una cosa es darles una lección y otra muy distinta, jugar con sus sentimientos. Soy yo la que no entiende por qué harías algo así. Con lo listo que eres y no te has dado cuenta de que esos dos se quieren y no encuentran otra manera de expresarlo.

Decir que me quedé pasmado es poco.

—Pues no sé de qué te sorprendías. Hasta tus amigos del instituto me preguntaron en las Perseidas qué me pasaba con tu hermana. Comentaron que la perseguía como un perro en celo, y eso que los conocí esa misma noche y no vieron ni la mitad de la película.

—Mira, era difícil llegar a esa conclusión cuando la interacción de la que había sido testigo era fundamentalmente violenta. Cuando estaba en presencia de vosotros dos, estaba tan concentrado en evitar una hecatombe que no se me había ocurrido buscarle el sentido al fondo de vuestros actos, y cuando me volvía a Madrid, estabas tan entretenido con tus mujeres, actuando como si Dácil no existiera, que ni se me había pasado por la cabeza.

El caso es que Maday, ajena a que acababa de poner mi mundo del revés, sacudió la cabeza, como si tuviera derecho a sentirse decepcionada conmigo, y se dio media vuelta para dar un paseo que le despejara la mente. Esa tristeza suya me apretó el nudo en la garganta que ya me había formado su novedoso planteamiento de la enemistad que me estaba arrebatando la cordura. Y con la culpabilidad por haberla avergonzado con mi comportamiento, que no permití que me durara mucho, me sobrevino una rabia ciega.

Odiaba que Maday fuera siempre el genio de la operación, la mente maestra en posesión de todas las verdades; que se le diera

tan bien descifrar al resto del mundo y, sin embargo, ella fuera imposible de leer. Visto desde su perspectiva, caí en la cuenta de que podría hacerle daño a Dácil con mi decisión y, como si pudiera reparar el error con mi hermana buscando la aceptación de Maday, me levanté y fui tras ella. Yo, que no he ido detrás de nadie desde que dejé Tenerife —y a Maday por extensión— porque me prometí no volver a quedar como un bobo, volvía a mis inicios. Esa era una forma de saber que su ausencia aún dolía[30]: que la perseguía queriendo y sin querer, que no podía respirar si existía la posibilidad de que me despreciara por un error cometido. Y te recuerdo que esa era la historia sobre la que me había sentado durante tres años, la historia de que Maday nunca me quiso, nunca me soportó y no supo cómo librarse de mí.

—Madre mía… Luego el dramas soy yo.

—¡Oye! —La llamé desde la orilla. Ella se giró a la vez que la agarraba del brazo, y el contacto oscureció su semblante nostálgico.

—No vuelvas a tirar así de mí —me advirtió con una mirada dura.

Levanté las palmas de las manos, proclamando mi inocencia con una media sonrisa burlona que no ocultaba mi cabreo.

—Muy bien, pues tú no vuelvas a ofenderte por lo que no te corresponde. Si alguien tiene derecho a mirarme como si fuera una mierda y la hubiese cagado, en todo caso es mi hermana.

—Y no dudes que lo hará. —Me aseguró, cruzándose de brazos.

—Estupendo, que lo haga. Yo afrontaré las consecuencias de lo que he hecho. Pero tú no eres nadie para juzgarme. No eres la clase de persona que se queda para arreglar los desastres que deja a su espalda.

Maday presionó los labios, convirtiéndolos en una fina línea. Se me aceleró el pulso al comprender que iba a darme el gusto (o más bien el disgusto) de contestar.

—¿Hay algo que me quieras decir, o pretendes pasar toda la tarde lanzando pullitas?

—Estaría encantado de decir lo que pienso, pero me adapto a las necesidades de mi compañía, que no se caracteriza por hablar claro —repliqué con un sarcasmo indolente, como si no empezaran a marearme los nervios—. Si estás más cómoda fingiendo que no

rompiste una relación de amistad de diez años como si no valiera un puto duro, no seré yo quien te arrebate la calma. Ya ves que soy un chaval de lo más gentil.

—Sí, sobre todo cuando dejas a tu hermana con el culo al aire delante de una persona a la que odia por una razón de peso. Qué gentileza la tuya.

Se dio la vuelta, y yo ya estaba alargando la mano para frenarla cuando me lo pensé mejor. Ni ella quería que la tocara —y debo reconocer que eso era lo que más me cabreaba—, ni a mí me convenía ponerle un solo dedo encima, no fuera a activar sin querer un complejo sistema de autodestrucción. Pero ya había empezado a calentarme, como un mecanismo que funcionara por encima de sus posibilidades. Yo trataba de reconducir el tema a la culpa que Maday no había asumido, a lo nuestro, y ella insistía en mencionar a Dácil.

—¿Por qué no te vas a la mierda, Maday? —Rugí sin pensar.

Ella giró sobre sus talones, casi hundidos en la arena, y me encaró con los brazos extendidos.

—¿Dónde te crees que he estado últimamente? —replicó.

—Pues, por lo visto, en ningún lugar que no te hubieras ganado a pulso.

Me di cuenta de que le había hecho daño con el comentario, escupido por lo encolerizado que estaba, y aunque mi primera reacción fue disculparme, porque no estaba acostumbrado a ser tan duro con nadie, me resistí. Me resistí incluso a pesar de que sus ojos se cristalizaban. Me pareció de justicia hacerle pagar por el daño que me había hecho. Así que, lejos de detenerme, continué:

—Si te crees que puedes volver como si nada y que todo siga donde lo dejamos, estás muy equivocada. Ya tengo una vida en la que no hay espacio para ti, y ni se te ocurra mirarme como si fuera un tirano, porque eres tú la que me largó de tu lado. Y si piensas por un solo segundo que Leire es algo pasajero y que tienes la menor oportunidad de…

—Pero ¿qué te has creído? —me cortó, mirándome anonadada—. ¿Que te di la bienvenida con un abrazo y que te he propuesto venir a la playa porque pretendo conquistarte? ¿Qué te piensas?, ¿que los años no pasan para mí también? Por favor… —Se pellizcó el puente de la nariz con una sonrisa incrédula—. Chiquito

arrogante eres, ¿eh?

—La arrogante eres tú, que vuelves después de años de silencio con la esperanza de que te reciba a bombo y platillo. Mírate bien, Maday, y analízate antes de juzgar a los demás.

—Luego nos decías a Da y a mí, pero a cruel, amigo, a ti no te gana ni el Tato.

—No esperaba un recibimiento a bombo y platillo. No esperaba nada. Pero lo tenía que intentar —me dijo, mirándome a los ojos sin impostura—. Con un fisquito de suerte, ya no me odiarías tanto y podríamos recuperar parte de la amistad que teníamos. Como muy bien has dicho, has prosperado y yo ya no tengo relevancia en tu vida, así que no te duelo ni te importo como para negarme ese gusto, ¿no?

—¿Qué se supone que significa eso? ¿Que ahora quieres o pretendes dolerme otra vez? ¿Que quieres arreglar las cosas? —Se me escapó una carcajada irónica.

La rabia se apoderó de mí cuando dijo la palabra «amistad», no puedo negarlo. Ni siquiera había mencionado en ningún momento lo que pasó después de ser amigos, como si no hubiera existido. Era desesperante, pero no podía ser yo quien lo sacara a colación. Me avergonzaba ser el único que aún pensaba en ello. El único *con pareja* que aún pensaba en ello. Maday era la piedra invisible en mis zapatos nuevos.

—Lo que hice no estuvo bien —confesó con lentitud. Parecía que necesitara medir muy bien sus palabras para que el llanto no la interrumpiera, o quizá porque había algo que me estaba ocultando y no podía permitir que viera la luz. Su solemnidad y ese dominio sobre sus sentimientos ponían de relieve mi vulnerabilidad, y mira que eso me emputaba—. Quise escribirte muchas… muchísimas veces, Airam, pero el tiempo iba pasando y suponía que tu vida cogía rumbos distintos a la mía, y me sentía cada vez más alejada de ti; más fuera de lugar en tu nueva rutina. Ya me pareció que era tarde para explicarme en el preciso momento en que te fuiste, y no lo interpretes como una excusa, por favor, porque yo misma puedo reconocer también que fui injusta, cruel y muy cobarde. Pero ¿qué puedo hacer ahora? Si quieres que desaparezca para siempre y que no te vuelva ni a mirar, dilo y te tomaré la palabra. —Me prometió,

llevándose la mano al corazón con humildad—. Si quieres que ponga distancia con tu familia cuando andes por aquí…, lo haré. Tú solo pídemelo. Soy consciente de que no estoy en posición de restregarte mi presencia por la cara. En mi defensa solo diré que di por hecho que yo ya sería periódico de ayer y que no tendría poder sobre ti después de todo el tiempo que ha pasado… y que sobre eso sería posible construir algo diferente.

Podría haberme echado a reír como un jalado de la cabeza en ese momento.

Que ya no tendría poder sobre mí, decía. Y se atrevía a expresarlo en voz alta, soltármelo a la cara, y creyéndoselo de veras. Me parecía una absoluta locura, y de no haberla conocido como la conocía, habría pensado que se estaba burlando de mí, porque yo me había preocupado de hacerle saber siempre lo importante que era. Podría haberle dicho eso, lo que pensaba de verdad: «Estás de coña, ¿no? Yo a ti te querré más o menos, te querré con rabia o con alivio, te querré, en definitiva, e intentaré matar en vano esa parte de mí o la dejaré florecer hasta que me domine por completo, pero te querré hagas lo que hagas porque está en mi composición. Porque tú estás en mi composición. Eres mi sangre».

Pero no se lo dije porque un hombre tiene su orgullo y porque el hecho de que se disculpara logró apaciguarme lo suficiente para comportarme como un adulto.

—Tampoco es que esté en nuestra mano cambiar el pasado —me oí responder—, ni tampoco puedo exigirte que te borres del mapa cuando significas tanto para Dácil y para el resto de mi familia. Tolerarte no sería el mayor sacrificio que he hecho por los Oramas.

Maday solo asintió, distante, y se abrazó los hombros porque empezaba a hacer pelete[31].

—¿Entonces? ¿Qué quieres que hagamos? Pide lo que quieras.

Ese «pide lo que quieras» hizo que me estremeciera. Me lo preguntaba con el neopreno hasta el cuello y los pies descalzos, con ese esmalte descascarillado que se dejaba así aposta porque decía que le gustaba más, que tenía más personalidad; me lo preguntaba despeinada, sin una gota de maquillaje en la cara, con los ojos enrojecidos por el azote del viento o por la pena; me lo preguntaba siendo ella misma, tal y como la había dejado años atrás, salvo por

un pequeño detalle. Maday siempre había sido tierna, cálida y sencilla, pero ya no era exactamente igual; pasaba más tiempo callada, fumando con la mirada perdida, y esa ternura suya había sido reemplazada por la fría resignación de los que saben que no tiene caso afrontar la vida con optimismo. No llegaba a rozar el cinismo porque eso habría sido traicionar por completo lo que ella era de nacimiento, una persona emocional y sensible, pero esos sentimientos suyos se habían enfriado, como si ya no los almacenara en el corazón, sino en algún sitio fuera de su cuerpo donde no llegaran a tocarla siquiera.

Recordé entonces su agobio al despedirse de mí, que lloraba y que me dijo que me quería. «Te quiero, ¿de acuerdo?», y yo asentí, porque sí estaba de acuerdo, fuera cual fuera el misterioso acuerdo al que hubiese querido llegar. Sentí un ramalazo de amor explosivo hacia su nueva vulnerabilidad, y me di cuenta de que tenía un problema, porque si le pedía lo que quería de veras, acabaría rogándole que volviéramos a ese centro comercial. Le pediría que me quisiera porque eso era lo único que podía salvarme.

—No volveré a ser tu amigo —le dije con calma, una calma resignada que ella comprendió por qué asintió con un gesto de la cabeza—, pero eso no significa que tengas que mantenerte alejada de mí. Simplemente… conviviremos, porque no nos queda otro remedio, y por respeto a lo mucho que te quise. Supongo que podrás contar conmigo si algún día lo necesitas.

—De acuerdo —aceptó ella. Vaciló un segundo y se humedeció los labios antes de preguntar—: ¿Te puedo…? ¿Te puedo abrazar?

Era la oportunidad perfecta para vengarme y decirle que no, porque ella me negó a mí la despedida, pero habría ido en contra de mis deseos y de mis necesidades. Me encogí de hombros, y no porque no fuera la gran cosa, sino porque enmudecí de pronto. Dejé que se acercara y me rodeara la cintura con los brazos. No llegaba más arriba si no se ponía de puntillas. Yo había crecido diez centímetros desde la última vez y Maday parecía más pequeña y frágil que nunca.

Apoyé la barbilla en su coronilla y le devolví el abrazo con un nudo en la garganta. Me dije que la estrecharía lo justo, pero seguro que acabé intentando meterla dentro de mí. Cerré los ojos y me concentré en no ponerme a sollozar como un imbécil.

—Ojalá me perdones algún día —musitó contra mi corazón, donde había pegado los labios. Acabé acariciándole el pelo y derramando la puta lágrima rebelde que sellaba mi destino: Maday seguiría siendo mi debilidad pasara el tiempo que pasara.

—Seguro que sí… en algún momento. —Me separé cuando estuve seguro de haber borrado todo rastro de tristeza de mi expresión. La miré con un amago de sonrisa que no me salió del alma—. Tenerle rabia a una persona de tu tamaño debe contar como un tipo de violencia.

—Creo que voy a salir a dar una vuelta —decide Thiago—. Me daría vergüenza que me vieras llorar, la verdad. Lo único que me genera duda es si en algún momento pensaste en Leire.

—Ya te digo si pensé en ella. Pero ese es otro capítulo.

Capítulo 13

13/08/2021

El día que Airam me animó a hacerme Tinder

—¿Perdona? Dudo bastante que mi hermano te arrojara a los brazos de otro. De pequeño era la clase de niño que se ponía celoso de que mi padre me hiciera más caso a mí.
—Te sorprendería lo capaz que es de superar sus celos cuando el orgullo está en juego.

La verdad es que la determinación de encontrar un novio para sentir que Carlos no había arruinado mis posibilidades románticas y mi habilidad para relacionarme con los hombres se vino abajo en cuanto me descargué Tinder. No me atrevía a hablar con nadie, tampoco a responder a los mensajes que me mandaban, pero seguía allí metida con la esperanza de que alguna biografía me inspirara lo suficiente como para animarme a hacer algo más que deslizar el dedo hacia la derecha. Solía entretenerme con la app cuando estaba sola en casa después del trabajo, como quien juega al Tetris o al Candy Crush, pero me dio por ojearlo una tarde de playa y Leire me pilló.

—¿Andas en busca de carnaza? —me preguntó con una sonrisita juguetona.

Evidentemente no me había bajado a Los Cristianos sola con la novia de Airam; él estaba también tumbado en la toalla, solo que hasta el momento había estado concentrado tomando el sol con sus gafas estilo John Lennon puestas. No se las bajó ni se incorporó para mirarme, así que imaginé que no me estaba escuchando.

—No, qué va… O sea… —Me aclaré la garganta—. Por ahora es más bien un *hobby*. No me decido a entablar conversación con nadie.

—¿Por qué no? Es solo una charla informal, eso no te ata al tío

en cuestión. —Leire encogió un hombro—. Entiendo que puede ser tedioso. Si tuviera que volver a empezar, creo que ni lo intentaría. Ese proceso de conocer a alguien cuando no estás del todo convencida puede ser un aburrimiento.

—En mi caso no es aburrimiento, es solo… —Lancé una mirada al mar, como si ahí estuviera la inspiración. Hacía uno de esos días tan soleados que tienes que mantener los ojos entornados todo el tiempo. Todavía estaba húmeda por el chapuzón que me había dado y ya empezaba a sudar—. Creo que me voy a quedar para siempre en el paso de dar *like o dislike* a los muchachos. Una se siente poderosa, ¿sabes? Luego es como que todo se te va de las manos. Es decir… —Carraspeé—. No quiero sonar cruel, porque tampoco es que sea yo una devorahombres, pero me da un subidón inexplicable cuando hago match con alguien incluso si no pretendo volver a escribirle jamás.

—Es normal, tranquila. —Me palmeó la rodilla y a continuación rebuscó en su bolso para encontrar la crema solar—. Pero si te quedas en ese paso te vas a perder a chavales con potencial para hacerte la vida más divertida.

Me gustó cómo lo dijo, porque eso era lo que yo quería: que me hicieran la vida más divertida. Ni siquiera pretendía enamorarme o solo empezar a salir con alguien de manera informal; lo que quería era demostrarme que era capaz de estar en la misma habitación con un tío sin echarme a temblar, sin pensar lo peor de él, sin sentirme amenazada.

—Ya… Supongo que hay algo del Tinder que no me termina de gustar, ¿sabes? Es muy… muy superficial. Yo nunca me he fijado en la gente por su aspecto. Aunque no le rompa el corazón a nadie que le rechace deslizando su foto a un lado en lugar de al otro, me sigue sentando mal creerme en la potestad de desestimar a una persona porque no me parezca atractiva. Y no es así como he conocido a la gente.

—¿Cómo la has conocido? —inquirió mientras se echaba crema en los hombros, mirándome de reojo. El sol le daba de lleno en la cara, sudaba a chorros y tenía el pelo mojado y despeinado recogido con una pinza, y aun así estaba tan guapa que podría haber salido en la portada de un número de *Vogue*—. ¿Estás acostumbrada a sacarte los novios de la calle, a la antigua usanza? Esa forma de

ligar se acabó, me temo.

—Nunca he ligado. No sé ligar —admití en voz alta—. O sea… Supongo que les he gustado a algunos chicos, pero jamás le he entrado a nadie.

—Con lo divertido que es intimidar a un tío. Nunca ven venir a una chavala con sus dos ovarios bien puestos y su: «Oye, dame tu Instagram. Ahora».

—A ti en concreto seguro que no te ven venir, pero porque pides el número como si los estuvieras apuntando con una pistola, mi niña.

—Yo tampoco he dado nunca el primer paso, pero hay que saber cómo corresponder al atrevido que te haya tirado la caña. Esa valentía de acercarse debe tener premio. —Leire me guiñó un ojo—. Lo que te puedo recomendar es que le respondas al que te abra conversación de la forma más original, que habléis unos diez o quince minutos de seguido (si te contesta y no se mete hasta dos horas después, a ese ignóralo, no está interesado) y luego le propongas una quedada. Mis amigas cuentan por experiencia que no es bueno hablar durante mucho tiempo; es más probable que, al veros, salgas decepcionada. Nadie se muestra en las redes sociales como es en realidad. Suelen ser menos graciosos, o les cuesta mirarte a la cara o, en definitiva, transmiten una energía que no conecta contigo.

—Hay que ver… Pareces un gurú del amor —intervino Airam, incorporándose por fin con una sonrisita que me pareció arrebatadora. Miró a Leire por encima de las gafas con esos ojos tan verdes que cualquier otro color pasaba desapercibido—. No me digas que conmigo también lo meditaste tanto. Me romperías el corazón si me dijeras que todo fue obra de un plan pulcramente trazado.

—Cuando un chico me gusta, no dejo nada al azar. —Le contestó ella con coquetería, y se inclinó para robarle un beso en los labios. Yo aparté la mirada enseguida, pero noté los ojos de Airam clavados en mi perfil justo después de que Leire se separase de él. Traté de hacer como si no me hubiera dado cuenta—. De todos modos, Maday, si no te convence el Tinder, tira por una línea más… tradicional. Siéntate en un bar y espera.

—No pierdas el tiempo dándole consejos a Maday —comentó Airam, volviendo a colocarse las gafas de sol en condiciones—. Se hace la inocente, pero en realidad es una rompecorazones.

—No me digas. —Leire sonrió como si lo encontrara sorprendente—. ¿En serio?

—Sí, en serio, vaca burra —espeta Dácil—. Qué te parecía tan sorprendente, ¿eh? Sorprendente fue que mi hermano se fijara en ti, puta niñata.

—Dácil, no te pases, que la chica no hizo nada.

—No, solo ser condescendiente contigo. Fuertita imbécil…

—Qué va, qué va… Airam solo exagera. Nunca he tenido un novio serio.

—No seas humilde —repuso él, ladeando la cabeza para mirarme con un brillo extraño en los ojos. Ya se había quitado las gafas, dando a entender que iba con todo y muy en serio—. Si no tuviste un novio serio fue porque no quisiste, no porque no tuvieras la oportunidad.

Lo miré con el ceño levemente fruncido, preguntándole en silencio a qué venía eso, qué era lo que se proponía. Estaba segura de que no le había contado nada a Leire o, de lo contrario, no interactuaría conmigo con toda naturalidad al hablar de ese tema. Esto último sería posible si su novia fuera una chica muy segura de sí misma, pero por lo que Thiago había dado a entender alguna que otra vez, tenía algunos problemillas gestionando sus celos. Comprendía que Airam no le hubiera dicho nada; entonces, ¿qué necesidad había de hacer esas insinuaciones?

—¿Eso cuándo fue? —preguntó Leire—. No sales con nadie ahora, ¿no? Porque podríamos programar una cita doble…

—Pasó hace mucho tiempo y desde entonces no he estado con nadie —contesté enseguida, jugando con la pantalla del móvil para que no se notara que me estaba poniendo nerviosa—. Por eso tengo mis dudas sobre si quedar con otros chicos. No me gustaría que saliera mal, ni…

—Anda, dame eso. —Leire me quitó el teléfono de la mano y me hizo un gesto con la cabeza para que pusiera el código de desbloqueo—. Enséñame a los tíos con los que has hecho match y yo te ayudo a quedar con uno. Airam te puede acercar con el coche

a donde sea, que ya me he dado cuenta de que aquí el transporte público no funciona muy bien.

—Vaya eufemismo —bufa Dácil—. Como no cojas la guagua en el intercambiador de Santa Cruz a la única hora que aparece para bajarte al sur, no llegas a tu casa hasta las siete de la tarde del día siguiente.

—Tengo mi propio coche —me apresuré a decir—. No hace falta que me lleve.

—Pero si es para que no hagas sola el trayecto, mujer. Así no te pones nerviosa y alguien te da apoyo moral.

—Esta piba tiene menos luces que un barco pirata —bufa Dácil—. Se mereció lo que le pasó por no tenerte en cuenta como una posible competidora.

—Da… —empiezo a regañarla, pero ella me corta levantando una mano.

—Vale, de acuerdo, me he pasado. Lo siento, de verdad. Es que me he dejado llevar por la rabia. A mí que Celia me insulte lo que quiera, que me lo merezco, pero ¿Leire a ti…?

—Ya veo por dónde vas, ya.

—Oye, ¿y qué dijo Airam ante la encerrona? Que no, ¿no?

—Yo te llevo a donde me digas —respondió en su lugar, como si el asunto no fuera con él. Y era verdad, no iba con él. Aun así, no sé por qué me sentó como una patada en el estómago. O, bueno, sí lo supe, pero me enfadé conmigo misma por reaccionar de esa manera.

Así fue como lo hicimos, por sorprendente que te parezca. Yo creo que Airam pretendía demostrar que mi vida sentimental le importaba un carajo, y yo también tenía mucho de lo que convencerme: de que podía soltar de una vez a Airam, dejar de fantasear con una realidad alternativa en la que era posible volver a donde estábamos, de que la mera idea de estar a solas con un chaval de mi edad no me ponía histérica, de que podía superar el pasado huyendo hacia delante. Me consolaba saber que no me iba a quedar sentada esperando un milagro.

Me puse el único vestido bonito que tenía y que me quedaba

bien —igual que adelgacé por el trabajo y la ansiedad, volví a engordar por culpa de los atracones—, uno azul con sobrefalda de gasa y tirantes gruesos; me solté el pelo, me pinté los ojos y esperé en la acera a que Airam sacara el coche de tío Jaime de la cochera.

Creo que él no sabe que me di cuenta por qué las ventanillas estaban bajadas y yo aún no me había subido al asiento del copiloto, pero le oí decir en voz alta: «Esto tiene que ser una puta broma».

—No me digas que no te habías dado cuenta de que llevabas el vestido de la Candelaria.
—Si digo que sí me había dado cuenta, ¿me juzgarás?
—En absoluto. Serás mi heroína.
—Digamos que me lo puse aposta, pero también porque no tenía mucho donde elegir.
—Me vale. Eres mi heroína.
—Chacha, disimula un fisco, que parece que te gusta saber que tu hermano sufrió.
—No es porque sea mi hermano, es porque es un hombre. Claro que me encanta saber que les hacen llorar.

Le dije «hola» con un hilo de voz, a lo que él se limitó a gruñir. Sin Leire delante, no había necesidad de fingir. Se concentró en sacar el coche de la calle, cosa que hizo en silencio mientras yo revisaba los últimos mensajes de Yeray, el chico con el que había quedado. Tenía veinticinco años, era de La Gomera, pero estaba en Tenerife estudiando un grado superior, y parecía un chico normal y corriente: llevaba el pelo muy corto, le gustaba la ropa ancha y era bastante entusiasta a la hora de escribir: utilizaba muchas risitas en mayúscula y emoticonos. Me transmitió una buena impresión, pero eso no significaba que no estuviera histérica. Era consciente de que los últimos años no habían pasado en vano, de que estaba lo siguiente a oxidada y de que la sensación que me tenía paralizada no eran solo los nervios efervescentes de una quedada con el chaval que podría ser «el definitivo», sino puro miedo a que saliera mal. Ni siquiera me hacía gracia estar sentada en el asiento del copiloto de un coche; siempre que me subía a uno era para conducir, y con la música que me ayudara a distraerme de mis pensamientos y concentrarme en la carretera.

—No tenías por qué hacer esto —dije para romper el hielo. El silencio me mantenía en guardia y solo acrecentaba mi inquietud. Necesitaba que me hablara, aunque comenzara con un reproche—. Entiendo que Leire te puso contra la espada y la pared y todo eso, pero…

—No me importa —me cortó con más sequedad de la cuenta. Como si se hubiera dado cuenta de que no estaba disimulando del todo bien su mosqueo, agregó con otra actitud, aunque sin mirarme ni hacer el amago—: Estás guapa.

Alisé la falda con cuidado, en parte para secarme las palmas de las manos.

—No sé si es la ropa apropiada para una quedada informal. El chaval parece bastante sencillo. Me ha dicho de ir al mirador de La Centinela.

—Muy romántico para una primera cita —comentó con voz hueca, concentrado en la carretera. Se me escapó una sonrisa, muy a mi pesar, al ver que entrecerraba los párpados.

—Sigue sin haber manera de que te pongas unas gafas, ¿eh? Podríamos tener un accidente solo porque quieres que todo el mundo sepa que tienes unos bonitos ojos verdes.

—Leire me ayuda a ponerme lentillas cuando es necesario.

Aquella respuesta me dolió, y me puse a la defensiva.

—¿Y ahora no era necesario? —pregunté con sarcasmo—. ¿Es que quieres que nos matemos en la carretera? Estás dispuesto a llegar muy lejos con tal de verme lo menos posible.

Airam aprovechó que habíamos llegado a un semáforo en rojo para girarse hacia mí.

—Por desgracia para mí, veo perfectamente incluso sin lentillas. Por ejemplo, me he dado cuenta de que te has pintado los ojos, pero no los labios. ¿Esperas que te besen mucho hoy?

—Lo justo —respondí con gesto inexpresivo, y solo para molestarlo—. Más de lo que te han besado a ti hoy, por lo menos, porque estás tan desagradable que parece que no te hayan dado tu dosis de amor diaria.

—Oh, créeme, a mí me dan amor todos los días de mi vida, y es el amor del que me gusta y me pone muy muy contento. —Me soltó sin dejar de mirarme, sonriendo con chulería.

Me tragué el nudo que se me había formado en la garganta.

—Cualquiera lo diría cuando prefieres llevarme a una cita que quedarte en casa con tu querida novia.

—Así me echa de menos y me da la bienvenida con los brazos abiertos. Además, ya ves que esto ha sido idea suya. Hago todo lo que puedo para hacerla feliz, incluso si tengo que pelearme contigo en el proceso.

—Míralo… —Le di un toquecito en la punta de la nariz—. ¡Si es que es el novio del año! ¿Quién hay más perfecto que Airam Oramas?, ¿más sacrificado, más tierno…?

Su mirada se ensombreció.

—Te estoy llevando a tu cita, así que menos sarcasmos, listilla.

—No te preocupes, que ya voy yo por mi cuenta y así tú te llevas la mala hostia a tu puta casa. —Le ladré, y bajé del coche dando un portazo que lo dejó pálido.

—¡Esa es mi chica! ¡Dame una M, dame una A, dame una D…!

—No tan rápido.

Tuve que rodear una hilera de coches que ya estaban retomando la marcha porque el semáforo acababa de ponerse verde. Uno estuvo a punto de atropellarme y le dio al claxon para vengarse, y como pasa con todos los cláxones, provocó un efecto llamada que armó un escándalo de bocinas. Aun así, oía a Airam gritar cuando casi me arrollan; lo ignoré y busqué el tabaco en la riñonera.

Sí, llevaba un vestido y una riñonera, y también unas Converse.

Nunca he dicho que fuera una persona muy estilosa.

Una vez estuve a salvo en la acera, caminando hacia no sabía dónde —lejos de Airam, con suerte, y de la cita a la que me daba pánico acudir—, me concentré en liarme el cigarrillo que me ayudaría a calmar los estúpidos nervios. Odiaba pelearme, pero todo apuntaba a que no haría otra cosa mientras Airam estuviera en Tenerife.

Creo que tuvo que hacer una rotonda para guiar el coche a mi altura, bajar la ventanilla y asomarse para mirarme con cara de pocos amigos.

—No seas cría y súbete.

—Ah, ahora soy yo la que se comporta como una cría… No te jode —mascullé.

—No vas a llegar al mirador andando.

—Por suerte, ese no es tu problema.

—Es mi problema cuando me tienes gritándote desde el coche como un acosador. Súbete ya, joder. No quiero armar un escándalo. —Se tuvo que tragar todo el orgullo para agregar—: Y te prometo que no seré desagradable.

—¡Eh! ¿Adónde vas tan guapa, niña? —gritó alguien a mi espalda. Sin girarme, porque no lo necesitaba para saber que no conocía al tipo que acababa de llamarme la atención, apreté el paso y seguí enrollando el dichoso cigarrillo—. ¡Tú! ¡La del vestidito! ¿Es que estás sorda o qué? ¡Venga, guapa, que te llevo donde quieras!

Airam apoyó el codo sobre la ventanilla bajada y se asomó con cara de perro.

—¿Por qué no te callas la puta boca, gilipollas? —le gruñó, y luego volvió a mirarme a mí—. Sube al coche o te subo yo.

—Sí, claro… —Me reí por lo bajini, como cada vez que me daba un ataque de nervios.

Una parte de mí estaba paralizada; la otra aún lograba mantener las piernas en funcionamiento con el único impulso de huir del mundo entero. Tan solo quería irme a casa y meterme bajo las sábanas, pero Airam se tomó mi comentario como un desafío. Dio un frenazo que hizo que las llantas chirriasen, puso el freno de mano y abrió la puerta al límite de su paciencia. Dejé de caminar de repente, sin dar crédito a lo que estaba viendo. Airam se me adelantó, se agachó lo suficiente y me echó sobre uno de sus hombros con una facilidad que me dejó perpleja. Lo vi girarse un momento para hacerle un corte de mangas al tipo que, inmóvil a unos cien metros, aún miraba la escena.

—Cómeme los huevos, cerdo, y arráyate un millo[32]. —Le soltó, para más señas.

—¡Airam! —protesté, aunque no me pareció mal que lo pusiera en su sitio.

Lo habría hecho yo misma si hubiera estado en buenas condiciones.

—Tú cállate —me rugió de mala manera—, que contentito me tienes.

Luego rodeó el coche, abrió la puerta del copiloto, me sentó y, sin cambiar la expresión que llevaba, me puso el cinturón.

Continuamos la marcha medio minuto después. Ninguno de los dos se atrevió a abrir la boca. Yo estaba todavía alucinando, y creo que él no dejaba de reprenderse para sus adentros. Al poco rato aparcó en el mirador, lo bastante retirado de la curva que describía la carretera para seguir subiendo por la montaña. Solo entonces Airam suspiró y se reclinó hacia atrás en el asiento, como si la discusión le hubiera agotado las energías.

—No es verdad —dijo de pronto con un hilo de voz.

—¿El qué?

—Que Leire me pone las lentillas —reconoció con otro amago de suspiro. Ladeó la cabeza hacia mí, pero no para disculparse en silencio, solo resignado por ser incapaz de mantener su enfado en el tiempo—. No es verdad. No me pongo lentillas.

Asentí con la cabeza, interiorizando lo que acababa de decirme. Sentí que una emoción tierna me llenaba de calidez por dentro; él, con tal de hacer algo mientras yo encontraba las palabras, se puso a toquetear los botones del estéreo.

Acabó conectando el móvil y poniendo una lista de reproducción aleatoria.

—Entonces ¿qué? —musité al final—. ¿Llevas más de cinco años sin ver tres en un burro? Porque vives en una de las capitales más bonitas del mundo. Algo habrá allí que sea digno de pasar por el sufrimiento de ponerse lentes de contacto.

—Bueno… —Por un momento pareció que iba a decir algo serio, pero me lanzó una mirada cargada de sorna—. Está el edificio de la Schweppes.

Se me escapó una carcajada, y lo agradecí, porque de alguna manera tenía que liberar la frustración.

—He visto que subes una cantidad sospechosa de selfis en ese punto de Madrid.

—No me digas que ves mis selfis.

—Te sigo en Instagram. No tiene nada de raro. He visto también que has viajado bastante. A Toledo, a Pamplona, a Barcelona, a Segovia… Tiene que ser un sueño vivir en una ciudad conectada con el resto del mundo.

—Sí, no está mal. —Agachó la cabeza para mirarse las manos, que descansaban sobre su regazo—. ¿Cuándo llega el chaval? ¿No habíais quedado a las diez y media? Ya son menos cuarto.

—Se habrá retrasado.

—Pues espero que te lo tomes mejor que la última vez que te plantaron.

No hizo el comentario con ánimo de ofender; de hecho, parecía que pretendiera bromear, pero no pude evitar que se me pusiera todo el vello de punta.

Había aprendido a ahuyentar los recuerdos, a no sucumbir a la autocompasión ni a regodearme en ella si acudían a mi mente por culpa de alguna frase que oyera, de algo que viera, pero sus palabras fueron tan concretas que se me clavaron en el corazón y unas inmensas ganas de vomitar me revolvieron el estómago. Me lo cubrí con la mano y miré a la ventanilla con pánico de armar un espectáculo.

De pronto me sentía atrapada entre las cuatro paredes del vehículo.

—Perdona, es que… me ha salido solo —se disculpó, visiblemente hastiado por tener que pedirme perdón. Dudo que en ese momento hubiera algo que odiara más—. Lo he dicho por decir, no quería volver a sembrar discordia, yo…

—Tranquilo. —Logré articular con un nudo en la garganta—. Solo voy a…

Bajé del coche con la certeza de que iba a vomitar lo poco que había podido comer en todo el día por culpa de los nervios. Por fortuna, logré retener la bilis en el sitio y recuperar el dominio de mí misma con una serie de respiraciones rítmicas. En cuanto apoyé las manos en el muro que separaba el pequeño mirador de las alturas, desde las que habría disfrutado de una preciosa vista de la montaña roja si hubiera sido de día, sentí que el alma me volvía al cuerpo. Tuve que bajar los brazos enseguida para sujetarme la falda; se había levantado un viento muy característico del sur a esas horas de la noche y azotaba el vestido como si le diera rabia que me lo hubiese puesto.

Saqué el cigarrillo que no me había dado tiempo a fumarme y lo encendí enseguida. La nicotina se había convertido en un elemento que necesitaba para rebajar la tensión. Sin ella, sin el acto de inhalar y espirar, rítmico e hipnotizador, me costaba suavizar la rigidez de los músculos. Tenía que concentrarme en el movimiento de mi pecho o, de lo contrario, no servía para nada.

—¿Me das uno? —preguntó Airam, que en algún momento se había puesto a mi lado.

—Sírvete —le ofrecí—. Fuiste tú quien me enseñó a liarlos, así que…

Él esbozó una pequeña sonrisa mientras sacaba del paquete de Pueblo la cantidad suficiente para acto seguido extender en el papel.

—Creo que se me ha olvidado. Leire me tiene prohibido fumar.

—Bien que hace. Te vendrá bien quitarte de vicios.

—Igual que a ti. Encima te has pasado a Pueblo —bufó—. ¿No había nada más suavito?

No contesté. Solo me encogí de hombros y me concentré en aspirar el humo.

En cuanto entró en mis pulmones, sentí que me iba apaciguando.

No tenía la más remota confianza en recuperar un ápice de la complicidad que antes compartía con Airam; por eso me sorprendió que se inclinara sutilmente sobre mí y me preguntara:

—¿Dónde crees que está la línea del mar?

Se me escapó una sonrisa triste al recordar el juego tonto con el que solíamos entretenernos. Clavé la mirada en el horizonte y me concentré en ver más allá de la negrura que consumía el cielo y el océano. Haciendo una estimación aproximada, señalé con el dedo. Él tuvo que situarse a la altura de mi hombro para verlo con claridad.

—Yo creo que está más arriba.

—Sí, claro, se va a derrumbar sobre nosotros… —Me reí sin energía—. Cómo se nota que ahora vives en un sitio donde solo se ven edificios. —Hice una pausa para pensar en cómo me haría sentir eso—. Creo que me moriría de pena sin estas vistas.

—Estuve a punto de que me ocurriera lo mismo. Ya sabes que soy más isleño que el gofio de mi abuela.

Observé que se llevaba el cigarrillo ya liado a los labios y me pedía fuego.

Sacudí la cabeza.

—No voy a ser la que provoque una pelea entre Leire y tú. Si te ha dicho que no fumes…

—Guárdame el secreto. Es solo un piti. No me va a matar, y hay

cosas peores —añadió en voz baja, sosteniéndome la mirada. A fin de borrar esa insinuación, agregó de inmediato—: Venga, enciéndemelo.

No me quedó otro remedio que obedecer, porque nunca he podido negarle nada a Airam… salvo ese último abrazo que seguía rogándome con la mirada, que hacía brillar sus ojos con el antagonismo más ancestral, como si habérselo negado fuera la peor traición que podrían haber llevado a cabo contra él.

La luz prendida del mechero iluminó momentáneamente su rostro sumido en la semipenumbra. Solo los faros del coche nos alumbraban, y no mucho.

Me fijé en sus labios un instante antes de apartar la mirada, avergonzada.

—Perdón por interrumpir, pero a todo esto… ¿dónde estaba el tal Yeray?

—No vino.

—¿Cómo así?

—Le surgió un problema y me escribió al Tinder, pero no pude verlo porque no tenía cobertura. En cualquier caso, no me molestó. Gracias a eso pude quedarme con Airam en el mirador hasta las tantas.

—¿Haciendo el guarro?

—No, Dácil, por Dios. Tenía novia, y tu hermano no es de esos. Solo hablando.

—¿Hablando de cosas guarras?

—Dácil…

—Voy a decirle a Leire que tu chaval se está retrasando, no se me vaya a preocupar.

—Qué considerado.

Él me miró de soslayo con una sonrisilla asomando a sus labios, pero una sonrisa desganada, y me sacó la lengua. Esa niñería me hizo sentir mejor, sobre todo cuando después de teclear un mensaje breve se guardó el móvil en el bolsillo y se encaramó al muro para sentarse justo en el límite, dando a entender que se quedaría allí para siempre si hacía falta. Luego me tendió la mano, con el cigarrillo prendido de los labios, y me ayudó a subir a su lado.

Recuerdo que dije algo como «Parece que tenéis una relación

muy sana y estable… y bonita», agregué, porque no quería que mi análisis sonara ni digno de psicóloga del tres al cuarto ni socarrón. Pretendía iniciar una conversación banal al respecto, invitarle a contarme cómo se había dado su romance. Ya sabes, normalizar la situación, pero él no tenía ganas de hablar de Leire. Nunca tuvo ganas de hablar de Leire conmigo. En eso no había cambiado.

Sí hablamos de su rutina en Madrid. Todavía no encontraba la fuerza de voluntad para ir al gimnasio, estudiaba un par de semanas antes en los exámenes y se coronaba con las mejores notas, había probado todas las drogas imaginables y había salido ileso, salvo a la mañana siguiente de consumir eme, que le entró una tristeza de la que pensó que jamás se recuperaría; las amigas de Leire le caían muy bien, mejor a veces que sus propios colegas de la universidad; había hecho un viaje cojonudo con Thiago a Valencia en el que se habían puesto morados, no especificó de qué; había tomado clases de árabe, porque era un idioma que le interesaba muchísimo, pero era tan nulo en él como con el inglés; vio a mis queridos Fito & Fitipaldis en directo y grabó un vídeo que buscó en el móvil para enseñarme. Me gusta pensar que lo filmó para mostrármelo algún día, porque ya sabes que Airam está en contra de levantar el móvil en un concierto en lugar de disfrutar de la experiencia con los cinco sentidos.

Hablamos también de todas las canciones que habían salido en los últimos años y que nos encantaban; primero, conforme las iba poniendo la lista de reproducción del coche, y luego según nos íbamos acordando. Todas las de Cruz Cafuné, las de Choclock, Abhir Hathi, algunas de IZAL, de Bad Bunny… De los artistas urbanos canarios y latinoamericanos que nos gustaban, en definitiva. Yo estaba tan feliz allí que me atreví a canturrear las letras hasta que él se rio por lo bajini y me lanzó una mirada soñadora.

—El día que te atrevas a cantarle a alguien de verdad, sin vergüenza… —Sacudió la cabeza—. Ese día sabrás que has encontrado a la persona, está claro.

Solo nos quedamos callados cuando empezó a sonar *Arena negra*; yo enmudecí sin querer, y él, al escuchar lo que Choclock decía, también. «Tres años atrás todo estaba bien. Bajaba la ansiedad si te decía “Bebé, te espero fuera”… Eso ni pasa ya, pero

te quiero igual… aunque parezca que tal. Si tú das la señal, te espero fuera». En el segundo estribillo me arriesgué a mirarlo justo a tiempo para ver que arrojaba su segundo cigarrillo al barranco. Expulsando el humo, ladeó la cabeza hacia mí y me miró con una tierna resignación que me sacudió por dentro.

—¿Tú crees que con solo mirarnos se nota? —preguntó en voz baja, parafraseando uno de los versos de la canción—. No quiero arruinarlo con Leire, Maday. Creo que nos hacemos bien.

—¿Te refieres a si se nota…? —No tuve que decir lo demás. «¿… si se nota lo tuyo y lo mío, o lo tuyo con Leire?». Él solo me sostuvo la mirada—. No lo creo. Si tu hermana nunca se dio cuenta, estamos libres de peligro. Y ya no tiene caso preocuparse por eso —agregué, desviando la mirada a la difuminada línea del horizonte.

—Supongo que no —zanjó con voz queda—. Ya no.

Estaba acabando la canción de Choclock cuando él se apeó del muro de un salto, dando por finiquitada la noche de tregua.

Ríos en tus mejillas
porque me iba de la isla.
Y si escuchando este tema me lloras…
quizás todavía me añoras.

Capítulo 14

16/08/2021

El día que Leire supo quién era Maday

Lo que pasaba con Leire es lo siguiente.

Mi relación con ella había cumplido los cinco aniversarios. Estaba acostumbrado a su rutina, a su forma de hablar y de moverse, a sus pequeñas manías, y ni el peor de sus defectos me molestaba tanto como para plantearme siquiera exteriorizar el más mínimo descontento, porque me sentía en deuda con ella, esa es la verdad. Además de cómodo, comprendido y querido, claro está. Me había convencido de que esto último era lo más importante. Viendo las relaciones con las que había crecido, no me parecía tan terrorífico no morirme de amor por alguien y tener en su lugar una bonita relación estable. Solo tenías que ver a mis padres, a tía Jana y a Salma con sus costumbres autodestructivas, a mi abuela y a mi abuelo, que no podía concebir cómo llegaron a juntarse.

—¿No morirte de amor por alguien, dices? A ver, sí, me puedo imaginar que no habrías muerto y matado por ella, pero encoñado estabas un rato, Airam. Hasta tu hermana me dijo que parecías su perrito faldero. Hacías lo que te dijera, sacrificabas cualquier plan para quedarte con ella…

Eso tiene una fácil explicación.

Lo primero es que en una relación siempre hay alguien que lleva la voz cantante, que tira un poquito del otro cuando este no responde a la primera. Este rol se puede ir alternando, obviamente: hoy por ti, mañana por mí, ¿no? Pero en general, Leire era de carácter dominante y a mí no me parecía mal que tomara las decisiones. De todos modos, soy consciente de que ese verano me dejé vapulear más de la cuenta, y por una sencilla razón.

Volver a ver a Maday me había descolocado, y no solo quería evitar que se notara porque a) no pretendía hacerle daño a Leire, y b) sabía que admitir que había bebido los vientos por mi mejor amiga ni le iba ni le venía ya, sino porque además me estaba autoconvenciendo de que no pasaba nada. Me repetía que me había descolocado porque Maday había regresado de forma repentina y no estaba preparado para estar de nuevo en su vida, no porque siguiera enamorado. Esta serie de razones me impulsaron a ser benévolo con Leire, a postrarme a sus pies si eso quería, para compensarla de alguna retorcida manera por no estar pensando en ella todo lo que debía; por andar despistado y confuso.

De cualquier modo, Leire se dio cuenta unos días después de que yo me quedara hasta las tantas en el mirador con Maday. Volvíamos en el coche del Siam Mall porque quería comprar algunos regalos para sus padres y amigas, y yo no paraba de mirar el reloj de forma ansiosa. Leire lo atribuyó a que había quedado con unos colegas del norte de la isla que bajaban para verme por primera vez después de mucho tiempo, pero en realidad, lo que me tenía desquiciado era que Maday había vuelto a quedar con el canchanchan [33] que la había dejado con un palmo de narices.

Por lo visto, se disculpó y le propuso una fecha alternativa, y ella, con toda su buena voluntad, accedió a quedar por la noche en un bareto de Los Cristianos.

Conmigo no tuvo ese detalle, pero eso ya sabemos que es otra historia.

Leire había sido la principal urdidora de aquella quedada; bueno, de la primera y de la segunda, porque fue la que escogió a Yeray entre las decenas de pibes que le habían escrito lindezas a Maday en el chat de la app. No sería descabellado decir que, en el fondo, a ese fondo al que yo había empujado la rabia irracional, estaba cabreado con mi novia por haber despertado mis celos a través de Maday.

—Espero que a tu amiga le vaya bien la cita con el chico este —comentó con desenfado, manipulando el móvil para escoger la canción que sonaría a continuación—. La animé a quedar con el tal Yeray porque parecía espabilado y divertido, y creo que a Maday no le irá nada mal que alguien le dé vida al cuerpo. Parece un poco… paradita, ¿no? Desde luego, no es como me habría imaginado a tu

gran colega de la infancia.

Su insinuación me crispó los nervios, pero logré disimularlo concentrándome en la carretera.

—¿A qué te refieres?

—No sé… Todos tus amigos están locos, en el buen sentido —se apresuró a aclarar—. Te hartas de reír con ellos, siempre tienen una anécdota rocambolesca preparada, se pasan el día en la calle… Maday, en comparación, parece un poco aburrida. Intento cogerle cariño porque es tu amiga, pero vaya, no me extraña que no me la hayas mencionado y que no mantuvierais el contacto con los años, porque es un huevo sin sal.

—No tienes por qué conectar con todas las personas que me importan.

—Eso está claro —repuso ella, mirándome con una mezcla de rencor e incredulidad. Creo que le respondí utilizando un tono aceptable, contenido, pero a juzgar por su expresión, por lo visto me pasé tres pueblos—. Solo te digo cómo me siento con ella, Airam.

—Si tan incómoda te sientes a su alrededor, no la invites cada dos por tres a la playa, ni le digas que se venga a comer con nosotros, ni trates de hacerte su amiga. —Sugerí sin poder disimular la irritación.

—¿A qué viene eso? —Después de haber elegido por fin un disco de Pablo Alborán para el trayecto, se incorporó en su asiento y me miró con las cejas enarcadas—. ¿Es que te ha mosqueado lo que he dicho?

—No, no me mosquea, pero no tengo por qué darte explicaciones sobre mis sentimientos. Yo sé por qué quiero a Maday, y eso es lo importante.

Sabía que no tenía nada de malo admitir que quería a mi amiga de la infancia. Por eso lo dije, no porque sea imbécil, pero tuve que pronunciarlo de un modo diferente, con la inflexión prohibida, porque Leire torció el gesto.

—¿Por qué, si puede saberse? No me vendría nada mal que alguien me explicara por qué todo el mundo parece adorarla. Incluso tu hermana, o, mejor dicho, especialmente tu hermana, que tiene pinta de no respetar a nadie más que a sí misma —resopló, enrollándose un mechón de pelo en el dedo.

La ira comenzó a quemarme el estómago.

—¿Qué pasa? ¿Hoy es el día de meterse con toda la gente que me importa?

—Si las dos me caen bien, Airam, solo he hecho un comentario.

Leire hacía eso todo el tiempo: introducía un tema del que solo ella quería hablar con aparente sutileza, se burlaba de todas las personas que no le parecía que estaban a la altura, y luego, cuando la reprendía por su mala baba, se hacía como que la Virgen le hablaba. Ese detalle nunca me había importado hasta ese momento, quizá porque era la primera vez que introducía a mi hermana y a Maday en la conversación.

—Todo el mundo quiere a Maday porque no es pretenciosa. Nunca ha fingido ser lo que no es, y tampoco lo necesita —dije de carrerilla mientras me incorporaba a la autovía—. Es muy sabia. De hecho, siempre es el genio detrás de la operación: de las buenas decisiones que he tomado yo y de las únicas coherentes por las que se ha decantado Dácil. Es la serenidad que necesita una familia como la mía para detenerse un momento y analizar sus actos. Es divertida a su manera, reflexiva, tiene mucha ternura dentro y es tan paciente con nuestros defectos y nuestros pasones que deberían santificarla. Nunca me ha pedido ni exigido nada; ella acepta lo que le dan con modestia y se muestra siempre agradecida. Es una persona sin maldad alguna.

Fue al decir esto último en voz alta cuando algo despertó dentro de mí.

«Es una persona sin maldad alguna». Y no lo mencioné por sumar adjetivos, sino porque lo creía de corazón. ¿Cómo no hacerlo, si la había visto crecer? ¿Qué valían más?, ¿los diez años que pasé pegado a ella, como si fuéramos dos siameses, o la única vez que me hizo daño? Yo, que tanto me jactaba de ser el más listo de la clase, ¿por qué no podía racionalizar lo ocurrido y mirar la balanza, que evidentemente se inclinaba en favor de que Maday nunca había pretendido herirme? Ella no era la persona a la que pretendía reducirla, la villana de la película… O no solo eso.

Y era la primera vez que se me pasaba por la cabeza.

—Pues será que a mí me cuesta verle el encanto —dijo Leire, pasado un rato.

—Si no se lo ves, no se lo ves. Qué más da. No todo el mundo

está hecho para apreciar un carácter templado.

—¿Y tú sí? —contraatacó de pronto, girándose como una serpiente a punto de abalanzarse sobre su presa—. ¿Tú sí estás hecho para su carácter templado?

—Es evidente que sí, o no seríamos amigos —le respondí en el mismo tono, quizá con cierta chulería.

—No es en ese sentido en el que te lo he preguntado, y tú lo sabes.

Puse los ojos en blanco y bufé, pero se me había formado un nudo en el estómago. No tanto porque me hubiera pillado, como por la canción que estaba sonando. Ni siquiera sabía cómo se titulaba, porque a mí Pablo Alborán ni me va ni me viene, pero cada vez que Leire la ponía, ya fuera de camino para ver a sus padres en Pamplona o conduciendo hasta el Teide, Maday me venía a la cabeza.

Tuve tantos momentos felices que olvido lo triste que fue
darte de mi alma, lo que tú echaste a perder [34].

Aunque me había esforzado todo lo posible para que no se notara que Maday era mucho más que la amiga de la infancia, Leire se había dado cuenta. Cómo no, si era más lista que el hambre. Llevaba sospechándolo desde que se enteró de que Maday existía y yo nunca le había hablado de ella, lo que, por lo visto, era lo bastante inquietante como para poner el grito en el cielo.

No me lo había dicho sin más, aun así. Leire y Maday tenían eso en común, que ninguna me hablaba claro si podía evitarlo.

—Está claro que te gustan las mujeres difíciles.
—¿Y a ti te gustan las facilitas, chaval?
—A mí me van directamente las imposibles. Ni quien nos ayude, amigo… Ni quien nos ayude.

—Quita la cancioncita, anda —le pedí por las buenas antes de que entrara el estribillo—. No me apetece escuchar al maguado [35] ese ahora mismo.

Estaba esperando con los huevos en la garganta a que me hiciera la pregunta del millón: «¿Alguna vez has estado con Maday?», «¿Tuviste algún lío con Maday?», a lo que yo no tendría otro

remedio que contestar la verdad y hacer de dos semanas de agosto en 2015 un auténtico drama.

Lo que siempre había sido, por otro lado.

En ese momento, mis pensamientos no eran los más acertados. No estaba agobiado por lo que pudiera ser de mi relación a raíz de la discusión. Lo que me daban ganas de decir con amargura era que Maday no debería figurar entre sus preocupaciones, porque «la paradita» estaba con un notas llamado Yeray en un bar de Los Cristianos, y yo, subido en un coche con ella, con mi novia de la universidad, a quién sabía cuántos kilómetros de distancia. Nuestras vidas eran dos líneas paralelas que nunca llegarían a encontrarse.

Sin embargo, Leire no preguntó nada. Lo que hizo fue desafiarme con una mirada cargada de rencor y subir el volumen de la canción. Tuve que respirar hondo para no enfularme, pero llevaba todo el día tirándome del pelo y no lo conseguí. En lugar de pedirle otra vez que me hiciera el favor, desconecté el USB de un tirón del que me arrepentiría casi en el acto. El coche se sumió en un silencio inquietante que no me preocupé de romper disculpándome por el exabrupto.

Llevaba todas las vacaciones acatando sus órdenes como un imbécil, supeditando mi tiempo y mis ganas a lo que ella dijera —movido también por el deber y la culpabilidad—, cancelando planes con mi familia y amigos, y ya me había hartado. Así que esa noche, y a pesar de saber que lo que correspondía era arreglar la discusión y quedarme en casa, la dejé en la habitación donde dormíamos, me despedí con frialdad y me piré con mis colegas.

—No me digas que le pusiste los cuernos, por favor.
—Ni de coña. No todos somos como tú.

Pero no te vas a creer a quién me encontré en el *pool*.

De esto ya no me acuerdo muy bien, porque mis amigos se empecinaron en que bebiera hasta caer muerto. Lo consideraron la cura para el cabreo que llevaba encima. Aun así, estoy seguro de que te puedo exponer con fidelidad lo que pasó, porque tampoco es que me quedara mucho rato jugando al billar en cuanto localicé al tal Yeray sentado con una chica en la barra.

—¿A Yeray? ¿El de Tinder? ¿Cómo lo reconociste?

—Porque vi las fotos cuando Maday se las enseñó a Leire y se me quedaron grabadas. Debe de ser la única persona del mundo que en carne y hueso es igual que en las selfis que sube a Instagram.

Pensé que estaba flipando por varias razones. La primera es que Yeray había quedado con Maday, y la última vez que la miré no tenía el pelo ni rubio ni liso, que fue lo único que atiné a ver de su acompañante femenina entornando los ojos desde mi nada discreta posición. Creo que estuve unos veinte o veinticinco minutos mirándolo con fijeza para asegurarme de que era él. No hubo dudas en cuanto vi el tatuaje que llevaba encima del codo, una mano de Fátima con un mandala detallado dentro.

—Dime que no te acercaste a decirle algo.

Y tanto que me acerqué a decirle algo. Yo solo era un pobre chico con ocho botellines de Dorada entre pecho y espalda y un cabreo que el alcohol había inflamado, no apaciguado. Le toqué el hombro con el dedo y esperé a que se girara, entonces confirmé por segunda vez que era el tipo en cuestión.

—Si salir con pibas que encuentras el Tinder fuera un trabajo, tendrías pasta por un tubo, ¿eh? —Le palmeé la espalda como a los campeones, solo que de forma condescendiente. Y señalando con la barbilla a la rubia, añadí—: ¿Esta es la que ha venido después de Maday, o ha habido otra entremedias?

El tío abrió la boca para preguntarme quién coño era, o juraría que así fue por el ceño fruncido con el que me miró de arriba abajo, pero en el último momento su cerebro cortocircuitó, quizá porque el nombre le sonó familiar y le pudo la curiosidad, y fue al meollo de la cuestión.

—¿Maday? —En su defensa diré que no se había puesto nervioso; o guardaba bien las apariencias o era inocente de los cargos que le imputaba—. ¿De quién estás hablando?

—De la chica de los rizos rojos, un ojo de cada color… No tiene rasgos que se olviden con facilidad. Habías quedado con ella hoy, ¿no? Después de plantarla el otro día, de hecho. Muy buena esa, mi rey. No te voy a decir que no se lo tuviera merecido, pero si se ha vuelto a casa contenta e ilusionada y tú estás aquí con otra tía…

—Chasqué la lengua—. Lo mismo alguien debería decirte que eres un cabrón.

Sorprendentemente, no se puso farruco. Al día siguiente me acordaría de él, avergonzado por mi parte y orgulloso por la suya, porque demostró ser un chaval bastante legal.

—Ah, sí, Maday, claro. Estuve hablando con ella, pero no volvimos a quedar desde que no pudiera ir al mirador el otro día. Ni tampoco lo haremos. Me dijo algo así como que no está preparada. —Se encogió de hombros—. ¿Tú quién eres? ¿Su hermano? ¿Un amigo suyo? —me lo preguntó en tono comprensivo, como si no le extrañara que alguien muy cercano a Maday se le hubiera plantado delante para exigirle cuentas.

—Yo creo que es más bien el novio —comentó la chica que estaba sentada a su lado. Había pasado todo el rato mirándome con una mezcla de curiosidad y compasión.

En otras circunstancias les habría tendido la mano con torpeza y habría aclarado que no era ninguna de las tres cosas, pero estaba empezando a marearme por culpa de lo que Yeray acababa de decir.

No habían vuelto a quedar ni tampoco lo harían porque no estaba preparada. Y el tío se lo tomaba con filosofía, sin armar un escándalo.

Qué agradable debía de ser encajar los rechazos de Maday con tanta madurez. Yo no podía decir lo mismo.

Di un paso atrás, tambaleándome, y creo que le pedí disculpas entre balbuceos por haberme metido donde no me llamaban. El chaval me sonrió como uno le sonríe a los borrachos que se sabe que son legales e inofensivos, y comprendí que era por eso por lo que me había dado la información que buscaba, no porque yo representara una amenaza.

—Hombre, a mí me entras con los puños crispados y no me quedo tranquilo. Mides un metro noventa y pico.

—Ya, pero yo creo que él sabía que no le iba a armar una bronca. La bronca se la llevó Maday.

—No me jodas.

—Llevaba una turcia [36] *de apaga y vámonos, ¿vale? No sabía lo que hacía.*

—Yo creo que lo sabías demasiado bien.

—Es otra forma de verlo, sí.

Doy gracias todos los días por qué la policía no me pillara conduciendo de forma temeraria. Una multa habría sido justo lo que me hubiera faltado. Aparqué unas casas más abajo para que mi familia no supiera por el sonido del motor que ya había llegado, y aporreé la puerta de Maday sin compasión.

A esas horas de la madrugada, la abuela Lupe solía estar durmiendo la mona. No me extrañó que fuera Maday quien me abriera la puerta con uno de sus vestidos veraniegos de andar por casa, esta vez salpicado de las migajas del aperitivo que estaba tomando mientras veía la tele, casi siempre Televisión Canaria.

Al verme allí, se quedó más sorprendida que otra cosa.

—Conque ibas a quedar con Yeray, ¿eh? —Entré porque sospechaba que se me oiría hablar en toda la calle, no porque pretendiera quedarme un rato—. Me lo he encontrado en el *pool* hace un rato con una chavala que no se te parece ni en el blanco de los ojos.

Que no palideciera me enrabietó. Estaba tan tranquila que me hizo quedar como un tarado.

—Sí, bueno… No… Al final me canceló.

—¿Que te… canceló? —jadeé, al borde de la risa histérica—. ¿Por qué me mientes a la puta cara? ¿Por qué me mientes todo el tiempo? No habéis quedado porque le has dicho que no, y me he creído su versión porque por lo visto le has explicado que no estás preparada, y esa excusa me la sé. ¿Así es como espantas a todo el mundo? ¿Diciéndole que no estás preparada? ¿Que es eso para lo que no estás preparada, si puede saberse? ¿Es que te molesta que te quieran? —Se me escapó, envalentonado.

Ella me aguantó la mirada con esa serenidad que le había alabado delante de Leire hacía tan solo unas horas, y me respondió con la misma calma:

—No sé a qué viene esto, Airam, pero yo no tengo por qué darte explicaciones de nada.

—Tampoco tienes por qué venir a mi casa a decirle a mi novia (y a mí, ya de paso) que vas a salir con un tío esta noche si no tienes la menor intención. ¿Qué es lo que pretendes haciendo eso? ¿Qué coño hay en tu cabeza?

—Lo que pretendo es que Leire me deje en paz. Eso es lo que pretendo —me espetó, haciéndome enmudecer de pronto—. Para empezar, no tenía por qué meterse en mi vida amorosa, pero lo ha hecho. Y antes de que volviera a insistir para que hiciera algo que yo no quiero hacer, pues me inventé que había quedado con un pibe, y todos contentos. Parece que te guste montarme un pollo a la mínima de cambio, chacho. Además, ¿quién te ha invitado a pasar? Estaba muy tranquila viendo la telenovela.

Obvié lo que había dicho y di un último y amenazante paso hacia ella.

—¡Y yo estaba muy tranquilo antes de que quisieras darme la bienvenida a Tenerife! Eso era algo que tú tampoco tenías que hacer, pero lo hiciste. Y si ahora vengo cabreado porque te dedicas a jugar con mi mente desde que he vuelto, lo mínimo que puedes hacer es admitirlo y no hablarme así.

—Te metes en mi casa a pegarme voces, ¿y no puedo hablarte como me dé la gana? Mira, será mejor que te vayas. Encima vas borracho perdido. Cámbate por las patas [37]… —Sacudió la cabeza, entre decepcionada y molesta.

Antes de que pudiera cerrarme la puerta en las narices después de obligarme a retroceder a base de empellones, metí el pie entremedias y puse la mano en el marco. Me incliné hacia ella con el corazón latiéndome muy deprisa.

—No puedes ser tan estúpida como para pensar que no me va a afectar que salgas con pavos que ni conoces delante de mis narices. Si has dejado que me quede todo el día pensando en tu cita es por algo.

Ella me aguantó la mirada en todo momento.

—¿Qué esperas que te diga? ¿Que pretendía ponerte celoso? ¿Es eso? —Soltó el aire entrecortadamente, como si hubiera querido reírse pero no tuviera fuerzas—. Parece mentira que no me conozcas. Desde que has llegado, lo único que he hecho ha sido pasar el mayor tiempo posible con Dácil y con los Oramas, ser amable con tu novia y apuntarme a los planes a los que ella me invitaba, y no porque lo estuviera deseando, Airam, sino por consideración hacia la persona que quieres.

—Ya, seguro que sí. Y cuando abriste el Tinder en mi cara también estabas siendo considerada con Leire, ¿no? Y lo de sentarte

con nosotros en las Perseidas no tenía nada que ver con sabotearnos la noche romántica, ¿verdad?

Observé que Maday llegaba a su límite y apretaba los puños.

—Pero ¿qué coño te pasa? ¿Tú de verdad piensas que yo me creo con el poder para desequilibrarte o sabotear tu feliz noviazgo cuando llevas saliendo con ella cinco putos años? No sé qué mentiras te has estado contando para dormir tranquilo, Airam, pero yo a tu novia no la soporto. —Elevó la voz, casi temblando—. La odio, y odio estar con ella, y odio estar con vosotros dos al mismo tiempo, y si pudiera responderle lo que opino cada vez que me invita a pasar tiempo con la parejita del año, la mandaría a tomar por culo en el acto. Pero no lo hago —concluyó, bajando el tono y tratando de calmar la respiración, que se le había agitado al lanzar sus acusaciones de seguido—. Y no lo hago porque es importante para ti, y no soy la persona podrida por la que me tomas.

Su apasionada confesión me dejó sin aliento.

«La odio, y odio estar con ella, y odio estar con vosotros dos al mismo tiempo».

Sus palabras se quedaron resonando en mi cabeza durante un buen rato.

—Pues te has equivocado asumiendo mis prioridades. —Atiné a mascullar—. Lo más importante para mí es que te mantengas alejada, y que le digas que no cuando te invita, y que no me restriegues tu vida en las narices.

—¡Entonces no restriegues tú la tuya en las mías! —ladró con los ojos vidriosos.

Fue a cerrarme la puerta en los morros, pero la bloqueé a tiempo y la abrí de par en par con más violencia de la que hubiera deseado. Ella tuvo que retroceder un paso para que la puerta no la golpeara frontalmente, cambiando en el acto el gesto encolerizado por una expresión de cautela y… ¿anhelo?

Avancé hacia Maday con el estómago encogido, detestándola por todo lo que me había dicho, pero sobre todo por las dudas que aún no me había resuelto. Pensé que aquella podría ser una buena oportunidad para hablar claro: para preguntarle si me había querido de verdad y si lo que veía en sus ojos era el dolor de una persona que de verdad tuvo que apartarse de mí por una fuerza mayor, y así exigir una explicación sobre su manera de alejarme, de

arrebatarme lo más querido, de cercenarme y dejarme baldado. Si Maday me decía que sí, que hubo un espacio para mí en su vida, entonces yo podría confesarle que lo que sentía por ella había sido debidamente enterrado bajo toneladas de cemento, pero que, como los brotes salvajes que florecen en las aceras, se las arreglaba para encontrar una rendija y desde allí empezar a resquebrajar mi castillo de ilusiones.

No sé cuánto rato estuve mirándola a la cara a la espera de algo que no iba a pasar, ni por su parte ni por la mía. Lo que importaba era que Maday también me estaba mirando y que no se movía, y que tenía la misma expresión de dulce espera que se le quedaba cuando éramos unos críos y yo amenazaba con besarla en todos esos momentos que se convirtieron en meros simulacros.

—Estás loca si crees que te voy a besar ahora —le solté.

Ella se envaró, como si aquella alternativa ni se le hubiera pasado por la cabeza y la interpretara como una amenaza. Yo no me arrepentí, aun así. Me di la vuelta y me largué, y esa noche me castigué como era debido condenándome a dormir en el sofá.

—No cabes en el sofá de tu casa.

—Por eso.

Capítulo 15

20/08/2021

El día que arruiné la relación de Airam

—Sé que un… suceso tan delicado no se puede contar a la ligera, o no dan ganas, o no hay confianza que pueda soportar el peso de algo así… y por eso no se me ha ocurrido preguntarte por qué no me lo dijiste antes, porque me lo puedo imaginar; ni es fácil, ni yo soy una persona que se caracteriza por saber consolar a los demás, pero… ¿de Airam no te fiabas más? ¿No te animaste nunca a dar el paso? ¿No pensaste en algún momento: «Aquí es donde yo me sincero»?

Me he torturado más de lo que podrías imaginarte por no haber encontrado el valor para decírselo en cuanto ocurrió. Le tenía ahí, acuclillado frente a mí, con dieciocho añitos, preparado para dedicarme toda esa juventud que tenía por delante, preguntándome qué me pasaba, qué podía hacer por mí…

Pero enmudecí.

No puedo explicarlo de otra manera. Esos días enmudecí. Y, aun así, ya ves que haber tenido una buena razón para no expresarme no impide que me sienta una traidora y en su día considerara que me merecía todos los desprecios que quisiera hacerme. Todos los que empezaron a acumularse el verano que vino Leire.

Sin embargo, tampoco me torturé por no decírselo después. Creo que las cosas tienen su momento, y el momento de Airam y yo, como pareja y como amigos, ya había pasado. Te sabes la metáfora del tren, ¿no? El tren pasa y se va si no te subes, y el mundo sigue girando. Pero no era solo eso lo que me frenaba, porque, ya que lo preguntas, te diré que durante muchas de nuestras discusiones, y los escasos ratos de complicidad que vencieron el rencor en tardes ocasionales durante las vacaciones, sentí el impulso de gritarle que

yo también había sufrido; por las mismas razones que él y por otras que le explicaría a continuación. Y en el caso de haber seguido adelante, de, en efecto, haberle explicado lo que sucedió después, no habría enmudecido. Lo habría soltado todo porque no te puedes ni imaginar cuánto lo necesitaba. Pero no lo hice porque no aliviaría el dolor que veía en él. No lo hice porque sabía que, en cuanto se lo contara, se arrepentiría de haberme tratado como a una basura y empezaría a torturarse hasta no poder más. Tu hermano es esa clase de persona.

Si hubieran sido otras las circunstancias, se lo habría contado con la esperanza de poder superarlo juntos, pero Airam no iba a estar ahí para mí porque no podía. Tenía otra persona de la que encargarse. Una novia.

No, no podía caerle con un relato de esa sordidez de repente. Habría sido egoísta.

Pagué un precio por callarme, no creas que no. Que el mundo hubiera seguido girando fue mi cruz, porque yo me quedé varada la noche que se torció todo, y aunque los avances de Airam en el ámbito sentimental, académico y familiar me habían ayudado a despertar de mi sombrío adormecimiento para darme cuenta de que habían pasado años y no levantaba cabeza, me había dado cuenta de que quedando con un hombre con Tinder no se iba a obrar un milagro.

Antes necesitaba otra cosa. Muchas otras cosas. El Tinder era lo de menos.

Que ese verano tu tío Jaime hubiera aparecido con una psicóloga del brazo fue mi verdadera salvación. Había estado leyendo en blogs y en redes sociales todo tipo de terapias favorables para personas que hubieran pasado por mi experiencia, y aunque había consultado un par de terapeutas en el sur de la isla, no terminaba de convencerme eso de sentarme en el sillón de una desconocida y contarle algo que no había sido capaz de decirle ni a mi propia abuela.

La terapia, además, siempre ha sido un privilegio de la clase media-alta.

Los que no tienen que echar más horas que un reloj en un trabajo que roza la explotación son los que pueden dedicar tiempo a preguntarse qué es lo que padecen, si ansiedad o depresión. Son los

que saben que la vida es algo más que encajar los reveses con estoicismo, algo más que días malos y días peores, y se permiten una cuotita de autocompasión, la justa para pedir ayuda sin que se les caigan los anillos.

Y para gastarse cincuenta pavos por sesión, también te digo.

El caso es que saber admitir que no puedes con todo es admirable. Lo menciono porque la gente como mi familia o como yo nunca aceptaríamos nuestras debilidades. Mi abuela lloraba a escondidas y jamás habría dicho en voz alta que estaba triste. Y hasta hace poco, me temo que yo era de la misma escuela: no le daba ninguna importancia a mi dolor y pensaba que la procesión debía ir por dentro. Al igual que cualquier mujer de la edad de Lupe o persona de un estrato económico desfavorable, ni me planteaba ir a contarle a un desconocido las penas que me ahogaban. Pero llegó un punto en el que yo ya no podía soportarlo más y me arriesgué, y aunque suene dramático, insisto en que tuve que darles la espalda a mis principios, porque a mí me educaron para sufrir como una jabata y nunca jamás quejarme en voz alta.

—No hace falta que lo jures —bufa Dácil—. Santa Maday de la Procesión de los Dolores.

Nuria, la novia de tu tío, me parecía una mujer muy seria y razonable, con la clase de paciencia y conocimiento que yo necesitaba. Me generaba confianza que fuera joven, y sobre todo que no tendría por qué volver a verla en ninguna parte si mi primer contacto con ella era catastrófico.

Me acuerdo de que estaba tomando el sol en la piscina de tu jardín cuando me acerqué con las manos temblándome.

No sé de dónde saqué el valor.

—Nuria, ¿puedo hacerte algunas preguntas sobre… tu trabajo? —pregunté con un hilo de voz.

Debería haberme mandado al carajo por interrumpirla en sus vacaciones, y más cuando estaba tendida en biquini y con las gafas de sol, preparada para echar la siesta. Pero no lo hizo. Se puso las Ray-Ban como una felpa, retirando el largo pelo castaño hacia atrás, y se incorporó con una sonrisa amable.

—Claro, Maday. Siéntate. —Señaló la hamaca colindante con un

gesto de la barbilla, pero yo me dije que no estaría mucho rato allí y negué con la cabeza.

—Si es solo una tontería, y tampoco te quiero molestar —me apresuré a aclarar—. Es que llevo un tiempo planteándome si pedir cita con una psicóloga. Hay algo que me gustaría… solucionar sobre mi vida, y como en mi entorno nunca se ha hablado del asunto, no sé si es lo más… apropiado.

—Ir a terapia será apropiado siempre y cuando tú estés dispuesta a abrirte y mantengas una actitud crítica contigo misma. Si vas presionada por un ser querido, por una moda social o esperando que te solucione la vida sin hacer un trabajo personal por tu cuenta, quizá debas pensártelo dos veces. Es así de sencillo, en realidad. —Se encogió de hombros con naturalidad. No se quedó ahí, y debería haberlo hecho porque mi pregunta era de fácil respuesta. Se giró hacia mí y se puso encima el blusón playero, como si supiera que íbamos a hablar de un tema serio que merecía una muestra de respeto por su parte—. ¿De qué tipo es tu consulta psicológica, si no es indiscreción? Hoy en día los terapeutas se especializan en ramas. Yo, por ejemplo, trato a personas que están sufriendo un duelo, pero los hay que se dedican a las constelaciones familiares, a los trastornos alimentarios, a las víctimas de abuso…

—Digamos que… que iría por una de esas razones. —Me limpié el sudor de las manos en los vaqueros—. Creo que sí estoy dispuesta a abrirme, pero es verdad que no estoy acostumbrada a hablar de mí.

—Me he dado cuenta de que es algo frecuente en esta familia. Y sí, te incluyo a ti. —Me guiñó un ojo—. Algo muy gordo acabará estallando entre los Oramas si los tres o cuatro provocadores de la discordia no se sientan a hablar… Pero supongo que no es asunto mío y, por tanto, no debo meterme. —Suspiró y luego sacudió la cabeza—. En fin, si lo que buscas es a alguien especializado en tu problema, te puedo pasar un sinfín de contactos, a ver cuál se adapta mejor a tus necesidades. Por desgracia, no conozco a ninguno aquí, en Tenerife, pero a lo mejor te resulta incluso más sencillo hacer terapia por videollamada que en persona.

—No sé qué me sería más fácil, la verdad…

Nuria tuvo que verme muy fuera de mi elemento, porque se me quedó mirando con compasión antes de cogerme de la mano y

hacer que me sentara a su lado.

—Hablar con un desconocido suele ser más fácil que contarle tus miserias a un amigo, quizá porque se tiene la impresión de que los psicólogos no juzgan y no van a traicionar tu confianza. Ambas cosas son ciertas —aclaró antes de que abriera la boca—. Aun así, ¿sabes por qué no todo el mundo necesita terapia para superar algunas crisis vitales? Porque el simple acto de desahogarnos con alguien que nos quiere ayuda muchísimo. Me da la impresión de que eso es algo que tú no has hecho nunca; que te has guardado para ti cada pequeña contrariedad, y eso ha acabado por formar una barrera no ya entre tus seres queridos y tú, sino entre la vida misma y tú.

—Puede ser —musité.

—Estoy de vacaciones y este tal vez no sea el mejor entorno para charlar, porque en cualquier momento puede aparecer alguien —retomó al cabo de un rato en silencio—, pero si te apetece, mañana podríamos sentarnos a hablar sobre eso que te pasa. En función de cómo te sientas conmigo y de lo que me digas, que será estrictamente confidencial, yo decidiré si te remito a un especialista o si me quedo contigo. ¿Te parece bien?

—Por favor, dime que te pareció bien. Por lo visto, esa mujer hace milagros. Consiguió que Thiago se echara novia seria.

—Sí, me pareció bien. Al día siguiente hablamos largo y tendido y decidió guiar la terapia ella misma. Hemos estado hablando mediante videollamada durante un año, y aquí seguimos, cada día un poquito más cerca de la meta. Me gusta pensar que, más allá de que sea mi psicóloga, Nuria es mi amiga. Nos mandamos memes de vez en cuando, intercambiamos títulos de libros que nos gustan y corre a escribirme para preguntarme cómo estoy si le cancelo una cita o solo si llevamos un tiempo sin hablar.

—¿Alguna vez te ha mencionado si yo necesito un psicólogo, o si estoy mal de la cabeza? Es una duda que me ronda desde que me conoció. Tuvo que pensar eso de unos cuantos miembros de mi familia. Incluso de Leire, porque mira cómo se largó, la notas; armando un escándalo.

—Sobre eso quería yo hablarte ahora, porque esa misma tarde charlé con Leire.

—¿Te refieres a esa conversación? ¿A La Conversación?
—Exacto.

Leire se presentó en mi casa. En el momento me pareció maleducado, porque no teníamos esa confianza, además de que no me gustaba un pelo que invadiera mi santuario —que ya sabes que es ese patio lleno de hierbajos con sillas de plástico que tengo en la parte trasera—, pero ahora que lo veo con distancia me compadezco de ella. Debía de estar más agobiada con el tema de lo que pensábamos, como demostró *a posteriori*, porque una tiene que estar muy desesperada para invadir una vivienda ajena.

Me encontró fumando con el disco de Abhir Hathi sonando en Spotify. Estaba canturreando *Mil días*, que no podía ser más apropiada («Mil días, mil noches en olvidar tu olor; mil días, mil noches en superar el dolor»), cuando apareció el dichoso anuncio de la lubina al horno y, poco después, la voz trémula de Leire.

—¿Se puede?

Me giré con miedo a que viniera acompañada de Airam, al que no quería ver después de que se hubiera largado de mi casa dando un portazo, y eso justo después de restregarme que no volvería a besarme en la vida.

—Qué crueldad.
—Ni que lo digas.

Pero venía sola. Me acuerdo de que no se había maquillado ese día. Llevaba el pelo recogido en esa pinza que se ponía porque las gomillas le dejaban marcada la melena, el biquini blanco de Tommy Hilfiger debajo de un vestidito de gasa semitransparente con estampado floral y unos surcos bajo los ojos que delataban que no había dormido muy bien.

—Sí, claro… —Le hice un gesto amable hacia el asiento libre—. Qué sorpresa, Leire.

—Estoy sola en la casa porque Airam ha ido a comprarle algo a su hermana para dárselo cuando salga del examen de recuperación que tiene… Y, bueno, he pensado en aprovechar para venir a hablar contigo. —Se sentó en la otra silla de plástico y me lanzó una mirada culpable—. Siento no entretenerte con banalidades introductorias antes de ir al grano. La verdad es que no puedo

seguir dándole vueltas a esto si no quiero volverme loca.

—No, tranquila. —Me di cuenta de que ella se sentía algo avergonzada porque no había parado de hablar desde que había llegado y yo apenas había pronunciado dos palabras seguidas. Le quité el volumen al móvil y adopté una actitud de escucha—. Dime. ¿Tiene que ver con lo que está pasando entre Dácil y Thiago, o con que Airam y su hermana se hayan peleado? Porque esa bronca no va a durar mucho, créeme. La otra, en cambio… No sé si puedo decir lo mismo. Como mínimo, se prolongará hasta el año que viene, cuando con un poco de suerte el odio de Dácil caducará por fin.

—Tiene más que ver contigo, la verdad.

Tampoco me caí de un guindo. En cuanto me miró de aquella manera, como si de pronto me reconociera como a una rival, sentí que me entraban unos nervios estúpidos y me empezaban a sudar las manos, porque sabía lo que se avecinaba. Me pregunté si Airam, en plena borrachera, no le habría soltado alguna perla sobre mí.

No era como me habría gustado que Leire se enterase.

Ni siquiera sabía si quería que Leire se enterase. ¿Para qué?

—¿Airam y tú habéis tenido algo?

—¿En qué sentido?

No se tomó a mal que me hiciera la tonta, tratando de ganar tiempo, y especificó:

—Si fuisteis novios, si os liasteis en algún momento, si tuvisteis una especie de romance platónico que nunca llegó a término, si estuvisteis haciendo *sexting* mientras él estuvo en Madrid, o si fuisteis follamigos, o incluso si eres su amante ahora… No sé, algo. Porque siento que se me escapan cosas, y no me gusta tener la sensación de que andan burlándose de mí.

Me habría gustado levantar el teléfono en ese momento y llamar a Airam para preguntarle qué versión quería que le diera, porque aunque Leire me estuviera interpelando sin pelos en la lengua, sentía que no era mi deber darle esa explicación. Que hubiera acudido a mí solo podía significar que no se fiaba del todo de Airam, o que este le había dado largas, y eso debería haber bastado para convencerme de mentirle también a la cara. Pero me rebelé contra eso. ¿Qué tenía de malo decir la verdad, sobre todo cuando era evidente que la necesitaba de forma desesperada?

A mí me habría gustado que me lo dijeran.

—Ojalá todas fueran como tú. Eres un icono feminista.
—Anda, anda, chacha. Ya me gustaría.
—Sigue contando, que esto me interesa.

—No hemos tenido contacto desde que se fue a Madrid, Leire —respondí—. Supe que salías con él porque Dácil me lo mencionó, y porque he estado presente en algunas reuniones familiares de los Oramas, no porque él y yo nos mantuviéramos al día. Así que si lo que te inquieta son unos posibles cuernos, considéralo descartado. No solo por mi parte, sino en general. Airam no es esa clase de persona.

—No es la clase de persona que se acuesta con otras teniendo novia, vale, pero ¿es la clase de persona que está enamorada de otra teniendo novia?

—Joder, qué pregunta tan específica.
—Yo me quise morir allí mismo.

Inspiré hondo y le respondí lo que sabía:

—Hace tiempo que dejé de entender los sentimientos de Airam, la verdad. Si alguna vez me quiso, dudo bastante que lo haga ahora. Está centrado en ti. De hecho, te hemos mencionado antes o después en todas nuestras conversaciones, lo que significa que te tiene muy presente.

—«Si alguna vez me quiso» —repitió, sondeándome con la mirada. Me dieron ganas de gemir con desesperación. Iba a lo que le interesaba, como la chica lista que era—. ¿Lo hizo o no? Acabas de insinuar que antes sí entendías a Airam, o por lo menos lo leías mejor. No has descartado el resto de las opciones que me han venido a la cabeza.

—Resumidamente —empecé después de ordenar mis pensamientos y respirar hondo—, él y yo hemos sido amigos desde los ocho años. En algún punto de la adolescencia creo que nos dimos cuenta de que ya no éramos niños, y supongo que… surgió alguna clase de chispa. No hicimos nada al respecto hasta el verano de su selectividad, pero no duró, no pudo considerarse una relación oficial, y acabó como el rosario de la Aurora, así que no tuvo la

menor importancia. Sobre todo si lo comparas con una relación seria de tantos años como la vuestra.

Eso último lo añadí a toda prisa, esperando que el desastroso final la hiciera sentir mejor.

—Qué manía tienes con echarte mierda, chacha. ¿Por qué tenías que hacerla sentir mejor? La verdad era la que era. Ella no se habría preocupado de hacerte sentir bien a ti, eso lo tengo más claro que el agua.

—No podemos saberlo con certeza, Da, y parece mentira que seas tú la que haga esos comentarios sobre Leire, que eres la ultradefensora de «la otra». Aunque es obvio que «la otra» de esta historia soy yo.

—No, «la otra» era ella porque tú estabas antes, distinto es que mi hermano sea un payaso y se engañara a sí mismo. Y hago estos comentarios sobre Leire porque ser una feminazi, como algunos me consideran, no significa que tenga que pensar lo mejor de todas las mujeres del universo. Si Leire me cae mal, me cae mal, y ya está.

—Pues te caerá mal desde hace cinco minutos.

—Nunca me cayó bien, pero era tolerable. Después de lo que me has contado y de recordar el comportamiento que tuvo en el barco, pues lo siento, mi niña, pero no voy a defenderla.

Pues a mí me dio una pena tremenda en ese momento.

—Lo sabía —musitó, frotándose los muslos. Había apartado la cara, como si no pudiera soportar mi presencia, y la había clavado en el suelo—. Que no me lo haya dicho…

—No te lo ha dicho porque fue irrelevante, Leire —aclaré, agobiada—, estoy segura.

Clavó en mí una mirada severa.

—¿Cómo puedes asegurar eso con tanta firmeza? ¿Fue irrelevante para ti, acaso? —Viendo que yo no solo no respondía, sino que además me quedaba helada, insistió, aunque con más paciencia—: Maday, entiendo que no tenemos ninguna confianza, y que si te debes a alguna de las dos personas de esta relación, es a Airam…, pero te pido por favor que me saques de dudas, porque he venido aquí con toda mi buena voluntad y me estoy dando cuenta de cosas que no me gustan.

—¿Qué quieres saber? ¿Si yo lo quería?

—Por ejemplo —respondió con aspereza—. Y para empezar.

—Pues claro que lo quería. Tú me puedes entender en ese aspecto. —No me atreví a sonreírle con complicidad, pero creo que la forma en que la miré rogó su compasión—. Que conste que te lo he dicho porque me lo has preguntado. Y solo para que quede claro, me he estado juntando con vosotros sin ningún tipo de objetivo oculto…

—¿Por qué ibas a tener un objetivo oculto? —me cortó con gesto receloso—. Has dicho que lo querías, no que lo quieres.

—Chacha, mira que eres tonta.

—Habló de putas La Tacones. Tú tampoco es que seas famosa por medir lo que dices.

No me quedó otro remedio que admitir mi situación del todo, y aunque me estaba temiendo un estallido colérico por parte de Airam cuando se enterase, porque con toda probabilidad lo descubriría, debo reconocer que Nuria tenía razón: desahogarse era maravilloso.

—Yo siempre lo voy a querer. Es algo que tienes que saber si pretendes estar con él para toda la vida, si vais a casaros con *Quiéreme* de Mickey Taveras, os vais a comprar un Hyundai y os vais a mudar a Tacoronte. Lo voy a querer incondicionalmente, pase lo que pase —resumí con resignación—, pero también tienes que estar tranquila porque no haré nada al respecto ni te sentirás jamás amenazada por mi presencia.

—No me digas que luego os abrazasteis, o algo así. —Se mofa Dácil—. Nadie, literalmente NADIE es tan maduro como para mantener esa conversación sin querer quemarle el pelo a la otra hasta que se parezca a la muñeca de Rugrats.

—Yo le di lo que había venido buscando. Solo habría faltado que me jodiera los rizos. Ese día los tenía particularmente bonitos, y me había retocado la raíz por la que tanto bullying *me haces.*

—¿Y él, Maday? Ya, ya lo sé. —Se adelantó levantando la mano. Me observaba con fijeza, como si quisiera atravesarme y leerme el

pensamiento, pero no percibí antagonismo ni rabia hacia mí; en todo caso, desorientación y tristeza. Esa no la había ocasionado yo, sin embargo, o no yo sola—. Me has dicho que no puedes hablar por él. Pero si tuvieras que hablar por él… ¿qué crees que siente por ti ahora? Olvida que soy Leire. Imagina que soy Dácil, o que soy tu almohada, que estás sola con la persona en la que más confías y que puedes abrirte porque no habrá consecuencias.

—¿Por qué quieres que responda a eso? ¿Te vas a fiar más de lo que yo te diga basándome en una corazonada que en lo que has vivido con Airam?

—Eso lo decidiré después, pero sobre todo me fío de lo que me dice el instinto. Y el instinto me ha dicho que tú eres más peligrosa de lo que puede parecer en un principio. No he venido a que me lo confirmes, sino a saber hasta qué punto me debo preocupar.

—Pues mira, guapa pamplonesa, mi amiga es peligrosa nivel pitón. Nivel anaconda. Nivel cocodrilo del Nilo y bestia del Amazonas. Para que te quede claro.

—No te me vengas arriba, Da.

Pensé en la cara de pasmo que se le había quedado a Airam al verme llegar, a que su mano tembló al rodearme por la cintura para devolverme un abrazo que no había esperado, con el que ni se había atrevido a fantasear; a que lo primero que hizo en cuanto estuvo solo, aun teniendo una familia entera esperándolo con ilusión y a una novia en el dormitorio, fue saltar la valla entre nuestros patios y preguntarme qué significaba mi aparición estelar, como si aún le valiera una explicación por mi parte, como si estuviera dispuesto a adaptarse a los que fueran mis planes durante esas vacaciones. Pensé en las miradas fugaces que me lanzaba a través de la mesa mientras estábamos con tu familia o solo con Leire; en que me miraba cada vez que alguien decía algo que sabía que me iba a hacer gracia, porque todavía no se le había olvidado que me reía cuando el tío Jaime imitaba a Chiquito de la Calzada, y que sonreía con ilusión cuando el abuelo Manuel hablaba de la historia de los guanches, y que los cabreos de tu abuela me daban la risa floja, porque le sale la bruta gomera que lleva dentro; y me miraba cuando alguien decía algo ridículo o irritante para compartir conmigo su desprecio, y me miraba cuando yo creía que

no estaba mirando, porque cuando era yo la que hablaba o era él quien estaba contando una anécdota, nuestras miradas no se cruzaban ni por casualidad, otra muestra más del perfil bajo en el que dejamos nuestra relación secreta y en el que, por lo visto, la habíamos retomado. Pensé en los momentos en los que, sin querer, fue cariñoso conmigo y luego tuvo que regañarse a sí mismo con un ceño fruncido o una sacudida de cabeza, porque «en eso no habíamos quedado, Airam», o porque «Airam, decídete, desubicado»; sobre todo fueron momentos en los que estábamos tú, él y yo, cuando se le olvidaba que Leire existía y que estábamos en 2021 y que ya no éramos amigos; le salía con naturalidad la costumbre de llamarme «chinija» y de tratarme como a una princesa, porque él siempre ha sido el príncipe azul y por eso todas lo querían. Pensé en su arrebato de celos y en que odia las confrontaciones, pero había dedicado cada segundo a solas conmigo a atacarme por la razón que más rabia le diera en el momento, y todo para que le viera, para que me diera cuenta de que estaba allí; en que quiere estar en paz, pero a mí me dio una guerra que no te puedes ni imaginar. Y pensé en ese «Estás loca si crees que te voy a besar ahora» que me soltó de pronto, porque yo no le dije que quisiera besarlo y ni siquiera me lo había planteado, así que no lo pudo leer en mi cara; lo tuvo que leer en su corazón. Le había traicionado la boca, o a lo mejor lo dijo en voz alta para convencerse a sí mismo. «Estás loca, cabecita mía, si crees que la vamos a besar ahora». Pero a su manera me besó, porque igual que a mí me bastaba con quince, dieciséis, diecisiete y dieciocho años con que lo estuviera pensando y me lo transmitiera con la mirada cuando aún no habíamos usado los labios para lo que los queríamos, esa noche me bastó también con tener la certeza de que se lo había imaginado. Por un instante, el subconsciente le había vencido.

—No hace falta que contestes —me dijo Leire con voz queda. Algo había tenido que leer en mi expresión, algo que no le gustó un pelo y que no pude desdecir porque, para empezar, no sabía qué era—. Solo tengo una pregunta más… ¿Qué es eso del Hyundai?

—¿Cómo?

—Has dicho lo de *Quiéreme* de Mickey Taveras, algo de un Hyundai, y has mencionado Tacoronte, que creo que es un pueblo

de Tenerife. ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

Pues en vista de que no sabía de qué estaba hablando, nada. No tenía nada que ver con ella, y la había vuelto a cagar sin darme cuenta.

No era tan descabellado asumir que uno proyectaba sus sueños y esperanzas en la pareja que tuviera en el momento. Sobre todo las personas como Airam, que habían nacido con una idea preconcebida acerca de las etapas vitales y procuraba que todos los demás encajáramos en su molde. Pero parecía que me había equivocado y había algunos chavales obstinados, obstinados y tiernos como ellos solos, que adaptaron su adultez soñada al gusto de la chica tímida en la que pensaban, y cuando esa chica tímida ya no estuvo, lo olvidaron. Soltaron esas esperanzas y crearon un lenguaje nuevo para la mujer que vino después.

O quizá no crearon ningún lenguaje. Quizá se quedaron callados, callados para siempre.

—Eran solo unos ejemplos. —Acabé diciendo con una sonrisa resignada—. Es que es así como me habría gustado que fuera mi futuro… Nada más.

Capítulo 16

22/08/2021

El día que Maday me rompió el corazón (por segunda vez)

Por desgracia, lo que pasó luego con Leire es de dominio público. Ya sabes, fue cuando toda mi familia se congregó en la entrada de El Chozo Oramas para echar más leña al fuego aun después de darse cuenta de que yo no estaba para fiestas. De todos modos, es verdad que la discusión empezó mucho antes, y que si la hubiera guiado por otros derroteros, el resultado hoy habría sido distinto.

Leire y yo no estábamos del todo bien, y seguro que te puedes imaginar por qué. No solo por sus sospechas, porque Leire era experta desconfiando de toda piba que se me acercara para pedirme fuego, los apuntes o la hora, sino porque se había dado cuenta de que había una parte de mí que ella no conocía. No había tenido que tratar jamás con el Airam en el que me convertía cuando estaba con los Oramas, y ese chaval no le gustaba ni un pelo. No podía culparla por eso. Me había tomado por un chaval despreocupado y rumbero al que solo le ponían nervioso los exámenes —algo con lo que ella empatizaba—, y resultaba que yo podía tener muy mala hostia cuando me provocaban.

Y que mi familia entera estaba jalada de la cabeza, sí, eso también.

Más allá de que el detonante fuera Maday, Leire y yo teníamos pendiente una conversación con respecto al futuro, porque mi novia era una chica muy práctica y enfocaba todas sus relaciones al día de mañana, y el hecho de no haber congeniado con los Oramas ni tener la más remota intención de hacer vida con ellos suponía un obstáculo para lo nuestro. Uno que podríamos haber salvado si hubiéramos tenido confianza, pero por desgracia, de eso íbamos

escasos.

La pelea vino cuando volví de Santa Cruz, después de que Dácil, tú y yo comiéramos en su arepera preferida. Recuerdo que aparqué teniendo en mente disculparme con Leire por los días que habíamos pasado distantes, hablándonos como si fuéramos desconocidos. Necesitaba recuperar mi normalidad, y no sé por qué pensaba que la necesitaba a ella para eso.

Me la encontré recogiendo sus cosas, y decir que entré en pánico es quedarse corto. Si algo me enseñó Leire, aparte de las cursilerías habituales de que puedo y merezco ser querido, es que puedo fragmentar mi corazón; que la podía querer a ella y a Maday a la vez, no de la misma manera, pero eso no quitaba que el sentimiento fuera genuino. Así que sí, entré en pánico porque Leire era importante para mí, porque la quería, y sobre todo porque la necesitaba; es así de egoísta, pero Leire era una pieza crucial en mi vida. Era la única que podía poner una barrera entre Maday y yo, la que podía mantener a raya mis sentimientos por la chica que vivía al lado.

—¿Qué haces? —le pregunté, acercándome a toda prisa para quitarle el neceser que estaba a punto de meter en la maleta.

Leire me miró con una tristeza impotente con la que me sentí muy identificado.

La niña fue con todo en cuanto le puse en bandeja el contraataque:

—¿Por qué no me dijiste que Maday y tú tuvisteis algo?

—Porque es irrelevante —contesté como si fuera la respuesta de un examen, un mantra memorizado—. Pasó antes de conocerte.

—Pues ya que lo mencionas, justo cuando nos conocimos, hablamos de nuestras relaciones previas. Yo te mencioné a Oliver y tú me dijiste que no había habido nadie. Me decías que era la primera.

—Porque fuiste la primera, claro que sí —repuse, agobiado. ¿Cómo coño se había enterado de lo de Maday? No habría sido ella quien se lo habría dicho, ¿verdad? No era posible que se hubiera metido en mi vida con toda la intención—. Lo de Maday no fue serio ni llegó a ninguna parte, y antes de ti me la pasaba con unas y con otras.

—Antes de Maday te la pasabas con unas y con otras —me

corrigió con muy buen criterio, y para mi desgracia. Me quitó el neceser de las manos, lo metió en la maleta y la cerró antes de mirarme—. Que sintieras la necesidad de mentirme en un aspecto que en teoría «no es relevante» habla por sí solo, Airam. Sí que fue relevante, y lo fue tanto que temías ponerlo sobre la mesa porque podría afectar a todo lo demás.

—No temía ponerlo sobre la mesa, simplemente… pasó el momento de decírtelo. Cuando hablamos de nuestras relaciones ni siquiera éramos pareja todavía, Leire, y lo de Maday estaba reciente. No quería hablar de ello, procuraba olvidarlo… —Me callé al darme cuenta de que ese argumento no me estaba ayudando.

Leire solo se reafirmó.

—Porque te dolía, ¿verdad? —Se le escapó una sonrisa entre incrédula y triste—. Si es que no me tienes que contar ninguna milonga, ni tampoco darme explicaciones. Lo he visto con mis propios ojos. Hay algo en Maday que te saca de tus casillas. Algo que no es nada bueno para mí, pero tampoco es nada bueno para ti.

—No hace falta que lo jures. Por eso no estoy con ella, y ni mucho menos quiero estarlo.

—¿Estás seguro de eso? —Enarcó una ceja. Por un momento dejó de ser mi novia y se convirtió en la voz de mi conciencia, esa que cuestionaba mis decisiones y me incitaba al caos—. Porque a mí me da la impresión de que has estado conmigo porque no podías estar con ella, y no sé por qué no podías, porque ella me ha dicho con claridad cristalina que te quiere y que te querrá siempre.

Mi segundo error fue quedarme callado cuando anunció aquello, sobre todo porque me pilló por sorpresa. Y fue un error de principiante, porque Leire se me quedó mirando a la espera de que me encogiera de hombros o proclamara a los cuatro vientos que me importaba un carajo. No habría sido tan difícil torcer el gesto, como si el hecho de que Maday me quisiera fuera periódico de ayer. Se me da bien fingir. Pero en ese momento me pareció imposible, porque seguía siendo el chaval de dieciocho años que cogió un avión y se fue a vivir a dos mil kilómetros de casa con la sensación de que dejaba atrás un rompecabezas sin resolver. La incertidumbre había sido la base de los cimientos sobre los que fui construyendo mi vida universitaria. Jamás había dejado de preguntarme si Maday me quiso o no, y aunque Leire podía estar mintiéndome o

poniéndome a prueba, por un momento decidí creer y abrazar esa posibilidad.

—¿Y… y qué? —balbuceé demasiado tarde. Leire ya había cerrado con cremallera la maleta y la bajaba al suelo para hacer su paseo triunfal hasta la salida. Le bloqueé el paso extendiendo los brazos—. Leire, ¿qué haces? ¿Adónde vas? ¿No quieres que lo hablemos?

Ella me miraba a los ojos sin miedo, como te miran las mujeres cuando saben que no han hecho nada malo y no tienen de lo que avergonzarse; que quien la ha cagado has sido tú.

—No hay nada de lo que hablar —repuso con llaneza—. Por si no te has dado cuenta, sigues enamorado de Maday, y aunque no lo estuvieras… Si esta vida que tienes aquí es la vida que quieres, yo no pinto nada. Me siento incómoda en esta casa. Incluso si no nos hubiéramos peleado, te habría pedido que nos largáramos.

Fruncí el ceño, molesto por el giro de los acontecimientos. Ya me había insinuado que mi familia estaba jalada de la cabeza, pero me molestó que lo considerara un problema lo bastante grave como para salir huyendo. Yo era consciente de que no se equivocaba, porque soy el primero que se mandó a mudar [38] en cuanto pudo, pero joder, existe una regla universal que impide a la gente ajena a la familia hacer burla de esta.

La rabia porque despreciara a los Oramas no logró que ignorara por mucho tiempo que acababa de decir que yo estaba enamorado de Maday, pero en cuanto caí en la cuenta, me cabreé aún más por la pura desesperación.

—¿Por qué sacas conclusiones precipitadas? No te he dicho en ningún momento que eso sea así, y no sé si es porque ella te ha contado no sé qué historias…

—Déjate de excusas, ¿vale? —me espetó de pronto, atravesándome con una mirada furibunda que le había visto en contadas ocasiones—. Y no me trates como si fuera imbécil, porque tengo ojos en la cara y, además, sé leer entre líneas. Si no hubiera sido por ella, parece que no me habría enterado nunca de que quieres vivir en el norte de la isla y bailar cumbias en tu boda. Conmigo no has hecho esos planes de futuro, Airam, y no me digas que esos no eran tus planes porque te reconocí en cada uno de ellos en cuanto Maday los mencionó. Qué hay más indicativo que eso de

que a mí nunca me has querido como a ella, ¿eh?

Me quedé blanco, y Leire tuvo que darse cuenta, porque fue entonces y no antes cuando rompió a llorar.

Me sentí un jodido miserable.

—No me había dado cuenta. —Fue lo único que se me ocurrió decir.

—¡Ese es el problema! —exclamó, perdiendo definitivamente los papeles—. ¡Para ti era tan antinatural concebirme como la chica de tus sueños que ni siquiera me tenías en mente cuando hacías planes a largo plazo! ¡Que no lo hayas hecho aposta es lo que más rabia me da, Airam! ¿Es que no lo ves?

Me esquivó con agilidad y empezó a bajar las escaleras. La seguí saltándome los peldaños. Tenía el corazón a punto de reventar por el estrés y la tensión acumulada. No iba a pasar un solo día sin que hubiera un problema.

Por lo menos, este problema lo quería solucionar, y así se lo dije.

—Lo cambiaré. —Le prometí, sujetándola por los hombros. Ella frenó en el recibidor para mirarme con tristeza—. Haré los planes contigo. Planes nuevos, diferentes, que se adapten a ti y a lo que quieres. Te lo prometo. No volverás a sentirte insegura por mi culpa.

Leire me enfrentó con tristeza, sin un ápice de esperanza.

Fue ahí cuando supe que la había perdido.

—¿De verdad puedes prometer eso? ¿Puedes prometer que irás contra tu naturaleza? ¿O me vas a negar que querer a una tía que lleva en tu vida desde que tenías ocho años no es una costumbre de la que no puedes deshacerte?

—¡Joder, deja de mencionar a Maday! —grité a la desesperada—. ¡Me importa una mierda!

Leire esperó a que me tranquilizara, mirándome de hito en hito, para replicar con una fría calma que solo me inquietó más:

—¿Puedes mirarme a la cara y jurarme por lo más sagrado que el hecho de que Maday hoy esté enamorada de ti no cambia nada?

—Puedo y lo voy a hacer ahora mismo. *No cam-bia na-da* —silabeé a un palmo de su cara.

Pero Leire siempre ha sido más lista que el hambre. Si le pude hacer esa promesa con franqueza fue porque yo, en el fondo, sabía que la situación entre Maday y yo no cambiaría nada: ella no daría

un paso adelante, de eso estaba seguro, y yo no iría detrás de ella. Quizá sí cambiara mi forma de sentir, pero a nadie le importaba cómo me sintiera yo a no ser que actuara conforme a ello. Algo que, sencillamente, no iba a pasar.

Leire no se dio por satisfecha y salió por la puerta, y luego la discusión a dos se convirtió en una tertulia de Telecinco. Supongo que te acordarás. Ella insistía en que yo no le había dicho nada, insinuó que me había estado viendo con Maday a escondidas —lo cual no era del todo cierto, o no con el tono con el que lo decía—, y luego se largó en el taxi que había pedido para que la llevara al aeropuerto.

En ese momento llegó Maday, y pude arremeter contra ella para desahogar la rabia que me daba el simple hecho de que existiera. Maday agachó la cabeza al principio, pero luego se atrevió a defenderse, y eso solo me enrabietó más.

—Yo solo le conté la verdad, algo que tú no tuviste los huevos de hacer.

—Ah, ¿ahora soy yo el que no tiene narices para hacer las cosas? ¿Me lo vas a decir tú, que no abres la boca nunca en la vida, y lo haces justo para que mi novia me deje? No me hagas hablar, Maday… No me hagas hablar.

—Lo pintas como si le hubiera ido yo con el cuento. Pues no. Leire me acorraló porque ya tenía una idea muy clara de todo lo que pasó, y yo me limité a confirmárselo. Solo asentí o negué con la cabeza, solo…

—Si no consigo arreglarlo —la amenacé—, olvídate de mí.

—Pues no sé si ella lo consiguió, pero está claro que a ti no te salió muy bien lo de cumplir con tu parte… porque olvidarla lo que es olvidarla… poquito, ¿no? Si no me engaña la memoria, la discusión no acabó ahí.

—No, chacho, ahí solo acabó mi relación —ironizo—. Zanjar lo otro me tomó un par de días.

Días que Maday salía y entraba con mi hermana como si nada, consolándola después de que tú te largaras también, dejándola hecha una piltrafa.

La verdad es que lo piensas y te das cuenta de que, entre unos y otros, aquel verano fue un desquicie absoluto. Aunque, claro, qué

cabía esperar viniendo de los Oramas.

El caso es que veía a Maday de forma fugaz, solo si me asomaba a la ventana, y oía su voz desde el rellano de casa, y unos nervios anticipatorios me ponían la cabeza del revés. Una parte de mí sentía que todavía había algo fuera de su sitio. No paraba de darle vueltas a lo que Leire me había dicho, y llegar a la conclusión de que mi novia me había dejado para que tuviera el camino libre con Maday no le hizo ningún bien a mi cabeza, porque entonces empezaron los «y si».

Y si voy. Y si le digo. Y si sale bien. A lo mejor había tocado a su fin esa época en la que me preguntaba qué hubiera pasado si estuviésemos juntos, aún enamorados, como canta la canción de Benito; a lo mejor había llegado el momento de arrojarse al vacío.

—Oye —me quejo—, ¿de qué te ríes, capullo?
—De nada… Macho, es que eres la hostia, y no en el buen sentido. Como te falla una, vas a por la otra, ¿no? Eres el claro ejemplo de que las mujeres tienen razón cuando se preocupan por una tía; es romper la relación y que se vayan con ella.
—¿Y qué le hago? No estás tú para juzgarme, tampoco.
—Venga ya, chaval. No le pusiste los cuernos físicamente, pero quisiste a otra tía durante toda la relación, y eso duele incluso más. Hazte cargo y no me chapes.

En mi defensa solo diré una cosa, y es que insistí con Leire —mandándole mensajes, llamándola— hasta que me di cuenta de que romper había sido lo mejor. La estaba presionando para que volviera conmigo por las razones equivocadas. Ahora puedo mirar atrás y decirte lo que estaba pasando en realidad, pero en el momento, al ver de pronto que mi novia se quería largar porque, por lo visto, lo mío con Maday era muy obvio, no podía pensar con claridad. Estaba histérico, aterrado, y pensaba que el mundo se me venía encima. Creí estar en un callejón sin salida, y me dio pánico verme en la obligación de aceptar que Maday sería mi principio y mi final. Siempre he necesitado saber qué va a ser de mí para estar en paz, y Maday era una incógnita en sí misma. Un misterio irresoluble.

Tuvieron que pasar unos cuantos días para que el ánimo se me estabilizara y pudiera entender por fin qué fue lo que ocurrió, por

qué actué como actué. Esos fueron los días en los que me di cuenta de que necesitaba hablar con Maday y ponerle cierre al asunto de Leire, o de eso me convencí, porque lo que yo buscaba al subir a su habitación después de saludar a la abuela Lupe no era ni mucho menos una disculpa.

—Un besito como mínimo sí, ¿no? —se mofa Thiago—. Por las molestias, aunque fuera.

Me la encontré tumbada en la cama, leyendo uno de esos libros de fantasía romántica que tanto le han gustado siempre —aunque lo justo sería decir que le encanta leer de todo—, con el vestido de andar por casa que tenía desde los dieciséis años y unas gafas de vista. Me chocó que de pronto llevara gafas, y de repente fui tan consciente de que me había perdido años y años de estar con ella por su jodida culpa que se me olvidó que había llegado allí en son de paz.

—¿A qué estás esperando? —le ladré.

Maday se sobresaltó al escucharme. Dejó el libro a un lado, sorprendida por mi visita y también contemplándome con cierta aprensión, como si supiera que yo era un volcán a punto de erupcionar. Se quitó las gafas y se levantó con buena disposición a tener la conversación que le había estado negando desde la huida de Leire.

—Si te refieres a la disculpa que te debo… —empezó con paciencia—, tienes razón, debería haber pasado por tu casa y haberte pedido perdón por haberme metido entre Leire y tú, pero no era mi intención que pasara esto. Ya te dije que yo solo pretendía…

—No me refiero a las disculpas, porque de nada me sirven —la corté con sequedad. Me acerqué a ella con todo el cuerpo en tensión. Una parte de mí no podía creerse que estuviéramos allí de nuevo, como cuando encontré la lista de razones que nos metió en un lío. Sentía que iba a explotar de emoción al pensar que podría abrazarla en ese momento, incluso si una parte de mí prefería sacudirla—. Me refiero a qué coño esperas para venir a decirme lo que le dijiste a Leire con tanta naturalidad.

—No sé de qué…

Se calló en cuanto la tomé de la barbilla y la acerqué a mí. Estiré

los dedos para abarcar sus mejillas y le rocé los labios entreabiertos con el pulgar.

—¿No se supone que me quieres? —pregunté en voz baja—. ¿Que me quieres y me querrás siempre, incondicionalmente? ¿Por qué se lo dices a todo el mundo menos a mí?

Ella rodeó mi muñeca con la mano, turbada pero al mismo tiempo hipnotizada.

—No se lo he dicho a nadie —musitó—, solo a quien me ha preguntado.

—¿Es que yo no te he preguntado lo suficiente qué sientes?, ¿qué quieres?, ¿qué te pasa? ¿Qué mal ves en mí que nunca me dices la verdad…? Si es que es verdad lo que le contaste a Leire y no era solo una manera de romper mi relación, claro.

—Yo no quería romper tu relación…

—Pero lo has hecho —la interrumpí otra vez, deslizando la mano por su cuello. Acaricié el centro de su garganta presionando con el pulgar. Ella me miraba con la respiración contenida. Seguro que yo tampoco tomé aliento en todo ese rato—. Y ahora te toca responsabilizarte.

—Airam, no es mi culpa que Leire no confiara en ti o que se sintiera amenazada por mí. Yo no le dije que tú me quisieras; yo solo le dije que una vez, hace mucho tiempo… —La voz se le apagó.

—Claro que es tu culpa. Es tu culpa porque, si no existieras, mi novia nunca me habría dejado —planteé con simplicidad, y hasta yo me maravillé dentro de lo que cabía por lo obvia que era la solución al problema—. Si no existieras, yo habría podido querer a mi novia sin reservas, sin sentir que la estoy traicionando al hacerle hueco en una vida que nunca voy a compartir del todo con ella, porque siempre habría un espacio para ti; si no existieras, todo lo que hago dejaría de ser una forma burda de entretenimiento, una manera de matar el rato hasta poder volver contigo. El problema de todo eres tú. Y por más pequeña que seas… o por más escondida que te tenga… —musité, ahuecando su rostro entre mis manos—, todo el mundo te ve cuando me mira.

—Airam… —jadeó con la garganta atorada.

Suelo ser bastante más aleganchín[39], ya me conoces, pero llevaba años esperando ese beso y no lo demoré ni un segundo más. Me subió una oleada de calor desde el estómago y creo que me puse

colorado hasta las puntas de las orejas, y recuerdo que me latía todo el cuerpo, como si hubiera enfermado de golpe; pero no, así se sentía el subidón de adrenalina, así era como reaccionaba yo después de tomar por fin lo que quería.

Ella me rodeó por los hombros con timidez, temblorosa, y respondió a mis besos con casi más desesperación que yo. Por lo visto, solo necesitaba entrar en contacto con sus labios y estrecharla contra mi cuerpo para que la verdad saliera a borbotones, para que viera la luz al fin y encontrara el valor para decir lo que no había podido aceptar: que mi vida había sido un sinsentido y una miseria sin ella, que la había echado tanto de menos que a veces me parecía verla caminando por Madrid, incluso si nadie se le parecía en lo más remoto, que llevaba todo el verano queriendo besar sus rizos calentados por el sol, o su pelo lleno de sal después de surfear, o los lunares que tiene en los brazos, y todo lo que hay entre su coronilla y sus dedos de los pies. La besaba en un estado de enajenación tal que debería habérseme perdonado todo lo que salió de mi boca, porque no estaba en mis cabales, y tampoco quería estarlo. Me había vuelto un demente, y a mucha honra.

Fue ella la que, conforme yo más me declaraba, más se iba retrayendo, más intentaba detenerme, más reacia se mostraba a corresponderme… Hasta que me apartó poniéndome las manos en el pecho, y yo pude ver que estaba llorando.

—Airam, no sé qué te propones con esto, pero… te aseguro que no he intervenido entre Leire y tú porque quiera… o más bien porque esté dispuesta a… —Tuvo que hacer una pausa para respirar hondo. Le temblaba la mano cuando puso el brazo entre los dos, para así mantener la distancia—. Lo siento por lo que ha pasado, pero no puedo hacer más por ti.

Me quedé frío después de escucharla. No tanto por lo que había dicho, porque no había forma de descifrar lo que pretendía expresar y a mí me costaba prestar atención, sino por la manera, por su semblante, porque me miraba llena de remordimientos.

—¿Cómo? —Se me escapó una risita histérica—. ¿Qué quieres decir? ¿Por qué coño te meterías entre mi novia y yo para nada? ¿De verdad esperabas que yo… me quedara callado? ¿Que ignorase lo que le dijiste?

—Se suponía que estabas furioso conmigo, se suponía que me

odiabas y que habías perdido… Que no tenías esperanza ni intención de…

—Ah, ya veo. Te gusta que te quieran, pero sin hacer nada al respecto, ¿no? Te gusta tener a un pavo desesperanzado y doliente lloriqueando por ti, ¿verdad? Es eso. Te van más las historias de amor imposible. —Señalé el libro que descansaba sobre la cama con un gesto desdeñoso.

—No es que me vaya más, es que… De cualquier manera, este no es el momento. Acabas de romper con Leire, no sé si me has buscado por despecho, todavía está muy reciente la relación por la que has pasado y esto solo puede traerte problemas, y… y yo estoy en un proceso de… Estoy buscándome la vida por mi lado, solucionando mis… mis cosas.

—¿Qué… qué se supone que significa eso? —jadeé, pasmado—. ¿Que yo soy un problema?

—¡No! No, eres… eres una distracción, y no estoy…

—Preparada, ¿no? —completé con voz hueca—. No estás preparada, para variar. Esa va a ser tu excusa una vez más. ¿Por qué no puedes simplemente decir que no me quieres, Maday? ¿Por qué no puedes decirme con claridad que solo soy tu maldito amigo, o ni eso?

—¡Porque claro que te quiero! Pero no puedes ser lo único que me importe en esta vida, lo único por lo que me levante cada mañana, ¿entiendes?

—No, no entiendo una mierda de lo que estás hablando.

Maday hizo una pausa para respirar hondo.

—He pasado todos estos años como si fuera el personaje secundario de mi propia vida, Airam, y más allá de que tuviera problemas y me pasaran… desgracias, como a todo el mundo, siempre he sabido que todo se desmoronó en gran parte porque te fuiste de la isla. No me importaría volver a convertirte en el centro de mi vida si tuviera otras cosas a las que aferrarme, pero todavía tengo que conocerme, y encontrarme, y… Tú tienes tu carrera, tus amigos, tus *hobbies*, a tu familia entera, pero yo a veces siento que no tengo nada, y quiero descubrir qué es lo que podría ayudarme a ser yo misma.

—¿Y eso no lo puedes hacer conmigo? ¿Qué te crees, que yo te voy a frenar? ¿Que te voy a poner impedimentos? —Estaba tan

desesperado que la habría sacudido.

—Serías un impedimento, créeme. Hay cosas que tengo que superar antes, y estando contigo desde ya, con todos los esfuerzos y sacrificios que supone, no conseguiría avanzar. Me volvería obsesiva, y viviría… ansiosa, y no cumpliría ni mis expectativas ni las tuyas…

—Si lo dices por tus inseguridades, no es nada de lo que no me haya hecho cargo antes.

—No es eso, es… es… Airam, lo que pasa es que…

Era consciente de que me estaba arrastrando como un pobre hombre, pero en ese momento no me importaba un carajo. De hecho, estaba tan consumido por la obligación de hacerle ver que saldría bien, que estaría allí, estaba tan obcecado en convencerla, que no la estaba escuchando; no oía lo que me quería decir y que tanto le costaba, y que yo habría comprendido al vuelo si me hubiera tomado la molestia de ver más allá de mi culo. Necesitaba que yo comprendiera que el amor y los hombres le veníamos grandes, y que había situaciones en la vida que lograban perjudicar incluso el sentimiento más puro. Ese sentimiento puro que ella tenía por mí no había muerto ni estaba desaparecido, pero una fuerza mayor lo había enterrado, y por más que quisiera asomar la cabeza, había algo más fuerte y poderoso saboteándolo.

Si tan solo no me hubiera dejado cegar por mi propia necesidad, por mi anhelo de estar con ella a toda costa, llegando a pasar por encima de su bienestar, la habría entendido y habría esperado, o le habría propuesto algo diferente. Pero no lo hice. No la escuché. Me enfurecí como nunca antes, en parte porque venía con materia prima de sobra para encender el fuego. La rabia se sumó a la incertidumbre de los años, a la desesperación, a la pena y a todo eso que ella había provocado con su desdén, y decidí que se había acabado.

Allí, en ese momento, Maday Arencibia ya no existía para mí.

—Si alguna vez miras atrás o me echas de menos —le dije antes de largarme, procurando que la garganta apretada no me impidiera hablarle con claridad—, espero que tengas la certeza de que fuiste tú quien provocó todo esto, y que no recibiste nada más que lo que merecías.

A LA TERCERA...
¿SERÉ YO EL VENCIDO?

Capítulo 17

21/07/2022

El día que Maday me puso en mi sitio

—Strike two. —Comenta Thiago, recogiendo las piernas en el sofá. Se recuesta con la mirada fija en el cigarrillo que se está liando—. Nos queda la mítica tercera oportunidad para el home run.
—¿Por qué estás tan seguro de que esta historia acaba con un éxito?
—No estoy seguro, pero lo espero con ilusión. Por más que me moleste, porque Leire es amiga mía y sé que volvería contigo si se lo pidieras, y perdóname por la cursilería que voy a decir, Maday te ilumina la cara como ninguna otra tía. No sería justo que acabara mal. Así que venga, cuéntame qué pasó en el crucero, que también andaba yo muy ocupado entonces como para saber tu historia de primera mano.

Ya te figurarás cómo fue para mí el año que siguió. Peleado contigo por lo que le hiciste a Dácil y sin Leire a mi lado, sentí que era poco lo que tenía que hacer en Madrid y solicité que trasladaran mi expediente a la Universidad de Gran Canaria para empezar de cero.
Y lo hice.
Conocía de antes a algunos estudiantes de mi carrera porque estaban en mi clase en el instituto, y además contaba con un fleje de buenos amigos en la isla que se fueron para allá para matricularse en grados que no estaban disponibles en la ULL. Aun así, vagué sin rumbo durante todo el curso y me concentré en estudiar en exclusiva, que es lo único que ha bloqueado mis pensamientos intrusivos desde que tengo uso de razón. Decidí que

el romance ya no tenía cabida en mi vida, que a partir de entonces me adscribiría a la definición de *Amorfoda* de Bad Bunny, y me limité a quedar con pibas por Tinder para rascarme cada vez que me picara. Aunque procuraba en todo momento no volverme loco ni ser un capullo, me temo que no siempre lo conseguí y acabé haciéndole daño a más de una, pero no estaba por la labor de responsabilizarme. El dolor nos vuelve unos tarados y unos inconscientes, en el mejor de los casos. En el peor, nos convertimos en personas de mierda.

Tenía la sensación de que me había quedado solo en el mundo, y no me equivocaba. Tú no estabas, Leire no estaba, Maday no estaba, mi hermana tenía el corazón roto —no se podía contar con ella, aunque jamás la habría atormentado con mis rayadas—, y yo en mi familia jamás he podido apoyarme; más bien eran ellos los que se apoyaban en mí hasta que me fui a Madrid y pude distanciarme lo suficiente como para que la relación de dependencia se fuera templando.

Sí, estudiar y regocijarme en resultados tan cojonudos como los que obtenía en los finales me salvaba el cuatrimestre y me alegraba el día. Pero llegaba un momento en el que no había más temario con el que ocupar el coco y tocaba enfrentarme al temible momento de irme a la cama, o de comer, o de meterme en la ducha, o de hacer un simple trayecto a pie, y no me quedaba otro remedio que vérmelas con mis pensamientos, que tendían a virar a lo que había pasado. Y lo que había pasado era lo siguiente: había confiado en el capullo de Thiago, lo había metido en mi casa, le había abierto las puertas de mi vida, y se había tomado la libertad de jugar con la persona que para mí ha sido siempre la más querida a sabiendas de que lo era. Había estado riéndose en mi cara y en la de Dácil…

—Eso no es así, venga ya, Airam.
—Ya, ya. Solo te estoy contando lo que sentía entonces. Y, de todos modos, un poco así sí que fue.
—Si quieres tener esa conversación ahora…
—No, ahora no. Ahora voy a acabar con lo de Maday.

Lo que había pasado, además, era que había sacrificado mi relación de cinco años con una piba que era un puntal y con la que estaba bien, satisfecho, por un salto al vacío, porque Maday no dio

a entender en ningún momento que estuviera dispuesta a tomarme en brazos antes de que me enriscara[40]. Tal vez no se perciba así porque Leire me dejó antes de que se me ocurriera ir a casa de Maday y declararme como quien confiesa sus pecados, pero el caso es que Leire hizo lo correcto gracias a su clarividencia; sabía que Maday era una espada de Damocles sobre nuestras cabezas. Lo mío con ella sucedería tarde o temprano, de modo que se borró del mapa antes de salir perjudicada.

No podía reprochárselo, aunque en mis horas bajas estaba tan lleno de recriminaciones para todo el mundo, empezando por mí, que a Leire también le daba para el pelo.

Esa es la parte crucial de este lado oscuro de la historia: que estaba resentido, y eso me llevaba a tomar las peores decisiones.

—¿Cómo irte a trabajar a un crucero? —se mofa Thiago.

—Esa idea no era mala en sí misma. Un chaval necesita parné para sus caprichitos.

—Venga, no me irás a decir que no sabías que Maday estaría allí. Lleva trabajando en los cruceros de las islas desde que tenía dieciocho años.

—Hay un millón de cruceros. Maday solo trabaja con una empresa concreta.

—¿Y no te sabías el nombre de la empresa? A otro perro con ese hueso, crac.

—De acuerdo… —Suspiro—. Sabía que ella estaría allí.

—Y todavía tuviste el valor de armarle el pollo a Dácil… Vaya tela.

—Se lo armé con razón, porque ella me sugirió lo de trabajar allí, en las cocinas, para más señas, con el objetivo de acercarme a Maday, el que parecía su mayor deseo desde que nos peleamos el verano anterior. La castigué por conspirar a mis espaldas.

—Te gusta mucho a ti castigar a tu hermana mediante la manipulación.

—Mejor no digo cómo te gusta a ti castigarla, bobomierda, que no te creas que se me ha olvidado.

Me figuraba que Maday estaría allí, sí, pero te aseguro que no me importaba un carajo. La primera vez que me rechazó, lo hizo de una forma inexplicable y repentina, dejándome desequilibrado,

dudando de mí mismo y con grandes interrogantes pendientes de respuesta. Por eso me tuvo colgado durante años, más apegado a la incertidumbre que a la rabia, porque puedo superar un «no», pero los «no lo sé» se me atragantan.

En esta ocasión posterior no fue así. La segunda vez que me rompió el corazón, lo hizo con todas las letras, con una explicación que yo me negué a interiorizar como justa. Y no hubo luto. Solo odio.

Yo a Maday la he odiado, y es ridículo decir lo contrario.

Distinto es que se pueda odiar y querer a la vez.

Así que sí, sabía que estaría allí, pero me era indiferente porque no era como si hubiéramos pasado el año entero sin vernos y fuera a toparme con su carita redonda de golpe y porrazo. Al estudiar en Gran Canaria, solía volver a Tenerife cada dos fines de semana, y era imposible no encontrármela. Sobre todo cuando Dácil se esforzaba cuanto podía para arrojármela a la jeta con la esperanza de que la perdonara.

Había aprendido a cruzarme con ella cada vez que sacaba la basura, o cuando salía a coger el coche, o las veces en que me quedaba un rato charlando con su abuela, que no tenía culpa de nada y seguía queriéndome con locura. Nos veíamos porque frecuentábamos los mismos espacios y porque se metía en mi casa para compartir secretitos con mi hermana en su sótano de marras, que se convirtió en terreno minado para mí. Exageré mi indignación cuando Dácil dio a conocer sus intenciones porque cualquier excusa me servía para desahogar la rabia que tenía dentro, y porque, la verdad sea dicha, aún no me había acostumbrado a toparme con Maday en cada esquina y me encolerizaba pensar en compartir oxígeno con ella… Pero sí, lo sabía.

Muy a mi pesar.

—¿Y Maday? ¿Cómo se sentía al respecto? Tuvo que ser un choque para ella verte aparecer de pronto en su territorio.

No lo sé porque no se lo pregunté. Ahora bien, los meses anteriores al crucero, su actitud fue la de un pobre perrito apaleado. Siempre que coincidíamos, ella me saludaba con un hilo de voz y me lanzaba una de esas miradas esperanzadas que sugerían que, en cuanto yo le tendiera la mano, ella la cogería sin reservas. Y el

hecho de que Dácil me insistiera tanto en que arreglara mis problemas con su querida vecina era bastante indicativo de los deseos de Maday, que no eran otros que volver a ser amigos.

Pero yo ya no quería ser su colega. No quería ser nada para ella. La culpaba de todo lo malo que me había pasado en la vida desde que me rechazó, ahora siete años atrás. Era el vivo recordatorio de mi fracaso, de lo ingenuo que había sido. Procuraba no hacérselo saber por qué sospechaba que el día que me atreviera a gritar lo que pensaba, el estallido sería tan brutal que moriríamos los dos, pero tampoco me esforzaba por hacerle más llevadero el día a día.

De hecho, me ocupé de que no coincidiéramos demasiado.

Ella trabajaba en la cocina del barco. Era la mandamás allí abajo. Se encargaba de orientar y dirigir a los cocineros y a los camareros. Junto con otro tipo de cincuenta tacos que escurría el bulto si podía y le encasquetaba sus responsabilidades, era lo equivalente a una jefa de cocina y a una encargada de restaurante. Yo tendría que hablar con Maday por narices, aunque fuera para que me diera directrices. Y ya te digo que las directrices las necesitaba, porque siempre he sido torpe de cojones y carecía de experiencia en el sector.

Ya ves que tío Jaime me enchufó porque el crucero lo organizaba una empresa con la que mantiene relaciones comerciales.

—Qué bien nos viene el nepotismo para según qué cosas, ¿eh?

A los futuros camareros nos bajaron a la cocina para que el encargado —en este caso, ella— nos diera algunas recomendaciones sobre el trabajo y nos dijera qué zona cubriríamos durante el primer día.

Creo que no la miré a la cara en ningún momento, y Maday se tuvo que dar cuenta, porque después de haberse asegurado de que cada uno marchaba obedientemente a su puesto, salió en mi busca y aprovechó que estábamos en cubierta, en la piscina a rebosar de pasajeros, para dirigirme la palabra.

Sabía que, en público, yo no haría ningún movimiento brusco ni me pondría tonto.

En privado, ya lo veríamos.

—Creo que no has estado muy pendiente de lo que he dicho

—comentó, deteniéndose a mi lado con los brazos en jarras.

—Lo suficiente para saber que me toca servir esta tarde y esta noche, durante la fiesta temática de los colores de la bandera canaria —contesté con voz hueca.

Me entretuve rompiendo las bolsas de los hielos y metiéndolas en el congelador de la caseta estilo hawaiano que hacía las veces de bar. Así no tenía que mirarla. Pero claro que la miraba, con el rabillo del ojo.

Para diferenciar su rango superior, Maday no tenía que ponerse el polo de trabajo a no ser que cubriera un puesto de cara al público. Vestía enteramente de negro: una camiseta de algodón de manga corta y unos pantalones largos y ceñidos, como dictaba el protocolo según ella misma solía contarme. No estaba bien visto que los trabajadores lucieran palmito en lugares considerados de alto *standing*.

—¿Necesitas algo? —le pregunté, viendo que no se iba—. ¿No te requieren ahí abajo para los trabajos complejos, o algo así?

—Tengo que vigilar que trabajas en condiciones. Eres el único camarero nuevo y no me consta que hayas realizado los cursos obligatorios o trabajado en el sector con anterioridad.

—No creo que sea tan difícil servir un par de copas. Por eso cogí el empleo, porque no hace falta ser ni muy listo ni muy jeitoso.

—A lo mejor listo no, porque en ese caso lo tendrías muy fácil —me concedió, aunque se notó en su tono de voz que no le había gustado mi comentario—, pero algo de maña sí que hay que demostrar. ¿Por qué no has hecho los cursos de preparación?

—Porque me he metido aquí en el último momento —repliqué sin mirarla aún, concentrado en vaciar en las neveras el millón de bolsas de hielo.

—Ya veo, ya. —Me giré para asegurarme de que había respondido con retintín—. ¿Te has estudiado la carta? ¿Sabes preparar los cócteles? Que hoy te haya tocado servir no quiere decir que no vayas a vértelas detrás de la barra, y aunque este sea un crucero al alcance del bolsillo de todo el mundo, no solo se ponen *gin tonics*; hay cócteles clásicos que requieren cierto manejo. —Estiró el brazo hacia la carta expuesta en la barra, le dio un toquecito con los nudillos y la señaló con la cabeza—. No quiero que vengan a quejarse de que al daiquiri le han puesto ron cubano

en lugar de ron blanco.

Empezaba a molestarme que se pusiera tiquismiquis y la encaré para sonreírle con frialdad.

—Repasaré los ingredientes y los haré sobre la marcha. No tienes de lo que preocuparte, jefa.

Maday se cruzó de brazos y me sostuvo la mirada.

—Hazme uno sobre la marcha, como dices, a ver qué tal se te da. Prepara un *sex on the beach* ahora mismo. Tienes ahí los ingredientes. Sorpréndeme con tu don de barman.

—¿Me estás vacilando?

—En absoluto. Quiero que todo vaya sobre ruedas, porque, por si no te has dado cuenta, este es mi trabajo y tengo que bordarlo para que me llamen el año que viene. Soy responsable de lo que hagas, y no me van a echar de mi curro de verano, que es el único que me permite ahorrar, porque hayan metido a un canchanchan por enchufe.

—Cojones —se ríe Thiago—, ¿no se supone que Maday quería volver a ser tu amiga? Que no la juzgo por reaccionar así, ojo, estabas siendo bastante imbécil, pero…

—Por lo visto, si le tocas el trabajo, se pone hecha una fiera.

Decidí que cabreándome estaría dándole razones para pensar que todavía me importaba. Me limité a lanzarle una mirada desafiante, solté los hielos y cogí la carta para leer lo que contenía. Como no lo ponía, carraspeé y busqué en internet la receta más sencilla. Y lo era: vodka, licor de melocotón, zumo de naranja y zumo de arándanos.

—Además de amables con todos sus clientes, incluso los que en circunstancias normales son sus jefes, los camareros deben ser rápidos a la hora de elaborar y servir las comandas —comentó Maday como quien no quería la cosa, tomando asiento en el taburete frente a la barra. Ignoré la pullita y me di prisa buscando los zumos. Como no los encontraba, acabé preguntándole dónde coño estaban—. Es primera hora de la mañana y todavía no hemos puesto en funcionamiento el bar. Tienes que preparar los zumos tú.

—No me digas que no sabes hacer zumo, tío.

—Como si tú fueras un monstruo en la cocina, no te jode.

De todos modos, no era tan difícil exprimir unas naranjas que encontré a mano y meter los arándanos en la batidora. Eché las cantidades que decía la página web, sin fijarme en el método de preparación, vertí el licor de melocotón y el vodka, lo serví en un vaso largo con una pajita de metal y se lo entregué, triunfante.

Maday ni siquiera lo probó.

—El zumo de naranja hay que colarlo antes de servirlo. A no todo el mundo le gusta la pulpa. Para hacer juguito de arándanos, no basta con licuarlos: se añaden con un vaso de agua y con medio limón para evitar que se oxide y mañana esté malo si ha sobrado. Y lo que menos se echa es vodka. Esto último deberías saberlo dado que llevas toda la vida quejándote de que los cubatas apenas tienen dos dedos de alcohol puro, y eso cuando el hielo ya está dentro. Para el cliente es una jodienda, pero así es como rentabilizamos las copas, escamoteando el ingrediente más caro.

Sabía que tenía razón, pero aun así me cabreé. Cambié el peso de pierna y procuré parecer indiferente al preguntar:

—¿Me estás dando la tabarra por alguna razón en particular?

—Como ya te he dicho antes, no es nada personal, Airam. No haber hecho el curso es motivo sobrado de despido, pero como no te puedo echar o, de lo contrario, me metería en un problema con la organización, no me queda otro remedio que enseñarte. Lamento que las cosas se hayan dado así. —Y sonó sincera al decirlo—. Me puedo imaginar que preferirías evitarme en la medida de lo posible.

—Si quisiera evitarte, no me habría metido a trabajar aquí.

—Me sorprende que lo hayas hecho, para serte sincera. No solo soy yo la encargada, una persona a la que llevas desde el verano pasado procurando no mirar a la cara, sino que además el empleo en cuestión está relacionado con la hostelería, un sector que siempre te ha parecido despreciable.

Eso último lo dijo con tanta normalidad que me quedé pasmado.

—No me parece despreciable. —Me defendí, molesto con la acusación.

¿A qué venía eso? ¿Por qué era ella la que me estaba llamando la atención? ¡Debía ser yo quien la acusara de todos los errores que había cometido, que no eran pocos!

¡Ni perdonables, ya puestos!

—Solo apto para idiotas y torpes, ¿no? —completó ella, todavía

inexpresiva—. No es la primera vez que insinúas que los listos y los que se quieren a sí mismos deberían estudiar, Airam. Solo procura no hacer ese tipo de comentarios delante de tus compañeros, o te vas a topar con un entorno laboral difícil. A la gente no le gusta que la llamen inútil ni conformista, o que la traten como si fueran unos pobrecitos.

Sonaba muy dura, sobre todo ahora que lo cuento así, pero me miraba a los ojos con franqueza, y aunque no levantaba la voz en absoluto, la proyectaba con la autoridad de su cargo y con la certeza de estar siendo justa. Ni siquiera detecté un fondo de rabia en su expresión. Era como si llevara toda la vida sabiendo que yo era un clasista y un arrogante y no le sorprendiera que hubiera hecho gala de ello. Fue en ese momento cuando caí en la cuenta de que no había conocido a Maday en su entorno laboral, y debía reconocer que parecía otra persona.

Aunque lo justo sería decir que parecía otra persona en general. Tenía el pelo más largo que nunca, estaba pálida como un fantasma y parecía demacrada, y no solo porque hubiera perdido de golpe los kilos que llevaban toda la vida torturándola, situándose en el infrapeso, sino porque era evidente que lo había perdido de forma abrupta e insana. Percibía en ella la debilidad de un enfermo: ojeras profundas, movimientos ralentizados, constante necesidad de sentarse…

—Ya te ha salido el médico que llevas dentro.

—¿Es que tú no la viste?

—Sí, claro que la vi. Y pensé lo mismo que has dicho ahora, que estaba hecha polvo.

—Te agradezco los consejos, pero ya verás que no los voy a necesitar —le espeté, harto de que se creyera en el derecho de cantarme las cuarenta—. Un error de principiante lo comete cualquiera. En dos días estaré haciendo los mejores cócteles del mundo.

—Me gusta tu espíritu. Que siga así.

Se levantó del taburete con la intención de pirarse, pero me jodió el comentario. «Que siga así», como si fuera mi profesora y por fin estuviera remontando de los suficientes a los notables; como si tuviera que hacerla sentir orgullosa.

—No es preciso que remarques en todo momento que eres mi jefa. —Le gruñí antes de pensarlo.

Maday se giró para mirarme con una ceja enarcada.

—No era mi intención remarcarlo, pero ya me imagino que para ti es muy duro tener que responder ante mí. Es la primera vez que yo estoy en mi elemento y tú te sientes como pez fuera del agua, ¿no?

—¿Qué dices?

—Generalmente era a la inversa. Yo te escuchaba hablar de tu carrera y de los profesores, te veía estudiar y asistía a tus graduaciones, y tú te limitabas a triunfar. Ahora eres tú el que está en inferioridad de condiciones.

—¿Y tú eres la que triunfa? Espero que no estés insinuando eso, porque trabajar en una mierda de crucero no es un sinónimo de éxito.

—Hostia, tío… Qué cabrón.

Ella me lanzó una mirada vacía sin moverse del sitio.

Maday no es como Dácil. Cuando se siente insultada, no contraataca hasta dejarte sin fuerzas o sin armas, sino que permanece en silencio hasta que escuchas el eco de tu propia voz y tú solito caes en la cuenta de que lo que acabas de decir es una jediondada como la copa de un pino. Yo no necesité que me aguantara la mirada para darme cuenta de que la había cagado, pero los sentimientos de Maday me eran tan indiferentes en ese momento que no me preocupé por cómo se hubiera tomado mi comentario. Ni siquiera me importó que confirmara que, en efecto, a veces soy un zarandajo [41] clasista y arrogante.

—Alberto estará detrás de la barra hoy —concluyó con serenidad—. Solo tienes que procurar ser amable con la gente, hacer rondas cada cuarenta y cinco minutos para preguntar si puedes servir algo más y recoger los vasos y los platos vacíos, ser rápido durante el servicio y procurar que nadie se vaya sin pagar. Los que no llevan la pulsera vip no tienen incluidas las bebidas en su pasaje.

—Ya lo sé —mascullé, al límite de mi paciencia.

—Por si acaso. Mi trabajo es recordártelo —aclaró, y se marchó a las cocinas sin dirigirme una última mirada.

Reconozco que tampoco me la merecía. No solo la acababa de insultar; además, había expuesto a las claras mi poco halagadora opinión sobre el trabajo que había desarrollado toda la vida. Era un desdén que viajaba en el tiempo para contaminar todas las veces que Maday me había mencionado su experiencia laboral. Pero te puedo asegurar que me fue indiferente, entre otras cosas porque ella también había manchado los recuerdos que teníamos. Además, me sentía tan vacío y desamparado en ese barco que nada de lo que sucediera a mi alrededor tenía la menor importancia.

Yo había ido allí a trabajar y nada más.

Pero al final, lo que menos hice fue justamente eso.

Capítulo 18

23/07/2022

El día que una sopa significó que Airam me quería

—No sé si quiero oír cómo mi hermano te hace feos constantemente. Ya hemos llegado a la parte del crucero, ¿no?
—Dácil tuerce el gesto—. Chiquito cabrón fue…
—No te creas, ¿eh? Tuvo sus momentos de ternura.
—Pues pásate a esos ya, porque no creo que pueda soportar un relato de sus machangadas sin cabrearme y acabar mandándole un mensaje amenazador.

Feos hubo. Bastantes, a decir verdad. Parecía que se hubiera propuesto hacerme sufrir, y de hecho era bastante sospechoso que se hubiera aficionado a canturrear *Llorarás* de Dimensión Latina cuando le tocaba el cierre y se entretenía limpiando. Pero bueno, como sus desdenes no tienen demasiado que ver con el asunto que nos ocupa, te los comentaré por encima e iremos a la parte en la que se percibe un mínimo progreso.

Lo primero que tienes que saber para resumir el periodo de «entreguerras», que fue el año que pasamos apenas mirándonos de soslayo y sin dirigirme la palabra, es que no me arrepentí de rechazar su… confesión por los motivos que tú crees. Si hubiera aceptado, la relación se habría dado tal y como te describí aquella noche que hablamos en el camarote: yo no me habría sentido segura, ni cómoda, ni feliz, porque la inquietud y el miedo seguían dentro de mí y eso era algo que ni siquiera Airam o el amor más puro del mundo podrían haber borrado con su ternura y su paciencia.

Que no me arrepintiera marcó desde el principio mi manera de dirigirme a él. Es verdad que he estado sufriendo como una jabata durante los meses que siguieron a la ruptura de Airam y Leire, y es

verdad que me dolía en el alma que levantara una barrera entre los dos, pero por primera vez en mi vida estaba segura de que hice lo correcto. Lo que me torturaba era que lo había hecho a costa de perderlo para siempre, porque no te quepa la menor duda de que yo llegué a pensarlo: estaba convencida de que Airam no volvería a acercarse a mí por voluntad propia.

Cuando abandonas toda esperanza, tu actitud muta. Pasas de ser una persona triste y ansiosa a convertirte en una persona resignada, aunque no en paz contigo misma. La ansiedad se había adueñado de mi vida, y, como resultado, me costaba tanto llevarme la comida a la boca que ya me ves; perdí tanto peso que no parezco ni yo. Pero no había nada que yo pudiera hacer al respecto, porque Airam no quería escucharme, y lo mejor que podía hacer por él era mantenerme al margen. Así que limitaba nuestros contactos a lo estrictamente laboral, que mucho me temo que debía darse con frecuencia porque tu hermano no destaca por su destreza psicomotriz y no paraba de pifiarla cuando le tocaba servir.

—Todavía estoy intentando averiguar en qué pensaba tío Jaime cuando le dio ese curro. Yo por lo menos iba a trabajar de lo mío, pero ¿Airam? Más les habría convenido tenerlo de médico de guardia.

—Justo de sus habilidades médicas quería hablarte.

Airam me ignoraba salvo cuando le tocaba responder ante mí en cocina. Si podía evitarlo, no me miraba a los ojos, pero su tono al dirigirse a mí era correcto, incluso más severo de la cuenta. El rencor estaba dentro de él, lo sé porque me lo conozco, pero se habían impuesto la indiferencia y la resignación, y lograba disimularlo en beneficio de una convivencia que le permitiera darme a entender que ya no significaba nada para él.

Hasta el segundo día de nuestra parada en Gran Canaria.

Me acuerdo de que esa noche se celebraba el maratón de películas en el salón de fiestas, pero fue esa tarde cuando creo que llegué a mi tope.

Como apenas había gente en el barco —la inmensa mayoría de los pasajeros andaban haciendo turismo en la isla desde el día anterior—, me permití salir de las cocinas y dejarle la responsabilidad a Paulo, el otro encargado, para supervisar que la

zona más concurrida estaba bien atendida. Los invitados se congregaban sobre todo en la piscina descubierta, donde se encontraba también la zona de bar…

—Lo sé, Maday. —Dácil suspira cansinamente—. Estaba allí. No hace falta que me lo describas.

Bueno, pues ese día le tocaba a tu hermano servir y estaba agobiado porque uno de los camareros se había puesto enfermo. Podría haberle ayudado cualquier otro empleado, pero yo era la que tenía más experiencia en el sector y lo cierto es que una parte de mí quería hacerse visible ante él. Ignoré las señales de mi cuerpo, que me estaba pidiendo que aprovechara para acostarme porque no es sano pasarse catorce horas seguidas currando sin llevarse nada a la boca, me armé con una bandeja y di una vueltecita por las mesas. Ya que estaba, observaba a Airam, al que no había tenido la oportunidad de ver cómo se desenvolvía en el trabajo desde que intentara hacerme un lamentable cóctel para demostrar su destreza. Algunos de los camareros que sí me dirigían la palabra me habían mencionado que, aunque se había mostrado torpe al principio, le iba cogiendo el tranquillo, y yo me fie de lo que me decían para no estar encima de él.

Su ego no habría podido soportarlo.

—Ni que lo digas. Tiene que ser siempre la persona más perfecta de la habitación.

—¿De la habitación? Del mundo entero, diría yo.

—Si has venido a echarme una mano porque Fran se ha puesto enfermo, no lo necesito —me dijo en cuanto coincidimos junto a la barra, de donde cada uno iba a coger un puñado de cócteles de colores—. Puedo apañármelas solo.

—Lo dudo bastante. La mesa cinco lleva un buen rato esperando la cuenta, y en la tres deberías haber retirado los vasos hace diez minutos como mínimo.

Airam me lanzó una mirada saturnina.

—¿Por qué no lo has hecho tú, si es verdad que has venido a colaborar? ¿Vas a admitir ahora que lo que pretendes es vigilarme para ver cómo lo hago? Porque no es como si no hubiera más gente

para cubrir este puesto. La que no debería hacerlo eres tú, que para eso eres la jefa.

—A diferencia de ti, a mí no me importa trabajar por debajo de mi cualificación —respondí sin ánimo de ofender, tan solo señalando una evidencia.

—¿Qué cualificación? —se burló.

Puse los ojos en blanco, porque gritarle o abofetearle no habría estado bien visto ante los clientes, y cogí mi bandeja y la suya a la vez. Me encaminé con agilidad a las mesas y empecé a servir con una amplia sonrisa que los ocupantes de ambas mesas me devolvieron en mayor o menor medida, y todo esto ante la cara de pasmo de Airam, a quien debía extrañarle que una persona de mi tamaño pudiera cargar veinte copas sin despeinarse.

Creo que lo interpretó como un desafío (bueno, se lo toma casi todo como un desafío, ya lo conoces) porque intentó hacer lo mismo y lo único que consiguió fue estar a punto de tirar al suelo una bandeja entera con cuencos de frutos secos y chucherías y un par de cubatas.

No se lo tomó tan mal. Compensó la torpeza desplegando su encanto natural en las mesas en las que solo había chicas o bien estas eran el grupo mayoritario, donde pude comprobar que se quedaba pululando más tiempo del que le correspondía.

—Ya veo que se te da muy bien atender a las mujeres. Podrías hacer lo mismo con los hombres, porque no queremos que nos denuncien por discriminación, o que alguna presente una queja porque hay un babas demasiado pendiente de ella —señalé en cuanto volvió a la barra, donde yo me había quedado para ayudar a Raquel a preparar el pedido del grupo de diez chavales jóvenes que habían aparecido de repente. Creo que eran de un viaje de estudios de instituto, pues no debían de tener más de dieciocho años.

—Así nos lo repartimos Fran y yo. Él se encarga de los tíos, que es lo que le gusta y se le da bien, y yo de las pibas, por la misma razón. De esta manera no tenemos que hacernos los majos, nos sale natural. ¿Por qué? —Apoyó los codos en la barra y se inclinó hacia mí sin sonreír ni hacer el amago. Alargó una mano hacia uno de mis rizos y jugueteó con él unos segundos—. ¿Es que te molesta? Debería alegrarte que haya patentado mi propio método de servicio. Demuestra que me tomo en serio el curro.

Le aparté la mano con calma.

—No has patentado nada que no existiera ya, y yo no llamaría «método de servicio» a aprovecharte de tu situación para ligar en horario laboral.

—Si ligar ayuda a vender más copas, ¿no estoy favoreciendo a mi empleador? Además… ninguna se ha quejado, por el momento. ¿Vas a ser tú la primera, que, por si fuera poco, eres la que sale ganando?

Yo estaba empezando a sudar la gota gorda, y no por el esfuerzo, porque trabajar de cara al público me resultaba más sencillo que dar órdenes a diestro y siniestro en la cocina, ir como pollo sin cabeza del almacén a las cámaras frigoríficas y de las cámaras frigoríficas a las freidoras, y así sucesivamente; sudaba porque hacía un calor infernal, vestía de riguroso negro y llevaba más de veinte horas sin comer nada sólido.

—¿En qué mundo salgo ganando si haces que el cliente pague más copas? No nos vamos a llevar un porcentaje por cada consumición que vendamos, Airam. —Me pasé el antebrazo por la frente—. Limítate a cumplir con tu trabajo siendo amable. Y presta más atención a tu equilibrio que a la cara guapa a la que le sirves el daiquiri, que te he visto trastabillar ya tres veces.

—¡Eso, humíllalo! Odio esa parte de Airam que se cree mejor que los demás, te lo juro. Me dan ganas de partirle la cara.

Airam me miró con cierto pasmo.

—La última vez que te vi no eras tan contestona.

—Y sin duda eso te venía de perlas, ¿verdad? Así podías ser todo lo capullo que quisieras sin que nadie te llamara la atención.

Él hizo una mueca y se dio media vuelta con la bandeja cargada para hacer su paseo de la victoria hasta la mesa de las solteras que no dejaban de vitorearlo. Les eché unos treinta y cinco años, pero dudaba bastante que eso fuera a detener a Airam si quería liarse con ellas. Ya me habías contado que se había dedicado a meterse en las bragas de toda la que se moviera desde que lo dejó con Leire, y no siempre chicas de su edad.

—Por lo menos nunca se ha zumbado a una menor. Mi hermano es asqueroso, pero no hasta ese punto.

—Hombre, solo habría faltado.

El caso es que no sé si lo hizo con el fin de ponerme celosa o para molestarme contrariando las órdenes que le había dado como jefa, pero no solo no dejó de revolotear alrededor de las mujeres, cuya edad oscilaba entre los veinte y los ochenta y cinco, sino que pasó más rato todavía halagándolas o charlando con ellas. Y tampoco sé con qué objetivo lo hice yo, si para demostrarle que me importaba un carajo lo que hiciera o para ser quien lo pusiera celoso a él —como si lo creyera posible en ese momento—, pero en vista de que Airam se estaba ocupando de las clientas, yo me dediqué a atender a los clientes.

Un año de terapia —y contando— y trabajar alrededor de hombres demasiado ocupados con sus acompañantes como para molestarte son dos cosas que pueden obrar milagros. Desde que Nuria empezó a tratarme, había mejorado bastante mi relación con el género masculino y me alegraba poder decir que no me costaba entablar una conversación, y que ya ni siquiera respingaba si me tocaban sin permiso, siempre y cuando ese contacto no fuera continuado ni tuviera matices sexuales.

¿Y sabes qué hace milagros también, aunque dé rabia decirlo, aunque me duela darles la razón a todas las mujeres que han pasado por esto? Adelgazar. Yo antes era invisible para la mayoría de los hombres, pero ahora que el nudo en el estómago me impedía comer, como si tuviera dentro un puto balón gástrico, me daba cuenta de que me miraban más, de que se ponían coquetos conmigo, de que me escuchaban con mayor atención. No solo ligaba, sino que me trataban con bastante más amabilidad, como si por estar delgada mereciera otra clase de respeto. Era tan chocante que todavía no me había acostumbrado, y tampoco quería hacerlo porque me ponía a rabiar que el mundo fuera tan superficial.

Los chicos del viaje de estudios demostraron esta teoría dándose codazos cuando me vieron aparecer. Uno de ellos, un morenito con el pelo húmedo y acné, se apoyó en la mesa y me miró con interés. Fue el único que se atrevió a hablarme en voz alta después de que algunos empezaran a cuchichear entre sí.

—Oye, me he estado fijando en ti y me he dado cuenta de que tienes un ojo de cada color —dijo, señalándome la cara con el dedo índice—. ¿Es de nacimiento o llevas una lentilla, como Nathy

Peluso?

Me hizo gracia el comentario y lo interpreté como una observación inofensiva. Lo que era. No me tomaba en serio a los chavales seis años más jóvenes que yo, incluso si la mayoría me doblaba en estatura.

—Es de nacimiento. Uno verde y el otro azul —le confirmé, abrazando la bandeja vacía. Esbocé una sonrisa frágil. Ya sabes que no me gustaba hablar de mi pequeña anomalía porque en el colegio acostumbraban a llamarme «la tuerta», entre otras lindezas—. Creo que el nombre científico de esta curiosidad es heterocromía.

—Me gusta. Te hace diferente —concluyó el chaval, y se recostó en su asiento moviendo la cabeza de forma afirmativa. Me cayó bien porque era justo lo que parecía, una persona abierta y agradable, y eran los caracteres transparentes los que mejor me venían para volver a confiar en el género masculino—. Aunque también te diferencia que no lleves el uniforme de los demás. ¿Lo haces aposta?

—Digamos que he echado el polo a lavar —respondí, reacia a desvelar que en realidad era la encargada del tinglado. No me gustaba aportar ese tipo de detalles por miedo a que se cortaran a la hora de hablar del servicio de *catering*. Con los camareros, la gente es más propensa a quejarse.

—Tú eres de aquí, ¿no? De las islas —intervino otro chico, tan rubio que parecía sueco. Todos tenían acento del norte de España, o quizá de las Castillas—. Te delata la forma de hablar. Me encanta eso de aspirar y de hablar con la ese. Le da el toque…

—Hay un par de clientes esperando que les sirvan —nos interrumpió Airam, que apareció a mi lado con el pulgar apuntando a una mesa recién ocupada, y me lanzó una mirada insondable—. Si no vas a tomarles nota a estos, puedes ir para allá. No estamos como para entretenernos con cháchara.

—Perdonadme, tengo que obedecer a mi jefe —dije con ironía, poniendo los ojos en blanco—. ¿Os puedo poner algo? ¿Habéis cumplido los dieciocho u os tengo que servir cerveza sin alcohol?

Se levantó un coro de exclamaciones y risas. Se dieron codazos entre ellos, señalando a los que habían tenido la mala suerte de nacer en el segundo semestre del año. Los que no estaban enfurruñados por el celo de la camarera de hacer cumplir las

normas de no servir alcohol a menores sacaron sus identificaciones para que comprobara que podían beber.

—¿No vas a anotar la comanda en ninguna parte? —preguntó el chaval que se había interesado por el color de mis ojos, sonriéndome retador.

—Tengo una memoria privilegiada. —Me señalé la sien—. Ya verás que no me equivoco.

—Te hemos pedido siete copas diferentes. Seguro que alguna se te pasa.

—Si me equivoco, no os cobro las bebidas.

—Hecho. —El chico me guiñó el ojo.

Yo reaccioné a su coquetería como una madre divertida. Había cumplido veinticinco ese enero pasado y aquellos chavales apenas habían pasado las pruebas de selectividad. Eran unos críos para mí. Pero eso no quitaba que me sintiera halagada por el interés.

Me di media vuelta y le listé los cócteles al detalle a Raquel, haciendo especial hincapié en que no podía equivocarse o perderíamos dinero.

—Menos mal que no se puede flirtear con los clientes —comentó Airam, pasando por detrás de Raquel para coger un puñado de hielos.

Ni me miró.

—Yo no flirteo con los clientes, pero tampoco los voy a echar porque ellos quieran ponerse juguetones conmigo. Además, solo son chavales inofensivos.

—Sí, chavales inofensivos… Me parece a mí que se te ha olvidado muy rápido lo que yo hacía con las chicas que me gustaban cuando tenía dieciocho años.

—A mí no se me ha olvidado —contesté con desenfado, aunque era consciente de que podría interpretarlo como un coqueteo—. A lo mejor se te ha olvidado a ti.

Él dejó lo que estaba haciendo para plantar las palmas sobre la barra y lanzar una mirada melancólica al cielo. Suspiró, dramático, y dijo:

—Sería difícil olvidarme de Laura, Gara, Sofía… Ya viste lo buenas que estaban.

Aquello me sentó como una puñalada, pero él no se quedó a verlo porque enseguida corrió a atender a las abuelas de viaje del

Imserso. Mientras Raquel terminaba de preparar los cócteles, yo me acerqué al congelador para robar un hielo y pasármelo por la frente, las mejillas y el cuello. Ya no solo tenía calor, sino que me notaba débil y cansada, como si los miembros me pesaran el doble, y un principio de migraña se había instalado en mis sienes.

Me apoyé en la barra un instante para tomar aliento y decirme que me daba igual si todo lo que salía de los labios de Airam tenía el propósito de hacerme daño, pero no logré convencerme, ni tampoco reponerme de lo que parecía un golpe de calor.

Cogí la bandeja con las manos temblándome. Raquel me miró con preocupación.

—¿Puedes? —me preguntó—. Te has puesto muy pálida de pronto y pareces cansada. Quédate tú aquí. Yo se lo acerco a los chicos.

—No te preocupes. He trabajado encontrándome mil veces peor.

Y era verdad, pero mi cuerpo no podía más ese día. Logré servir las copas a los muchachos —y sin equivocarme, porque es verdad que memorizo las comandas con una facilidad sorprendente— y responder a un par de bromas que me hicieron, aunque desinflada. Pero cuando estaba acercándome a la mesa de una pareja, me sobrevino un mareo y empecé a ver borroso. Un fundido a negro se apoderó de pronto de mi campo de visión, y eso fue lo último que vi antes de caer redonda.

—¡No me jodas! ¿Dónde estaba yo?

—Guiando a los guiris por Gran Canaria, supongo. Y peleándote con Thiago.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no era importante. Solo me dio una bajada de tensión. Ni siquiera era la primera vez. Yo ya sabía que tenía una anemia de caballo y que mi salud no era la mejor, pero me había acostumbrado.

—¿Cómo puedes decir eso, loca?

Apenas estuve inconsciente un par de minutos, y no te creas que me dormí. Sentí que alguien se acercaba a mí y me llamaba, y que me cogían en brazos para llevarme al servicio de mujeres para echarme agua en la cara y así intentar reanimarme. Sabía que era Airam porque no podía tratarse de otra persona. No era obligación

de los clientes atender a una empleada caída en combate, y alguien —en ese caso, Raquel— debía permanecer en su puesto de trabajo.

Conforme iba volviendo en mí, noté contra mi espalda las frías baldosas del baño y las gotas de agua corriendo por mis mejillas como lágrimas que no eran mías. Pestañeé para enfocar la mirada, pero todavía me costaba alejar los puntos negros que me emborronaban la visión. Aun así, habría reconocido a Airam incluso con los ojos cerrados, y no solo porque las puntas de su pelo suelto me hicieran cosquillas en la cara —lo llevaba más largo que nunca—, sino por el olor. Parecía que llevara la playa a cuestas.

—¿Maday? Joder, menos mal, me iba a dar algo —mascullaba—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—No… no lo sé. Me encontraba mal y supongo que… —Intenté incorporarme con su ayuda. Una de sus manos me sujetaba por la nuca casi con ternura. Me mareé tanto que tuve que volver a recostarme a medias, y, sin pensarlo, me agarré a su polo de trabajo—. *Chos*, me he desmayado delante de todo el mundo, ¿no? ¿La gente se ha quedado muy planchada?

—¿Qué más da eso? Toma, bebe agua. —Me ofreció una botella que no sé de dónde había sacado y obedecí. Él me observaba sin rehuir mi mirada asustadiza y aún extraviada. De hecho, lo hacía con fijeza, como si así pudiera averiguar la gravedad de mi problema—. No ha sido un golpe de calor, ¿verdad? No tienes fiebre ni la piel enrojecida. De hecho, estás tan blanca que pareces un fantasma.

—Tú sí que sabes qué decir para halagar a una mujer —me mofé.

—No tiene ni puta gracia, Maday —replicó con aspereza—. Casi te rompes la crisma contra el borde de una de las mesas. ¿Tienes ganas de vomitar? —Yo negué con la cabeza. Él me puso dos dedos en el cuello para tomarme el pulso, y todo el vello se me puso de punta—. No, no es un golpe de calor. Además, llevas así desde que empezó el crucero. Los golpes de calor no son una cosa que se vaya gestando durante días.

—¿Me has traído hasta aquí para leer mis síntomas? ¿Qué pasa, que no has podido hacer las prácticas de la carrera en Gran Canaria y te han dicho que practiques con gente real durante el verano?

Él ignoró mi comentario, que de todas maneras no hice para

mosquearlo, y me ayudó a terminar de incorporarme. Cerré los ojos para no volver a marearme e inspiré hondo, como me había acostumbrado a hacer cada vez que me sobrevenía un ataque de nervios.

Me quedé sentada, y sentí que mi cuerpo se compensaba solo por el hecho de que su brazo firme rodeara mi cintura. Ya… ya sé que sueno ridícula.

—¿Qué te pasa? —me preguntó de pronto, con esa hosquedad que le imprime a su tono cuando quiere dar a entender que se siente obligado a ser amable. Pero se le filtró una nota de preocupación que me conmovió a pesar de todo—. No estás bien, es obvio.

—Estoy de lujo.

—Manda huevos que digas eso, porque acabas de caerte redonda.

—¿Qué más te da lo que me pase, Airam? —Suspiré, cansada—. Entiendo que no es plato de buen gusto que una persona caiga fulminada delante de tus narices, pero no es como si te importara un carajo.

Él se quedó un rato en silencio, dudando entre decirme la verdad o salirse por la tangente con una excusa poco convincente.

Optó por lo segundo, claro.

—Omitir el deber de socorro es un delito tipificado, eso para empezar, y como médico que voy a ser en cuanto me gradúe, el juramento hipocrático me obliga a atender a todo el que lo necesite con independencia de la opinión que el sujeto en cuestión me merezca. —Sonó tan petulante que por poco me eché a reír allí mismo. Siempre he pensado que las explicaciones más largas y detalladas son una mentira como un demonio—. ¿Cuándo fue la última vez que comiste algo sólido? Y no me refiero a una barrita de esas que sacas de la máquina expendedora, sino a un almuerzo o una cena en condiciones, un plato de cuchara contundente.

—¡Ja! —Dácil salta en la cama y me señala con una sonrisa satisfecha—. ¡Se daba cuenta de lo de las barritas! ¡Te tenía estudiadísima!

—¿Un mes? —medité en voz alta, burlona—. No tengo tiempo para comer.

—Así estás, anémica perdida. —Airam se puso en pie, irritado, negando con la cabeza—. No creo que haya suplementos vitamínicos en el botiquín de emergencias, pero voy a preguntarles a las jubiladas si tienen pastillas de hierro. Seguro que alguna guarda por si…

—¿Qué? —jadeé—. ¡No hace falta! Estoy bien. Solo ha sido un lapsus.

Airam me calló agachándose lo suficiente para ayudarme a levantarme.

—Ve a tu habitación y quédate allí. Yo le diré a Paulo lo que ha pasado. No creo que le moleste hacer su trabajo, para variar, y si le molesta, pues que le den por culo —expuso con su habitual naturalidad para zanjar los problemas. Se me escapó una risilla floja que él vigiló con el rabillo del ojo, advirtiéndome que la cortara de raíz antes de que se cabreara, mientras me pasaba un brazo por la cintura—. ¿Puedes caminar?

—*Chos*, Airam, que no tengo ninguna discapacidad, solo ha sido un desmayo. Y no voy a quedarme en la cama cuando Fran también está enfermo y Raquel necesita ayuda para atender el bar de la piscina. Y antes de que digas que no es un trabajo que requiera la dedicación que yo le pongo…

—No iba a decir eso.

Se quedó callado un buen rato mientras enfilábamos el pasillo de los camarotes, que él se conocía de sobra porque todos los trabajadores nos alojábamos en el mismo corredor. De hecho, Airam compartía dormitorio precisamente con Fran.

Cuando estuvimos los dos de pie frente a la puerta del camarote, y mientras yo buscaba mi llave con resignación, Airam se giró hacia mí con gesto cauteloso.

—He hecho comentarios muy… desacertados sobre el trabajo.

—¿Pidió perdón? ¡Ay, señor de la cañita! —Dácil mira al techo con las palmas extendidas, como la Virgen que recibe a su hijo—. ¡El cielo descenderá sobre nosotros, y el infierno se congelará!

—No irás a disculparte soltando una trola monumental del estilo «no lo pienso en realidad», ¿verdad? —Enarqué una ceja—. Porque es obvio que sí lo piensas, que llevas toda la vida pensando que

trabajar de cara al público es una bajeza y que soy una pringada por no haberme buscado la vida por otro lado.

—Nunca lo he pensado de esa forma tan despectiva, solo… —Cerró el pico al darse cuenta de que no tenía justificación, porque por supuesto que lo había pensado de esa forma tan despectiva. De esa y de muchas peores. Observé que le daba rabia tener que admitir en voz alta lo que dijo a continuación—: Solo quería lo mejor para ti. ¿Tan descabellado y arrogante te parece que en su día asumiera que explotarte doce horas al día no es ni de lejos lo mejor para llevar una vida sana y satisfactoria? Con otro tipo de trabajo, por ejemplo, no te habrías desmayado.

—Alguien tiene que ser camarero, y alguien tiene que ser encargado de una cocina, y alguien tiene que fregar los platos, y alguien tiene que hacer las camas. Confundes el hecho de que no esté bien pagado con que sea un trabajo que humilla a quien lo desempeña.

—¡Joder, Maday! —se desesperó—. ¡Que yo nunca he dicho que sea humillante, ni…! Mira, me da igual lo que pienses. Yo estoy en paz con mi conciencia. Eso no es lo que he querido decir cuando te atacaba, y punto.

—Si no lo dijiste porque de verdad lo pensabas, entonces lo dijiste tan solo para hacerme daño. Y no sé qué opción es peor.

—Pues te dejo aquí solita para que lo pienses —espetó de mal humor.

—Nada como tener la razón para que un hombre se enfule.
—Sobre todo ese hombre, y ese hombre mosqueado de por sí.
No se le puede llevar la contraria.

Airam se fue en cuanto se hubo asegurado de que me sentaba en el borde de la cama y no me movía de allí. Cerró de un portazo y yo di un largo suspiro, convencida de que había desaprovechado la oportunidad de hablar tranquilamente con él echándole en cara sus defectos. Me tendí boca arriba, porque era verdad que me sentía como el culo, y me quedé dormida con la seguridad de que Airam no volvería a dirigirme la palabra.

Pero me equivocaba.

Apareció esa misma noche, en torno a las diez o diez y media, con un blíster de complementos vitamínicos en el bolsillo y un

cuenco de sopa caliente en la mano. Parecía haberse calmado con respecto a la discusión anterior, pero eso no era lo que me importaba, sino que había llamado a mi puerta sin poder disimular el gesto preocupado.

Entró como una tromba, ignorando mi cara de pasmo, y me dejó la comida sobre una mesita auxiliar que apenas soportaba su propio peso.

A continuación, se enzarzó en una descripción detallada de consejos:

—Esto te sentará bien, pero no tendrá ningún efecto a largo plazo si no haces por lo menos tres comidas diarias. He hablado con Paulo para que os cubráis a la hora del almuerzo y de la cena y así la cocina no se quede desatendida, pero a la vez, ambos podáis alimentaros en condiciones. Las pastillas son de una de las doñas del viaje del Imserso, que no ha tenido problema en dármelas porque ella está más sana que un roble y solo se las había traído por si acaso. Te las tienes que tomar todos los días con el estómago vacío, a no ser que tengas problemas estomacales, en cuyo caso está permitido que antes te hayas tomado algo ligero. Los efectos no se notan hasta pasado un tiempo, pero bueno, eso es mejor que nada, y como seguro que no vas a mejorar es matándote a trabajar sin ingerir proteínas ni tomar vitaminas. —Hizo una pausa para retirarse el pelo de la cara y barrer la habitación con una mirada, una excusa para no fijarse en mí, que seguía como un pasmarote en medio de la estancia. Él también estaba cansado, seguro que no le apetecía enfrentarme, pero acabó clavando en mí una mirada seria—. No sé por qué cojones te estás saltando las comidas, Maday, pero eso se terminó. Toda la plantilla va a estar pendiente de ti y se va a asegurar de que cuidas tu salud.

—No estoy saltándome comidas adrede, si es lo que insinúas. Es solo que me cuesta comer y…

Airam me miró de hito en hito con el aliento contenido, valorando si creerme o no, y con la duda de si interrogarme o dejarlo estar.

Acabó inspirando hondo y soltando el aire con un suspiro exasperado.

—No quiero tener que cuidar de ti, Maday. —Sonó a ruego y a advertencia a la vez—. Así que hazlo tú solita.

—Descuida. —Esbocé una sonrisa desvalida—. No voy desmayándome por las esquinas solo para que me cojas en brazos, príncipe azul.

Con la vista clavada en el suelo, sonrió con incredulidad. Luego se humedeció los labios y levantó la cabeza para mirarme.

—Pues es insultante que pienses que no te cogería en brazos si te desmayaras —dijo—. Estoy harto de ti, pero nunca hasta el punto de que me guste verte tal y como estás ahora. No soy el podrido [42] por el que me tomas solo porque he hecho dos comentarios clasistas.

—Y no lo pienso —le aseguré a fin de apaciguarlo—, pero si haces comentarios clasistas, Airam, alguien te lo tendrá que decir.

—Sí —confirmó, dirigiéndome una mirada intensa—, pero no tú.

—Entonces sé clasista con otra persona, Airam. No voy a permitir que me trates con la punta del pie, y esto no es una amenaza, solo un aviso —le aclaré del modo más sencillo que se me ocurrió. Lo esquivé para sentarme en la mesita, donde me esperaba la sopa humeante, y solo entonces añadí—: Gracias por el detalle. Procuraré cuidarme para que no tengas que mirar en mi dirección.

—Eso estaría de lujo —contestó con aspereza, y se marchó dando el primer portazo de muchos.

Capítulo 19

25/07/2022

El día que me conformé con el cuerpo de Maday

No me gusta poner voz a mis pensamientos subidos de tono. Ya de crío me enseñaron que era de muy mal gusto. Recuerdo haber ido de la mano de mi madre por el paseo de Los Cristianos y haber tenido que soportar los comentarios que le hacían los viejos verdes de turno, que, además de racistas, eran particularmente asquerosos. Aprendí muy pronto lo desagradable que era no limitar lo erótico al ámbito sexual gracias a que mi propia madre se agachara y me advirtiera con el dedo en alto que, como me convirtiera en un guarro de esos, me iba a coger y me iba a dar un mamonazo [43] que llevaría el chichón hasta el día del casamiento.

Me reafirmé unos años más tarde, en el instituto, cuando viví en mis propias carnes cómo se escuchaban según qué comentarios bastos en labios de mis amigos. No quería generar ese malestar en quien me estuviera oyendo.

Otra razón por la que procuraba mantener el pico cerrado era que la mayoría de los pensamientos los protagonizaba Maday, y por egoísta o posesivo que parezca, yo no quería que nadie se enterase de que Maday era un digno objeto de deseo.

Nunca he entendido por qué no destacaba en clase, en su entorno laboral o cuando salía de fiesta. Nunca he entendido por qué los pibes no se le pegaban al culo y le rogaban por un fisquito de atención. Es decir… Por una parte, sí que lo entendía: Maday es tímida y siempre ha procurado permanecer en un discreto segundo plano. Es una persona difícil de conocer incluso para mí, un chaval que ha dedicado su vida entera a ahondar en sus pensamientos, por más insondables que fueran. Pero en este caso no estoy hablando de los aspectos de su carácter que la hacen irresistible, sino de lo puramente físico. Nadie parecía darse cuenta de que estaba buena,

de que ni Dios tiene esos rizos naturales, de que sus tetas son el tesoro de Canarias, de que, si se habla de caderonas, te viene su cuerpo a la cabeza… Y yo no lo mencionaba con esas palabras por si a alguno de mis colegas se le encendía la bombilla de pronto, iluminado con La Verdad, y decidía volcar su interés en ella.

Sé que era una estrategia muy pobre para evitarme la competencia, pero por favor, solo era un patético adolescente. Hacía lo que podía.

—Descuida, no pienso juzgarte. Por lo visto, yo cometí el mismo error.

El comentario de Thiago me genera tanta curiosidad que decido hacer un alto en la historia.

—¿A qué te refieres?

—Según Dácil, una noche en las Perseidas me puse tan hasta el culo de birras que acabé diciéndole barbaridades de tu hermana a uno que me preguntó si estaba colado por ella. No me mires así… ya es agua pasada, y ten claro que no sé ni lo que dije ni con qué intención, pero sospecho que no me inventé los defectos de Da porque me avergonzara de quererla, sino quizá para disuadir a los demás de quererla también.

—Pasaré por alto esto que me acabas de decir solo por qué tengo una historia que contar, pero ya volveremos a eso… —Le lanzo una mirada rencorosa—, puto cerdo.

—Sí, hombre, seré yo el cerdo, Míster Tetas Que Son El Tesoro De Canarias.

El caso es que yo bien podía haberme convencido de que Maday me era indiferente, pero la atracción física seguía ahí, y con una intensidad desmedida a la que no estaba acostumbrado. Cuando era un crío tenía las hormonas revolucionadas, de acuerdo, pero idealizaba mis sentimientos por Maday de tal manera que lo mío era más bien un amor cortés, y si no te lo crees, ya ves que no me importó no ponerle la mano encima durante años. Cuando volví a Tenerife con Leire del brazo, ya estaba mi novia para cortar de raíz cualquier deseo sexual, en parte porque has visto a Leire tú mismo, que es guapa un rato largo y me tenía atendido de sobra. Pero en el crucero, al estar furioso con Maday, al impedirme quererla porque iba en contra de mis principios, parecía que mi cuerpo me

desafiaba. Me decía algo así como: «¿Tu dura cabecita no va a colaborar? De locos. En ese caso, concentraremos todo lo que sientes por ella debajo de tu ombligo. Total, es lo único que vas a poder gestionar sin sentir que traicionas tu orgullo».

Y era verdad. Podía resignarme a soñar con follármela. Pero lo que jamás podría permitirme era querer tenerla de nuevo conmigo, y te aseguro que esto no es una mentira que me he repetido para quedar bien: no me interesaba estar con ella en absoluto, Thiago. Ya no. Creo que se lo dejé claro en aquella cámara frigorífica en la que nos encerramos, y también *a posteriori*, cuando ignoré su puesta en escena en el karaoke.

—Eso fue cruel por tu parte.
—¿Y qué querías?

De todos modos, no vayas a creerte que la noche acabó allí. Yo abandoné el salón de fiestas en cuanto Maday terminó de cantar *Quiéreme*, que la muy pérfida sabe que es mi canción favorita, pero no me dio tiempo a llegar a mi camarote antes de que alguien me llamara a gritos por la espalda.

Me giré y ahí estaba Leire, con la que apenas había intercambiado un par de palabras desde que me la encontré en la piscina con su nuevo novio.

—No has mencionado cómo te sentiste con eso de encontrarnos a todos en el crucero.
—¿Cómo me iba a sentir? Como si estuviera en uno de esos programas de cámara oculta.

Si te soy sincero, lo de Leire era lo que menos me importaba. Ya sabía con quién salía, y desde cuándo, porque nos seguíamos en redes sociales. Yo no hago esa machangada inmadura de clavarle los *unfollows* a la gente con la que ya no me llevo, en parte porque prácticamente nunca acabo mal mis relaciones.

Bueno, como te iba diciendo, no me sorprendió en absoluto que apareciera con un pibe cogido de la mano y decidida a restregarme en la cara su feliz noviazgo, y no dudes que me lo quería restregar, porque me cuesta creer que fuera casualidad que se sentara siempre a beber daiquiris en la piscina cuando me tocaba servir allí y no en

el comedor.

—Tienes que estar de coña —me dijo entre jadeos indignados.

Me giré para mirarla sin demasiado interés.

Te podrás imaginar que tener a Maday cantándome me había dejado afectado. Tuve que pensar en países inmersos en un conflicto bélico y en bombas reventando casas de civiles para no abalanzarme sobre ella, porque es que, encima, vaya vestidito me llevaba…

La cosa es que este humilde servidor seguía teniendo una reputación que mantener y procuraba no dar muestras que le delataran.

Por desgracia, Leire, incluso borracha, veía a través de mí.

—¿Quieres algo? —le pregunté como si aún siguiera de servicio.

—No me puedo creer que jodieras nuestra relación para no avanzar ni un paso con la Maday de tus amores —espetó, ignorándome. Avanzó hacia mí por el pasillo con un equilibrio bastante precario. Llevaba una de esas sandalias con plataforma que las mujeres se ponen a veces hasta para ir a la piscina. Y, por supuesto, estaba ciega como una cuba—. ¿En serio estás en el mismo punto en el que te dejé?

Me crucé de brazos como si lo necesitara para proteger mi corazón, porque de todos los reproches que me habían hecho en los últimos tiempos, aquel fue el único que consiguió que me doliera hasta el aliento.

—No todos tenemos la facilidad que tú demuestras para superar tus relaciones pasadas. —Le solté, no por resentimiento, sino para poner la pelota sobre su tejado.

—Espero que no hayas dicho eso en serio, Airam —me señaló con el dedo—, porque no tienes ningún derecho a juzgarme por haber encontrado relativamente rápido a alguien que me quiera.

—¿Relativamente rápido? Leire, mi niña, a las cuatro semanas ya estabas con el tal Fede. A mí no me salen las cuentas, si te digo la verdad.

—Si estás insinuando que lo conocí mientras estaba contigo, o que te puse los cuernos… —empezó, aún enarbolando el índice como si fuera un arma de fuego y apuntándome encolerizada.

No entendía a qué venía el numerito, si te digo la verdad. Estaba convencido de que con Fede era lo bastante feliz como para no

venir detrás de mí, pero supongo que las mujeres nunca tienen bastante de don Airam Oramas.

—Vaya huevos tienes. —Se descojona Thiago.

—No insinúo nada, pero si insistes en venir a por mí para hacerme reproches, no me voy a quedar callado. Ya deberías saber cómo soy. Me gusta ganar las discusiones.

—No vas a ganar esta, eso tenlo por seguro. —Tuvo que hacer un esfuerzo para recomponerse y no romper a llorar allí mismo—. No entiendo que me hicieras daño para nada.

—Parece que se te ha olvidado que fuiste tú la que me dejó —le recordé, tratando de reunir la paciencia que necesitaría para no enfularme—. No me irás a decir ahora que fue un acto de amor desinteresado para que volara a los brazos de mi gran amor, porque de entre todos los personajes Disney, tú no eres el que hace ese tipo de sacrificio.

Leire dio un paso hacia mí con los brazos en jarras y los ojos echando chispas.

—¿Y cuál soy?

Yo avancé el último paso para quedar a un palmo de distancia de ella.

—La princesa caprichosa que lo quiere todo. ¡Sorpresa! —Me incliné sobre su nariz respingona—. No lo vas a tener.

—¡El que lo quería todo eras tú! —estalló, enfurecida—. ¡La novia y la amante! ¡Y eso no iba a ser así! ¿Qué ha pasado para que vuestra amistad se resquebraje del todo y ahora tenga que cantarte delante de un puñado de guiris para que le prestes atención? ¿Es que estar con ella no fue como imaginabas? ¿No te hace las guarradas que te gustan?

Se regocijaba suponiendo que Maday y yo habíamos fracasado como pareja, y si bien sus sospechas eran ciertas en relativa medida, me asqueó que se alegrara de mi ruina. Yo no celebraba que ella fuera feliz con otro pibe —yo tampoco soy ese personaje Disney—, pero me importaba un carajo, que hoy por hoy es el sentimiento más respetable que se puede tener por un ex. Si le metía caña era por gusto y porque le habría devuelto el vacile a todo el que se me hubiera acercado para meterme boca con el temita de Maday, *Maruin, Maheadache*, que ya que estoy te la conjugo en todas las

formas verbales[44].

Así de hipersensible andaba yo.

—Estuve con ella hace bastante tiempo y fue todo lo que imaginaba y más —contesté, porque la curiosidad mata al gato y porque el único que podía difamar a Maday era yo, no Leire.

—¿Ah, sí? —Alargó el cuello para quedarse más cerquita de mí—. ¿Mejor que yo?

—No hagas preguntas si no estás preparada para las respuestas, mi niña.

—A lo mejor tienes dudas sobre quién te ponía más cachondo porque se te ha olvidado lo bien que lo pasábamos.

No, no se me había olvidado, pero ella se animó a recordármelo enganchándome los brazos al cuello y plantándome un beso de esos que no se ajustan a su nombre, porque se usa de todo menos los labios. Yo me dejé llevar por diversos factores: el primero, porque soy un caballero y no rechazo los avances de las damas; el segundo, porque estaba enfadado con el mundo y esa era una manera —bastante placentera— de desahogarse, y el tercero, porque estaba cachondo.

La aparté cuando pensé que podría recibir un puñetazo de un novio ofendido. Ella dio un paso atrás, tambaleándose, y se limpió los labios, primero con el dorso de la mano y luego con el antebrazo.

—No te metas en mis asuntos ni te creas con el derecho de opinar sobre mis relaciones, Leire —le dije como si no hubiera pasado nada—. Ya no es tu papel, y creo recordar que tú fuiste la que lo eligió.

—¿Acaso me dejaste otra elección?

—Tal vez no —acepté con un cabeceo resignado—, pero ahora sí que la tienes: escoge la opción razonable y rehaz tus pasos para regresar con tu novio.

—¿Por qué es la opción razonable? ¿Acaso no me acabas de devolver el beso? —Se regocijó.

Se me escapó una sonrisita condescendiente.

—Te aseguro que estoy tan poco interesado en ser el tercero en discordia de una relación como tú misma en su día.

Ella sacudió la cabeza con una mueca desdeñosa. Tenía los ojos vidriosos, no sé si por el alcohol o porque el choque entre nosotros

le había provocado cierta melancolía. A mí también me entró toda la magua a raíz del encontronazo, pero no por lo que pudiera haber dicho, y no de una manera que yo pudiese haber previsto. Que Leire me obligara a comparar el sexo que había tenido con ambas no me trajo recuerdos de mi relación de cinco años, sino de Maday; de aquel par de semanas enterradas bajo rencor y desdén que hasta hacía no mucho tiempo había guardado en mi memoria como oro en paño.

—De los dos, yo no soy la que toma las malas decisiones. Y si no, mírate. La elegiste a ella sin pensar y ni siquiera podéis estar en la misma habitación. ¿No te da pena o rabia haber sacrificado lo que tenías para nada?

Como vio que yo no pensaba responder, volvió a menear la cabeza, dándome por perdido —una sabia decisión—, y se marchó apoyándose en las paredes del pasillo para no perder el equilibrio. Yo me quedé un momento donde estaba, asimilando aquella pregunta.

«¿No te da pena o rabia haber sacrificado lo que tenías para nada?».

Para nada, tal vez no, porque esa misma noche Maday se había atrevido a cantarme una canción para clarificar sus intenciones. Apenas unas horas antes yo le había dicho en una cámara frigorífica que se arrayara un millo, pero por lo visto, no había comprendido el mensaje.

«Estuve con ella hace bastante tiempo y fue todo lo que imaginaba y más», había dicho yo, y no solo por el placer de escarmentar a Leire por meterse donde no la llamaban, sino también porque era verdad.

Cuando follaba con Maday, creo que veía a Dios. Leire no había tenido que sacarlo a colación para que me vinieran pensamientos intrusivos a la cabeza, imágenes dispares de las noches que pasamos juntos. El deseo era una fiebre que ella sola me provocaba moviéndose a mi alrededor, intoxicándome con su olor o con el roce de sus rizos alocados, y me ocurría especialmente desde que trabajábamos codo con codo. No por la cercanía, sino por una razón más elemental: no hay nada más atractivo que la seguridad en uno mismo, y en el trabajo, Maday ostentaba un puesto de poder en el que se desenvolvía a las mil maravillas. Ella, que de normal era

introvertida, escondiéndose entre los hombros, sin levantar la mirada y hablaba con un hilo de voz, cuando ejercía de encargada y se dirigía a su equipo o a los clientes lo hacía de otra manera, tanto es así que parecía una versión apta para todas las guarrerías que yo quería hacerle: una mujer dispuesta, solucionadora de problemas y con valor para enfrentarse a la adversidad.

Había otra energía en Maday cuando le tocaba ganarse el pan, y esa energía me había tenido con la mirada pegada a su culo desde el primer día.

Me vino otra vez la pregunta de Leire a la cabeza: «¿No te da pena o rabia haber sacrificado lo que tenías para nada?».

Mi respuesta involuntaria fue sacudir la cabeza. Si me ponía en marcha y tomaba una decisión que quizá me haría ver como un lamentable arrastrado, no tenía por qué haber sacrificado lo que tenía con ella para nada.

—Verás tú… —murmura Thiago, mirándome de soslayo—. El Airam del crucero me da pánico. Siempre te conviertes en Goku cuando te enfadas, pero en aquellos días eras Goku haciendo el Super Saiyan.

Yo también estaba lo suficientemente borracho como para darme valor, ojo, aunque no tanto como para que se me notara. Di media vuelta y fui directo hacia el camarote de Maday, donde supuse que se habría refugiado después de cantar para recuperarse de la vergüenza que le daba exponerse en público.

Sabía cuál era porque se encontraba en el mismo pasillo que el mío, porque lo compartía con mi hermana y porque durante dos días había ido para asegurarme de que comía en condiciones bajo la excusa de que «el equipo de cocina te necesita sana y en forma». Podía justificar esas idas y venidas alegando que era una buena persona y que me preocupaba por los demás, pero sabía que esta vez, en cuanto llamara a su puerta con esas intenciones, ya no podría seguir disimulando lo que quería.

Maday me abrió sin mirar quién era mientras se subía los pantalones del pijama, unos anchos de básquet que conservaba desde los quince años. Había abierto solo con el sujetador deportivo; supongo que pensó que era Dácil. Le cambió la cara por completo al ver que era yo quien esperaba bajo el umbral de la

puerta a que alzara la barbilla.

Solo entonces se cubrió como acto reflejo.

—A-Airam —balbuceó, como si lo necesitara para confirmar que no estaba soñando—. ¿Qué haces aquí?

—He acudido a tu llamado —contesté como si fuera obvio, apoyando la mano en el marco de la puerta y echando una ojeada por encima de su hombro. Me alivió que estuviera sola—, ¿o acaso me has dedicado mi canción favorita para ver cómo te buscaba, y así luego mandarme al carajo otra vez con el gusto de tener el control de la situación?

Ella tragó saliva. Creo que no le dio tiempo a ofenderse y que por eso no lo hizo.

—No voy a mandarte al carajo.

Interpreté su confirmación como una bienvenida y entré sin necesidad de apartarla. Maday solo giró en redondo para ver cómo me detenía en medio del camarote.

—Qué bien que solo te haya tomado siete años ponerte de acuerdo contigo misma.

—Lo sé… —Se miró las manos entrelazadas, que por fin había apartado del pecho—. Sobre eso… me gustaría hablar contigo, si no te importa, para…

—Creo que ya hablamos lo que teníamos que hablar cuando Da nos encerró en la cámara frigorífica.

Maday frunció el ceño.

—Solo hablaste tú, Airam, y para decir algunas cosas muy injustas. No me diste ni la oportunidad de responder. No me has dejado hablar contigo, de hecho; ni en el crucero ni en todo el año que ha pasado desde que rompiste con Leire.

—Ni tampoco vamos a hablar ahora. —Me aproximé de nuevo a ella para cerrar la puerta a su espalda. No aparté la mano, manteniéndola acorralada entre uno de mis brazos—. No sé si quieres estar conmigo o qué es lo que esperas exactamente, pero voy a dejarte clara una cosa: no seré ni tu amigo ni tu novio. Ni ahora ni nunca. —Bajé la mirada al fino tirante del sujetador deportivo y lo acaricié entre el índice y el pulgar. Ella parecía querer mirarme a mí y vigilar el movimiento de mi mano al mismo tiempo—. Pero si quieres que follemos de vez en cuando, ya sabes dónde estoy. Eso es lo único que te voy a ofrecer. O lo tomas o lo

dejas, pero de mí no vas a sacar más, y creo que es lo justo.

Maday me miró a la cara con los ojos muy abiertos, no sé si asombrada o directamente espantada. Tardó un rato en reaccionar tragando saliva, un rato que yo dediqué a jugar con el tirante y el borde de su escote, sin saber lo que sugería mi lenguaje no verbal: que deseaba convencerla a toda costa de dejarse tocar.

Hoy por hoy, no sé qué clase de respuesta esperaba por su parte. Me la imaginaba indignándose, porque a mí no me haría gracia que me rebajaran de «amor de mi vida» a simple «follamigo» —solo que sin el privilegio de ser amigos luego de echar el polvo, claro—, pero ella no se cabreó.

—¿Por qué? —preguntó con voz queda—. ¿Por qué has tomado esa decisión ahora?

—Porque es cuando mi orgullo se lo puede permitir, supongo —respondí, pensativo. Cuidé mucho mis palabras para que no se llevara la impresión equivocada—. Y porque a veces todo lo que necesita un tío para alargar la mano y tomar lo que quiere de ti es que te pongas un vestido bonito y le cantes una canción.

—No me gusta que utilices esa expresión, eso de «tomar lo que quieres de mí». No me gusta cómo me estás hablando —reconoció, mirándome de hito en hito—. Parece que mi opinión no importe.

—Por supuesto que importa —me quejé, extrañado por su réplica y más aún por la tensión que se había apoderado de su cuerpo—. Me he ofrecido en bandeja. Ahora tú lo aceptas o lo rechazas.

—¿Tu propuesta no tiene nada que ver con que ahora estoy delgada? —preguntó, dejándome de piedra otra vez. Creo que suspendí todo movimiento e incluso la respiración, y no solo porque me pillara desprevenido, sino también porque la voz se le quebró, y esa era razón sobrada para prender las alarmas—. ¿Es que ahora… te gusto más? Tiene sentido. Tu orgullo se lo puede permitir, o eso has dicho, ¿no? Se puede permitir que te vean entrar y salir de mi camarote porque no pensarán que tu gusto deja bastante que desear.

—¿Qué dices? —Fue lo único que conseguí responder, y no enseguida.

—Un excelente momento para quedarte callado, Airam.
—Thiago aplaude muy despacio—. Hay que ser más rápido

sacando la carta de «no estás gorda», chaval. Parece que la vida en pareja no te ha enseñado nada.

¿Cómo iba a reaccionar? Lo único que podía responderle era que yo nunca la había querido exclusivamente por su físico, y que su cuerpo cambiara me era indiferente porque en esencia ella era la misma. Y, la verdad, habría preferido el garrote vil a tener que admitir eso, porque no deseaba poner en evidencia mis sentimientos y sí limitarme a hablar de la atracción, que era para mí el terreno seguro. Otra alternativa era decirle que el hecho de que hubiera adelgazado solo me importaba un fisquito porque había perdido unas cuantas tallas de sujetador, lo cual me ponía bastante tristón, la verdad, pero no creo que ese comentario hubiera sido el más acertado cuando Maday parecía a punto de echarse a llorar. El asunto del peso siempre había sido delicado para ella.

¿Y qué me quedaba? ¿Sorprenderla con alguna cerdada que no viniera a cuento pero que rebajara la tensión?, ¿como, por ejemplo, «Es que ya te has olvidado de que tuve que aprender a respirar para no correrme contigo en menos de diez minutos, como cantaba el puto Abhir Hathi que tanto te gusta [45] »?

—Podrías haber sacado la mítica carta del «gorda me la pones» —sugiere Thiago, pensativo—. Es claro, conciso y divertido.

—No, no tiene nada que ver con que hayas adelgazado. —Le aseguré. Esperaba que le bastara con mi sinceridad, pero la mirada perdida de Maday daba a entender que estaba muy lejos de allí.

Empecé a notar un sudor frío por la espalda. «Algo. Haz algo, Airam», no dejaba de repetirme, como si fuera mi deber consolarla por lo que fuera que le pasara.

—Pensaré en lo que me has dicho —contestó pasados unos segundos. Alzó la barbilla y me miró reprimiendo sus emociones. Su calma forzada delataba que había algo más complejo vibrando debajo—. Buenas noches, Airam.

No quise rendirme ahí y la sujeté por los hombros. No hizo falta que la sacudiera para que me prestara atención, esta vez con cierto recelo.

—No tiene nada —recalqué— NADA que ver, y tú lo sabes

perfectamente, joder, que parece que te guste poner la responsabilidad sobre mis hombros. No me hagas recordarte que he estado enamorado de ti toda la vida. Eso es más que suficiente para justificar que hoy por hoy siga queriendo follarte. La atracción no desaparece de un día para otro.

Maday me sondeó con la mirada.

—¿Y el amor sí?

Volvió a dejarme sin palabras, y no en un buen sentido. La solté como si su cuerpo me hubiera dado una descarga eléctrica y retrocedí un par de pasos con todas las posibles respuestas reflejadas en la cara: «El amor sí, claro. Desaparece cuando le das una patada a la persona que se ha arrodillado ante ti», por ejemplo. Se me ocurrían un millón de réplicas crueles que bastarían para silenciarla para siempre, pero todas ellas acudían a mi mente cuando estaba solo, nunca cuando Maday andaba cerca. Yo no estaba programado para hacerle daño, simple y llanamente. Herirla iba contra mi naturaleza, así que me dirigí en silencio hasta la puerta del camarote y desde allí solo dije:

—Sí, mejor piénsatelo.

Capítulo 20

26/07/2022

El día que Airam demostró que le van las PDA

—¿PDA? —Dácil tuerce el morro—. Suena a trastorno neurológico.
—¿Es que no tienes TikTok? ¿No sabes lo que es?
—A ver, sé que mi hermano tiene Problemas De Ansiedad, es un Pedazo De Arrogante y ganaría el premio al Pedante Del Año, pero más allá de eso…

Mejor vuelvo al tema y luego lo descubres tú solita.

Ya te digo que me propuso lo de ser follamigos, solo que no del todo, porque eso implicaría mantener una amistad y él no pretendía darme ese gusto.

Como te podrás imaginar, muy halagada no me sentí. Sobre todo porque lo conozco y esa era su manera de rebajarme sin que yo pudiera reprochárselo. Con la actitud de donjuán distante se ocupaba de aclararme que yo ya no era la persona especial que antaño solía endulzar su vida, sino una más de tantas a las que les habría ofrecido el mismo tipo de relación. Además, aunque sabía que no pudo proponérmelo con anterioridad porque Leire estaba en medio, me inquietaba que hubiese elegido aquel momento para proclamar que mi físico seguía atrayéndole. Un momento en el que, menuda casualidad, había bajado tanto de peso que casi parecía otra persona.

—No creo que por ahí vayan los tiros, Maday. Estamos hablando de un pibe que te ha querido desde los doce años. O desde los ocho.
—Sí, sí, lo pienso y no tiene ningún sentido, pero por entonces estaba vulnerable. ¿Es que una chica no puede tener

una crisis de autoestima?

—Tú llevas demasiadas ya, chacha, bájale una.

De todos modos, estaba decidida a dar un paso adelante y aceptar a Airam como viniera, incluso si ese tipo de relación no me convencía por razones obvias.

No había estado con ningún hombre desde él, y más allá de que me agobiara pensar en la intimidad, sobre todo en la intimidad con un tío que me guardaba rencor y que no sabía cómo me trataría —no me pongas esa cara, sé que no me haría daño, pero a lo mejor evitaba mostrarse tierno, y eso era lo que yo necesitaba: paciencia, dulzura—, también me ponía nerviosa mi inexperiencia y cómo pudiera desenvolverme. Pero iba a hacerlo, ya lo creo que sí. Iba a prestarme a su juego sucio, aunque con la intención de desenmascararlo y obligarle a recordar que me quería, y que eso no se acababa así como así.

—Qué segura suenas. Fue después de que tú y yo habláramos, ¿no?

—Ajá. Ya nos estamos yendo a los días del cabaret *y de la fiesta de disfraces.*

El *cabaret* habría sido la excusa perfecta para ir a encararlo, porque un tío me había estado molestando y él salió en mi defensa empleando la fuerza. Le di las gracias por intervenir, pero Airam se cerró en banda, enfadado consigo mismo por haber demostrado la menor debilidad, y se marchó. Yo pensé en ir a verlo después, insistir un poco más, y me dirigí al que creía que era su camarote temblando de arriba abajo.

No lo encontré solo.

Alguien se me había adelantado y lo entretenía con una charla que parecía amistosa.

—¿Quién?

—Leire.

—¿Leire? ¿Qué hacía hablando a solas con Leire?

—No lo sé, pero tenían una actitud más bien acaramelada. Los dos, no solo ella.

—Y un carajo.

—Es tal y como te lo cuento.

Ella estaba apoyada en la pared del pasillo, por el que apenas pasaba nadie a excepción de un par de trabajadores del barco, algunos guiris demasiado *turciados* para seguir la fiesta y, por supuesto, yo, que no necesitaba esconderme porque ninguno de los dos me prestaba atención.

Leire lo consolaba acariciándole la cara y el hombro, y él se dejaba hacer porque… pues porque siempre ha sido así, supongo. Le gusta hacerse el animalillo herido con las mujeres.

Tenía huevos la cosa. Era yo la que había sido agredida por un alemán borracho, la que podría haber mandado al infierno un año de terapia intensiva en tan solo un segundo —aunque, vale, eso no lo podía saber nadie—, ¿y Leire iba en su busca para hacerle el «sana, sanita, culito de rana»?

—Lo que hace una cuando quiere mambo…

—¿Tú crees que se liaron? En el barco, quiero decir. Que llegaron hasta la última base.

—No lo sé, dímelo tú. ¿Lo hicieron?

—Estaría adelantando los acontecimientos. Además, nunca he querido saber la respuesta a eso.

Lo que sé es que en algún momento se habían acercado a hablar y había fluido la complicidad de su antigua relación, porque al día siguiente, en la fiesta de disfraces del barco, también los pillé intercambiando miraditas. Y eso que Leire tenía a su nuevo novio justo a su lado. Pero ¿qué puedo decir? Yo le habría lanzado miradas a Airam con el disfraz de gótico que se había puesto incluso si hubiera sido una mujer casada. Ya sabes que se vistió de Ren Honjō, y qué casualidad que a mí se me ocurrió, en parte porque no era muy difícil encontrar las prendas que se ajustaran al personaje, disfrazarme de Nana, su novia en la ficción **[46]**.

—Chos, menudo momentazo veros a los dos vestidos igual. Fue maravilloso.

Bueno, ya sabes que yo me agobié porque no me gustaba que Airam pensara que lo había hecho aposta. No porque no quisiera

quedar como una arrastrada, porque te aseguro que no me importaba interpretar ese papel para aplacar sus ansias vengativas, sino porque viendo que Airam se paseaba por delante de Leire, y Leire le sonreía sin un ápice de vergüenza, me sentía tan ridícula que me daban ganas de disfrazarme de otra cosa. Incluso ir vestida de parejita con el alemán borracho que me había agredido la noche anterior. Me parecía de locos tener que ponerme celosa de su novia cuando ya ni siquiera lo era, cuando ya había pasado cinco años enteros de mi vida mirando sus fotos de Instagram de forma obsesiva y listando todas las virtudes que ella tenía y de las que yo carecía.

Te aseguro que me cabreé de lo lindo. Tuve que largarme del salón de fiestas y subir a cubierta con la excusa de echarme un cigarrillo para hacer la vista gorda.

Creo que tú estabas follando en los baños, por cierto.

—Qué va, al principio de la noche estaba liándome con Celia. Miro atrás y la verdad es que no lo hacía mal, pero ya sabes que no me gustan las rubias. ¿Airam te siguió arriba?

No sé si me siguió aposta, pero como si hubiera sabido dónde encontrarme y por qué me había largado de repente, apareció con su propio tabaco y con una expresión medio risueña. Se acodó en la baranda de proa a unos prudentes pasos de distancia de mí, sin dirigirme la palabra. No lo había hecho desde la propuesta, pero sí me lanzaba miraditas significativas que daban a entender que esperaba una contestación.

Ladeé la cabeza hacia él solo para observar cómo se perdía admirando la negrura del mar, concentrado a su vez en expulsar el humo con parsimonia. Sufrí un arrebato colérico inexplicable: estaba emputadísima porque a Airam le pareciera la mar de sencillo soltar «acostémonos» y luego hacer bomba de humo cuando yo llevaba tanto tiempo luchando contra mis miedos, mis instintos, anhelándolo a él y, al mismo tiempo, pensando por momentos que me estaba volviendo loca de remate.

—¿A Leire también le has ofrecido una relación puramente física, o eso es algo que reservas para las tías a las que les guardas rencor?

Airam enarcó una ceja. Llevaba el pelo engominado hacia

arriba, los ojos perfilados con lápiz negro y unos complementos favorecedores: una gargantilla *grunge* y un collar de metal con un candado de plata falsa. La fresca brisa marina no parecía afectarle a pesar de no llevar nada debajo de la fina chupa de cuero.

—¿Qué te hace pensar que no le guardo rencor a Leire?

—Que, como le guardes rencor a alguien más, vas a explotar. —Devolví la mirada a mi propio cigarrillo. Le di un par de toquecitos en el centro para retirar la ceniza consumida que se negaba a desprenderse.

—No te creas. Quien tiene un gran corazón para hacer el bien lo mismo lo puede utilizar para almacenar odios.

—Y aún estarás muy orgulloso de haberte convertido en esa clase de persona… —lamenté por lo bajini—. Un día te pudrirás, si es que no lo has hecho ya.

—Qué va. —Se giró hacia mí y apoyó el codo en el barandal para mirarme de arriba abajo mientras expulsaba el humo con una sonrisilla suficiente. Había bebido, estaba claro—. Tengo mis recursos para desahogar las frustraciones, como tú muy bien sabes.

Yo también lo miré. No se me escapaba el brillo persuasivo en sus ojos verdes.

—No vas a conseguir hacerme creer que ya no te importo un carajo y que lo único que quieres de mí es un polvo…

—Nadie dijo que me fuera a dar por satisfecho con uno solo —apostilló con una ceja enarcada—. Follar es adictivo, y yo no tengo autocontrol.

—No intentes cambiar de tema —me empeciné, ruborizada—. A lo mejor tú no te viste, pero yo sí: ayer en el *cabaret* demostraste que no quieres que me hagan daño.

Airam exageró su asombro.

—¿Fajarme con un babas que estaba acosando a una piba me convierte en un enamorado de la víctima? No sabía yo que se le pudiera dar esa segunda lectura al hecho de rebelarse contra las injusticias.

—No digas babiecadas[47]. Has estado preocupándote de que coma y de que no me falte hierro todo el viaje.

—Será que como sé que no tienes ni padre ni madre, alguien tiene que tomarse la molestia de vigilar que no la palmas por culpa de tu propio comportamiento negligente.

La referencia, pronunciada en tono desdeñoso, me puso de uñas. Él se dio cuenta, y aunque no lo hubiera dicho con esa intención, mi actitud demostró que por ahí no pensaba pasar. Arrojé la colilla al mar y me di media vuelta con una cara que debía dejar muy claro mi desprecio.

Airam me cogió de la mano antes de que avanzara dos pasos. Me giré a tiempo para ver su gesto sombrío.

—Solo faltaría que ahora te hicieras la ofendida. ¿Metes el dedo en mi herida y esperas que no me defienda?

—Entonces admites que soy una herida.

—Cicatrizada. Solo que de vez en cuando me pica… —Dio un paso hacia mí sin soltarme la mano ni dejar de mirarme—, y quiero que me rasques.

—¿Y quién más quieres que te rasque? ¿Leire? Si crees que me voy a rebajar a ser una de las tantas que te llevarás a la cama por despecho, estás muy equivocado. Y menos todavía cuando me tratas como si fuera basura. No sé quién te has creído que eres.

—Me creo exactamente quien soy.

Tragué saliva, asombrada por su respuesta y lo que quería decir al acompañarla de una mirada severa.

Se creía exactamente quien era, sí. Alguien que podía hacer conmigo lo que quisiera.

—No voy a permitir que metas a mis padres en tu venganza personal.

—De acuerdo. —Accedió con voz lánguida. Me retiró un mechón de pelo de la cara. Me lo había planchado para la ocasión, y creo que a él le gustó, porque lo acarició entre los dedos antes de colocármelo detrás de la oreja—. Si ves que me paso de listo, véngate de mí. —Airam se inclinó sobre mí, mordiéndose el labio, y me besó la sien y la mejilla. En un susurro, agregó—: Hazme pagar por lo malo que soy contigo.

Me quedé inmóvil y con el aliento contenido. Al mismo tiempo temblaba por el anhelo reprimido, por la brisa que soplaba y que no era suficiente para rebajar el calor que empezaba a concentrarse en mi bajo vientre.

—Puede que tú hayas visto mi preocupación, pero yo también he visto cómo me miras cuando crees que estoy despistado —murmuró contra mi piel, deslizando los labios por mis mejillas

para detenerse en la comisura de los labios—. No soy el único que quiere esto.

No lo era, y por eso levanté la barbilla para recibir el beso que quiso darme. Airam me cubrió la nuca con una mano y me estrechó contra su cuerpo con el otro brazo, con el que me rodeaba como si quisiera abarcarme entera. Esperaba que llegaran los pensamientos agobiantes, los recuerdos más nefastos de la última noche que alguien me puso un dedo encima, pero creo que era tan consciente de que era Airam quien me estaba abrazando que no habría podido confundirlo ni aunque hubiera querido. Yo ya conocía la fuerza de su agarre y el sabor de sus besos, eran tan familiares para mí que pude dejarme llevar solo preocupada por si en algún momento me traicionaba el subconsciente y acababa decepcionándonos a mí, a mi progreso y a él al apartarme.

Airam avanzó, instándome a retroceder, hasta apoyarme contra una pared que no supe a qué pertenecía. No había nadie en aquella zona del barco, y lo agradecí cuando sus besos se tornaron más exigentes, cuando sus manos descendieron por mi cintura y mis caderas hasta empezar a juguetear con el dobladillo de la minifalda de cuero.

La verdad es que entre el pelo alisado y las prendas de colegiala rebelde me sentía guapa y capaz de cualquier cosa. Incluso de corresponder a Airam hasta donde quisiera llegar.

O tal vez no.

Respingué cuando sentí que sus dedos empezaban a jugar con la liga de las medias que se sujetaban sobre las rodillas. Él apoyó la frente en la mía mientras trataba de subir hacia mi ropa interior, pero algo dentro de mí me exigió que cerrara los muslos de inmediato y su mano quedó atrapada.

—Tranquila —susurró, arrullándome como si fuera una cría. Me acarició la cara con la mano libre—. Sigues siendo vergonzosa, ¿eh?

Me dieron ganas de responderle una tontería, del estilo: «¿Por qué no iba a seguir siéndolo, si solo han pasado unos días, unas horas desde la última vez que me besaste?». Me bastaba con ver a Airam para que de pronto los últimos años se solaparan y no fuera consciente ni del tiempo ni de los cambios. Había mantenido tan vivos nuestros recuerdos que parecía que hubieran ocurrido hacía tan solo un momento. No me cabía la menor duda de que era una

de tantas estrategias a las que había recurrido mi mente para sobrevivir. A veces solo veía mi sufrimiento, y otras me estancaba en los buenos recuerdos. Pero en cualquiera de los casos, la conclusión era la misma: mi vida se había detenido en el verano de 2015, con todo lo que eso conllevaba.

Sin embargo, ningún recuerdo podía compararse con la sensación de estar allí, con él, besándolo desesperada y abrazándolo decidida a que nada ni nadie nos separara esta vez. Abrí las piernas con lentitud, persuadida por los susurros de Airam, y eché la cabeza hacia atrás, como si no pudiera concentrarme en un beso y en el recorrido de sus dedos al mismo tiempo.

Airam retiró la fina tela de las bragas y metió los dedos debajo. Me aferré a sus hombros con el corazón encogido.

—Airam… Por favor, ten cuidado —jadeé contra su cuello, donde había pegado los labios.

—Yo siempre tengo cuidado contigo, chiquita —contestó con un ronroneo, apretándome la cara interna de los muslos con una mano. Creí leer una sonrisa en su tono—. Maday, Maday… Te comería entera.

Me aferré a la nuca húmeda y a su cintura, y esperé con los ojos cerrados a que llegaran el dolor o la ansiedad, pero sus caricias solo me provocaron pequeños estremecimientos por todo el cuerpo. El vello se me erizó cuando Airam acompañó el roce de besos por toda la piel que quedaba a la vista. Su olor familiar me intoxicaba, el roce de la barba incipiente que se rasuraba cada día sin falta, quizá para seguir pareciéndose a un niño grande y a veces más travieso de la cuenta, empezaba a arañarme la cara, y las conocidas pero al mismo tiempo casi olvidadas sensaciones comenzaron a provocarme un mareo que me obligó a aferrarme aún más a sus hombros entre débiles gimoteos.

Él no dejaba libres mis labios, y tampoco mi sexo, que siguió torturando con una deliciosa y desquiciante fricción mientras introducía un par de dedos. Esperé el dolor, pero este no llegó, y Airam se ocupó de borrar el rastro de mi tensión recorriéndome los hombros y los pechos con la mano que le quedaba libre.

Sentía que me estaba acercando al orgasmo…

—Maday, coño, ¿qué te he dicho del sexo explícito? ¡Que es mi hermano, hostia!

—Tranquila, que si estoy contándote esto es porque pasa algo.
—¿Qué va a pasar? ¿Que te corres? Pues eso espero.
—No esperes tanto, mi niña.

La cosa es que estaba a puntito de caramelo cuando Airam apartó la mano y dio un paso atrás.

—¡Y una mierda! —Aúlla Dácil, pasmada—. No es verdad.
—Tan cierto como el aire que respiro.
—Lo voy a sacar de mi testamento, al hijoputa ese.

Cuando vi que se alejaba con la intención de dejarme allí, me apresuré a recomponerme y a pestañear deprisa para enfocar la vista. Él se humedecía los labios hinchados y me miraba con un brillo diferente hasta que decidió que ya se había deleitado suficiente con las vistas y se dio media vuelta.

Me entró pánico de pensar que pudiera abandonarme con el cuerpo a merced de violentas y a la vez placenteras sacudidas.

—¿Adónde vas? —me quejé, anonadada—. ¿Piensas dejarme con las ganas?

Él me lanzó una mirada divertida por encima del hombro. Ya sabes, una de esas rollo «a buen entendedor, pocas palabras bastan».

—Si quieres que acabe contigo, ya sabes dónde encontrarme… Pero tendrás que pedirlo.

—Entonces PDA significa Calientabragas De Narices, pero en inglés, ¿no?
—No —contesto con paciencia—, significa Public Demonstration of Affection.
—Ah, ya, ponerse cariñosón en la calle… Es verdad que lo veo bastante en TikTok. —Dácil se queda un rato pensativa—. Pues, visto lo visto, sigo pensando que le queda mejor lo de Pedazo De Arrogante.

Capítulo 21

28/07/2022

El día que volví a enamorarme de Maday

—Ya me había olvidado de esto… Bonito pin. —Comenta Thiago, agachándose junto a la caja para sacar un imán para la nevera—. ¿Te lo pillaste en El Hierro cuando bajaste a darte un ruleo? ¿El mismo día que yo casi me ahogo?

—Ajá. Lo eligió Maday. El más feo de toda la tienda, por cierto.

—¿Bajaste con ella a El Hierro? ¿Y eso?

—Como muy bien mencionó la propia Maday, es lo bueno de que tu tío maneje el cotarro. Me dejaban libertad para descolgarme de la organización cuando me diera la gana. Y a ella le dieron ese día libre por asuntos propios, o eso creo. Estaba procurando no ponerle mucha atención a lo que me decía cuando me la encontré en la bajada del barco.

A esas alturas, no estaba tan mosqueado como al principio. Es el efecto Maday, qué quieres que te diga. De crío pensaba que mi amiga era como un X-Men, debía de tener una fuerza poderosa o un don especial, porque me bastaba con ponerle una mano encima para que todas mis emociones negativas se fueran al traste y solo pudiera pensar en lo cómodo que estaba.

—No hace falta que te hagas el romántico. Lo mismo solo estabas saciado porque le metiste mano. Tendría guasa que siguieras haciéndole el vacío después de lo que pasó en la cubierta del barco.

El vacío no se lo hice, ¿eh?, pero me había prometido a mí mismo que no la perseguiría para pedirle que me quisiera; entre otras cosas, porque había decidido tomarme los días que quedaban de crucero para ser un gamberro. Leire ya me había demostrado que se resistía a olvidarme y que estaba dispuesta a ponerle los tochos a su novio robándome besitos en los rincones del barco. Y Maday… Solo Dios sabía lo que había en la cabeza de Maday, pero algo me decía que esta vez se tomaba más en serio mis avances. No descartaba que fuera por eso que cuentan las malas lenguas de que no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes. Maday nunca había sido esa clase de persona, que yo supiera, pero a lo mejor en los últimos tiempos le había cogido el gusto a poner a prueba el cariño de sus admiradores, perderlo y luego entretenerse luchando por recuperarlo.

Hay gente muy retorcida en este mundo.

Pero ese día tuve que deshacerme de todos los prejuicios hacia ella que había forjado para sobrevivir a ella, porque pasamos toda la mañana juntos. Bajamos a la isla a las siete en punto, y recuerdo que coincidí con ella en la misma pasarela de descenso. Maday llevaba colgada al cuello una cámara semiprofesional, se había plantado un vestido de tirantes con flores estampadas y unas gafas de sol con forma de corazón —se las birló a Dácil, estoy seguro— en la cabeza. Nos miramos en la distancia, ella intentando adivinar de qué humor estaba yo, apuesto mi vida por ello, y un servidor decidiendo qué actitud tener ese día.

No te voy a mentir, Thiago. Estaba suavito como la seda con Maday porque ya no me sentía en inferioridad de condiciones. Ya no me veía besando el suelo que pisaba mientras ella me devolvía los afectos pisoteándome con unos zapatos de cemento. De hecho, saberme despreocupado y con Leire en la otra línea, dispuesta a que nos divirtiéramos juntos en cualquier momento, me hacía sentir con el control de la situación. Y ya sabes lo que a mí me gusta tener el control. Es una jediondada, créeme que lo sé, pero por lo menos no tenía a ninguna de las dos engañada y no me había comprometido con nadie.

—¿Eso es una indirecta?
—Si el zapato te encaja, Cenicienta…

El caso es que sentía que por fin estaba en el punto en el que quería estar: dispuesto a que Maday me encontrara, pero sin la necesidad de buscarla. Si no iba a venir, que me avisara pronto, que yo ya solamente quería pasarlo bien. O bailar, como la canción de Zenttric [48] .

—¿Cómo es que andas por aquí? —le pregunté a los pies de la pasarela, justo cuando le faltaba un saltito para poner los pies en la isla más bonita de Canarias, y esto es así os pongáis como os pongáis.

—Yo no me pongo de ninguna manera. Si lo dices tú, me lo creo.

—Paulo me va a cubrir por una vez. Se lo he pedido como favor personal y, para sorpresa de todos, no me ha bufado. —Señaló la cámara que llevaba encima—. Nunca he tenido la oportunidad de fotografiar El Hierro, y la verdad es que me hace ilusión.

—¿Pretendes echar fotos desde los miradores? Porque para subir hasta ahí arriba sin comerte las pocas horas que disponemos para recorrer la isla tendrás que alquilar un coche.

—Lo he pensado… —meditó, mordiéndose el labio. La odié por atraer toda mi atención a esa zona. Incluso se los había pintado, como si nada salvo la belleza natural del mundo se mereciera que se esmerase un poco para impresionar—. ¿Tú vas a alguna parte? Podríamos compartirlo si quieres subir a la ermita de la Peña o al mirador de Jinama.

—Tenía pensado explorar las montañas por mi cuenta —reconocí—, pero supongo que no me cuesta nada hacerte el favor.

Ella se dio media vuelta para poner los ojos en blanco y siguió su camino.

—Menos mal que tengo aquí a mi salvador, que si no, qué sería de mí —farfulló por lo bajini—. Anda, vamos al *renting* antes de que los guiris nos dejen sin transporte.

Fue tal y como te lo cuento. Acordamos ir los dos juntos por ahí con la naturalidad de siempre, y no recuerdo que yo me extrañara ni que ella se sintiera incómoda. No habíamos aprendido a estar el uno sin el otro, no nos habíamos desacostumbrado a nuestra mutua compañía, y cuando lográbamos coincidir, incluso si estábamos emputados o resentidos, la extrañeza no lograba enrarecer el

ambiente. Porque no éramos dos extraños.

Primero conduje yo y ella se encargó de la música. Luego ella se puso al volante y… siguió eligiendo los temas, claro. Alquilamos uno de esos carros de última generación que tienen *bluetooth* para conectar el móvil al estéreo. No me sorprendió que escogiera los últimos éxitos de sus cantantes canarios favoritos y algunas de sus canciones preferidas de Extremoduro. Yo la miraba de reojo mientras ella fumaba con el codo apoyado en la ventanilla bajada, disfrutando tanto de la brisa que entraba en el coche que echaba la cabeza hacia atrás y sonreía sin darse cuenta. Ese viento agresivo que suena como una sucesión de disparos cuando adquieres cierta velocidad y subes por los peligrosos caminitos de las montañas no la asustaba: a veces decía que le gustaba quedarse sorda por un rato, bajarse del coche mareada y pitándole los oídos. Aun y con lo difícil que tenía que ser captar un sonido, se las apañaba para escuchar a Robe cantar parte de *La ley innata*, su álbum preferido, y *La vereda de la puerta de atrás*, cuya letra hizo que me entrara la magua.

Si no fuera porque hice colocado
el camino de tu espera,
me habría desconectado,
condenado a mirarte desde fuera
y dejar que te tocara el sol.
Y si fuera mi vida una escalera,
me la he pasado entera
buscando el siguiente escalón,
convencido que estás en el tejado
esperando a ver si llego yo.

—Para aquí —me pidió en uno de los pequeños miradores que se encuentran al margen de la carretera.

Obedecí con cuidado de que ningún vehículo me embistiera por detrás y me quedé en el coche mientras ella salía a echar algunas fotos.

La había visto entretenida haciendo fotografías otras veces, pero se notaba que ahora se lo tomaba en serio. Revisaba cómo le había quedado, torcía el gesto si no le gustaba y probaba de nuevo, tan concentrada en su labor que ni se daba cuenta de que la brisa de las montañas le agitaba la falda y yo andaba cerca, más que dispuesto a

ocupar el papel de *voyeur*.

Tardaba tanto en conseguir las fotos que le gustaban que bajé del coche y me acerqué con el móvil en la mano.

—Parece que has encontrado ese *hobby* que tanta ilusión te hacía tener —comenté en voz alta, cruzado de brazos contra la barandilla. Ella se asomó desde la bajada escarpada del barranco, a donde había descendido cuidadosamente, para mirarme como si no me comprendiera—. Me dijiste una vez que querías conocerte a ti misma y aficionarte a actividades que te hicieran sentir bien. Supongo que esta es una de ellas.

«Me dijiste una vez», como si la vez en cuestión no me hubiera arrancado el corazón del pecho. Como si me lo hubiera mencionado mientras nos tomábamos nuestro jugo de parchita en la arepera de Buzanada.

—Te sorprendería saber a raíz de qué momento decidí que volvería a regoler el mundo de la fotografía —respondió con una risita secreta que captó mi atención—. Una persona que tú muy bien conoces me pidió que le hiciera un reportaje de *nudes*. Me gustó tanto el resultado que me animé a hacerle una sesión de fotos a una compañera de trabajo y luego aprendí a utilizar Photoshop para arreglarlas según me conviniera. Y bueno… de los desnudos pasé a los paisajes. Sobre todo me gusta la fotografía callejera. Tengo un montón de fotos preciosas del mercado de África, de familias de pícnic en Anaga y de un paseo que me di por Vilaflor cuando estaba nevado. No sé qué voy a hacer con ellas… —Entrecerró los párpados para mirar más allá del horizonte, en busca de otra perspectiva—. Supongo que no tengo por qué darles una utilidad, ¿no? Se puede querer algo sin la esperanza de dedicarte a ello; hacerlo por simple amor al arte.

Maday no era tan retorcida como para hacer insinuaciones, pero no pude evitar sonreír con nostalgia a la vez que sus palabras me provocaban cierta incomodidad conmigo mismo.

Yo no había podido quererla sin la esperanza de dedicarme a ella. Siempre la quise con la certeza de que la convertiría en mi vida. No contemplaba el fracaso, y como sucede en los casos en los que no eres previsor y te arrojas al vacío sin un plan B, eso fue justo lo que pasó. Que fracasé.

No, no había podido quererla por simple amor al arte. No me

gustaba quererla sin más, resignado a la imposibilidad, y no quería sentirme avergonzado por eso, porque era lo normal.

¿Quién coño ama sin esperanza? ¿Qué clase de trastorno enfermizo es ese?

—Perdona por contarte mi vida —murmuró cuando vio que no contestaba—. Ya estoy acabando.

Cambié de postura y me fijé en que se apartaba los rizos de la cara para que luego el viento volviera a pegárselos a las mejillas.

—¿Y qué más? —le pregunté. En ese momento, mi curiosidad valía más que mi orgullo. Maday me miró interrogante—. ¿Qué más haces por amor al arte? En un año da tiempo a aprender unas cuantas cosas.

—Voy a hacer surf más a menudo —contestó con aire saturnino, bajando la cámara. Subió la pequeña pendiente, dejando atrás las pencas, y se sentó en cuanto llegó a mi altura. Se apiadó de mí cruzando las piernas de manera que el vuelo de la falda no nos distrajera a ninguno de los dos—. Le he pedido a mi abuela que me enseñe a hacer punto de cruz, y aunque se me resisten un poco los jerséis, que tiendo a hacerlos amorfos, hago unas bufandas que te mueres. Las vendo por internet, claro. No es que en el sur de Tenerife uno se abrigue mucho, y no suelo subir a La Laguna. Dácil intentó que me apasionara creando champús ecológicos y demás, esos que ella se hace con gusto, pero no entretiene tanto… Aunque le agradezco el empeño. Y bueno, me compré un ukelele por AliExpress y he aprendido a tocar *Let It Be y Hey, Soul Sister*.

Se me escapó una carcajada de solo imaginarla.

—Eso me gustaría verlo —confesé, abrazándome los codos con la mirada fija en ella. Me quedé un rato en silencio, asimilando la cantidad de *hobbies* que había emprendido durante mi ausencia, cumpliendo la promesa implícita que me hizo el último día que casi fuimos algo más: que se conocería bien e intentaría construir una vida al margen de mí—. Tienes una rutina completita, ¿eh? A ver si es que al final el que te impedía desarrollar tus gustos y crecer como persona era yo.

Maday sonrió con melancolía. Se colocó un mechón detrás de la oreja y me miró con los ojos entornados, algo inevitable con el viento que se había levantado.

—Te lo dije. No podías ser la única cosa en el mundo que me

hiciera feliz.

—Ni tampoco una de ellas, ¿no? —Se me escapó. No me arrepentí de haberlo dicho, porque hasta a mí me sorprendió cómo lo dije: como si ya hubiera hecho las paces con lo que podría haber sido y no fue.

No esperé a que contestara y volví al coche. Me senté en el asiento del copiloto para que Maday condujera a donde quisiera, y así lo hizo. Fuimos al mirador de La Peña, emplazado en el municipio de Valverde. Era uno de los pocos que contaban con un arquitecto ilustre para respaldar su preponderancia con respecto de los demás —César Manrique lo construyó— y que tenían un chiringuito económico al lado. Nos tomamos un barraquito con la mirada perdida en las vistas y pusimos rumbo al mirador de Jinama, no sin antes pasar por el de la ermita de la Peña, que se encontraba de camino.

En Jinama, Maday volvió a bajarse para capturar el paisaje con su cámara, donde pastaban tranquilamente burros y vacas, entre otros animales, sabiendo que nadie los molestaría. Yo me acerqué a acariciar la oreja de una de las ovejas, y cuando quise darme cuenta, Maday me había echado una foto.

—Más te vale no vender eso en un *Onlyfans* —me mofé.

Ella me devolvió la burla con una sonrisita.

—Sí, claro. ¿Con qué etiqueta? ¿«Zoofilia»?

—¿Por qué no? —Miré a la oveja, que me estaba lamiendo la mano—. Yo creo que le gusto.

—No tiene ningún mérito —se quejó—. A las ovejas de rebaño les gusta todo el mundo, y tú también le encantas a quien te conoce. Estabais hechos el uno para el otro.

No le di importancia al comentario. Llevaba toda la vida prodigándome halagos del palo, que la mayor parte de las veces ni siquiera sonaban como tal, sino como un castigo cruel al que ya se hubiera acostumbrado el cuerpo, como si mi encanto fuera su condena por una razón que ella me explicó mil y una veces, pero que nunca quise entender. Siempre me pareció ridículo que se sintiera de menos a mi lado.

Acabamos el recorrido en el mirador de Malpaso, que le mencioné yo como uno de los tesoros secretos de la isla. No era secreto como tal, porque figuraba en algunos diarios de viajes, pero

al encontrarse en el inaccesible vértice del acantilado de Macafete, algunos turistas se negaban a pasar por el suplicio de llegar hasta allí. La carretera no estaba asfaltada y el coche daba unos tumbos peligrosos.

Maday y yo aparcamos mucho antes e hicimos el resto del trayecto a pie con la intención de comer allí sentados.

Y tal y como yo había previsto, no había nadie.

—¿Me vas a relatar otro polvo abortado? Porque no sé si estoy de humor.

A esas alturas del viaje, mi actitud hacia Maday se había suavizado del todo, y ella se había dado cuenta.

—Gracias por venir —me dijo, caminando a mi lado. Nuestros hombros se rozaban sin querer cuando alguno de los dos se inclinaba hacia el otro, consciente o inconscientemente—. No sabes cuánto me alegra que aún puedas ser tú mismo conmigo. No espero que volvamos al barco y todo sea vino y rosas, ¿eh?, pero quiero que sepas que la manera en que me ignorabas me dolía, y que esto significa mucho para mí.

Me giré hacia ella en cuanto llegamos al mirador desierto. Se me había formado un nudo en la garganta. Me pasaba cuando Maday se mostraba cercana, se abría en canal, y no me provocaba jaquecas con sus misterios incomprensibles.

—Tenía que ignorarte para que esto no pasara, ¿entiendes? Estoy cinco minutos a solas contigo, solo cinco minutos, chacha, y ya no puedo mantener la pose —dije, probando un tono bromista, pero no me salió—. Eras mi amiga, mi vecina, la hermana de mi hermana, el ojito derecho de mi familia… Por más que me joda, y te aseguro que me jode, la costumbre de sentirme en casa contigo no se borra.

—¿Y por qué seguir luchando contra ella? No voy a hacerte daño, Airam.

Sabía que, objetivamente, tragarme su promesa era una imprudencia, pero por alguna razón, me la creí. Quizá porque era la primera vez que me lo advertía con claridad. Las otras veces no hubo un juramento entremedias, y si bien eso no justificaba que me hubiera roto el corazón, por lo menos no se cargó también una promesa en firme.

Me dejé caer con un suspiro en el banquito de piedra. Recostado en la baranda y con un solo ojo abierto por culpa del sol cegador, la miré con resignación.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Ella no se movió de donde estaba, de pie frente a mí con el viento golpeándola de costado. Llevaba todo el día sujetándose el borde del vestido entre insultos dirigidos a sí misma por no haber previsto que el viento la incordiaría.

—Claro.

—¿Era demasiado fácil? —solté sin rodeos—. Yo, me refiero. ¿Te lo puse todo en bandeja cuando en realidad querías un reto, o algo así? Es una pregunta inocente, te lo prometo. A estas alturas ya me conformo con entenderte un poco mejor, porque es obvio que vas a pasar el resto de mi vida presente en mis cenas familiares, así que…

—No —contestó ella en cuanto cerré el pico, dejando colgada en el aire mi conclusión. La miré a los ojos en busca de una señal que me previniera de que estaba mintiendo—. Y tú sabes también que no. Siempre he sido una persona sencilla que no quiere complicaciones.

—No es verdad. No eres sencilla. —La observaba con una mezcla de admiración y resentimiento—. Me he pasado toda la vida observándote con microscopio y todavía hay historias sobre ti que se me escapan, estoy seguro.

—Pero eso no sería tu culpa. No comprenderme, quiero decir —aclaró con voz tenue—. ¿Por qué siempre te tambaleas entre los extremos? No tienes que odiarme con toda la fuerza de tu alma por lo que pasó, ni tampoco asumir la responsabilidad, dejándome a mí libre de cargos. ¿Por qué no aceptas que, simplemente, hay cosas que pasan?, ¿que, en la mayor parte de los casos, lo único que separa a dos personas es la vida misma?

—Porque la vida no me parece excusa suficiente.

—¿No? —Esbozó una sonrisa incrédula—. ¿No te basta como justificación que lo omnipotente se interponga entre dos pobres mortales?

Sacudí la cabeza.

—Nada me habría parecido lo bastante poderoso como para romper lo que teníamos. Míranos, si no. Aunque esté roto, aunque esté destrozado, porque lo está, sigue habiendo complicidad. Tú y

yo juntos somos indestructibles, y no me extraña. He sido capaz de sostener ese puente yo solo durante años.

—No lo sostenías tú solo —musitó con un hilo de voz—. Y no me gusta cómo estás sonando ahora mismo, Airam. Parece que pretendas despedirte de mí.

—Solo me despido de lo que ha estado flotando en el aire los últimos años, porque despreciarte es insostenible en el tiempo y los dos tenemos derecho a poner el asunto a descansar. —Hice una pausa para mirarme las manos entrelazadas. Notaba una presión insoportable en el pecho—. No hay nada más que hablar, supongo. No me enorgullezco de que hayas sido la única persona en el mundo por la que habría dado mi vida, pero tampoco me voy a arrepentir.

Ella apartó la mirada un instante. Pestañeó rápido, a lo mejor alejando las lágrimas.

—No seas exagerado.

—Eso es lo malo, chinija. Que no exagero.

—Dices que soy la única persona porque tu hermana sabe defenderse sola y no necesita que des ni tu vida ni tu energía por ella.

—Es verdad —acepté con un cabeceo, sonriendo al pensar en Da. Enseguida alcé la barbilla para observarla con la certeza de que la estaba queriendo en ese justo momento—, pero tú también sabes.

Maday volvió a mirarme, esta vez con los ojos vidriosos.

—No, no sé —repuso con la voz quebrada—. Si hubiera sabido, habría sido diferente.

Apiadarme de ella fue una forma de apiadarme de mí. Le indiqué que se me acercara, y Maday obedeció con la actitud aprensiva y a la vez anhelante de la niña que se esconde bajo las sábanas de la cama de sus padres cuando estalla una tormenta. Le hice un hueco entre mis piernas para que se sentara en uno de mis muslos y la rodeé con los brazos.

—No puedo ser tu amigo ni nada parecido. Lo entiendes, ¿verdad? —susurré con dulzura—. He vivido demasiado contigo. Es imposible para mí rebajarte del pedestal y percibirte como un colega más.

—Pues ayer estabas muy dispuesto a percibirme no como una colega, sino como un simple rollo pasajero.

Se me escapó una sonrisita despectiva hacia mí mismo.

—Porque soy un imbécil. —Hice una pausa—. Y porque me pones muy cerdo.

—Bonita manera de zanjar la conversación —dijo riendo, y me dio un golpecito en el hombro.

—¿Y yo qué le hago? —me quejé, exasperado. Le acaricié la mejilla con las yemas de los dedos, como si nunca antes hubiera acariciado a nadie y no supiera cómo hacerlo. Ella no apartaba sus ojos de los míos—. Mira qué cara tan bonita. Mira qué cara tiene mi Maday. Es una cara por la que merece la pena llorar.

—Ninguna cara merece que… que tú llores —repuso con la voz entrecortada—, y menos la mía.

—Lo que tú digas, pero lloraré por ella lo que me dé la gana.

Ahora que la tenía tan cerca, observé cómo su media sonrisa se iba desbaratando hasta convertirse en esa mueca de Mona Lisa que cierra sus pensamientos a cal y canto, donde yo no puedo averiguar qué está pasando. Por suerte, seguían quedando sus ojos, que me hicieron saber su siguiente movimiento: pasarme un brazo por los hombros hasta rodearme y apoyar la frente en la mía.

Yo lo permití a pesar de saber que estaba entrando en terreno pantanoso, a pesar de saber muy bien cómo iba a acabar si respiraba su aliento durante un buen rato, a pesar de que el calor de su cuerpo me llegaba en oleadas y yo era consciente de que estaba en el infierno, pero de que también era justo el sitio en el que quería quedarme.

Fue Maday la que me instó a retroceder… o a acoger el beso que estaba insinuando. Yo solo me di el gusto de joderme una vez más encontrando sus labios. Todavía sabía al Licor 43 que le habían echado al barraquito según la receta original; todavía sabía a mi Maday de siempre. Le rodeé la cintura con los dos brazos y la estreché contra mí, ignorando lo incómodo de la postura y concentrándome en lo único que me importaba, que era la suavidad de su boca y de sus rizos haciéndome cosquillas en la cara. Ni siquiera oía ya el silbido del viento, solo los jadeos que intercalábamos cada vez que nos separábamos lo justo para tomar aliento y volver a la carga.

No sé cuántos besos llevábamos ya cuando Maday hizo ademán de levantarse, solo que se me empezaban a dormir los labios y tenía

la sangre ardiendo. Todo yo estaba a punto de evaporarme, pero me daba igual, y por eso la afiancé en mi muslo para evitar que se fuera. Maday me transmitió con una mirada que no se iba a ningún sitio, y no lo hizo: solo cambió de postura sobre mi regazo sentándose a horcajadas. La postura me alteró más de lo humanamente soportable, y creo que gruñí sin querer. Apoyé la frente en su pecho, que subía y bajaba como si hubiera corrido un maratón, y seguí con la mirada el recorrido de mis dedos por su muslo desnudo, jugando a subir la falda en el proceso.

La oía suspirar cerca de mi oído, calentando un fuego que tuve la certeza de que no iba a poder apagar jamás.

En un momento dado hicimos contacto visual.

—¿Quieres que te lo pida? —susurró ella. Sus ojos brillaban como brasas, y a mí el corazón se me paró.

No contesté con palabras. Introduje la mano bajo su vestido y rocé la tela húmeda de su ropa interior para asegurarme de que estaba empapada. Solo sentir el calor que emanaba me puso nervioso y disparó unas cosquillas ardientes por todo mi cuerpo. Le pedí con la mirada que se quitara las bragas, y Maday obedeció con las mejillas arreboladas.

Había soñado con volver a tenerla así tantas veces… y ninguna de ellas pasaba como ocurrió, en silencio, en un mirador público, con la sensación de que cuando volviéramos al barco nuestras vidas ya habrían tomado caminos distintos.

—No tengo condones —le dije cuando volvió a estar encima de mí, con las manos pegadas a mis hombros—. Como te podrás imaginar, no tenía previsto qué acabáramos…

—Qué pérfida es Maday, que siempre te pone contra la espada y la pared.

—Me has enseñado por las malas que hay cosas con las que no puedo atreverme a soñar, chiquita —musité, rozando su nariz con la mía.

—Pero hay sueños que se hacen realidad.

—¿Y ese sueño es un embarazo? —bromeé sin quitarle las manos de encima.

Ella se reacomodó sobre mí con un quiebro de caderas que me puso a sudar.

—Tú simplemente… no te detengas. Solo voy a ser irresponsable

una vez.

No sé a qué se refería con eso, si pretendía darme a entender que sería yo y nadie más, pero me aferré a esa interpretación por el placer de sentirme el amo del universo, de mi universo, de *midía miuniverso*, y no dejé de besarla mientras desabrochaba el botón de los vaqueros. Ella deslizaba las manos por mi pecho y mis brazos, por mi vientre, y me acariciaba la cara con una ternura que podría haberme echado a llorar si no hubiera estado a punto de correrme, aunque ¿quién dice que sean sensaciones incompatibles?

Intercambiamos una mirada nerviosa, y volví a sentir ese falso alivio que me había embargado al creerme en igualdad de condiciones con Maday, solo que esta vez era verdadero; esta vez, al ver en su expresión lo mismo que yo estaba sintiendo, un reflejo de mí mismo, estuve en paz, porque, joder, sí que estábamos en el mismo barco. El mismo barco a la deriva, pero el mismo barco, a fin de cuentas.

Maday se humedeció los labios antes de besarme otra vez mientras yo me acariciaba la erección.

—Unos besitos y mira cómo estoy —jadeé contra su boca entreabierta. Metí las dos manos bajo su vestido y palpé su entrepierna empapada—. Y mira cómo estás…

Ella me estrechó contra su cuerpo, alzando las caderas lo suficiente para dar a entender que estaba preparada. Le temblaban los muslos. Quise besarlos, pero me conformé con pasar las manos por detrás y empujarla con suavidad hacia mí. Estaba a punto de morderle el cuello cuando Maday se dejó caer, jadeando aferrada a la tela de mi camisa, hasta esconderme dentro de ella. Emitió un gemido ahogado, y yo le correspondí hundiéndole las uñas en las nalgas, atrayéndola todavía más hacia mí.

Fue cuando quise buscar sus labios que me encontré con que tenía las mejillas empapadas.

—¿Por qué lloras? —susurré, retirándole el pelo de la cara.

—Estoy bien. —Me aseguró con un hilo de voz, abrazándome más fuerte. Empezó a mover las caderas muy despacio—. Estoy… estoy feliz. —Y soltó de pronto una carcajada que me dejó descolocado. Me besó las mejillas y la nariz, me besó la frente, la línea del pelo y los mechones que se interponían entre nosotros. Fue como si de pronto hubiera tomado el control de la situación y

quisiera probarlo todo.

Así fue como un polvo de despedida se convirtió en un polvo de bienvenida. Mis besos dejaron de ser tiernos y tristes, y ella dejó de moverse como si no quisiera que acabara nunca: se apretó y se aferró tanto a mí que pude sentir sus pezones duros contra mi pecho incluso a pesar de que no nos habíamos desnudado del todo, y meneaba las caderas con una impaciencia que parecía que estuviera poseída. Yo me agarré a ella como si de su cuerpo dependiera mi equilibrio, lo cual no era del todo falso.

En cuanto empezó a cabalgarme con una energía activa y desmedida, perdí los papeles y dejé la delicadeza atrás para desahogarme con besos que se grababan a fuego, mordiscos y arañazos que deseé contemplar el resto del día como un puto pervertido. Maday se corrió primero, con mi mano pegada al centro de su espalda y la otra marcándole el culo, pero ni habiendo llegado al orgasmo se detuvo, como si quisiera llevarlo un paso más allá, rascar un poco más de placer.

Yo me esforcé por prolongarlo, porque me aterraba lo que pudiera suceder después y porque nunca la había visto tan desinhibida, tan animal. Pero solo era un capullo enamorado y no podía dejar de excitarme con el hecho de que Maday estuviera encima de mí. Así que me corrí con un gruñido y la pegué a mi pecho, como si así pudiera sentir lo que yo estaba sintiendo, que era una mezcla de confusión, contrariedad y esperanza.

Su vestido permaneció en el sitio, cubriendo el secreto de que estábamos unidos, y no fue el único. Los dos nos quedamos inmóviles, yo todavía dentro de su cuerpo, recibiendo ese calor morboso que no tardaría en excitarme de nuevo unos minutos después, cuando hubiera pasado un rato interminable y todavía no hubiésemos querido romper el abrazo.

No dije lo que estaba pensando.

«¿Y ahora qué?».

Capítulo 22

29/07/2022

El día que Airam rompió a llorar

Núria me dijo desde el principio que cuando volviera a mantener relaciones sexuales de forma sana, la pieza más importante sería la persona a la que eligiera. Dudaba que una chica en mi situación y con mi carácter lograra atreverse a dar el paso si el interés masculino no le despertaba la menor confianza. Creo que por eso fue tan natural para mí entregarme después de superar los nervios y los prejuicios iniciales. Por eso y porque el miedo a perderlo para siempre me escarmentó de tal manera que me habría atrevido a hacerlo incluso sin estar preparada, incluso sin ansiarlo de veras, solo para demostrarle que lo quería a mi lado.

—Maday —me regaña Dácil, mirándome desinquieta—, eso que acabas de decir es una tensada que te cagas.
—Lo sé, pero ni mis sentimientos ni mi manera de pensar son perfectos. Solo soy humana. A lo mejor no lo pondría en Twitter, pero a mi mejor amiga se lo podré decir… ¿o tampoco?
—Chos, no, claro, si yo lo entiendo, pero… bueno, por lo menos no te sentiste coaccionada, ¿no?
—Al contrario. Tomar la iniciativa y ser quien llevara la voz cantante marcó una diferencia importante entre el último recuerdo que tenía y el que estaba a punto de crear. Me sentí tan bien… Tan libre e incluso realizada. Él no podía saberlo, pero me había dado mucho más que un momento de placer para el recuerdo. Me había devuelto una esperanza tan grande que volví al barco con una sonrisa que no me cabía en la cara.
—Ojalá me hubiera dado cuenta. Estaba tan… a mi bola. De verdad que todavía no sé cómo es posible que no me percatara ni de la mitad del cuento. —Dácil suspira y se abraza las rodillas,

semirrecostada contra el cabecero de la cama—. En fin… ¿Cuándo fue exactamente la reconciliación? Porque en Tenerife ya estabais tirándoos pullitas en el teleférico.

Las pullitas en el teleférico no tuvieron nada que ver, pero ya que quieres saberlo, te diré por qué se jodió en apenas veinticuatro horas lo que parecía una nueva oportunidad.

Fran, el chico que atendía el bar de la piscina la mayor parte del tiempo, había vuelto a caer enfermo. Yo soy de la opinión de que nunca se recuperó del todo, y Paulo lo forzó a seguir currando para no tener que ocupar él su lugar, pero eso no viene al caso. Fui yo la que se ofreció a servir las mesas cuando regresé de El Hierro, en parte porque no quería volver a separarme de Airam y me constaba que en ese turno le tocaba atender comandas.

Normal que se hable de los polvos de reconciliación como si hicieran magia. Deberían, de hecho, llamarlo «polvo de hada». Hasta João, otro de los bármanes, se dio cuenta de que algo había cambiado entre nosotros por la manera en que nos relacionábamos con respecto a la semana anterior.

Obviamente, Airam no se había olvidado ni de su cabreo ni de lo putas que las había pasado por mi culpa. Se le notaba en el recelo que controlaba sus expresiones, en la alegría que quería fluir y que se topaba con un muro de cemento. Lo notaba en que ya no quería ser romántico conmigo. Se había atrevido a hacer declaraciones desgarradoras creyendo que estaba poniendo punto y final a una etapa y que eso ameritaba el esfuerzo de abrirse en canal, pero ahora que se atisbaba un nuevo horizonte, creo que estaba aterrado otra vez. Iba con cautela y con prejuicios que tenían fundamento.

Por mi parte, yo sentía que mi pasado había quedado atrás por el simple hecho de haberme atrevido a dar el paso, que no volvería a alcanzarme, y estaba desesperada por recuperar el tiempo perdido. Estoy segura de que me equivoco, de que algún día regresará el miedo de forma puntual —o para quedarse durante una temporada—, pero por el momento me permitía ser optimista.

Me acerqué a él con una sonrisa que no me cabía en la cara.

—Parece que has aprendido a hacer los cócteles —comenté con desenfado.

Él se giró con las pinzas de las rodajas en la mano y me devolvió el gesto.

—De hecho, no dejan de aplaudirme por mis *bloody mary*. Me salen de lujo. ¿Quieres que te haga uno?

—No sé si me conviene que me vean bebiendo en horario laboral.

—Para lo que nos queda en el convento… —Airam se encogió de hombros y se acodó en la barra para guiñarme un ojo—. Además… Entre tú y yo, chiquita turcia me he estado cogiendo cada vez que Paulo o tú os dabais la vuelta. Lo de que aquí hay barra libre para los vips lo he interpretado como me ha salido de los cojones.

—Es que tú eres vip, ¿recuerdas?

La sonrisa de él se tornó nostálgica. Me miró con fijeza, como si quisiera averiguar cuál era mi opinión al respecto.

—Cómo olvidar el momento en el que me llamaste poco más que cerdo burgués —comentó al fin, apoyando la barbilla en la mano—. ¿Sigues pensando lo peor de mí?

Me encogí de hombros con desenfado.

—Cada uno tiene sus defectos.

—Oye, ya en serio, yo nunca te hice de menos por trabajar en la restauración. Llámame anticuado, pero solo parto de la idea de que todo el mundo tiene una vocación y tú nunca te has esforzado por encontrar la tuya… Hasta ahora, supongo.

—Que me guste hacer fotos no significa que haya encontrado el sueño de mi vida. Hay gente que no tiene vocación y no pasa nada. Además, no es que tú hayas sido mucho más feliz que yo estudiando Medicina. No se me ha olvidado por qué la elegiste como carrera.

—Me ha ido gustando con el paso del tiempo. —Se defendió, porque siempre siempre tenía que tener la razón—. Ahora estoy preparado para trabajar. Incluso deseoso.

—Qué suerte… A ti la vocación te ha encontrado.

—O la he hecho mía a base de empeño, y casi a la fuerza. Todo el mundo sabe que soy más terco que una mula y que insisto hasta que no me quedan energías. —Airam se me quedó mirando, tratando de transmitirme un mensaje con claro subtexto.

—¿Alguna vez las has perdido? —le pregunté en voz baja, acodándome también en la barra para acercarme más a él.

—Sí —reconoció con una mueca resignada. Alargó la mano para acariciarme la barbilla con los dedos—, pero no por mucho tiempo. Será que en el fondo me gusta sufrir y me creo más listo que la

suerte.

Palmeó la barra con energía renovada y se inclinó lo suficiente como para robarme un beso rápido en los labios. Luego volvió a tomar las pinzas, soltó la rodaja de lima que le faltaba al mojito y me rodeó para servírselo a una de las dos chicas de la mesa cuatro. Al girarme para seguir su recorrido, preguntándome qué íbamos a hacer a partir de entonces, me topé con la expresión sombría de Leire, que se estaba sentando a una de las mesas con Celia.

Supuse que la mirada extraña no iba dirigida a mí, porque no me pareció que tuviera razones para incomodarme, y me acerqué para tomarles nota.

—Hola, chicas. —Les sonreí mientras me secaba las manos en los pantalones. Creo que miré un rato de más a Celia. Estaba llorando a moco tendido—. ¿Qué os puedo poner? ¿Te encuentras bien? —agregué en voz baja.

Celia alzó la barbilla y me miró con los ojos inundados. Se apresuró a asentir con una media sonrisa circunstancial.

—Chos, no me menciones a Celia, por favor, que me quiero pegar un tiro.

—Es necesario para entender cómo introdujo Leire la conversación.

Dácil resopla.

—No veas con Leire, chacha. Qué hartita me tiene.

—Sabrás lo que le ha hecho tu amiga, ¿no? —soltó Leire de pronto, pasándole una mano por los hombros a Celia—. Me imagino que os lo contaréis todo.

—Algo he oído —reconocí, porque no tenía sentido negarlo, y estando de servicio no podía darme la vuelta y largarme; como pusieran una hoja de reclamaciones a mi nombre, me iba a quedar sin curro en verano—, pero no me he querido meter.

—Seguro que no. —Leire sonrió con frialdad—. La que saldría perjudicada es Dácil, que para eso es quien ha metido cizaña.

—Eso está claro —contesté para su inmenso asombro. Creo que tenía la intención de avergonzarme, o de atacarme usándote como excusa. No esperaba que yo le diera mi opinión personal, ni que luego me dirigiera a Celia—: Lo que ha hecho Da no ha estado bien, y no te quepa duda de que ella es la primera que se arrepiente.

Tampoco me deshice en disculpas porque ni yo le había hecho nada, ni conocía a Celia más que de una presentación y cuatro o cinco conversaciones aisladas a lo largo del crucero. Ella, o bien estaba cansada de hablar del tema, o bien no quería debatirlo conmigo, porque solo asintió, distante.

—Parece que a los Oramas les va la marcha —retomó Leire cuando estaba a punto de darme la vuelta, asumiendo que no iban a consumir y sin fuerzas para recordarles que debían marcharse si no estaban dispuestas a gastar dinero. Se cruzó de piernas y levantó la barbilla hacia mí con una sonrisa hostil—. Una se divierte metiéndose en relaciones ajenas, y el otro se cree en el derecho de jugar a dos bandas.

Recordando los días que había visto a Airam en actitud mimosa con su ex, un mal presentimiento me formó un nudo en el estómago.

—¿A qué te refieres?

Leire se encogió de hombros como si el asunto no fuera con ella, pero era tan expresiva que no se me escapó que en sus ojos brillaba el antagonismo.

—¿A qué crees tú que me refiero, Maday? Siempre has sido muy espabilada, a lo mejor llegas a la conclusión solita. —Viendo que yo no contestaba y que, de hecho, no estaba por la labor de seguirle el juego, optó por ir al grano—: ¿No sabes que Airam y yo llevamos unos días viéndonos?

Se me cayó el alma a los pies, por decirlo de una forma breve y sutil. No me lo quise creer alegando que no había visto nada extraño entre ellos, pero no era cierto; sí que me había planteado en algún que otro momento que Airam estuviera flirteando con ella de forma inocente.

—Bueno —retomé en cuando hube procesado la información, sosteniéndole la mirada—. Si algo se puede sacar en claro de lo que me cuentas es que aquí ninguno de los involucrados es un ejemplo de nada.

Ella se ofendió, como es natural. Había que ser bobomierda para no darse cuenta de que la estaba llamando infiel, y eso como poco.

—Estoy de acuerdo contigo. Leire es una bobamierda como poco.

—Excepto tú, que eres perfecta. —Lo soltó con el rencor que llevaba acumulando desde el comienzo de la discusión. O desde que me conoció—. No le pones los cuernos a nadie, no intervienes a no ser que te pidan sinceridad, y, aun así, siempre te las apañas para estar en medio.

—Yo estoy donde me ponen —contesté con serenidad—, y si me gusta dónde me han puesto, pues me quedo, como haría cualquiera.

—Ah, ¿te gusta que te hayan puesto los cuernos? No sé si has formalizado con Airam, pero a ninguna tía le hace gracia que su rollete de verano ande por ahí pasando la noche en camarotes que no son el suyo.

Me aferré a las obviedades y al sentido común para no ceder a la desesperación.

—Dudo que haya pasado una noche en tu camarote cuando lo compartes con tu novio.

—¿Y por qué lo dudas? A lo mejor a Airam le van los tríos. —Se apoyó en el borde de la mesa y alzó más la barbilla para mirarme con la vena de la sien a punto de explotarle—. ¿No estás cansada de pelearte conmigo por él? Porque yo sí estoy bastante harta de ti.

—¡Y nosotras de ti, puta imbécil!

—Leire —la regañó Celia, cubriéndose la nariz con un clínex—. Déjalo.

—¿Ves? ¡Hasta Celia intentaba callarle la boca!

—Sí, Leire. —Me oí decir—. Déjalo. Los problemas que tengas con Airam o la relación que pienses que has empezado con él son cosa vuestra. Y no es por quitarle responsabilidad al tercero en discordia, pero la que parece que juega a dos bandas, estando comprometida, no somos ni yo ni él.

Leire jadeó, entre pasmada y al borde de la indignación.

—¿Encima me vacilas?

—¿Qué pasa? —preguntó Airam, que debía de haberse dado cuenta ya de lejos de que su exnovia se iba poniendo cada vez más roja, y de que yo estaba tan tensa que parecía que me fuera a romper de un momento a otro.

Me giré hacia él y con una mirada le transmití todo lo que

estaba pensando: que era un cerdo, que librara esa batalla en su nombre, porque yo no tenía nada que ver con las historias retorcidas en las que hubiera querido meterse, y que se acababa de coronar.

—Tu rollete se ha mosqueado —comenté con desdén—. Os dejo intimidad para que resolváis lo que quiera que pase entre vosotros.

En realidad sabía que estaba involucrada, pero de forma forzosa, y no quería permanecer allí. Los ataques de Leire habían supuesto un mazazo de realidad para mí, y si bien era consciente de que no tenía derecho a enfadarme, porque, objetivamente, Airam no me había prometido nada y hasta el día anterior apenas nos dirigíamos la palabra, solo pensar que me hubiera ofrecido sexo sin compromiso al mismo tiempo que a su exnovia me puso enferma.

—Normal. Estabas en tu derecho. Chos, *¿qué les pasa a todos los pibes de mi vida? ¿Tienen que ser unos jediondos?*

Le dije a João con un hilo de voz que iba al baño un momento, pero en realidad fui a refugiarme a mi camarote para evitar intervenir en una discusión que no tenía fuerzas para afrontar.

—Dime que Airam te siguió.
—No. El barco atracó en Tenerife y los pasajeros empezaron a salir, y entonces pasó aquello en el teleférico.
—¿Y ya está? ¿No te dio explicaciones? ¿Tú no las pediste? ¿Es que no te he enseñado nada?
—Tranquila, que ya voy a eso.

Supuse que se había quedado apaciguando a Leire, que de todos modos lo necesitaba más que yo. Y me jodió, no lo voy a negar. Seré permisiva y empática y lo que tú quieras, pero a una chica le gusta que la elijan por delante de su ex.

—Y también por delante del bien y del mal. —Apostilla Dácil.

Tuve que hacerme a la idea de que Airam iba a quedarse con el papel de víctima, a juzgar por la actitud de chuloplaya que demostró en el teleférico. Un fisco de ajo y agua para la niña, ya sabes. Recogí mis escasos bártulos del camarote y volví a casa con

la sensación de haber hecho un viaje de tres meses y medio a un país lejano. Me notaba el cuerpo pesado, capaz de dormir durante días y sin energía para socializar siquiera, aun cuando había echado tanto de menos a los Oramas que quería saludarlos.

Quiso el destino o la casualidad que me encontrara con Airam en la misma puerta: él acababa de bajar del taxi que se había pillado para volver con su familia, y yo rodaba mi maleta cuesta arriba, jadeante, con las llaves del chozo ya en la mano.

Intercambiamos una mirada en la distancia.

—¿Has conseguido que Leire se calme? —le pregunté con voz queda, mientras intentaba encontrar la llave adecuada para meterla en la cerradura. Ni siquiera sonaba acusadora, solo… tan decepcionada que no me sentía ni la cara, ni las manos, ni el corazón. Pero a él le bastó con que hubiera abierto el pico para rechinar entre dientes y dirigirse a mí desde la calle con los brazos extendidos.

—¿Se puede saber qué coño esperabas, Maday?

Que me hablara en ese tono otra vez me sacó de mis casillas.

—¿Qué pasa? ¿No te ha bastado con intentar humillarme delante de quince personas en un teleférico, que ahora también tienes que tratarme como si no valiera nada? —le espeté de mala manera—. ¡No estoy aquí para iniciar una discusión!

—Y para qué sueltas ese comentario de mierda, ¿eh?

Se me escapó una risita histérica.

—Hombre, mis comentarios tendrán que ir a juego con tu actitud, ¿o quieres que te haga la corte después de lo que has hecho? ¿Se supone que debo hacer la vista gorda a que hayas estado tirándote a tu ex mientras me sugerías que nos acostáramos sin compromiso?

—Baja la voz. —Me gruñó, lanzando una mirada nerviosa a la casa—. No me interesa que se enteren mis padres.

—No, claro que no te interesa que se entere nadie. Leire y yo, las primeras. Por eso te lo tenías tan calladito. Porque si lo hubiéramos sabido, lo mismo no te habríamos hecho ni puto caso.

—¿Se supone que te sientes ofendida?, ¿que te he puesto los cuernos? —Era él quien alzaba la voz cada vez más—. ¿En qué mundo vives? Echamos un polvo ayer y ya está, no significa nada.

Siete palabras le bastaron para acabar conmigo. «Echamos un

polvo ayer y ya está». Me poseyó el demonio y quise gritarle que para mí había tenido bastante más valor, y especificarle las razones con pelos y señales, pero pensé que sería una jugada sucia y fuera de lugar. Airam sabe hacer daño y no duda en sacar la basura cuando se enfula. Yo no soy así.

—Y te habría convenido serlo alguna que otra vez.

—Espero que a Leire no hayas intentado aplacarla con el mismo comentario.

—Con Leire ni me he liado, Maday. Apenas nos dimos un puñado de besos en un par de ocasiones, y eso estando los dos borrachos. No me metería en la cama con una piba que tiene novio, incluso si su novio me parece un pollaboba… —Se calló de pronto, como si acabara de caer en la cuenta de algo muy importante—. ¡No tengo por qué darte explicaciones! ¡No es como si tú las dieras a menudo o te las hubieras ganado con tu comportamiento ejemplar!

—No mezcles una cosa con la otra —le advertí, dejando las llaves en la cerradura y girándome hacia él con el dedo en alto—. Estamos hablando de lo que ha pasado hoy, ahora; de esta semana. Y lo que ha pasado es que has sido un cerdo y un aprovechado. Y si vas a justificarlo con que Maday fue muy malvada cuando tenía dieciocho años, no vas a conseguir sino parecer aún más cabrón, porque entonces pensaré que te has liado con Leire a la vez que conmigo para vengarte y no porque te apeteciera.

Airam soltó la maleta, cuyo mango había estado aferrando para desahogar la frustración, y cruzó la calle para encararme con el rostro contraído en una mueca furibunda.

—No estoy mezclando una cosa con la otra, estoy hablando de un problema global y te estoy recordando por qué no tienes derecho a exigirme ni explicaciones ni fidelidad. Jugaste conmigo una vez, me dejaste tirado como a un puto perro, luego provocaste que mi novia me dejara y te has pasado todo el viaje intentando llevarme a tu terreno, solo Dios sabe para qué. No voy a decir que por todas esas razones te merezcas que te haga daño, pero tendrás que disculparme si asumí desde un principio que no tengo el poder para romperte el corazón.

—Ah, entonces has estado jugando a dos bandas porque se

suponía que a mí me daría igual. —Se me escapó una risita—. Parece que no me conozcas, Airam.

—Es que no te conozco. —Dio un paso atrás con las palmas en alto—. Te juro que a veces no te conozco. No tienes razones objetivas para cabrearte conmigo porque no te he prometido la luna, Maday. Simplemente…

—Simplemente hemos echado un polvo, ¿no? —completé con la voz vacía. Lo miré a los ojos para ver cómo le sentaba oír sus palabras en mis labios, y no me pareció que le hiciera mucha gracia—. De acuerdo, a lo mejor no estábamos casados, pero lo que has hecho es una falta de respeto. Y no vas a impedir que me duela solo porque «lo razonable» es dejar que me traten como el culo por una especie de compensación divina. Para mí no «follamos y ya está», Airam —reconocí, y la voz se me quebró—. Para mí podía significar… Yo esperaba…

—¿Qué esperabas? —me insistió con impaciencia, curvando los labios en una sonrisa incrédula—. ¿Que todo volviera a ser como antes? Estás tronada de la cabeza ¿o qué? No puedo estar contigo, Maday, ¿o no te lo dejé claro? ¿O acaso no es evidente? No sé ni por dónde empezar a arreglar la confianza que tú te cargaste, y ni se me ha pasado por la cabeza iniciar una relación con una piba que ni sabe lo que quiere, ni habla conmigo, ni me respeta, ni…

—Entonces has dejado clara tu postura. No hay más que hablar. —Abrí la puerta de casa e intenté ponerme a salvo de sus recriminaciones dentro de ella, pero Airam cruzó el umbral conmigo y, tras asegurarse de que mi abuela no estaba allí, la cerró y me acorraló contra ella.

—¿Ves? Te callas de pronto y te crees que ahí se acaba todo. Te callas, y cuando vuelves a hablar, piensas que los demás nos hemos olvidado de lo que has dicho, lo que has insinuado o el daño que has causado y que podemos empezar de cero. Lo siento, Maday, pero no me voy a hacer el loco ni te voy a bailar el agua. Si por una vez dijeras qué cojones hay en tu cabeza…

Ahí llegué al límite de mi paciencia. No estaba cansada de sus reproches, sino de mí misma, de mi silencio, de lo que él me estaba reprochando; de quedarme callada, como muy bien había dicho, y esperar que el mundo se solucionara solo, o de que su insistencia me salvara el día como había hecho durante tanto tiempo.

Lo enfrenté con una mirada que esperaba que transmitiera mi determinación a sincerarme.

—Ahora estoy preparada —le dije con claridad—. Estoy lista para ser para ti lo que quieras que sea. Eso es lo único que ha cambiado desde que cumplimos dieciocho años, mi situación, porque lo demás ha permanecido intacto con el paso del tiempo. Te quiero y te lo he dicho incluso en los peores momentos, aunque no significara nada entonces. Te lo repetí en el centro comercial y te lo confesé cuando lo dejaste con Leire, y entiendo que para ti no fuera comprensible oír que alguien pueda quererte y a la vez no se vea capaz de estar contigo, porque eres cuadriculado y te enrocas cuando algo se te mete entre ceja y ceja. Pero yo no. Entiendo lo frustrante que ha sido, me responsabilizo de lo que te he hecho y… y te quiero. —Insistí. Él se había quedado en silencio e inmóvil, como si alguien hubiera congelado la imagen. Me miraba con fijeza y sin pestañear—. Y me parece bien la casa en Tacoronte, y el Hyundai, y que bailemos una cumbia en la boda, pero también me habría apuntado a un futuro viviendo amancebados en el infierno y con el carrito de golf de Los Picapiedra. Créeme cuando te digo que no ha habido un solo momento en toda mi vida en el que no haya querido hacerte feliz.

—¡¿Y por qué no lo has hecho, joder?! —bramó con la voz quebrada—. ¿Qué pasaba? ¿Cuál era el problema, Maday? Dímelo o acabaré enloqueciendo, enfermando o las dos cosas a la vez. Dime qué hice, o qué no hice, o…

Aparté la mirada, tan asfixiada que no podía ni respirar.

—Tú no hiciste nada, Airam.

—¿Entonces? No puedo seguir con estas dudas… —Se llevó las manos a la cabeza y se agarró del pelo, a punto de perder los papeles—. No puedo seguir así, Maday. Te quiero, Dios sabe que te quiero, pero no puedo perdonarte lo que me hiciste si no lo comprendo, si no lo sé, sino… Necesito que me lo digas.

Y se lo dije.

Le dije lo que pasó con dos sencillas palabras, y ahora que echo la vista atrás, pienso que podría haberlo soltado de un modo más sutil para empezar; elaborar una introducción más o menos misteriosa e ir recrudeciendo el relato a medida que avanzara, no decirle de sopetón lo que pasó en un coche, a unos metros de la

puerta del *pool*, durante la única noche que él no pudo venir a buscarme.

Su reacción me recordó por qué había estado dispuesta a irme con el secreto a la tumba. Fuera lo que fuera que se hubiese imaginado, su mente jamás le llevó por el más retorcido de los caminos, y no puedo ni siquiera empezar a describirte cuánto me arrepentí de haberme sincerado; no ya tarde, para justificar una historia pasada, sino de haberlo hecho a secas. Porque es verdad lo que dije. No ha habido un momento en mi vida en el que no haya querido hacerle feliz, y sabía que hacerle cómplice de lo ocurrido le rompería el corazón tal vez incluso más que alejarlo de mi lado.

Dos palabras y Airam dio un paso atrás como si acabara de apuñalarlo, con la cara tan desencajada que dejé de reconocerlo. Continué con una descripción de los hechos muy breve, concisa, pronunciada con una frialdad sorprendente, como si le hubiera ocurrido a otra persona. Él empezó a negar con la cabeza a partir de que le mencionara que fue Carlos, nombre que le había mencionado en alguna ocasión, y cuando le dije qué pasó la noche que no acudió a la cita, se dio la vuelta violentamente con el cuerpo tan tenso que había empezado a temblar.

Se cubrió la cara con una mano, y no reaccionó cuando yo intenté hablar con él acercándome a su espalda.

No sé si le dio un ataque de ansiedad, de pánico o si solo había entrado en *shock*, pero jamás lo había visto así, y me dije que, mientras de mí dependiera, nunca volvería a pasar por algo parecido. Porque si él no se pudo imaginar mis razones para romper la relación, yo tampoco era capaz de concebir la magnitud de sus emociones al descubrir esas razones.

Cuando logré cogerlo de la mano y él consiguió enfocar la mirada a medias, entendí que quería oírme decir que era broma, pero sabía que yo no bromearía con algo así, y sabía que no podía estar mintiendo porque muchas piezas cuadraban en su puzle inconcluso.

Lo vi en sus ojos.

—¿Cómo…? —articuló entre respiraciones profusas y entrecortadas—. ¿Por qué no me…? ¡Joder, Maday! —gritó de pronto con los puños cerrados. Me lanzó una mirada cargada de odio, no sé si hacia mí o hacia quién. Se le habían saltado las

lágrimas, pero ya no era ni consciente de que lloraba, de que tenía la cara empapada—. ¿Por qué coño no me lo dijiste? ¿Qué pensabas? ¿Qué te pensabas? ¿Que te iba a abandonar? ¿Qué cojones…? ¿Qué te pensabas? —repetía todo el rato, cada vez más agobiado.

Yo no sabía cómo apaciguarlo. La situación me vino grande, y a él, más.

—Lo siento. —Se me ocurrió decir—. No… podía. Estaba… estaba en *shock*, y luego fue demasiado tarde, y después llegó Leire, y estabas tan lejos de mí que…

Airam sacudía la cabeza una y otra vez, como si quisiera librarse de los pensamientos venenosos que habían empezado a asaltar su mente. Se llevó las manos a las sienes de nuevo, mirando un punto fijo en la pared de enfrente. Sollozaba como un niño, a caballo entre la incredulidad y un desconsuelo que me hizo temer que nunca lograra reponerse. «¿Qué te pensabas? ¿Qué te pensabas? No puede ser, no es verdad, no es cierto, no es cierto. No. Es. Cierto. No es verdad, no puede ser», repetía una y otra vez. Me acabó contagiando las lágrimas. Quise que me abrazara o que me dijera algo que pudiera calmar los miedos que me sobrevinieron; miedo a que me dejara tirada, a que no quisiera volver a verme. Pero no me abrazó, y tampoco permitió que yo lo consolara a él.

En ese momento estaba muy alejado de mí. De mí y del mundo entero.

—No puedo —musitó tantas veces que perdí la cuenta—. No puedo. Lo siento.

Se dio media vuelta y salió de casa tirando de la puerta como si quisiera arrancarla. La brisa nocturna entró como un latigazo, agitándome el pelo. También el portazo posterior me aireó el vestido que llevaba, pero fue lo único que se movió después de que desapareciera.

Epílogo de Airam

Madrid

—Te has quedado callado de pronto. —Comenta Thiago, mirándome con fijeza. En algún momento volvió a sentarse junto a la caja de cartón, y ahí ha seguido, en la posición del loto y con una mano metida dentro, trasteando en busca de algo más, ese algo que le ayude a dar con el fondo de la cuestión, con esa justificación de Maday que necesita para dar sentido a la historia—. ¿No piensas decirme qué fue lo que te dijo? Alguna explicación te daría cuando le hiciste frente en su propia casa.

Asiento sin despegar la mirada de mis manos, donde creo que la he perdido más tiempo del necesario.

—Pero no es mi papel contártelo —respondo—. Quédate con que tenía un motivo.

—¿Para alejarte, dices? —Vuelvo a asentir. Incluso sin girarme hacia él, ya sé que está debatiéndose entre insistir o dejarlo estar, no por curiosidad, porque esa Thiago sabe reprimirla para garantizar que el otro se sienta cómodo, sino por preocupación—. Muy bien… Pues aquí acaba el relato, supongo. Pero ¿en qué términos? ¿Ni siquiera habláis?

Esto no se lo cuento a Thiago porque implicaría sacar a la luz la historia de terror que vivió Maday y que no estoy en el derecho de comentar, ni siquiera aunque lleve semanas necesitando expresarlo en voz alta.

El día que supe hasta qué punto Maday había estado sufriendo a escondidas fue el mismo que mi padre regresó de la nada. Al no verme en condiciones de sentarme a la mesa familiar, me subí solo al mirador de La Centinela. Más tarde se uniría Thiago, cuando yo ya estaba lo bastante calmado como para que no fuera tan evidente que acababa de sobrevenirme una avalancha mortal.

En ese momento sabía que tarde o temprano tendría que hablar con Maday, si no para decirle cómo me sentía, por lo menos para

hacerle saber que mi estampida no tenía nada que ver con el hecho de que la despreciara o no pudiera soportar saber lo que le había pasado… Incluso si era cierto que no podía soportarlo. Pero durante las primeras horas de esa noche me permití aislarme del mundo y sumirme en mis pensamientos. No solo abracé una verdad venenosa que hasta entonces ni siquiera había sospechado y con la que no podría reconciliarme jamás; también entré en contacto de golpe con los sentimientos que había estado reprimiendo por orgullo y por despecho hacia ella, y no solo se me presentó de golpe el dolor, sino también el amor. Ese amor incondicional, terco y desesperado que tanto asombraba a quien me rodeaba y a veces incluso a mí mismo.

No sé cuánto tiempo estuve doblado sobre mi propio vientre, tratando de echar mano de mi autocontrol y de mis estrategias para superar los ataques de pánico, para no vomitar ni ceder a los mareos o la migraña cruel que se instaló entre mis sienes. Estaba esperando el momento oportuno para volver a Maday y ser para ella la persona que necesitaba que fuera, pero cuando no me paralizaba la angustia, me llenaba de una rabia que no sabía en quién proyectar o me sumía en una tristeza impotente que me dejaba sin palabras.

Porque ¿qué podía decirse en ese caso?

—¿Te acuerdas de cuando estuvimos tú y yo en el mirador la noche que volvió mi padre?

—Estabas fuerísima de tus cabales. —Recuerda con una mueca aprensiva—. Creo que nunca te había visto tan afectado, aunque tampoco me extrañó teniendo en cuenta que involucraba a Joaquín.

—No tenía nada que ver con mi padre, pero eso no importa. Esa madrugada, cuando nos fuimos para el aparthotel que acababas de reservar en Santa Cruz, la llamé por teléfono. No sé cuántas veces, por lo menos diez, y le colgué siete u ocho antes de que lograra descolgar, y una en cuanto oí su voz. —Tuve que hacer una pausa para encontrar el valor y seguir hablando—. Hay veces que no estás preparado para afrontar algo, pero sabes que no tienes mucho tiempo para demostrar que vas a quedarte ahí, que cada minuto que te ausentas aumenta la brecha entre los dos, y debes hacer un esfuerzo sobrehumano.

—Creo que nunca me ha pasado, pero te entiendo.

No, no lo entiende. A Dácil nunca le han hecho tanto daño. Él no

sabe lo que es esto.

Esa noche me quedé con Thiago en el aparthotel para no tener que volver a mi casa. Puse la excusa de que no quería verle el careto a mi padre, pero lo que me aterraba era perder los papeles y acabar en casa de Maday aporreando la puerta para rogarle que me dijera que me había mentido, o algo mucho peor: para hacerle reproches basados en mis injustos sentimientos, como que debería habérmelo contado en el acto.

A las cuatro y cuarto de la madrugada reuní el coraje para levantarme del sofá, donde había estado dando vueltas con los ojos como platos, y encerrarme en la modesta terracita de la habitación. El vecino de al lado también se había asomado al balcón. Iba sin camiseta para sobrevivir a la bochornosa humedad de Santa Cruz, como yo, pero lo único que le tenía despierto era la necesidad de su dosis de nicotina. Nos saludamos con un gesto de la cabeza, mientras él daba lentas caladas a su cigarrillo, y por fin marqué el teléfono, temblando como si la temperatura hubiera descendido en picado.

Creía haber agotado todas las lágrimas que me quedaban antes de que Thiago llegara al mirador, en esas horas nefastas que marcaron un antes y un después en mi vida, pero con solo oír su voz volví a notar la presión en el pecho y tuve que hacer de tripas corazón para mantenerme en pie.

—¿Airam? —musitó al ver que no contestaba. No parecía embaifada[49]. Debía de haber trasnochado también—. Es muy tarde. —Pero no hizo ademán de colgar. Se quedó esperando con paciencia, respirando al otro lado de la línea, a que yo hablara por fin.

—Tenías que saber el daño que me harías ocultándome esto y contándomelo tanto tiempo después. —Fue lo primero que se me ocurrió decir—. Tenías que saberlo, porque me conoces.

—Sabía que no te lo tomarías bien —contestó con una calma forzada—, pero la agresión no iba sobre ti, Airam. En ese momento no pude actuar, no sabía cómo, y después prioricé mi bienestar. No te lo habría contado nunca si no me hubiera visto en un callejón sin salida.

—¿Por qué? —Creo que esto lo rugí. Inconscientemente escogí el enfado sobre el resto de las emociones para soportar la

conversación con relativo estoicismo—. ¿Es que no confías en mí?

—Airam, hay ciertas situaciones para las que más o menos uno se puede preparar. ¿O no te acuerdas de todas las veces que nos hemos preguntado «y tú qué harías»? Acordamos que, si a alguno de los dos le ponían los cuernos alguna vez, tú romperías con ella en el acto, y yo lo escucharía para entender mejor en qué contexto se dio la infidelidad. Y, por ejemplo, también estuvimos de acuerdo en que si tuviéramos un accidente de coche, la primera llamada la haríamos el uno al otro. Pero hay… circunstancias para las que no te conciencias porque no crees que vayan a pasarte, y en el tiempo que necesitas solo para asimilarlo, no digamos ya para confrontarlo y sanar, cometes muchos errores. Aun así, aunque no lo hice bien, hoy no estoy segura de si cambiaría mi decisión en caso de que pudiera viajar en el tiempo. Los dos sabemos lo que habrías hecho si te lo hubiera contado la misma madrugada que viniste a verme.

Maday fue muy escueta relatándome lo que pasó, pero el hecho de que no ahondara en detalles escabrosos no me había ahorrado la sucesión de imágenes violentas que llevaba toda la noche ametrallándome sin descanso. Fue por culpa de mi imaginación y de mi obsesión con encajar los hechos en un momento concreto que llegué a la conclusión de que la Maday que no quiso recibirme en el baño de casa, abrazada a sus rodillas, era la Maday que ya estaba a mil años luz de mí. La Maday que ya había perdido. Y, como ese recuerdo, otros tantos habían quedado trastocados, empañados por la perspectiva desde la que ahora me veía obligado a verlos: que no quisiera tocarme en el centro comercial, que no tuviera contacto masculino en años, su rechazo y su temor con solo pensar en quedar con un chaval de Tinder…

Lo que más me venía a la cabeza era aquel débil intento suyo por explicarme que algo malo había pasado cuando rompí con Leire, porque caí en la cuenta de que si no me lo pudo confesar entonces fue por culpa de mi fijación por convertirla en la mala.

Sacudí la cabeza para alejar el recuerdo de Maday echándome de su casa.

—¿Que los dos sabemos qué habría hecho si…? ¿Te refieres a que me habría quedado en Tenerife? Pues por supuesto que me habría quedado, ¿qué cojones te crees? ¿Y por qué es eso importante?

—Bastante culpabilidad he sentido porque mi vida se parara, como para encima tener que vivir también con el remordimiento de haber arruinado la tuya. A saber cuándo habrías podido empezar tu carrera universitaria y tu vida fuera de casa, por no mencionar que es improbable que me hubiera recuperado más rápido contigo de mi…

—Mi carrera universitaria. —Se me escapó una carcajada incrédula—. Estás poniendo por encima de ti una puta carrera universitaria.

—No solo una carrera, Airam —replicó en tono cansino. No se oía una mosca al otro lado de la línea, solo su voz nítida—. Tú sabes mejor que yo que lo que estaba en juego era tu cordura.

—Mira, será mejor que cortes el rollo y busques un argumento más factible, porque no vas a convencerme de que te callaste para hacerme un favor. La cordura la perdí de todos modos.

—Airam, en serio… Nada de esto iba sobre ti…

—¡Sí que iba sobre mí, joder! ¡Todo lo que va sobre ti va sobre mí! ¡Todo lo que te pasa a ti me pasa a mí! —grité, ya fuera de mis cabales.

Ella esperó a que mi respiración volviera a acompasarse para retomar la conversación con esa serenidad que me sacaba de mis casillas.

—Estabas en medio y por eso te salpicó de forma inevitable, pero no podía darte más importancia que a mí misma. En el mejor de los casos, te habrías quedado en Tenerife, manteniendo conmigo una distancia física y emocional de cien metros, y habrías acabado odiándome porque no habrías visto mejora hasta transcurrido un año, un lustro, un siglo… —Su voz se fue apagando—. No importa. ¿Qué sentido tiene pensar en lo que podría haber pasado?

—No tiene ningún sentido, no. —Concluí, impaciente—. Pero no puedo evitar centrarme en eso porque acabas de cambiar por completo el matiz de todas las situaciones que he vivido contigo desde entonces. Y pensar que he estado viviendo tan tranquilo en otra ciudad, pensando que eras una… una cabrona, cruel y… No puedo borrar todo el tiempo que he pasado odiándote, Maday, y ahora todo ese tiempo me pesa como si… ¿Cómo esperas que me mire a la cara ahora?

Ella suspiró.

—No podías saberlo, Airam. Y tampoco podías hacer nada. En estos casos, lo único que nos queda es aceptarlo y vivir con ello hasta que cada vez vaya ocupando un lugar menos dominante en nuestra memoria. Y eso no va a pasar esta noche —agregó.

No hacía falta que lo dijera, porque yo lo sabía, pero oírlo me erizó el vello.

—¿Y si no pasa nunca? —pregunté con ansiedad, aferrando el móvil como si él tuviera la culpa. Porque alguien debía tener la culpa. Alguien debía tener la culpa para que yo la tomara con él, y lo matara, y todo este sufrimiento acabara por fin—. ¿Y si cada vez que te mire solo vea que no estuve ahí para ti, y que me estaba divirtiendo en Madrid mientras tú sufrías, y que te odiaba cuando en realidad debería haberte cuidado? ¿Y si no puedo evitar tenerte rencor por haberme arrebatado la oportunidad de ser la persona que debía ser, la persona que estaría a tu lado siempre?

—En ese caso… —contestó pasados unos segundos de tensión—, todo acaba aquí.

Me negaba a aceptarlo. Ni por un instante quería arrancar a Maday de mi vida por algo que había escapado a su control y cuya confesión a buen seguro le había supuesto un esfuerzo sobrehumano. Me negaba a martirizarme cuando yo era una víctima pasiva que se suponía que apenas había recibido el desafortunado revés de un problema mayor. Me negaba a guardarle rencor porque la entendía, y porque en el fondo tenía razón al decir que ninguna solución me habría dado los siete perfectos años de amor y amistad que le recriminaba haber arrancado de cuajo.

Lo vi tan claro que quise morirme: en cualquier mundo, hubiese hecho lo que hubiese hecho, Maday y yo no habríamos podido ser jamás. Pero no haber podido controlar la situación, revisitar cada segundo transcurrido con ella desde entonces y saberlo manchado por una sombra de la que no era consciente, enfrentarme de nuevo con mis sentimientos dañinos e injustos… Todo eso me torturaba de una manera insoportable. Eso y otras muchas cosas que escapaban a mi poder y que seguían truncando mi presente, como mi familia, a la que tuve que priorizar, dejando sola a Maday; al hijo de perra que juré torturar si tenía la mala suerte de cruzarse en mi camino.

—Si hubiera… —Me atraganté—. Si hubiera estado contigo…

—No vayas por ahí —me cortó enseguida con tono severo—. No

vayas por ahí y escucha lo que te digo: no hay manera de predecir estas cosas. Suceden de quien menos te lo esperas, o en el momento en que te parecía imposible que ocurriera. Créeme, ya me he martirizado suficiente por ese tema. También yo podría no haber ido al *pool* ese día o no haber subido a ese coche, pero la culpa nunca es del agredido.

«Agredido». Que Maday entrara en esa descripción pudo conmigo y tuve que apoyarme en el cristal con los ojos cerrados. Ni siquiera me apaciguó que sonara como si ya se hubiera hecho a la idea, más esperanzada incluso que resignada, como si hubiera mantenido tantas veces esa conversación consigo misma que no solo hubiera logrado convencerse de estar tranquila, sino también reconciliarse con la niña del pasado a la que tanto daño le hicieron.

Lloré de todos modos. Lloré a lo callado, intentando que no se diera cuenta.

—Dime que al menos se lo dijiste a alguien, que alguien estuvo contigo.

—Una psicóloga.

Asentí en silencio. Me imaginé que no se lo habría contado a Dácil, porque Dácil, con la mejor de sus intenciones y ciñéndose a un protocolo de emergencias, me lo habría dicho para que Maday dispusiera al menos de una amplia red de apoyo durante el proceso de asimilación.

—¿Y lo denunciaste?

—No. Ahora no puedo entender por qué no lo hice, pero te aseguro que en ese momento lo último en lo que pensaba era en la venganza, porque me echaba la culpa de todo.

—Pero ¿qué culpa ibas tú a…? —Me cubrí la boca para no seguir rugiendo. Me avergonzaba del tono con el que le estaba hablando, y me avergonzaba no poder hacerlo mejor—. No puedo con esto. ¿Dónde está?

—¿Él?

—Sí, él, ese hijo de puta. ¿Dónde trabaja?

—No lo sé, Airam, y ya no viene al caso. Olvídate de eso.

—¿Que me olvide…? —jadeé, al borde de la risa histérica.

—Sé que necesitarás tiempo para aceptarlo. Qué te voy a decir yo, si soy la primera que comprende por qué hay que dejar reposar estas… cosas. Si llegado cierto punto sientes que no puedes

soportarlo —continuó, esta vez con un nudo de congoja notable incluso para mí, pero esforzándose por qué la serenidad superase el sentimentalismo—, entonces se acabó. Y si no, si un día te levantas y decides que puedes y quieres seguir adelante conmigo, solo tienes que escribirme. O llamarme. Yo sigo queriendo estar contigo, Airam.

Me pareció tan cruel que me dijera eso justo en ese momento que tuve que convencerme para no estallar bruscamente. Al fin y al cabo, mi rabia no iba dirigida a ella, o no por entero. Era la atrocidad de las circunstancias lo que sabía que me impediría dormir durante días, tal vez semanas, o a lo mejor mi vida entera. Las circunstancias, la culpabilidad, la impotencia… Y al final sentía que todo se resumía en una sola cosa: tendría que perdonarme a mí, porque mi único objetivo desde que la conocí fue protegerla, y no había cumplido con mi papel.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —musité, pasándome la mano por la cara.

—Claro que lo sé —respondió con dulzura, también en voz baja. En algún momento, querernos se había convertido en un secreto. Y en un problema—. A veces pienso que eso es lo único que me impulsaba a seguir adelante: la esperanza de poder estar contigo algún día.

Nos quedamos los dos en silencio, respirando con el teléfono pegado a la oreja. Aún no eran ni las seis y ya hacía calor, pero no me importó empezar a sudar. Sabía que no podía estar físicamente a su lado sin que se me llevaran los demonios, no en ese momento, pero tampoco soportaría alejarme. Me bastó con ser consciente de mi propia miseria y de mi desesperación cuando colgamos, casi horas después, y supe que se había roto toda conexión.

—Hemos estado escribiéndonos todo este tiempo. A veces la llamo —comento en voz alta, volviendo a la realidad.

Thiago ha estado observándome de hito en hito como si quisiera adivinar mis pensamientos.

Y tanto que la he llamado. A veces dejo pasar días, a veces solo horas. Ha habido noches que he tenido que marcar su número seis o siete veces para asegurarme de que está bien porque una pesadilla me había sobresaltado entre sudores fríos. A veces solo le escribo, porque si escucho su voz, pienso en cómo habría sonado rogando

que se detuviera, o gritando auxilio, si es que lo pidió o solo se resignó ante la imposibilidad de hacer nada. Nuestro chat no tiene ni pies ni cabeza: un «hola, ¿cómo estás?» seguido de un detallado resumen de su día que acaba quedándose en leído porque no tengo fuerzas para contestar. Un silencio de una tarde entera, y, de pronto, un «te quiero» desesperado de mi parte, solo para hacerle saber que sigo aquí, y su «te quiero» de vuelta, que a menudo me apacigua, pero en horas bajas me hace llorar como un niño. Pero sobre todo es eso. Un «te quiero», y otro, y otro, y otro, y de pronto «siento que me voy a morir de la pena que tengo encima», y su «lo sé», y mi «ojalá no lo supiéramos», y otra vez «te quiero con locura», y «no puedo seguir así»… No tengo suficiente con lo que le confieso, con los sentimientos declarados, porque siento que es la única manera que tengo de disculparme y, a la vez, de castigarla por haberme mantenido en la inopia. El «te quiero» significa «esto nunca habría pasado si hubiera estado contigo» y también «es por eso por lo que deberías haber confiado en mí».

Pero es verdad lo que dice. Lo que pasó no va sobre mí.

Pero tampoco es verdad lo que dice. Lo que pasó, me pasó a mí en toda su extensión.

Me rompieron la vida. Me rompieron a mi Maday.

—Todavía no sé qué hacer —murmuro en voz alta—. Lo que ha ocurrido me viene grande, y no quiero volver a ella para luego darme cuenta de que no estoy preparado y hacer que las pase canutas.

—Que no quieras devolvérsela solo puede significar que tenía una buena razón para poner distancia entre los dos. —Deduce Thiago. Espera a que asienta con la cabeza para meditar, proceso que lleva a cabo en silencio y con las rodillas abrazadas. Cuando llega a una conclusión, chasca la lengua—. Creo que tu mayor problema ha sido siempre que buscas la perfección. Quieres volver con ella, eso es evidente, pero te da miedo que no sea ideal desde el principio.

—Me la suda si la relación no cumple mis expectativas, no tiene que ver con eso. Más que nada, porque no creo tenerlas después de tanto tiempo.

—No digo que te preocupe que ella no esté a la altura. Más bien, al revés: te preocupa no ser tú quien cumpla su papel. Si lo acabas

de decir, chaval: «No quiero volver a ella para luego darme cuenta de que no estoy preparado». —Menea la cabeza, sonriendo con cariño—. La cosa es que en las relaciones todo es ensayo y error. Ensayo y error. Una y otra vez. No sabrás si estás donde debes estar hasta que des un paso adelante y te veas en la situación. Siempre hay que pasar a la acción. En la mente se pudren las ideas si no las llevas a cabo, y parece que tú le has dado más vueltas de las que deberías.

—No es tan fácil. Tú mejor que nadie tendrías que saberlo.

—Pues mira, precisamente porque estoy en un punto similar, puedo darte un consejo cojonudo: si Dácil me llama, yo tiro para su casa nadando con lo que llevo puesto. Y eso no significa que no me dé pánico cagarla, o que lo que sea que empecemos se joda, o que ella se dé cuenta de que lo que le daba vidilla era tocarme las narices y en realidad una relación estable la aburre. Claro que asusta, pero bastante tiempo he perdido ya estando asustado. Hace unos años decidí que, para mí, el amor estaría en *standby* para siempre, y de pronto un día me cansé de que fuera una espera infinita. Así que hice algo al respecto. —Se encoge de hombros.

—Ponerle los cuernos a tu novia, ¿no? —bromeo para librarme de la tensión que se ha instalado en el ambiente.

—Yo no he dicho que lo que hice fuera lo correcto —se queja, irritado—, pero puede decirse que asumir quién es Dácil para mí fue una manera de responsabilizarme.

—Mi situación y la tuya no tienen nada que ver, créeme.

—Pues yo pienso que hay algo en común: el rencor. Si piensas en Maday, ¿qué es lo primero que te viene a la cabeza? ¿Algo bueno o algo malo?

La pregunta es de una ridiculez tremebunda, pero al mismo tiempo contiene una sabiduría inaudita. No porque al pensar en Maday aparezca su rostro en mi pensamiento y mi primer impulso sea abrazarla, llevado por la ternura y por el fervor más apasionado, y porque es mi amiga, mi niña, mi novia de 2.º B, mi chinija, y porque ni nada ni nadie se le compara, como la canción de Sen Senra[50] que Thiago tiene quemadísima desde que volvimos a Madrid. Consigue lo que quería porque con la pregunta hace que me dé cuenta de que he contado nuestra historia desde el principio y, a diferencia de lo que pensaba, lo ocurrido al final no ha logrado

empañar ni uno solo de los recuerdos que existían antes; tampoco los momentos que vivimos juntos *a posteriori*. Cuando pienso en Maday, cuando Maday está en la conversación, es como si entrara en una burbuja aislada del mundo y los hechos físicos acontecieran a un nivel, mientras que en otra capa más profunda de la realidad estuviéramos ella y yo con nuestra conexión. En la historia de mi vida, Maday es el personaje principal, mi coprotagonista, mi heroína, y el resto es secundario; por eso nadie más tiene color en la historia que he contado, no me detengo a describir a nadie ni a expresar las emociones que me suscitan porque, por comparación, nadie me importa. Porque Maday es la pieza central y clave. Maday es mi sangre.

—Te has quedado muy callado, pero intuyo que eso es buena señal. —Comenta Thiago. Se incorpora y me persigue con la mirada mientras busco el móvil por todo el salón—. ¿Qué vas a hacer? ¿Llamarla?

Me tiembla todo el cuerpo, pero no voy a esperar a estar preparado. Me voy a aferrar a mis certezas, que siempre he tenido claro cuáles son: Maday no es alguien a quien haya estado dispuesto a renunciar jamás, y Maday va a salir adelante mientras yo esté en este puto mundo.

—Qué va —contesto, sonriéndole con los nervios a flor de piel—. Puedo hacerlo mejor que eso.

Epílogo de Maday

Tenerife

—Sí que se lo tomó mal —concluye Dácil con voz frágil, los ojos brillantes por las lágrimas y la mejilla aún apoyada entre las rodillas que cubría con sus brazos.

Parece pensativa, lo que es todo un logro viniendo de una persona que se caracteriza por decir lo primero que le viene a la cabeza sin plantearse que pueda ser incorrecto. Supongo que, al igual que a mí me cambió lo ocurrido durante el crucero, ella también se ha endurecido de golpe, aunque tengo la sensación de que empezó a hacerlo en el preciso momento en que Thiago entró en su vida.

No le gustaría oírmelo decir, pero ni a ella ni a ninguna persona con dos dedos frente y la plena convicción de que el amor no lo es todo en la vida, de que el amor no te salva, de que a través del amor no alcanzas la iluminación espiritual ni le ves la cara a Dios; pero la cruda verdad es que te cambia. El amor te cambia. La vida es mucho más que enamorarse, sí, y ha habido un sinfín de experiencias en la vida de las dos que nos han marcado de manera significativa; más incluso que nuestros respectivos romances fallidos. La muerte de mi madre, la tristeza tras el divorcio de la suya, la ausencia de mi padre, la desaparición del suyo, el *bullying* en el instituto, el desdén de sus compañeros de la universidad… Pero es ingenuo decir que enamorarse de alguien no te hace consciente de ti misma. Lo experimenté en mis propias carnes, pero en Dácil es que lo vi con mis propios ojos: cómo se hacía mayor conforme más conocía a Thiago, porque su enamoramiento no tuvo nada de adolescente a pesar de comenzar a los dieciséis. Dácil vivía en una burbuja de egocentrismo antes de que el chaval le fuera presentado, era la niña de papá, la enérgica gritona que pataleaba si no le gustaba cómo habían salido las cosas. Luego Thiago entró por la puerta y templó sus nervios sin darse cuenta. Al interesarse por

su dolor y su misterio, Dácil comprendió lo injusta que es la vida y lo invitó a entrar en esa burbuja.

Todavía no sé si hizo bien o no, pero esos son los hechos.

Mis hechos, mi historia, no tienen nada que ver. Yo no desperté cuando conocí a Airam porque yo he crecido con Airam. Hemos caminado juntos y de la mano desde que nos presentamos, y el vínculo fue tan intenso desde el principio que parecía que nos hubiéramos reencontrado en una vida posterior a la que vio florecer nuestra amistad.

No tengo que justificar por qué lo quiero. No tengo que preguntarme si lo seguiré queriendo mañana o dentro de treinta años. No me maravillo por ello ni tampoco puedo sufrirlo más allá de las circunstancias. Es algo tan inherente a mi persona como mi sentido del humor o mi composición genética. Por eso compré un billete de avión, todo esto antes de que Dácil viniera a ayudarme a reorganizar mi dormitorio, que he decidido decorar por fin y hacer mío a expensas de trastocar las pertenencias de mi madre. Y lo compré porque estoy cansada de preguntarme cómo sería la vida si estuviésemos juntos, como la canción de Benito[51]; porque no puedo seguir esperando a que supere lo que me pasó. No lo hará a dos mil kilómetros de distancia de mí, no lo hará escribiéndome que me quiere cuando está borracho, cuando no puede más, y torturándose el resto del día. Y lo sé porque lo conozco como a la palma de mi mano.

Quizá ese ha sido siempre el problema, que cuando conoces a alguien tanto como yo lo conozco a él, te crees en el derecho de tomar decisiones en su lugar. Y seguramente tomas la decisión correcta, o la misma que él habría escogido, pero eso no puede disculpar que acabas por arrebatarle la voluntad.

—Y esta tarde te vas a Madrid. —Retoma Dácil, reacia a hacer más comentarios al respecto—. ¿No crees que deberías darle más espacio?

—Si quiere que me largue en cuanto aterrice, me largaré, pero siento la necesidad de demostrarle que estoy preparada y que necesito de él más que un wasap diario y unas cuantas llamaditas. Ahora me toca arrimar el hombro. Es lo justo.

Dácil me mira con un amago de sonrisa orgullosa, pero no dice nada. Permanece donde está, sentada en mi cama, casi encima de la

almohada para tener la espalda en reposo.

En las últimas horas ha reído, ha llorado, pero sobre todo se ha asombrado por mi habilidad para ocultar el mundo en el que he vivido y del que he evitado hacer partícipes a mis seres queridos. Dácil siempre ha sido La Rencores, pero solo con aquellos cuyos comportamientos no comprende. No podía comprender a su padre, ni tampoco a Thiago; a mí sí. Además de que me quiere, y el amor de Dácil es un amor que te llega, te alcanza como el aire del desierto y te mete la arena del Sáhara en los ojos. Es un amor a veces molesto, a veces ardiente, pero siempre lo notas.

—Sé que eres de naturaleza introvertida, que crees que molestas si abres la boca, que piensas que la amistad existe para intercambiar anécdotas de risa o insultos hacia los machangos que nos gustan en el momento… Y sé que yo no he sido nunca la persona más pendiente de sus amigos, que me he dejado absorber por mis problemas, como si no hubiera otros. Pero si voy a cambiar eso, ¿no podrías tú hacer lo mismo en el futuro? —me pregunta, esperanzada—. ¿Podrías contarme lo que te pase, las dudas que tengas, los miedos que te acechen? En definitiva… ¿podrías dejarme ser parte de tu vida, y no solo tu paciente de las consultas psicológicas que has montado para mí en los últimos años?

—Faltaría más. —Le aseguro con una risa floja.

—Bien. —Suspira, aliviada—. Y ahora… ¿quieres que te lleve al aeropuerto? Si tu vuelo sale esta noche, deberíamos ir tirando. No me apetece comerme toda la carretera hasta Los Rodeos cuando ya está oscuro. Y así me despido de ti. —Agrega.

Me encojo de hombros, sabiendo que no le sentaría bien que se lo negara. A mí tampoco me apetece separarme de ella después de todo lo que le he contado. Nunca me he sentido tan cerca de nadie como de Dácil ahora mismo.

—¿Por qué no?

—¡En marcha, entonces!

Salta de la cama y se echa al hombro la maleta de viaje que he equipado con lo justo para quedarme con Airam si decide abrirme los brazos. Va a cruzar el umbral, pero en el último momento cambia de opinión y se gira hacia mí con una mueca entre aprensiva y llorosa que raras veces le he visto. Deja la bolsa de deporte en el suelo y rehace sus pasos para abrazarme, y en ese

abrazo siento un poco a Airam. Es como si los tres tuviéramos un componente químico en común, o el mismo ingrediente en nuestro aroma corporal natural. Pero a la vez, cada uno se vale por sí solo. Dácil es Dácil, irrepetible, y me estrecha contra su cuerpo tembloroso como si no quisiera verme partir no solo ahora, sino jamás.

—Cuánto me alegro de que, entre todos los pibes del mundo, te fijaras en mi hermano. Es literalmente la única persona sobre la Tierra que jamás te decepcionará, y no te mereces menos.

—Tú tampoco puedes decepcionarme, mi niña.

—No me digas esas cosas, que me pongo emocional y ya es lo que nos faltaba, chacho.

Se separa rápido para que no vea que se limpia una lagrimilla traicionera y, ahora sí, agarra el equipaje y echa a trotar escaleras abajo. Yo miro alrededor un momento, empapándome de todas las veces que este dormitorio ha sido cómplice de mis secretos con Airam, de mis tardes y noches de chicas con Dácil, y luego la sigo para poner rumbo al aeropuerto.

Menos mal que Dácil conduce como una kamikaze y es imposible pensar en otra cosa que no sea en sobrevivir al trayecto cuando te subes a su moto de segunda mano. Me aferro a ella, temiendo salir volando, regañándola con gritos ahogados cada vez que adelanta —sin poner el intermitente— a los vehículos que van más lentos de lo que ella considera admisible, y cerrando los ojos para no ver lo que pasa en cuanto el velocímetro marca un número superior a ciento veinte.

Ni siquiera se baja de la moto en cuanto se detiene en la parada de la guagua, donde la señalización en el asfalto indica que no se puede aparcar.

—Mucha suerte, mi niña. —Me sonríe—. Vas a triunfar, ya lo verás.

—Eso espero. —Trago saliva—. Estoy que me cago del susto.

—Una muy buena señal. —Me asegura sabiamente.

—¿Cómo es eso una muy buena señal?

Dácil va a responder, pero justo en ese momento aparece la línea del aeropuerto de Los Rodeos a La Laguna y el guagüero le llama la atención con un par de gestos beligerantes. Ella bufa por lo bajo, y seguro que se acuerda de toda su estirpe aprovechando que el casco

integral le cubre la boca. Me lanza un beso con un dramático movimiento de la mano y desaparece a toda pastilla, sobresaltando a los viandantes que esperaban en la parada.

Yo cuadro los hombros y me encamino a las escaleras mecánicas llena de dudas.

¿Y si, cuando llegue, no me recibe? ¿Y si me equivoco de piso? Debería escribir a Thiago para advertírselo, y si él está de acuerdo en meterse en el ajo, interpretarlo como que he hecho bien. Pero ¿y si Airam aún no está preparado y siente que lo estoy presionando? ¿Y si ya se ha olvidado de mí y solo me escribe por inercia?

Estoy tan sumida en mis pensamientos que al principio no me doy cuenta, pero al levantar la vista desenfocada hacia la pared de enfrente, capto con el rabillo del ojo una figura que me resulta familiar. Pestañeo por si acaso hubiera perdido la cabeza, pero no me equivocaba: Airam lleva el pelo semirrecogido en un moñete, una camiseta de algodón con el cuello dado de sí y tan transparente que parece que vaya desnudo, y unos vaqueros rotos, en su línea de importarle un carajo lo que la gente piense de él.

Abro la boca para llamarlo, pero no me sale la voz.

Gracias al cielo, no hace ninguna falta, porque él levanta la barbilla, como si alguien hubiera tirado de ella con un hilo invisible, y nuestras miradas coinciden justo a la misma altura en las escaleras mecánicas en sentido contrario.

Él se queda tan pasmado que gira en redondo hacia mí, con una mano sobre el barandal de caucho.

—Pero… ¿tú adónde vas? —me pregunta a gritos, a punto de encaramarse al pasamanos.

—¡A por ti! —contesto con un asomo de risa en la voz; una risa histérica e incrédula.

Airam no espera a que me dé media vuelta y baje las escaleras en el sentido contrario. Sin pensarlo dos veces, suelta su mochila salpicada de parches a las escaleras centrales que franquean las dos mecánicas, se encarama al borde del barandal y, de un salto ágil, se planta en uno de los peldaños inmóviles. Se tambalea un poco porque cae sobre un pie, y el pie se apoya peligrosamente en el borde, pero recupera el equilibrio rápido y camina hacia mí para repetir el mismo ejercicio a la inversa: como si estuviera en una carrera de obstáculos, y con los escasos turistas que bajan en este

momento mirando pasmados y emitiendo chillidos de pánico, Airam se sube al pasamanos y se deja caer en el mismo peldaño en el que yo esperaba con cara de asombro.

—Pues aquí me tienes. —Es lo único que me dice. Sonríe de oreja a oreja, guiñándome un ojo, y me rodea la cara con las manos antes de inclinarse para besarme en los labios.

En cuanto consigo recuperar el dominio de mí misma después de un beso inesperado, que se prolonga hasta que las escaleras llegan a su destino, carraspeo y musito:

—¿Cuáles eran las posibilidades de que nos encontráramos aquí?

Él encoge un hombro.

—Yo diría que bastantes. No es que en este aeropuerto haya mucha gente…, pero si quieres interpretarlo como una señal del destino, me parece de lujo.

—No sabía que volvías a Tenerife y… y me había comprado un billete para Madrid.

—Lo mismo te digo. ¿Ves lo que pasa cuando la gente no habla? —Chasca la lengua, como si estuviera exasperado—. Que uno se pierde el momentazo de ver a Maday llamando a la puerta como en el final de una comedia romántica. ¿Me habrías cantado una serenata?

—Si eso hubiera bastado para que volvieras conmigo, sí. Tampoco habría sido la primera vez.

—Eso es cierto… —Se me queda mirando con un brillo especial en los ojos—. Ya me las apañaré en otro momento para hacerte cantar.

—¿Has venido para verme a mí, entonces?

—No iba a ser para ver a mi padre, del que ahora mi familia es amiguísimo. Tú y yo teníamos algo pendiente, ¿no te acuerdas?

—¿El qué? ¿Una discusión?

—Más bien la reconciliación.

—¿Qué significa eso? ¿Que ya estás… mejor?

—No. —Confiesa con humildad—. Sigo teniendo pesadillas, pero si duermo contigo, seguro que no son tan terribles; siempre puedo despertarme y confirmar que te tengo al lado, sana y salva. Sigo cabreándome yo solo en los momentos más insospechados y emprendiéndola con quien me queda más cerca, pero si eres tú la que me pilla a mano, seguro que modero mis modales y me callo un

rato. Sigo muriéndome de ganas de despedazar a más de uno, por venganza y por desahogo, pero si te veo privadita [52] y a mi vera, a lo mejor me convenzo de que no hace falta que me las dé de justiciero. Pero sobre todo… —hace una pausa para coger aliento, cosa que no ha hecho desde que empezó a hablar—, te sigo queriendo. Resulta que solo tenía que contar la historia en voz alta y desde el principio para darme cuenta de que nada puede cambiar una verdad tan elemental. De que nada lo puede manchar.

»¿Y tú? ¿Por qué venías a Madrid? ¿Querías ver el edificio de la Schweppes?

Se me escapa una carcajada, y antes de que pueda pensárselo mejor y decidir que va a volver a estar furioso con el mundo, lo engancho por la cintura con mis dos brazos, que, entrelazados a su espalda, se convierten en dos tentáculos inamovibles.

—Evidentemente. Y luego ya, si eso, iba a recordarte que me tenías esperando.

—Qué poca paciencia, chinija. A ver si aprendes un poco de mí en ese aspecto.

—No sé si quiero aprender a ser paciente. Ya no me apetece esperar más. Quiero estar contigo ya, ahora, desde este preciso momento, y creo que como alguien se interponga en mi camino, voy a perder la cabeza de tal manera que seré capaz de matar.

—Descuida, que no va a hacer falta cargarse a nadie. —Extiende los brazos aprovechando que han quedado libres de mi agarre—. Solo somos tú y yo en este precioso aeropuerto tinerfeño.

—Ya veo… Deberíamos movernos antes de que nos llamen la atención por bloquear las escaleras, ¿o pretendes que nos quedemos a vivir aquí? Pensaba que querías una casa en Tacoronte.

—Desde entonces he estado fijándome en el mercado inmobiliario de la isla y he llegado a la conclusión de que nos saldría más barato algún pueblo del este. Y que, con lo chiquita que eres, no te van a llegar los pies a los pedales del Hyundai que me gusta.

—¿Entonces? ¿Qué hacemos?

—Pues pillar un Mini y conformarnos con un alquiler donde más rabia nos dé. Pero antes nos vamos a pirar de aquí.

Dicho esto, se agacha y, para mi sorpresa, me levanta en vilo con toda naturalidad.

—¿Qué haces? ¿Vas a dejar tu bolsa de deporte ahí? Airam… —Me muerdo el labio para no carcajearme sola—. Nos están mirando.

—Normal, tú y yo somos un espectáculo. Y lo que hago es fácil: cumplir la tradición de cruzar el umbral con la novia en brazos, porque en cuanto pase por esa puerta, tú y yo lo vamos a hacer oficial de una puta vez.

Y así lo hace. Cruza el umbral conmigo en brazos, y no me suelta ni siquiera cuando estamos en la acera. Una pareja de canarios que ha observado la escena prorrumpe en aplausos. Airam hace una especie de genuflexión, tanto como se lo permite tener los brazos ocupados, y yo me pongo colorada hasta las puntas de las orejas. Pero aunque estamos rodeados de gente que espera la guagua y entra y sale del aeropuerto, enseguida nos olvidamos de todo y es como si nos quedáramos solos.

Airam me mira y yo lo miro a él, y por primera vez en mucho tiempo siento que haber tenido esperanza no ha sido en vano.

—No, si está claro… —comentó Airam con aire risueño—. El que la sigue, la consigue.

El epílogo de todos

Tenerife

—Tú estás jalado de la cabeza. —Me suelta Dácil, mirándome como si me acabara de salir otra cabeza.

—¿Por qué? —me quejo, deteniéndome unos pasos por delante de ella, que se ha quedado varada en pleno paseo marítimo para dar más dramatismo a su rotunda negativa. Thiago, que iba pendiente del teléfono, se detiene también y alza la barbilla con curiosidad—. ¿Qué he dicho?

—¿Cómo le vas a pedir que se case contigo? ¡No lleváis ni tres años saliendo! ¡Ya nadie se casa antes de los treinta, además! Me parece a mí que se te ha subido a la cabeza lo de que te has sacado rápido el MIR y ya tienes la residencia en el hospital de la Candelaria para convertirte en un padre de familia.

Pongo los brazos en jarras y vigilo que Maday no se está enterando de nada vigilando su garbeo con el rabillo del ojo.

Se nos ha adelantado para hablar con todos y cada uno de los tenderos del paseo, cuyos puestecillos han sido siempre su tesoro más preciado. Se va a fundir su decimotercer sueldo de la cafetería Casa Bencomo en collares de cauris, anillos que cambian de color según tu estado de ánimo, pulseritas de cabo y minerales que te garantizan la buena suerte en el amor. Y a mí no me importa, porque puede hacer lo que le dé la gana con la pasta que gana como propietaria y encargada de dicha cafetería. Para algo la levantó con esfuerzo y sudor en el corazón de La Laguna hace un año y medio después de decidirse a emplear su larga experiencia en la hostelería, sus ahorros y la inversión de los Oramas en un proyecto personal. Uno del que estoy muy orgulloso.

—¿Tan malo sería? —rezongo, a punto de poner morritos.

—¡Sí! —exclama Dácil, como si fuera obvio. Le ha faltado darse una palmadita en la frente, acusándome de bobomierda—. ¡Me niego a que os caséis! ¡Pospón la pedida ahora mismo!

Thiago me mira por encima de su hombro con una mueca aprensiva y la señala como si estuviera aterrado.

—Es una orden, Airam. —Aclara—. Yo no me atrevería a desoírla.

—Venga ya… —insisto, mirando alrededor para asegurarme de que los guiris del paseo no se han enterado de mis intenciones románticas. Todavía es un secreto de Estado—. Va siendo hora de pensar en el futuro, ¿no?

—Para eso no hay que casarse. —Gruñe Dácil.

—No, no hay que casarse —le reconozco con desgana—, pero quiero.

—Dios, está tronado. —Dácil se gira hacia Thiago y lo agarra por los hombros—. ¡Dile algo, machango! ¡Dile algo antes de que cometa un grave error!

—Yo creo que Maday y él ya nacieron casados. Por ponerlo por escrito no va a cambiar nada. —Y se encoge de hombros. Sabe que se ha buscado la ruina al llevarle la contraria a Da, pero le importa un carajo. No solo se atreve a replicarle, sino que agrega con una sonrisita perversa—: A ver cuándo nos casamos tú y yo.

Dácil jadea, alucinando.

—En tus putos sueños, por ejemplo. ¿Qué os pasa? ¡Sois jóvenes! —Extiende los brazos—. ¡Tenéis toda la vida por delante!

Thiago y yo intercambiamos una mirada entre divertida y triste. No hace falta ser un lumbreras para saber por qué a mi hermana le aterra el asunto del casamiento. Mis padres no han sido jamás un ejemplo de matrimonio unido, todavía estamos decidiendo quién ha llevado por el mal camino a quién, si tía Jana a tía Salma o al revés, y no podemos recordar cuándo fue la última vez que mi abuela se mostró cariñosa con mi abuelo, tal vez porque solo se dieron un beso en el altar de la iglesia para formalizar la boda. No, Da no tiene muy buenas referencias con respecto a los «felices para siempre», pero yo tampoco y eso no va a detenerme.

En lugar de apaciguar su malestar, opto por tirarle de la lengua para ponerla más nerviosa.

—Sí, somos jóvenes, pero de aquí a unos años ya no seremos fértiles. ¿Cuándo pretendes tú tener hijos? —La pincho con una sonrisita maligna.

—¡Hijos! —Se cubre la cara con espanto—. Mira, yo me voy.

—Alza una mano y hace un aspaviento exasperado—. Paso de esta conversación.

—¿Es que no quieres ver cómo se desenvuelve Thiago en la paternidad?

—Sí, hombre… ¿Tienes idea de lo irresistible que se volvería si fuera padre? No habría quien lo soportara. —Bufa, mirando de reojo al aludido, que también ha palidecido de pensar en los churumbeles. Él por lo menos tiene sus reticencias por razones de peso que nadie está en posición de sacarle de la cabeza—. Le saldrían veinte admiradoras en los pasillos del Hiperdino si se le ocurriera llevar al niño en el carrito. Además, todavía estoy intentando confiar en que no me pondrá los tochos con una de sus alumnas como para pensar en quedarme preñada o siquiera en casarme.

No hace falta ni poner un pie en el campus universitario de Guajara para que llegue a tus oídos la admiración que los estudiantes de letras sienten por su profesor de Literatura; ya en el tranvía con destino a La Laguna empieza a invocarse el nombre de Thiago como si de una venerable deidad se tratara. Dedica sus días a picarse con el profesor titular de Teoría de la Literatura Comparada, puesto que anhela usurparle, aun cuando ya ha obtenido cierto renombre como profesor de Literatura Universal. Dácil tiene motivos para preocuparse, porque Thiago se ha erigido en un emblema en la ULL y se regocija de lo lindo contando que las alumnas exigen revisiones de examen o tutorías personalizadas para pegársele como lapas. No me extrañaría que un día, por sorpresa, mi hermana se plantase en su despacho con el top y los pantalones más cortos que encontrara para marcar territorio.

—¿Te estás escuchando? —rezonga Thiago, pasmado—. Espero que no lo digas en serio.

—¿Lo de que eres irresistible? Claro que no, machanguito, eso era broma. —Y se pone de puntillas para darle un beso en la mejilla y, acto seguido, palmeársela con su condescendencia habitual.

—Venga ya… —Thiago le pasa un brazo por la cintura y la pega a su costado—. Anda que no nos saldría un niño guapo. Solo imagínatelo.

—Quita, coño, que me estás agobiando. —Lo aparta de un chuchazo con cara de partir piedras—. Todavía no soy lo bastante

adulta, ¿vale? ¿O es que no ves que me compré un *gloss* de las Winx hace una semana y todavía me gusta que me dibujen a Hello Kitty en mis uñas XL? Para cumplir tus sueños de paternidad, tendrás que esperar por lo menos a mis treinta y tres.

Thiago está más feliz que unas castañuelas con lo de que Da no quiera formar una familia aún, pero no pierde la costumbre de tocarle las narices y replica:

—Sí, claro, voy a esperar a la edad de Jesús para que eches a arder como el anticristo que eres. No pienso arriesgarme. Quiero una
mini-Dácil.

Mi hermana se gira para mirarlo tan pálida que resulta incluso cómico. Logra deshacerse de sus brazos, que han vuelto a buscarla igual que el pulpo que suele ser de vez en cuando, y huye de nosotros en dirección a Maday. Observo que el sorpresivo abrazo la hace respingar y darse la vuelta con temor, como aún le sucede de vez en cuando. El miedo se convierte en alivio cuando reconoce a Dácil, y le pasa un brazo por los hombros para mostrarle algunas piezas expuestas en los tenderetes. Se me tiene que quedar una cara de bobo anhelante que echa para atrás, porque Thiago me da una palmadita entre los omoplatos.

—Si quieres pedirle que se case contigo, pídeselo.

—Ahora estoy dudando. Si Da se niega a que lo haga, a lo mejor es porque han hablado y Maday le ha dejado caer que no está preparada.

—Tu hermana no es tan retorcida. Si su problema fuera que a Maday no le interesa pasar por el altar, te lo habría dicho sin rodeos y sin preocuparse por si suena demasiado brusca.

—Eso es verdad —digo con una pequeña sonrisa. Miro a Thiago, que también admira de lejos la figura de mi hermana—. Ella sabe que es lo que siempre he querido. La boda, la familia tradicional, la casa… Todo eso. No le pillaría por sorpresa, ¿entiendes? O eso creo.

Y es el siguiente paso según mi plan de conquista *madaina*, porque todo lo demás lo he dejado cubierto.

Después de reencontrarnos en el aeropuerto, dedicamos lo que restaba de verano a intentar fusionarnos en una sola persona no separándonos ni para ir al baño. Las primeras semanas de noviazgo oficial tuvieron como escenario la casa de su abuela y El Chozo

Oramas, donde empezamos a organizar nuestras vidas de acuerdo con la del otro.

El programa de SICUE al que me adherí el año anterior para no verle el careto a Thiago no contemplaba que pudiera pasar otro año universitario en Gran Canaria; tenía que volver a Madrid, y eso hice simultaneando el estudio del MIR con las asignaturas del último curso. El segundo éxodo a la capital no fue tan traumático como a mis dieciocho años porque Maday vino conmigo. Todavía me acuerdo de la emoción que me embargó al verla entrar con su maletita de mano, mirando el aeropuerto con la cara que se le queda a una niña que todavía no ha viajado en el pájaro de hierro, tan pequeñita, vulnerable y, sobre todo, mía que por poco se me saltaron las lágrimas. Parecía un *souvenir* de bolsillo. No creo que a nadie le hubiera extrañado que la montara sobre mis rodillas para el momento del despegue.

No habría soportado vivir de gorra en el mismo apartamento que yo, así que se tomó muy en serio la búsqueda de empleo. Al final solo tuvo que pedir el traslado del hotel en el que trabajaba, una franquicia de cinco estrellas en Los Cristianos, al equivalente que se erigía en la Gran Vía de la capital. Se lo concedieron porque es una trabajadora colosal y porque les hacía falta un encargado.

Estuvimos en Madrid hasta que me saqué el MIR y ella terminó su contrato de dieciocho meses. Cuando salieron las notas de la prueba final, estaba tan histérico y preocupado por si no me ofrecían Tenerife como destino que podría haberla palmado de ansiedad, pero el destino fue benévolo conmigo por una vez y pudimos regresar como los hijos pródigos. Nos asentamos en el norte de la isla, ni más ni menos, lo bastante lejos de mi familia como para que pudiera respirar tranquilo, y también tan distanciados de la abuela Lupe que hicimos todo lo que estuvo en nuestra mano para convencerla de venirse a nuestro piso en Santa Cruz. No lo conseguimos, claro, así que nos compramos a medias un coche de segunda mano —al que Maday le puso pegatinas y nombre propio— para ir a verla religiosamente cada domingo. Los dos habríamos preferido vivir en La Laguna, pero en Santa Cruz hace menos frío, es donde viven Dácil y Thiago en un estudio, y las comunicaciones son mejores; los dos estamos a quince o veinte minutos de tranvía de nuestros respectivos trabajos, y tenemos

vistas a la playa, así que no hay queja posible.

Lo que quiero decir es que ya llevamos la vida de casados, que no es otra que la que siempre hemos deseado. Nadie diría que objetivamente tengamos la relación perfecta, porque los dos curramos más de la cuenta, yo me tengo que aguantar y comer salsas picantes cuando a ella le toca hacer el almuerzo porque le encanta que le arda la lengua (ella se tiene que aguantar cuando yo hago el almuerzo y alimentarse con comida decente, porque yo prefiero no pasar veinticuatro horas con los intestinos en llamas) y seguimos necesitando nuestra horita de terapia mensual para asegurarnos de que las heridas permanecen cicatrizadas. Aun así, yo tengo la sensación de que vivo soñando. No pensé que pudiera llegar hasta aquí, hasta ese momento en el que miras alrededor y sientes que todo está en su sitio, y lo digo porque el primer año en Santa Cruz fue duro de cojones. Mientras estuvimos en Madrid no hubo de lo que preocuparse porque sabía que no me encontraría a Carlos, pero todo cambió al saberlo en la misma isla que yo. En la misma isla que Maday. Iba por la calle mirando con desconfianza a todos los jambos entre los cuarenta y los cincuenta que me iba cruzando, tan tenso que pensaba que explotaría. Buscaba su cara en los pasajeros de la guagua, en los padres de mis pacientes menores de edad, en los que acudían a urgencias, y me sorprendía apretando los nudillos si alguien se le parecía en lo más remoto. Pero unos pocos meses después, Maday se enteró por una conocida del antiguo hotel que había muerto ahogado en el mar del norte. La chica le escribió a propósito de su funeral, por si acaso le interesaba presentarse, y le explicó con la mayor brevedad que se bañó borracho en una de las cuevas cerradas al turismo cuando la marea estaba alta y no vivió para contarlo. Supe lo que había pasado antes incluso de que Maday me lo dijera por el simple hecho de que dejó la cafetería a cargo de Olivia, una de sus chicas de confianza, y se presentó pálida, sudorosa y sin aliento en mi consulta de Pediatría, porque al final decidí no abrir niños en canal, como dice Maday, y sí pintarles una carita sonriente en los palos de madera que uso para abrirles bien la boca. Me levanté, la abracé, y a partir de esa noche no volví a tener una sola pesadilla. Incluso empecé a creer en Dios, porque si aquello no era justicia divina, entonces ¿qué?

La muerte de un cabrón no borra todo el mal que causó en vida,

y por eso Maday a veces no quiere que la abracen o que se le acerquen siquiera. Pero esos días son los menos (el aniversario de lo ocurrido o cuando anda más sensible de la cuenta), porque la mayoría del tiempo es mi Maday, la Maday que conocemos y queremos hasta el delirio. La Maday a la que tengo que unir a mí de todas las maneras que existen, de forma que hasta la ley y Dios deban reconocer que ella y yo somos uno.

—No le pillaría a nadie por sorpresa. Ni a la propia Da. —Confirma Thiago, sacándome de mis pensamientos—. Se ha hecho la ofendida porque tiene que dar el cante, no porque le parezca descabellado. —Menea la cabeza, felizmente resignado a lidiar con el temperamento de la niña de las bambas—. ¿Has pensado en cómo lo vas a hacer? Lo de pedirle matrimonio, digo.

—Y tanto. —Me meto las manos en los bolsillos—. Ya he empezado a dejarle pistas por toda la casa de que algún día me pondré de rodillas, pero creo que declararé mis intenciones en el viaje a El Hierro. Le he comprado un billete de Binter sorpresa para ir a la isla, al mirador donde podría decirse que nos reconciliamos. También me he planteado hacer algo en Casa Bencomo, pero ya sabes cómo es, no creo que le gustara una pedida en público. En fin, digamos que tengo un millón de alternativas en mente. Y en una de ellas participa su abuela.

Dácil y Maday interrumpen nuestra conversación apareciendo con sus nuevas adquisiciones. Lo que yo diga, que si pulseritas de cabo, anillos que cambian de color y collarcitos de cauris como el que lleva un humilde servidor desde que cumplió los trece años, porque hay costumbres que permanecen inalterables en el tiempo, y estas suelen ser las que merecen la pena. Creo que me pongo hasta nervioso cuando veo a Maday acercándose a mí con una sonrisa brillante, más que nada por la charla que estaba teniendo hace un segundo. Sé que puedo cuidar de ella, sé que soy lo bastante responsable, sé que me quiere, sé que la adoro, sé que saldremos siempre adelante, sé que ninguna fuerza terrenal o superior puede separarnos, y, aun así, cabe la posibilidad de que me diga que no. Y es una posibilidad que me rompería el corazón, porque ¿qué voy a hacer yo sin ella? Tengo la sensación de que esos cinco, seis años sin Maday fueron toda una vida, y no estuvo tan mal, si lo miro en retrospectiva, así que podría sobrevivir si me rechazara. Porque si

no me piensa, yo sigo existiendo; el problema es que ya no quiero hacerlo. Abrazarla por las noches, despertarme con una pierna suya entre las mías, llevarle el café a la cama, mandarnos mensajes de adolescentes enamorados en plena jornada laboral, pelearnos porque ella se ha dejado tiradas las bragas en el suelo del baño cuando el único que debería tratar sus bragas como un despojo soy yo, follar por toda la casa, leernos el pensamiento intercambiando una sola mirada en un salón lleno de gente: «¿Nos vamos?», «Y tanto que nos vamos»; «Cuando me rodeo de peña como esta me doy cuenta de lo mucho que te quiero», «Yo también soy afortunada». Siempre supe que mi convivencia con ella sería perfecta, y no me he decepcionado en ese aspecto. Mis sueños jamás me han defraudado. Aunque en mis horas bajas lo creyera, nada fue un error.

Le doy la mano a Maday en cuanto se sitúa a mi lado y dejamos atrás a una Dácil y un Thiago que cuchichean sobre la hora que es. Mi hermana no puede entretenerse mucho más rato porque mañana, sábado, tiene una excursión programada con un grupo de turistas, que es a lo que se dedica, y encantada de la vida. Maday y yo huimos de la discusión en la que pueda derivar su conflicto de intereses dirigiéndonos a la playa, que tenemos a un torpe salto de distancia. Ella se quita las sandalias para hundir los dedos en la arena y se agarra el borde de la falda de vuelo para repeler el azote de la brisa. Vuelve a quedarle bien el vestido azul, el primer vestido que le quité, porque es de nuevo esa Maday lozana y enérgica que come con apetito y se toma los descansos laborales que necesita para no caer enferma. Lleva el pelo más largo que nunca; es una princesa Mérida que roba las miradas con sus rizos rojos, sus ojos bicolores y su serenidad. Es la parte más bonita de mí mismo, porque ella y yo somos una sustancia similar, si no idéntica… Aunque hay algún que otro secreto que todavía no le he contado, como el secreto de su madre.

—¿Sabes que yo no me di cuenta de que estaba enamorado de ti? —le pregunto de pronto, en cuanto estamos sentados en la orilla. Maday se gira hacia mí con cuidado de que los rizos no le cubran la cara—. A mí me lo dijeron.

—¿Cómo que te lo dijeron?

—¿Cómo me habría enterado, si no? —Me río—. A los doce años

solo te importan los cromos, las pachangas de fútbol en el recreo, soltarle la mano a tu madre antes de que tus amigos vean que todavía la quieres a pesar de entrar en la adolescencia y lucir en clase las bambas más chulas del mercado al día siguiente de comprártelas.

—Qué insoportable te ponías cuando llevabas tus zapas de *skater*, y eso que eran más feas que Picio. —Se mofa Maday, ladeando la carita para apoyar las mejillas en las rodillas recogidas—. Las querías más que a mí.

—Y un carajo. También me importabas tú, tú sobre todo, pero no sabía cómo, ni cuánto, ni por qué, hasta que Gara me lo explicó con calma. —Su gesto se suaviza al oír el nombre de su madre—. «Ahora lo entiendo todo», recuerdo que pensé. «Ahora entiendo por qué le doy mis cromos si le gustan, por qué me rajo del fútbol si me invita a su casa a comer quesillo, por qué a ella no solo no le suelto la mano, sino que se la cojo con la primera excusa que se me ocurre; por qué no me vuelvo a poner las bambas si Maday me dice que son más feas que Picio»… Y eso sucedió más de una vez, que me acuerde. Me has arruinado todas las compras en la tienda surfera.

Maday se encoge de hombros, como diciendo «se siente», y apostilla:

—No te hagas el romántico. Venías a casa a comer quesillo porque está bien rico.

—Bueno, sí… —Cabeceo con resignación—. Tu madre hacía el mejor quesillo que he probado.

La sonrisa frágil sigue instalada en los labios de Maday, pero sus ojos piden una explicación.

—¿Qué te dijo?

—Fue cuando mi abuela y yo fuimos a verla al hospital. Garita pasaba muy poco tiempo despierta, quedaban unos días para que la sedaran, pero esa tarde estaba tan lúcida que recuerdo que pensé que se iba a curar. Tenía el brillo ese en los ojos que te imaginas en los iluminados por el Señor, en los que han tenido una revelación repentina. Me dijo que me acercara, me cogió la mano, me la puso boca arriba y me la señaló. —Le muestro a Maday mi palma derecha—. «Yo no sé nada de quiromancia, chiquito, pero tú tienes una “M” en las líneas de tu mano». Y es verdad, mira. —Recorro

con el dedo índice las marcas que surcan la palma, dibujando una «M» perfecta, ladeada, como si estuviera en cursiva—. Yo la miré a esos ojos tan verdes que tenía y le pregunté en voz muy bajita si la «M» era de «Maday», y ella me sonrió y me dijo que sí. Por lo visto, se dio cuenta de este detalle esa vez que me caí de la bici y me raspé entero. Fue la que me revisó de arriba abajo y me limpió las heridas de los codos, los antebrazos… y la mano.

»Quise saber qué significaba eso, lo de tener la «M» de «Maday» en la mano, pero no me lo explicó. Me repetía que era un niño muy listo, así que supongo que no entró en especificaciones porque daba por hecho que algún día lo descubriría yo solo, o que le daría el significado que quisiera. Pero sí que entrelazó los dedos con los míos y me dijo: «Yo sé que tú la vas a ver crecer, y lo sé porque en parte vas a ser tú quien la haga crecer», o algo así. «Porque la quieres mucho», añadió, de eso sí me acuerdo. «Tú la quieres mucho mucho, Airam», me insistió, y ahí fue cuando lo comprendí. Me sentí como si me hubieran revelado las claves para entender el universo.

Maday se seca las mejillas húmedas con los dedos, sin dejar de sonreír con melancolía, y me echa los brazos al cuello para estrecharme contra sí.

—¿Por qué no me lo habías contado antes?

—Nunca parecía un buen momento. Y era algo entre Garita y yo. Te lo he dicho ahora por qué quiero saber si tenía razón. ¿Te he hecho crecer? ¿Te hago feliz, Maday?

Ella agacha la mirada para buscar la mano que tiene su nombre y acaricia las líneas con los dedos. Se queda un buen rato estudiándolas con los ojos vidriosos hasta que decide quitarse el anillo que se ha comprado, el que cambia de color —en función de la temperatura corporal, no de las emociones—, y ponérmelo en el meñique.

—Cásate conmigo. —Me dice de repente—. Eso me hará muy feliz.

Decir que me quedo pasmado es poco.

—¡¿Cómo?! ¡No! —me quejo, separándome lo justo para fulminarla con la mirada—. ¿Por qué has hecho eso? ¡No vale! ¡No es así como tiene que pasar! —Viendo que no cabe en su asombro, y después de revisar mi reacción vehemente, me obligo a relajarme y

aclarar—: ¡Te lo iba a pedir yo! ¡Iba a hacer algo especial!

Maday rompe a reír.

—¿Qué más da? Te recuerdo que te enteraste de que te quería por un roñoso papel de cuadros en el que había garabateado cinco o seis razones por las que estarías enamorado de mí, y que me besaste por primera vez después de doce horas de curro en pleno junio, y vivimos en un apartamento de Santa Cruz más feo que pegar a un padre. Las cosas no salen a la manera especial cuando se trata de nosotros. —Se encoge de hombros y me dirige una sonrisita beatífica—. ¿Me vas a decir que no?

—Pues claro que te voy a decir que no. La que tiene que decir que sí eres tú, y cuando yo te lo pida como Dios manda.

—Por favor… —Bizquea, exasperada y feliz a la vez—. ¿Ni siquiera estos años te han enseñado que las cosas nunca salen como tú quieres, Airam? Ya que has mencionado a Dios, ¿es que no sabes que sus caminos son inescrutables?

—Me da igual. Puedo hacerlo mejor.

—Sí, claro, tú lo haces todo de maravilla. —Se burla, poniendo la voz en falsete—. Pues si me dices que no, yo te diré que no cuando tú me lo pidas, y nos las veremos en un ciclo sin fin de rechazos dolorosos. No voy a permitir que me hagas este desaire; acabo de comprar este anillo para ti.

—Es de bisutería.

—Tampoco es que tú suelas llevar joyería de primera. —Me tira del collar de cauris con un dedo juguetón—. Acéptalo, esta es la mejor pedida de mano que podríamos esperar.

—¡No es una pedida de mano porque no la ha hecho el hombre!

—¡No seas carca, coño! —Me da un golpecito en el hombro.

—¡Es que no es justo! ¡Había preparado algo que…! —Voy perdiendo la voz al mirarla a los ojos y detectar ese brillo determinado que obligaría a una tropa militar a retirarse de inmediato. Cuando se le mete algo entre ceja y ceja, no hay quien la disuada. Y debo admitir que halagado sí que me siento—. En fin… Qué remedio. Me casaré contigo. Pero tienes que dejar que yo te lo pida un día de estos.

—De acuerdo —dice soltando un suspiro, resignada, con una sonrisa jugando en su boca. Apoya la mejilla en mi hombro y así se queda, como si no acabara de decidir nuestro futuro a costa de

arruinar mis planes. Me gustaría quedarme enfurruñado el resto de la noche, pero ella hace la pregunta del millón—: ¿Dónde crees que está la línea del mar? ¿A partir de dónde empieza el cielo?

Ladeo la cabeza hacia Maday, sonriendo sin querer. Hacía tiempo que no me salía con esas.

—A partir de aquí. —Le acaricio el nacimiento del pelo desde una patilla hasta la otra, trazando una semicircunferencia perfecta. Ella se ríe por las cosquillas y se incorpora para mirarme extrañada, lo que me da una nueva perspectiva—. O a partir de aquí; es otra buena línea —comento mientras deslizo el dedo de una comisura a otra, manchándome la yema con el pintalabios que ha tenido que retocarse una y mil veces a lo largo de la noche. Me inclino hacia ella muy despacio para besar su boca entreabierta, beso que corresponde enroscando los brazos en mi cuello.

—Pues vaya cielo el tuyo, que ha pasado de ser infinito a medir uno cincuenta. —Bromea, acariciándome la cara.

—Mejor. —Le guiño un ojo antes de abalanzarme sobre ella y placarla contra la arena—. Así puedo abarcarlo entero y decir que tengo el mundo en mis manos.

Agradecimientos

Un veloz agradecimiento a Teresa, quien, a pesar de ser opositora a tiempo completo, encontró el momento para escuchar mis audios y peticiones y me explicó largo y tendido —y con baraja de cartas incluida— cómo funciona eso del tarot. Teresa, soy una exagerada sin remedio, pero en este caso soy fiel a la realidad cuando digo que sin ti no habría existido este libro, porque hasta que no superé la barrera del capítulo 4, no pude firmar el contrato y comprometerme a acabarlo.

También debo agradecerles a Vanessa y a mi editora, Camino, que la novela haya prosperado. Solo ellas saben las crisis que he tenido que superar para llegar hasta aquí y poder decir que estoy satisfecha con el resultado. Creyeron en el libro antes que yo.

Gracias a Lu, por supuesto, porque si no me hubiera acogido en su casa y no me hubiera enseñado a ver Tenerife a través de sus ojos de enamorada, yo no habría amado tanto la isla como para ambientar —y tomarme la molestia de documentarme para tal propósito, un logro en mí— un libro en su tierra, que también es la mía porque ya tengo mi carnet de hija adoptiva canaria.

Insertaría foto, pero tampoco vamos a llegar a esos extremos. Tendréis que fiaros de mi palabra.

Y ya que estoy, pues aprovecho para darles las gracias a las lectoras de *De Armas Tomar* por el recibimiento tan bonito que le dieron a Dácil y a Thiago, y que ojalá se lo hayan dado también a Airam y a Maday. Este par siempre estuvo en mi pensamiento, pero no puedo jurar que habría escrito el libro si no me lo hubieran pedido con tanto ahínco.



ELEANOR RIGBY (Granada, España). Seudónimo de Elena Salvador. Escribe novelas donde la gente se quiere mucho. Le pone amor a todo lo que escribe…, pero no a todo lo que hago.

Escribe novela romántica desde que tiene memoria, por inspiración de grandes autores y autoras como Lisa Kleypas, Patrick Rothfuss y Lena Valenti. Esta pasión por las letras la llevó a firmar su primer contrato con Selecta a los dieciocho años. En 2019, su novela *El diablo también se enamora* fue elegida como ganadora del Premio Vergara.

Notas

[1] Getilicio de Tenerife. < <

[2] Que se come. < <

[3] Aplastarle. <<

[4] Desde que era pequeño. «Un fisco» también significa «un poco».
< <

[5] De «golifiar», espiar. < <

[6] Gilipollez. < <

[7] «Se te vio el rejo» es una expresión canaria que significa «se te vio el plumero», o que se te ha notado de qué vas en realidad. < <

[8] Hostia. < <

[9] Tonto. < <

[10] Lo estás cuando tienes que beber agua para bajar la comida, generalmente el gofio. < <

[11] Mucho. < <

[12] Referencia a la canción *Mi novia de 2.º B*, de El Niño de la Hipoteca. < <

[13] Cosas asquerosas. < <

[14] *Si tú supieras, compañero*, de Rosalía (del álbum *Los Ángeles*).
< <

[15] *Pasión X Ti,* Los de Marras; *Deseándote*, Frankie Ruiz; *Boyfriend*, Johnny Sky. < <

[16] Investigando, curioseando. < <

[17] Desgarbado. < <

[18] Desconsuelo absoluto por la falta, la pérdida o la añoranza de algo. < <

[19] Rey aborigen de Tenerife. < <

[20] Cabreé. < <

[21] Hacerlo de día, de Moral Distraída. < <

[22] Inquieto, travieso, revoltoso. Se usa en Canarias. < <

[23] La canción se titula *En bajo perfil.* < <

[24] Se quedó dormido. < <

[25] Cabreado. <<

[26] *Doble tick azul*, de Cruz Cafuné y Sofi de la Torre. < <

[27] Cabrearon. < <

[28] Se trata de *Mirando al cielo*. < <

[29] Pelearse, generalmente a puñetazo limpio. < <

[30] *La piedra invisible,* de IZAL. < <

[31] Frío. < <

[32] Vete a la mierda. <<

[33] Inútil, gandul. < <

[34] Saturno, de Pablo Alborán. < <

[35] Nostálgico. < <

[36] Borrachera. <<

[37] Expresión de asombro o de alucine que aquí puede significar «manda narices» o «no me lo creo». < <

[38] De «mandarse a mudar»; largarse. < <

[39] Parlanchín. <<

[40] Cayera. < <

[41] Persona despreciable. < <

[42] Mala persona. < <

[43] Golpe, habitual en Venezuela. < <

[44] My ruin, «mi ruina», my headache, «mi dolor de cabeza». < <

[45] Se refiere a *Sin intermitentes*. < <

[46] Personajes del anime y manga Nana. < <

[47] Tonterías. < <

[48] Se refiere a *Solo quiero bailar*. < <

[49] Soñolienta o amodorrada. < <

[50] Se refiere a *Nada y nadie.* < <

[51] Se refiere a *Si estuviésemos juntos*, de Bad Bunny. < <

[52] De «privada», que significa feliz, contenta. <<

Índice de contenido